

Rayos Faturos y Fuegos Faturos

por
JOSE ANTONIO
- Jack the Ripper -

SEGUNDA EDICION, CORREGIDA Y AUMENTADA
POR EL AUTOR



RAYOS CATÓDICOS



POR

JOSÉ ANTONIO CAMPOS

Y FUEGOS FATUOS

- JACK THE RIPPER -

SEGUNDA EDICIÓN, CORREGIDA Y AUMENTADA
POR EL AUTOR E ILUSTRADA POR F. CONSTATE



JACK THE RIPPER



Rayos Catódicos

y

Fuegos Fatuos

POR

José Antonio Campos

TOMO II

ARTURO CARRION
AFARTADO 606
Guayaquil-Ecuador.

GUAYAQUIL

1911

EDITOR
Arturo Carrión B.





La fiesta Popular

— DE —

SAN PEDRO Y SAN PABLO

EN GUAYAQUIL.

Con verdadero furor ecuestre suele celebrarse la popular fiesta de San Pedro y San Pablo en la Sabana Grande.

Y decimos con *furor ecuestre*, porque ya se sabe que ésta es la festividad hípica por excelencia: el que quiere celebrarla y contribuir á la mayor honra y gloria de los santos apóstoles, tiene que montar á caballo, ó en su defecto en el primer jumento que le venga á mano y lanzarse á galope como los cosacos del desierto.

No sabemos que San Pedro ó San Pablo se hayan distinguido por la equitación, ni siquiera dedicándose á la veterinaria, que es oficio afine; pero aquí somos así, singulares en nuestras devociones.

A San Jacinto, que nunca fué pirotécnico, le hartamos á cohetes, en asocio de los chinos, el día de su fiesta; y á la Virgen de Mercedes, que jamás fué antisemita, se le quema un judío en efigie, la víspera del 24 de Septiembre.

El día de San Pedro y San Pablo, es, pues, día de martirio para el ganado caballar, mular y asnal.

Todos los rocinantes, caídos en desuso, están permitidos en esa clásica fiesta, y el punto de cita

es la Sabana Grande.

Caballos y caballeros tienen que echar los bofes, si quieren contribuir al esplendor de la fiesta; pero como las más veces resulta que los primeros no están hechos á tales trajines y los segundos tampoco están habituados á la cabalgadura, ocurre que los unos se pelan por encima y los otros por debajo; pero todo esto dicen que entra en la diversión y en la devoción.

Los santos, que todo lo ven desde la eterna mansión de los bienaventurados, es muy probable que vean y aprecien estas desolladuras dobles é inversas.

Los únicos que salen ilesos son nuestros *montuvios*, que valen tanto, á decir verdad, como los *llaneros* venezolanos y los *gauchos* argentinos.

Déseles una mula á medio desbravar, que es su elemento, y les veréis transfigurarse. Pónenle encima la gran albarda corniforme de manufactura nacional, con largos tiros de los que penden enormes estribos de metal; cíñenle brutalmente el freno y tesan la gamarrilla hasta convertir en un arco de 60 grados al cuello de la bestia; acomodan la indispensable alforja costeña de algodón, teñida á vivos colores y rematada en borlas y flecos; arrollan en el pico delantero de la albarda unas veinte ó veinticinco brazas de *beta*, y en seguida monta el gincte, con amplio pantalón de bayeta ceñido á la cintura por una larga faja, de la que cuelga el machete de cinco clavos; camisa almidonada sin cuello; *poncho* enorme como una capa de coró; sombrero manabita de anchas alas, que el vulgo denomina *pava cantora*, y por último, las indispensables *espuelas roncadoras*, liadas á toda *juerza* en los pies descalzos.

Hé allí el tipo.

Agréguesele *un bejuco de montaña* de dos varas de largo en la diestra, un cigarro dauleño entre los dientes y una botella de aguardiente en el estómago.

Tal es el equipo del hombre y de la bestia que, desde el instante en que arrancan, no forman más que una sola pieza.

La mula puede corcovear á su antojo, tirarse de bruces, cocear, revolcarse en el suelo; el hombre de nuestros campos apenas repara en estos detalles, pues lo único que se ve es que siempre queda encima.

La única vez que se alarma es cuando se le cae el sombrero.

Los montuvios le tiene una adhesión infinita al sombrero, por poco que valga y por viejo que sea.

Mil veces exponen la vida antes que exponerse á perder el sombrero.

Si se les cae al agua, se arrojan á lo más peligroso de la corriente hasta que lo recogen; si los persigue la justicia y durante la carrera se les escapa, plántanse á raya, regresan, lo toman y se dejan echar el guante. Por último, cuando se embriagan y quedan dormidos fuera de su casa, los parientes ó amigos que los estiman, toman respetuosamente el sombrero y lo guardan para que no se les pierda.

No hay cosa más admirable que ver á un montuvio chispo á caballo: aquello es un secreto inexplicable.

Si lo apean es cosa segura que no podrá tenerse en pie y caerá de narices; pero á caballo es otra cosa.

Todo podrá suceder menos una caída.

Se balancea como un buque en plena borrasca, es verdad; á cada instante parece que va á dar con su cuerpo en tierra; pero al perder el equilibrio recobra instintivamente el centro de gravedad.

Si se le caen los cigarros ó los fósforos, los recoge del suelo sin apearse, haciendo prodigios de equitación y al parecer con la mayor facilidad, como si estuvieran á su lado en una mesa.

Estos son los héroes de la fiesta de San Pedro,

los únicos que aguantan todos los números del programa.

Pero en cambio quedan los improvisados, que forman la mayoría; los que salen cada cuarto de hora por las orejas del cuadrúpedo, abollándose las costillas, y los que reciben por docenas las coces de los jumentos, que ya no pueden recibir los varazos sobre sus escuálidas ancas.

Pero bien ¿qué dirán ustedes que hay en la Sabana Grande? A qué va esa inmensa romería á través de la pampa abrasada por el sol?

A contemplar media docena de casuchias empavesadas con guñapos de colores; á tragar en grandes cantidades el polvo que levantan los caballos; á exponerse á un atropello de los brutos indómitos y á tostarse bajo los ardientes rayos del astro del día.

Los pianos ambulantes y las guitarras amenizan la fiesta, el aguardiente domina la situación, y en algunas chozas y barracas parece que se baila; pero no se baila, sino que se oscila; y algunas veces parece que se canta; pero no se canta, sino que se gime ó se ahulla.

La *great attraction* la constituyen á veces los gallos descabezados.

Mucho entusiasmo despierta este ejercicio, excepto en los gallos que van á ser descabezados.

El infeliz animal es sepultado vivo en un hoyo, que le priva de todo movimiento, y déjasele afuera sólo la cabeza, desde el nacimiento del cuello.

Crispa los nervios el ver esas cabezas de gallo que asoman á flor de tierra y parecen diabólicas plantas dotadas de movimientos espontáneos, con ojos sanguinolentos que miran aterrados bajo la cresta congestionada.

Trázase una línea á veinte pasos del gallo enterrado; véndanse los ojos del sujeto que va á entrar en juego y avanza éste á ciegas, contando mentalmente los veinte pasos que le separan de la cabeza

La Fiesta de San Pedro y San Pablo



*Si la infeliz cabeza se encuentra en el radio del
corte.....*

del gallo, al término de los cuales se inclina y barre el suelo con su afilado machete.

Si la infeliz cabeza se encuentra en el radio del corte, el gallo es alma de la otra vida.

Si no acierta, comienza otro individuo en las mismas condiciones, y así sucesivamente, hasta que llega uno que logra decapitar al ave.

Entonces se oye una salva de aplausos; gritos de júbilo resuenan por todas partes, y el héroe de esta espantosa salvajada, se muestra tan finchado y orgulloso como los caballeros de la Edad Media al rendir una fiera en el circo á la vista de gentiles damas y gallardos paladines.

El asesino del gallo—decimos—como los caballeros antiguos—suele tener una dama de sus pensamientos, que resulta ser una cholita metida en carnes, olorosa á pescado, de traje blanco, con medias rosadas, manteleta morada y sombrero de Jipijapa.

Hacia élla avanza el galán lleno de amor y ternura, llevándole, cual finísimo presente, la cabeza del gallo destilando sangre.....

Y la joven de la Sabana la recibe como si fuera una flor, y premia con una tierna mirada, llena de promesas, la fortuna de su adorador.

Acto continuo circula el aguardiente y sigue la fiesta.

Será ésto una diversión?

Algunos dicen que sí.



La Educación Austera

—Qué milagro ha sido éste, Valeria, de venir á verme, cuando hace tanto tiempo que me tienes privada de ese gusto.

—¡Vaya! Tú siempre te quejas, Margarita, y sin embargo aquí tienes una prueba de que no te olvido.

—Vamos á mi cuarto, donde podremos hablar con libertad las dos solitas. Tengo tántas cosas que decirte!

—Pero creo que estabas leyendo, y he venido á interrumpirte.

—Bah! Leó por no aburrirme, lo que me dejan leer, y hace días que me entretengo con este librote.

—Qué es? Alguna novela?

—Novela! Te figuras tú, hija mía, que mi mamá consentiría una novela en esta casa!

—Y por qué?

—Porque lo ha prohibido su confesor; y lo que él dice eso se hace.

—Pero hay novelas buenas y muy bonitas que no dañan á nadie.

—El dice que todas son malas, porque tratan de amores y alborotan á las muchachas.

—Vaya una simpleza! Como si las muchachas necesitásemos que nos den la lección estudia-

da en una materia tan conocida.

—Ah, pícara!

—Y sobre todo, hija, para qué estamos!

—Yo no he de ser monja ni tú tampoco, luego la cuestión amoríos es cosa que se cae de su peso, aunque se opongán todos los frailes del mundo.

—Calla, Valeria, que puede oírte mi mamá.

—Pero, al fin, qué lees, Margarita?

—La Sagrada Escritura.

—Muy cansado debe ser eso.

—No tanto, porque mientras más se lee, más se asombra una de las picardías que contiene.

—Es posible!

—Chica, si te digo que los tales patriarcas de la antigüedad fueron unos reverendos bribones. Y las mujeres, ni sé cómo te diga; pero abundan las Dolores de Calatayud.

—Cáspita! Cuéntame algo, que estoy muriéndome de curiosidad.

—Déjame ver si no anda por aquí mi mamá.

—Nadie nos oye.

—Pues bien, para que sepas lo tramposos que eran aquellos santos varones, has de saber que Jacob trabajó siete años en casa de Labán para que le diera á una de sus hijas, que era muy bonita.

—Y se la dió?

—Lo engañó el maldito viejo; porque en lugar de darle la bonita, le endosó ótra, que era un basilisco.

—Y cómo no vió el engaño?

—Porque se la dió de tapada.

—Y qué hizo Jacob?

—Tuvo que chuparse el dedo, porque ya no había remedio, y trabajar otros siete años para que le dieran la ótra.

—Cómo, dos mujeres entonces?

—Dos y veinte y ciento, hija; porque en aquellos tiempos esos condenados tenían más mujeres que pelos en la cabeza.

—Esa sí que yo no se la habría aguantado!

—Pues esto es nada. Has de saber que Ruth era una viudita muy interesante. La pérdida de su marido debió hacerla sufrir mucho, y sin duda para consolarla, su suegra le aconsejó que se fuera á meter bajo la capa de Booz.

—Bajo la capa de quién?

—De un pariente que ella tenía, el cual, entre paréntesis, cuenta la historia que, habiéndose metido unos cuantos tragos, se había quedado dormido en el campo, y entonces fué cuando la vieja le dijo á la nuera: anda acurrúcate debajo de su capa.

—Ah Caramba! Esa sí que es una verdadera diablura.

—Te interesa?

—Pues no ha de interesarme, criatura, si estoy en ascuas por saber si la viuda se metió ó nó debajo de la capa.

—Se metió, hija: y cuando Booz despertó y vió á la viuda, dicen que cargó con ella por cariño al difunto.

—Qué buen gandul! Y ella qué obediente á los buenos consejos de la suegra!

—Pero, sabes, hija, que peor fué lo que hizo Loth. Voy á atisbar á mi mamá para que no nos oiga, porque ésto es cosa grande.

—Yo creo que está en la cocina.

—Sí, allí está, no hay temor. Pues oye: este Loth era otro bribón, pero más bribón que todos y más sinvergüenza. Tenía dos hijas solteras y hermosísimas; pero bastante despreocupadas, como todas las señoras de aquel tiempo. Un día se metió el viejo una borrachera, como tenía por costumbre.....Pero acércate que ésto tengo que decírtelo al oído.....ah!

—Qué monstruosidad! Y eso está en el libro sagrado?

—Sí!

—Pues sabes que se me ha puesto el cabello de punta.

—Yo me quedé fría cuando lo leí.

—Y éste dizque era uno de los varones más justos que había por entonces!

—Figúrate como serían los demás varones.

—Hay que confesar, hija, que los hombres de ahora son unos ángeles comparados con los santos patriarcas.

—Ya lo creo.

—Pues desde mañana voy á tratar con más indulgencia al pobre Casto, que está muerto por mí y yo me complazco en hacerle sufrir.

—Y las mujeres, Valeria! Te figuras que son mejores las matronas de la Escritura que nuestras contemporaneas?

—Por cierto que nó.

—Hubo una tal Judith, durante el sitió de Jericó, que le dió el naípe por salvar la patria á costa de una picardía.

—Cómo fué eso?

—Holofernes había sitiado la ciudad de Jericó y la caída de esta plaza era casi segura, cuando la famosa dama de que te hablo imaginó que el único medio de jugar una mala pasada al Jefe de los sitiadores, era enamorarle hasta que perdiera el seso.

—Qué damita tan recatada!

—Ya verás! Hizo prodigios de coquetería para engatusar al tirano; se perfumó, se engalanó y fué á buscarle al campamento, con anuencia de todos sus parientes, que le permitieron sacrificarlo tódo en aras de la patria.

—Qué honra para la familia!

—Desde luego, cuando Holofernes la vió venir y oyó de su boca que el amor la impulsaba á sus brazos.....ardió como una estopa y se creyó el chorro de mentiras que la taimada le tenía preparado.

—No cabía en el pellejo el bárbaro de gusto al verse objeto de tal predilección, y se abandonó á las caricias de la beldad que le había caído en

su tienda como llovida del cielo.

—Ah presumido!

—Cara le costó la presunción y la tontería, porque Judith no perdía tiempo en escanciarle vino, y tanto le hizo beber, que se amarró el tudiante una mona estupenda.

—Ya lo veo frito.

—Más que frito, porque apenas rodó bajo la mesa, la mujer desenvainó un sable, y como quien rebana un callo, le rebanó la cabeza.

—Zambomba! Qué me cuentas, muchacha!

—Se la rebanó, te digo.

—Y eso está en el libro sagrado?

—Sí....pero calla: oigo hablar á mi mamá en la sala. Allí está el Padre Jerónimo. Oigamos:

*
* *

Señora, decía el Padre con severo acento: ya sabrá Ud. que ha llegado á esta Capital una compañía de Zarzuela, para la perdición de la Juventud. En estos tiempos de relajación social ya nada se teme ni nada se respeta.

La señora lanzaba un profundo suspiro.

—No permita U., continuaba el religioso, que la inocente Margarita asista al Teatro, porque perderá el cielo uno de sus ángeles futuros. El Teatro es una escuela de corrupción, al que no van más que los dejados de la mano de Dios.

—Sí, asentía la respetable matrona, ni teatro ni novelas.

—Que son los tósigos mortales del alma. Llévela U. á la Iglesia, que es donde debe ir; déle U. buenos libros como el Año Cristiano y sobre todo la Sagrada Escritura, á fin de que se instruya y conforte.

Así lo hago, padre, y veo con gusto que se pasa las horas muertas elevada en la lectura de los admirables ejemplos del Libro de los libros.



A casarse, Muchachos!

La verdad es que la Ley de Matrimonio Civil ha puesto en actividad á todos los novios rezagados que había en esta bendita República. (1)

Digo *había*, porque cuando se lea este artículo ya todos estarán casados ó en vísperas de boda.

La actividad proviene de que ha surgido una magnífica oportunidad para que las niñas *comprometidas* apuren á sus pretendientes despa-ciosos en llevarlas al altar.

Sabido es que no hay novia que no quiera casarse pronto; y que tampoco existe novio que no encuentre algún motivo ó pretexto para diferir la ceremonia, hasta que ya no puede más y rinde la cerviz al sacrosanto yugo.

Constantemente habrán oído mis lectores diálogos como el siguiente:

—La novia—Si *ésto* ha de hacerse, que se haga cuanto antes.

Esto quiere decir matrimonio; pero la palabra no la pronuncian nunca las jóvenes solteras, por temor de un chasco.

—El novio—Pero, hijita, si estoy esperando que el maestro carpintero termine los muebles que.....

(1)—Este artículo fué escrito en vísperas de entrar en vigencia la Ley de Matrimonio Civil, que provocó gran sensación en la República y precipitó la celebración de un gran número de matrimonios, antes de que dicha ley rigiera, para no someterse á ella.

—La futura suegra—Déjese usted de muebles, hombre! Cuando yo me casé no tenía más muebles que la cama y una mesa de comer, que es lo indispensable; después adquirimos lo demás.

—La novia—Sí, dice bieu mi mamá. Yo no quiero nada más que.....(al oído) tu amor.

El novio—No (apelando al último recurso) Las cosas deben hacerse en regla, para que nadie nos critique.

Y así sucesivamente,

Ahora, con motivo de la peregrina Ley, toda niña tiene una razón gordiana para precipitar á su futuro consorte.

Yo no quiero, le dice, someterme á la ley civil. Mis padres, mis abuelos, todos los míos se han casado por la Iglesia, y no seré la primera en interrumpir la tradición. Conque, aprovechemos de los días que faltan para que *ésto se haga*.

—Pero si ya no faltan más que dos días para que rija la civil!

—Por lo mismo, negrito, aprovéchalos!

—Amor, si tengo que esperar á cobrar el sueldo para los primeros gastos.

—Y cuándo te pagan?

—El primero.

—Horror, ya estará rigiendo la maldita ley. No, corazón, haz que te paguen mañana.

—No se puede, vida mía: el cajero es un roncero.

—Entonces moriré soltera, ingrato!

—No seas boba! Dame un beso!

—Nó!

—Tú no me quieres?

—Nó!

—Me pego un tiro, entonces!

—Pégatelo!

—Sé razonable, querubín. Cómo vamos á casarnos tan de rota batida! Estas cosas requieren alguna preparación y demandan serios gastos.

—Pero hace dos años y medio que me estás

diciendo lo mismo, pedazo de tunante, y yo siempre dántote la razón, porque, á Dios gracias, no me perjudicaba esperar. Pero ahora (Hay que aprovechar la ocasión.) Ahora, digo es distinto; yo no estoy para irle á ver la máscara á un Teniente Político.....

—Esperemos á que el Papa, Nuestro Santo Padre León XIII, determine algo en favor de la ley civil; y entonces ya no tendrás escrúpulo ninguno en acatar una disposición de Su Santidad.

—Y si á la Santidad se le antoja enredar la pita en lugar de desenredarla?

—Entonces haremos lo que todos hagan.

—Nunca. Prefiero el monasterio. (Suelta atrevido!)

—Qué? Porque te cojo la blanca mano, amor mío?

—Ni un dedo tiene *usted* derecho á tocarme. Acaso somos hermanos; ni somos nada.

—Y qué somos?

—*Usted* es una persona extraña para mí; y yo una joven pobre, pero honrada.

—Y por qué me tratas de *usted*?

—Porque se acabó ya el *tú* y *vos* entre nosotros!

—Dios mío, qué hago en este trance?

—Usted sabrá!

—Si no sé, hijita.

—*Otras* no le faltarán.

—No seas injusta, muchachita. Cómo, estás llorando?

—No he de llorar, viendo como estoy mi desengaño tan triste!

—Mira: por amor á tí soy capaz de todo ¿sabes? Hasta de casarme ahora mismo.

—(Se enterneció el picarozano)

—(Si no la quisiera tanto, aquí la dejaba plantada!)

—Qué dijiste, Benito?

—Que.....(¡valor, Benito!.....) Dije que con-

sentía en el matrimonio inmediato.

—(Así hay que hacer con los hombres!)

—Malditas sean las mujeres!)

—Qué bueno eres!

—Ya me tuteas?

—Ya, negrito, ya! Tú no sabes el consuelo que me has dado! Como te quiero tanto! Qué sería de mí! Y luego me aterraba la idea del contrato civil, que es una vergüenza.

—Pero ahora no sé por dónde empezar.

—Empieza por avisarle al Cura.

—(Tengo que comenzar por abrir el bolsillo.)

—Bueno, pues, hija: corro á ocuparme de los preparativos!

—Corre.....(Qué triunfo! Cómo van á rabiarse las que queden rezagadas!)

.....
Y sale el pobre novio echando la lengua por esas calles, casi como el animalito de quien se dice que iba:

Con la lengua fuera,

Húmedo el hocico,

Torva la mirada,

Débiles las patas; etc. etc,

Por el camino encuentra á un amigo y le dice: te necesito con urgencia, Camacho. Esta noche á las ocho sin falta ven á verme vestido de negro.

—Quién se te ha muertó?

—Yo que me caso!

—Es posible?

—Me han puesto en apuros, chico! Yo lo pensaba hacer el año entrante; pero la Ley ésta.....En fin, después hablaremos. Tengo que echar los bofes.

Y así andan muchos echando los bofes en toda la República.



Buscando las Espuelas....

En una finca rústica, distante algunos kilómetros de la ciudad, cayó con un ataque de fiebre tifoidea el primogénito de la familia Resignación, que allí habitaba desde hacía algunos años.

—Se muere, se muere! gritaban todos, con indecible angustia.

—Qué hacemos en medio de este desamparo!

Y mientras tanto el niño se retorció en el lecho, presa de horribles convulsiones.

La primera idea luminosa que se le ocurrió al padre de la infeliz criatura fué llamar á los vecinos más notables del lugar, para ver si sugerían la aplicación de algún medicamento inmediato y salvador.

Los notables eran hombres de muy buen criterio y de notoria experiencia, tanto que cuando se moría algún individuo, no vacilaban en declararlo difunto por unanimidad!

Y sabían algo de todo, como es natural en el campo. Sabían, por ejemplo, que la infusión de cucarachas es buena para la pulmonía; que la manteca de gavilán es lo que hay para las hemorroides; que la cresta de gallo masticada es un específico maravilloso para la dentición y....la mar de cosas.

Con estos buenos elementos había mucho que esperar.

Y así fué.

Llegaron junto á la familia contristada; vieron el caso, y después de una larga discusión, durante la cual el padre y madre del paciente estaban con el alma en un hilo, declararon que el caso era muy grave y que si le daba otro ataque se moría.

Un pobre maestro de escuela, de quien nadie hacía el menor caso, y que pasaba por allí la vida unas veces enseñando á leer y otras muriéndose de hambre, como todos los maestros de escuela, acudió también á la finca para ofrecer sus servicios; y cuando todos callaron, se atrevió á manifestar que entre sus curiosidades tenía un poco de quinina, y que si se le permitían, él lo podría administrar al enfermo.

Para excusarse del atrevimiento ante la honorable asamblea, dijo que no era la primera vez que prestara, con buen éxito, esa forma de servicios.

Nadie le hizo el menor caso. Que sabía ese hombre!

—Lo que hay que hacer, dijo la Junta, es ir á buscar médico y medicinas á la ciudad.

Y para eso aquí estoy yo, exclamó uno del grupo. Tengo un caballo volador; monto, devoro la distancia en media hora, practico la diligencia en cinco minutos y vuelvo con el médico en un abrir y cerrar de ojos.

—Eso es, exclamaron todos: monta, devora la distancia en media hora, practica la diligencia en cinco minutos y vuelve con el médico en un abrir y cerrar de ojos.

—Y si muere el niño en ese inter, observaron tímidamente los padres.

—No puede morirse, porque mi caballo se llama "Volador", para que ustedes lo sepan.

—Sí, añadieron todos: su caballo se llama

"Volador".

La minoría se tranquilizó y el hombre de la situación partió en busca de la bestia.

No acababa de bajar la escalera, cuando uno de los notables dijo:

—Apuesto una oreja á que mi compadre está ya ensillando.

—Por supuesto, fué la respuesta general.

—Ya montó! indicó un segundo.

—Ya!

—Ya estará galopando.

—Por cierto.

—A que está pasando la albarrada?

—Con el caballo que lleva!

—Quizá va ya por medio camino.

—O llegando al cerro.

—En estos cálculos transcurrió media hora justa, y todos convinieron en que el rápido mensajero llegaba á la ciudad.

Y siguieron calculando:

—Acababa de apearse en la casa del médico.....Habla con él.....Le manifiesta la gravedad del caso.....Me parece que lo estoy viendo!

—El médico le ordena los remedios que debe traer.....Parte á comprarlos.....Regresa con ellos..... El doctor está ya vestido.

—Bajan juntos.....El caballo está piafando..... El doctor pregunta si es manso.....Ya monta..... Nuestro amigo sube á las ancas y arrancan al galope.

—Ay, hijo de mi corazón! exclama la madre. Me parece que estás peor.

—No se acobarde, señora; ya vienen....En este momento han perdido de vista los arrabales y pasan la albarrada.

—El que espera desespera, dice el padre.

—Por el camino ha de venir el médico preparando la inyección....No tengan cuidado....Bonifacio es capaz de reventar el caballo: porque cuando él se propone salirse con la suya...

—Preparen una taza con agua, una vela, trapos finos por si pide el doctor.

—Ya ellos deben de estar por el camino de los ciruelos, viendo la finca.

Y Bonifacio ha de decir: esa es, doctor, ya estamos cerca.

Diez minutos después da un salto y exclama: siento pasos. Bonifacio!!!

—Hola! contesta el nombrado subiendo la escalera.

—Qué hombre! Qué hombre! gritan todos. Merece una estatua!

—¿Y el doctor? le interrogan á la vez.

—¿Qué doctor?

—¡Cómo es eso! El que fuiste á buscar á la ciudad!

—Si no he ido todavía, porque ando buscando las espuelas, y no parecen.

Un grito desgarrador se oyó en este instante. El niño había muerto y la pobre madre caía desmayada junto al cadáver.

* * *

Cierto duende que hay en esta Redacción se empeña en guiñarme los ojos hacia la Junta de Sanidad.

Ah, bribón, ya te comprendo; es que tú creías que la Junta venía ya de regreso en asuntos sanitarios, después de la última noticia de que la Peste Bubónica está en Tumbes?

Pues, hijo, te equivocas: todavía *está buscando las espuelas*.



Celebridad barata

Quiere usted, querido lector, hacerse hombre notable de la noche á la mañana?

Pues yo tengo la receta, que me la dió un Fakir de la India, atacado, por más señas, de peste bubónica.

Y voy á publicarla, para que todos aprovechen de ella, porque no soy egoísta y me gusta que mis conciudadanos sobresalgan.

Atención.

Lo primero es echarse á la calle, con aire resuelto, el sombrero hacia atrás, el paso acelerado y la mirada escudriñadora.

Al topar con el primer conocido, plantarlo en el camino y decirle á voces:

—Qué tal? Qué se dice? Cómo está la situación? Aquí no hay hombres, amigo mío! Todo está perdido! La patria sucumbirá por falta de corazones que sepan amarla y de brazos que puedan defenderla! Yo, pobre de mí, no valgo nada; pero me siento vaciado en el alma de Guzmán el Bueno, pues sería capaz de dar yo mismo el cuchillo, si la patria lo exigiera, para que sacrificaran á mi hijo; y á mi mujer también, si es menester.

—Pero U. no tiene ni mujer ni hijos.

—No importa! Para los buenos patriotas nada es imposible ¿oye usted? (con voz de trueno.)

—Sí, sí; señor, estoy oyendo!

—O es que Ud. duda de la sinceridad de mis palabras? Dígamelo claro, para probarle quién soy yo!

—Nó, nó, señor! Ya veo que Ud. es de los sin miedo y sin tacha.

En seguida buscar los grupitos de gente, que abundan en las cantinas, y abordar resueltamente el tema:

Sí, señores: arde en nuestras venas la sangre de los prohombres de la independencia. Qué esperamos? Las sombras de Bolívar, de Sucre, de Jimena, de Urdaneta, nos miran con reproche, porque no hemos salido aún á talar los campos del insidioso enemigo, precedidos por el lábaro sagrado que ellos nos legaron.

Bravo! Bravo! exclamarán todos.

—La hora ha sonado! Basta, ciudadanos, de vida muelle y regalada, que nos llama la voz del deber. Abandonémoslo tódo: padres, esposas, hijos, hermanos, y vayamos á afilar nuestras espadas en las lozas de los sepulcros de nuestros héroes.

—Vamos! Vamos!

—Una copa para el orador!

—A la salud de la Patria!

—Salud!

—Un momento, caballeros, que va á hablar, otra vez, nuestro ilustre amigo.

—Chist!

—Voy á tomar, señores, esta copa, porque todos y cada uno de los esclarecidos ciudadanos que me escuchan, puedan un día, no lejano, contemplar, por decirlo así, el magnífico sol de libertad y de progreso que alumbrá y vivifica al universo.

—Gracias!

—Yo, señores, el último de los hijos de nuestra querida Patria, no permitiré nunca, mientras tenga una gota de sangre en el cuerpo, que la extranjera planta huelle, tan siquiera, un átomo de polvo de nuestro sacrosanto territorio.

—Bien dicho!

Celebridad barata



! — Viva la sacrosanta libertad!

—Y me atrevo á asegurar ¡oh señores! interpretando los sentimientos que anidan en vuestros nobles corazones, que vuestro mayor anhelo es el de morir por la Patria, por esa madre común, tierna y amorosa, en cuyo dulce regazo vimos, por decirlo así, la primera luz del día. Muramos, por ella, señores, y nuestros nombres repercutirán mañana del Orinoco al Macará.

—Bravo!

—Hip! hip!

—Hurra!!!

—Una palabra aún, ilustres compatriotas. Juradme en estos solemnes momentos consagrados, por decirlo así, en cuerpo y alma, á luchar por las nobles y éxcelsas aspiraciones del patriotismo.

—Lo juramos!!

—Hasta la última gota de sangre!

—Bebamos, entonces, por el triunfo de las grandes ideas; bebamos por los manes de nuestros heroicos patricios; y bebamos también por la Perla del Guayas, cuna de titanes, que brillando están, por decirlo así, como brillaréis vosotros mañana, en el constelado cielo de la Historia. Salud!

—Viva el orador!

Con algunas docenas de estos clásicos discursos, pronunciados vengán ó no vengán al caso, va uno echando fama y haciéndose célebre rápidamente.

La cuestión es no aflojar de tono: subir y subir todo lo que se pueda, eso sí, aunque se corra el peligro de reventar de pura hinchazón, como una bomba de jébe, porque ahí está el mérito.

Y el día en que se realice un *meeting*, por ejemplo, lo que no es raro en este siglo, no hay más que trepar sobre una mesa, para dominar la muchedumbre, y alzar así la solfa.

Salud, invicto pueblo del Nueve de Octubre! Salud, preclaros descendientes de los egregios vencedores de Junín, de Pichincha, de Boyacá y de Carabobo! Viva la Libertad, señores! Viva la sa-

rosanta Libertad!

—¡Vivaaaaaa!

—El viril pueblo del gran Olmedo, de Jimena, de Roca, de Espantoso y de Pedro Carbo, jamás se ha dejado avasallar de ningún tirano, ni despojar de ningún usurpador. Si quieren nuestros enemigos guerra, guerra tendrán; si quieren sangre, sangre habrá; pero antes verterán ellos la suya bajo los golpes de nuestros aceros.

—Viva el orador!

—Viva!

—Viva el pueblo libre!

—Viva!!!

—Viva Alfaro!

—Silencio!

—Aún no he concluído, señores. Dejadme decir la última palabra: Abajo la tiranía!

—Abajo!!!

Un momento después se verá pasar una avalancha de gente que va rodeando á algo ó á alguien. Sabéis lo que es? Es que llevan en triunfo al orador á su casa.

Ya es hombre célebre.

Y no penséis que esto es broma. Así se han formado muchas celebridades que se pierden hoy de vista.

¿Más qué beneficio real han hecho á la Patria?

Ninguno; pero, como decía Juan Bobo: la gracia está en sacarse la lotería sin tomar número.

Y es cierto: algunos hay que así se la sacan.





Proyectos Liricos

Si concurreo á la próxima Legislatura, que no he de concurrir seguramente, porque no me han elegido Senador ni Diputado; pero si concurreo, digo, voy á presentar un proyecto de ley para que todo el servicio administrativo se haga en verso y con música, aun cuando me manden con la música á otra parte.

Tengo para mí que las Bellas Artes deben cultivarse en todos los terrenos, y particularmente en el árido campo de la política, porque de esta manera es como se restablece el concierto y reina la armonía entre la comunidad nacional.

Esas fórmulas viejas, pesadas y espesas de la tramitación oficial, son además inarmónicas y lo echan todo á perder.

Otro gallo nos cantaría con el divino auxilio de las Musas.

Supongamos que se trate, verbi-gracia, de hacer renunciar á un funcionario, porque así conveniga á la mayor honra y provecho del prójimo. No es cosa, me parece á mí, de ir á decírselo en crudo, porque puede creer que lo botan de su empleo, sinó que, por un medio indirecto, en la forma lírica y con acompañamiento de flauta melancólica, se le indique su retiro.

Por ejemplo: está un funcionario ejerciendo

con el alma fresca y la cara risueña, cuando oye una voz vibrante que le canta esta copla desde lo alto, marcándole el compás con cualquier instrumento:

Palomita voladora
Mándame tu despedida,
Porque viene otra paloma
A anunciarme tu partida.

El empleado entonces comprende al instante que él es el palomo caído del nido, y no le queda otro remedio que descolgar la lira y exclamar en ré mayor.

Adiós que ya me voy,
Adiós que ya me ausento,
Con grande sentimiento,
Adiós! Adiós! Adiós!

Mas si quisiera quejarse de la injusticia humana, puede hacerlo; pero en verso, en la forma siguiente:

Ya no puede un mamón pobre
Tener la renta bonita,
Porque en medio de sus gustos
Viene un tipo y se la quita!

De esta manera no habrá nunca el menor motivo de disgusto y se dedicarán todos con provecho á la filarmonía, mientras no falte la batuta.

Para pedir destino se templá el violín lo más que den las cuerdas, y se canta por lo bajo:

Son, niña hermosa,
Tus frescos labios
Como una rosa.
Yo mariposa,
Constante y fiel,
En ellos quiero
Libar la miel!

Si el aspirante es entonado, en el acto le contestan:

Pica, lorito
Pica la rosa,
Que aunque la piques
Siempre es hermosa.

Entonces va el loro y la pica, es claro; pero todo esto en verso suena más bonito.

Por supuesto, la forma poética que yo recomiendo no excluye á la vanidad humana. Nó, por Dios! La vanidad es una maga muy poderosa á quien hay que halagar en prosa y en verso.

Cuando se quiera obtener algo, que valga la pena, se dirige uno á la primera potencia, con el arpa bien templada y exclama, como en la novela de la Virgen de Mercedes:

Tú eres estrella del mar,
Tú eres del campo lucero,
Tú eres arca de mi alianza,
Tú eres v́ictor en mis guerras.
Tú me levantas caído,
Si triste, tú me consuelas,
Si estoy enfermo me sanas
Y si débil me das fuerzas,
Porque eres maná del alma
Que todo sabor encierra!

No hay quien resista á esta descarga cerrada de fusilería encomiástica, y con ella se consigue t́odo, hasta el papado. Pero en verso y con música!

Si la situación económica está mala, sino hay dinero, si las finanzas están bocabajo etc., como suele pasar en todas partes ¿á qué, digo yo, molestar á los hombres de números para que expliquen la situación, cuando un montuvio, de por *allá arriba*, compadre mío, la canta en la guitarra cada vez que *se la pega!*

Nada pasa en esta tierra,
Porque lo del ojo es nada;
Solamente que la vaina
Es más larga que la espada.

Quieren ustedes un financista mejor! En sólo una copla bien cantada, con acompañamiento de vihuela y aguardiente, ha dicho todo lo que podían pensar cien cabezas llenas de talento. En efecto, cualquiera comprende; al oírlo, que lo que se necesita es achicar la vaina ó recortar la espada, una de dos. Y si hay quien sepa más, que lo diga, aunque sea en prosa.

Convengo en que todos no tengan buena voz para ensayar el método lírico; pero que revelen, por lo menos, inspiración poética.

Qué grato y delicado al oído sería, por ejemplo, escuchar en vez de una árida disertación técnica que pocos la comprenden, un informe corto y en verso sobre cualquiera obra pública.

He aquí una muestra:

“El primero del que espira,
Quedó tal obra acabada,
Y tan bien ejecutada
Que me parece mentira!
El mismo Santo Tomás
Apludirá ese trabajo,
Por arriba, por abajo,
Por delante y por detrás!”

Qué más se podría desear, digo yo! Pero si hay todavía quienes prefieran la humilde prosa, allá va mi firma para que la descuenten en cualesquiera de los bancos.....del Malecón.



Qué se han hecho los milagros?

Bien dijo el Obispo de Riobamba, en su alocución sobre la expulsión de los Padres Redentoristas: la culpa no la tiene el Gobierno, ni la ley de Cultos, ni nadie, sino nuestros pecados, nuestros enormes pecados, que han despertado la ira de Dios y nos castiga quitándonos á los Redentoristas.

Ahí nos las den todas! podríamos decir nosotros; pero no lo decimos, por no aumentar el número de nuestros pecados, que, efectivamente, deben ser muy gordos, cuando no hay desde hace siglos en esta antigua República del Sagrado Corazón de Jesús, ningún seglar ni eclesiástico que goce de la divina gracia hasta el punto de obrar algún milagro, aun cuando sea del canto de la uña.

El único remedio que nos queda—indicó el Obispo—es hacer penitencia; pero yo prefiero remontarme con el Padre Croiset á la época radiante de los milagros y oírlos referir de su boca, á ver si logro convertirme, porque me siento inclinado á la conversión.

Muchos son los prodigios que lleva alcanzados la ciencia moderna, es verdad; el telégrafo, el fonógrafo, la radiografía, el heliógrafo, el cinematógrafo, el radium, los trenes eléctricos, los ra-

yos Roetgen, el helio etc., verdaderos milagros de Morse, Belt, Marconi, Tesla, Currie, Edison y otros santos apóstoles y mártires de la época contemporánea; pero donde se paran los santos de la Iglesia, no se pára nadie.

Allí tenemos á san Luciano, patrón de mi amigo Coral. Saben ustedes lo que le hicieron?

El Emperador Maximiano mandó que lo dividieran en cuatro partes y arrojaran cada una de estas partes en cuatro puntos distintos del mar.

Así se hizo; pero al día siguiente flotó el cadáver enterito en la playa de Helienópolis de Bitinia.

Eso es milagro!

Hoy, si lo botan á uno entero al agua, lo sacan ocho días después dividido en cuatro partes.

San Anastasio fué otro santo ejemplar. Dice el Concilio Niceño que, cuando murió, le brilló una estrella en el cuerpo, y todo el que se la tocaba se veía libre de los demonios.

Aquí no le brillan estrellas á nadie, ni vivos ni muertos, y por consiguiente los que tenemos algunos demonios en el cuerpo no encontramos estrella alguna que tocar.

Pero el santo que más me admira es San Raimundo. Qué facilidad para viajar! Ese no necesitaba la alfombrita voladora de las *Mil y una noches*. Cuentan sus panegiristas que una vez tendió su capa en el mar é hizo el viaje de Mallorca á Barcelona, parado encima de élla, no de Barcelona, sino de la capa.

Hoy ni en sueños hace nadie ese viaje; pues á lo sumo si parte de una botella de *mallorca* y se tira sobre la capa, amanece en la Policía.

Cuántos hay al presente que se toman el trabajo de hacerse ellos mismos su epitafio, como lo hizo el difunto Papa León XIII y lo han hecho algunos en Guayaquil. Santa Agueda no gastó un céntimo en su losa funeraria, porque se la trajeron escrita los ángeles y serafines.

Y qué me dicen de San Juan de Mata, que conversaba familiarmente con un Santo Cristo, y que cuando murió le bajó una columna de fuego á la cabeza!

Qué más milagro queréis, hombres y mujeres de poca fe!

De santos convertidos en palomas á la hora de la muerte hay varios: Santa Escolástica voló al cielo en figura de una blanca paloma; y San Benito, que fué el que la vió volar, atestigua que era su hermana. Santa Eulalia se convirtió también en paloma y San Eulogio en palomo; pero este no voló; sinó que se quedó posado sobre sus restos.

Entre los filántropos milagrosos figura San León, que le habría hecho hoy en día una enorme competencia á los médicos y boticarios; pues no cansado de haber sanado durante su vida á todos los enfermos, cuando murió empezó á manar de su sepulcro un aceite perfumado que curaba todas las enfermedades.

Aquí hay una junta llamada de Sanidad, que no sana á nadie. Pues bien, á San Román, que se le llamaba el *Patrón de Sanidad*, bastaba tomarle la mano para sanar en el acto de cualquiera dolencia.

Quién hubiera vivido en aquellos tiempos!

Son ustedes devotos de san Gregorio? Uhm! Yo creo que este santo *remecía el guayabo* de vez en cuando, porque lo que cuenta no es para menos. Dice que él presenció el martirio de San Emeterio y de San Celedonio, y que cuando espiraron, vió con asombro que el anillo del primero y el pañuelo del segundo se elevaban lentamente al cielo.

Verdad es que si uno deja olvidado un pañuelo y un anillo en cualquiera parte, cuando regresa á buscarlo ya *han volado*; pero que vuelen al cielo, sólo lo ha visto el buen San Gregorio.

Los pecadores nos morimos por cualquiera cosa. Hay quienes han muerto á causa de la pica-

dura de un mosquito; pero los santos sí que eran buenos para hacer ganar á una compañía de seguros de vida.

San Pedro Armengol estuvo ocho días colgado en la horca; y cuando al octavo lo descolgaron para enterrarle, vieron que estaba vivo, lozano y contento, y despidiendo un perfume embriagador.

A San Juan Ante-Portam Latinam quiso el Emperador Domiciano que lo arrojaran en una tina llena de aceite hirviendo; pero lejos de desollarse, como les habría pasado, por ejemplo, á los lectores y al autor de este artículo, experimentó— dice— la sensación de un fresco baño de rocío, y salió resplandeciente.

San Quirino fué botado al agua con una gran piedra atada al cuello para que se ahogara; mas cuál sería la sorpresa y estupefacción de los verdugos cuando vieron que el santo y la piedra flotaban como un palo de balsa, en lugar de irse á pique!

A San Primo lo clavaron en un palo aguzado, y allí permaneció tres días, vivo, animado y de muy buen humor, cantando aleluyas; y á San Feliciano, que se conmemora el mismo día, le hicieron beber una cacerola de plomo derretido y se quedó como quién se toma un caldo.

Al oír estas cosas, que tanto me conmueven y edifican, y viendo lo que somos en el día, no puedo menos de exclamar como exclamaba una baturra aragonesa.

—Dio mío, no semo naide!

Pero no he concluído aún, amables lectores y lectoras mías. Todavía me falta recordaros á San Isidro Labrador, que murió en gracia, y cuyo cadáver no se ha corrompido todavía, sino que se conserva fresco y fragante, al decir de sus pauegiristas; á San Félix de Cantalicio, que de viejo, arrugado y moreno que era cuando murió, se rejuveneció después de muerto, emblanqueció como una paloma y quedó fresco como una lechuga; y á San Nazario que caminaba sobre las olas enrespadas

del mar, burlándose del Emperador Nerón, como quien camina en el Parque Seminario.

Pero la que me ha dado en la yema del asombro es Santa Teodora, que tuvo la debilidad de jugarle una mala partida á su marido; y fué tanto lo que lloró y se arrepintió de haber faltado á la fe jurada al esposo, que (aquí viene lo bueno) se convirtió en *hombre*, sin duda para no volver á incurrir en la misma falta, y pasó el resto de su vida haciendo penitencia en un convento de *monjes*.

Esta santidad y este milagro, tan de grueso calibre, se le ha hecho torozón al mismo padre panegirista de Santa Teodora; pues dice á la letra lo que copio, para que no crean que yo invento.

(Si alguna mujer me preguntase si en caso tal fuera bueno imitar á Santa Teodora, respondo que nó, porque en la vida de los santos hay muchas cosas más admirables que imitables, y los privilegios de ellos están fuera de la regla común. Lo que hizo Teodora fué con especial instinto é inspiración de Dios, sin la cual no se ha de intentar lo que ella hizo)

Aquí me quedo.....y aún me quedo corto; pero, repito, que nuestra perversidad nos tiene absolutamente privados de la gracia, y por eso sin duda no hay quién haga los milagros que antaño se vieron, ni quién los vea hacer.

Aquí el único que hace milagros es el Gobierno cuando resucita á los muertos, inscritos en los registros parroquiales, para que voten en las elecciones, y después nadie.



Visita de Pésame

Seguro estoy de que todos mis lectores, y lectoras, si las tengo, han tenido que hacer, obligadas por el deber, la amistad ó la cortesía, muchas visitas de pésame; de consiguiente no me dejarán mentir.

La visita de pésame, digo, es un verdadero conflicto que la sociedad impone á los que la hacen y á los que la reciben.

De buenas ganas nadie haría visitas de pésame; y de mejor gana nadie las recibiría; pero la sociedad, repito, tiene leyes muy duras que no se pueden evitar.

Yo las divido en dos clases: visitas de hombres y visitas de mujeres, porque son completamente distintas, aunque concurren al mismo fin.

Voy con las primeras y pongan atención los individuos del sexo feo, advirtiéndoles que comienzo por ellos, en lugar de empezar con las señoras, como fuera más cortés, no por falta de galantería, sino porque lo mejor se deja siempre para lo último.

Desde que se le muere un deudo á un amigo ya está uno pensando en el deber que tiene de ir á darle el pésame; es decir, de ir á darle otra mortificación, á más de la que tiene con su propia pena.

Pero ¡qué remedio! Así lo exige la sociedad y hay que ir á molestar á casa ajena y triste, so pena de pasar por un indolente.

La única ventaja que uno tiene es la de estar hecho unas pascuas y hasta de hacer varias piruetas, si broma nos pide el cuerpo, mientras no se ponga el pié en la escalera de la mansión doliente.

Allí hay que revestirse súbitamente de un aire de tristeza abrumadora. Tiene que ser uno la imagen de la misma pesadumbre y superar en abatimiento á los más allegados de la familia del muerto.

Estirado el cuello hasta no poderse estirar más: doblado el espinazo, los ojos entornados, la boca entreabierta, hay que avanzar á paso lento por la sala enlutada, articulando monosílabos, en voz muy baja, cual si se temiera despertar á algún niño enfermo.

En seguida se toma asiento en el lugar más humilde hasta que aparece la víctima; es decir, el doliente, forrado de negro y sudando á chorros por la ropa que lleva y el encierro en que se encuentra en este maldito clima tropical.

Aquí se acostumbra, no sé por qué, privarse de aire y de luz, en cuanto muere un miembro de familia. Todas las puertas se cierran, apenas se ven las caras y es indispensable manifestación de duelo ahogarse de calor y respirar una atmósfera viciada.

Pero vamos adelante.

Tan pronto como el visitante ve destacarse en la semioscuridad al amigo á quien busca, corre hacia él y se precipita en sus brazos sin hablar una palabra.

Luego se sientan uno en frente de otro, con las manos en las rodillas y la mirada inclinada, pensando mutuamente qué decirse.

Ninguna frase de las que se digan debe ser completa, sino cortada, por que así es el uso y lo exige el sentimiento.

—Si, querido amigo, lamento.....

—Gracias! Esta ha sido para mi una.....

—Lo comprendo. Ya usted sabe que yo siempre.....

—Verdad es. En estos casos es cuando.....

—No hago más que cumplir.....

—Ya lo sé; pero Ud. en toda ocasión me.....

—Nada de eso! Usted comprende perfectamente cuánto.....

—Así lo veo, y crea Ud. que por mi parte.....

—Ay amigo! Estos trances, yo no sé.....

—Yo tampoco. Le aseguro que.....

—Así me pasó á mí, ya usted recuerda.....

—En efecto! Pero no hay más que conf.....

—Fué lo que hice. No obstante al saber ayer que Ud.....

—Ah!

Largo rato de silencio, durante el cual el úno piensa: qué ganas tengo de irme!

Y piensa el ótro: cuándo se irá éste!

Al fin el visitante se pone en pié, y exclama:

—Vaya, pues, amigo; ya he tenido el sentimiento.....

—Gracias.....!

Se abrazan estrechamente, y cuando se pierden de vista, ambos respiran con satisfacción.

Si hay señora en la casa, al oír los pasos del que baja, entrecabre cuidadosamente la mampara, mira hacia el salón con desconfianza, y pregunta al esposo:

—Ya se fué ése?

—Ya, hijita.

—Entonces ven á comer, que se enfría la comida.

Con las señoras pasa cosa muy distinta, como ya tuve el honor de decirlo.

Todo es que haya un duelo en una casa y ya están allí todas las amigas.

Entran á pié firme y se introducen derecho al dormitorio; porque ya saben que en ese lugar de la casa es donde se reciben las visitas de pésame.

Puede asegurarse que, tratándose de un duelo de señoras, todas están sentadas en las camas.

No sé si ésta será costumbre nacional ó que yo soy mal observador; pero esto lo veo siempre.

El dormitorio se transforma, pues, en salón de recibo, mientras dura el período más agudo del dolor.

Al revés de los hombres, que no pueden hablar en las visitas de duelo, las mujeres hablan en ellas más que nunca.

Y como tienen tanta facilidad para llorar, apenas entra una nueva visita todas se deshacen en llanto: las que van, las que reciben y las que están.

La primera obligación de la que entra es hacer una minuciosa relación de los méritos y virtudes que adornaban al difunto; relación que es aprobada y adicionada por todas las presentes, aun cuando no hayan conocido al finado.

Estos amables recuerdos contribuyen á exacerbar el pesar de los deudos, que se muestran inconsolables; pero no faltan en el acto matronas dispuestas á consolar al triste, con frases tan elocuentes como ésta.

—No hay más que consolarse!

—Todos tenemos que morir!

—Se nos ha adelantado!

—E! está en el cielo!

Entre tanto el bello sexo antiguo y moderno se divide instintivamente en dos secciones: las señoritas y señoras jóvenes entran en un grupo y las ancianas ocupan las hamacas de dos en dos y encienden sus cigarros, pasando luego á referirse todos sus achaques, con una prolijidad escandalosa.

Pues, amiga, exclama una por allí, á mí me salió un tumor en la nariz que me tuvo postrada.

Todo el día estaba destilando una especie de suero salado.

Para eso, contesta otra, no hay como el culantro y el unto sin sal, cocido con manteca de gavilán y uña de la gran bestia.

De pronto se oye una explosión de sollozos que pára á raya todas las conversaciones y transforma todos los semblantes, ya tranquilos, en caras lacrimosas.

Es una nueva visita que entra.

Y así sucesivamente.

Pero Dios ha dotado á la mujer de un corazón muy grande y de una verbosidad sin límites.

El hombre calla, abrumado por el pesar; la mujer habla siempre, á pesar de sus lágrimas.

Pero qué dicen en tan amargos trances? me preguntarán algunos.

En los intervalos de llanto cuentan minuciosamente toda la enfermedad de la persona que han perdido.

De día en día-informaba una viuda-el pobrecito se iba demacrando, hasta el punto de que ya no podía ni sentarse, porque todo era hueso, y tenía que hacerlo sobre una almohada. No hagas caso, le decía yo, por darle ánimo, cómete unos dos ó tres tamales para que te entones: pero el pobrecito no pasaba de una yema de huevo. Le dolía mucho el bazo y el hígado; una bola que se le subía y se le bajaba mucho. Su cabecita ardía como una fragua y la mañana en que falleció me había pedido un caldo de carnero tierno.....

Todos oyen esta información con religioso respeto y fingiendo un interés vivísimo, hasta que se interrumpe por la llegada de otra visita.

Las horas pasan de esta manera, hasta que se hace tarde y las ancianas se quedan dormidas en las hamacas con el cigarro en la boca, y luego hay que despertarlas para que tomen café, cosa para la cual están siempre dispuestas.

Estas son las visitas de pésame.



Un Entierro en Guayaquil

La inhumación de un cadáver era en otro tiempo la cosa más sencilla y más modesta; pero á medida que hemos ido progresando se ha llenado de complicaciones.

Cuando hace medio siglo se moría una persona, para nada se necesitaba dar aviso por la prensa ni acudir á ninguna agencia funeraria, puesto que no las había, sino simplemente mandar á doblar en una Iglesia y llamar á un hojalatero.

Dos reales costaba el doble sencillo y cuatro el asentado, en lo cual se distinguían los muertos de menor ó mayor categoría; y bastaba ese lúgubre tañido de la campana funeraria para que todas las señoras curiosas mandaran á preguntar al campanero quién había muerto. La noticia corría en seguida y á los dos minutos circulaba en toda la población, porque las señoras, y en especial las devotas, son y han sido siempre mejor órgano de publicidad que cualquier periódico; sin contar con que ellas hacen el servicio gratis y los diarios cobran hoy 25 sures por un aviso de defunción.

Mas ¿para qué era el hojalatero? preguntarán ustedes.

Qué tenía que ver el muerto con la hojalata?
A eso voy: el hojalatero era para tratar del

alquiler de los faroles que debían alumbrar el entierro, y éstos se alquilaban con velas ó sin velas, con muchachos ó sin muchachos.

Sin velas valían 4 reales la docena; con velas 10 reales, y con muchachos para que los condujeran cosa de tres pesos y pico.

Cerrado el trato, el mismo hojalatero proponía discretamente á la familia la compra del colchón en que había muerto el sujeto; porque entonces, como ahora, la hojalatería y la colchonería eran y son oficios afines, sin que yo pueda explicarme tal afinidad.

En la caja mortuoria no había qué pensar, porque ya estaba lista.

La gente de entonces era muy previsiva, y cuando le veía mala cara á un enfermo, iba y con disimulo le tomaba la medida del largo y del ancho para mandarle hacer el estuche.

De modo que cuando el enfermo moría, ya estaba el cajón esperándolo debajo de la cama.

Y no crean ustedes que eran de aquellos ataúdes que ahora se usan y que cuestan un dineral, para maldito el caso que hacen de ellos los difuntos, sino una caja forrada en negro con franjas amarillas ó blancas.

Jamás se enterraba á los muertos de día, sino de noche, á fin de que la gente ocupada no se privara de sus ocupaciones; y llegado el momento reuníanse al pié de la casa mortuoria tantas docenas de granujas como faroles hubiera por llevar; formaban un alboroto espantoso que se oía en todo el vecindario; pero que contribuía por otra parte á mitigar la amargura de la situación, y así pasaban las cosas hasta que bajaba el féretro, seguido de los dolientes.

Echábaselo áuestas un hombre robusto, dábase la señal de partida y todo el convoy se ponía en marcha hasta el cementerio.

Entonces no había más vehículo que los talones de cada individuo; pero existía la ventaja de

conocer á los verdaderos amigos del muerto; pues no cualquiera se automoviliza de noche y por malos caminos al recinto de los muertos; sino llevado por un fin sinceramente piadoso.

Ahora no niego que hemos progresado mucho; pero no sé si habremos ganado ó perdido.

La noticia de una defunción la dan los periódicos, y lo primero que hace el que la lee, si es que tiene relaciones ó deberes de cumplimiento con la familia del finado, es fijarse en la hora señalada para el entierro.

Las 4 p. m., por ejemplo.

Entonces tengo tiempo para comer, exclama.

—Y á qué hora come Ud?

—A las cinco.

—Pero si el entierro es á las cuatro.

—Oh, no! Así dicen, para que los concurrentes se vayan preparando; pero no será sino después de las cinco.

Y, efectivamente, el individuo come, reposa, lee el periódico, se afeita, se viste de luto, sale, llega á la casa mortuoria á las cinco y cuarto y todavía no ha llegado el carro fúnebre.

La puntualidad no existe entre nosotros: somos un prodigio de inexactitud.

Y como ya estamos acostumbrados á la informalidad, á nadie le chocan estas faltas, y cada cual se limita á esperar á los demás, vengan cuando vinieren.

Por fin se da la señal de marcha, y todos los que han estado en el portal fumando y comentando los negocios públicos ó discutiendo sobre sus asuntos particulares, suben á toda prisa para hacer constar su presencia ante los miembros de la familia doliente, á fin de que vean que han ido al entierro de su deudo.

Después de esta presentación, ya pueden irse á su casa, si quieren, ó concurrir al cementerio, si les place.

No á pié, por supuesto, como iban nuestros

padres, sino en carro, porque para eso los hay en número suficiente, costeados por los deudos del finado.

En cuanto se da la voz de marcha se produce un desorden en el cortejo, que los no avisados pudieran creer que se trata de un motín; pero no es más que una brega cuerpo á cuerpo entre personas decentes por ocupar los primeros vehículos.

Al fin cada cual se acomoda como puede y celebra la buena suerte que le ha cabido ó deplora su colocación.

El convoy se pone en marcha; pero no avanza dos cuadras, cuando al doblar la primera curva óyese un estrépito y se planta á raya uno de los carros.

Los que quedan detrás se plantan también, porque no pueden pasar por encima del que ha saltado de los rieles; pero los que pasaron antes siguen su marcha impertérritos, sin cuidarse un comino del accidente.

En estas circunstancias hay que iniciar en el acto la operación de montar al vehículo sobre los rieles; y á ello aplican, sumando sus fuerzas, los empleados del tranvía, sin molestar de primera intención á los pasajeros.

Estos conservan hasta el último momento la consoladora esperanza de no bajar, fiados en que los han de levantar con carro y todo; pero al fin sucede que por más tacos que han echado los vagoneros, y por más insultos que han dirigido á las mulas, el vehículo no monta, y el conductor entonces invita galantemente á los pasajeros á descender para aliviar de su peso al carro.

Ante una razón tan poderosa no hay cómo resistirse, y todos bajan de mal humor, presintiendo la pérdida de sus asientos y de la comodidad duramente conquistada; pero se desquitan lanzando enérgicamente imprecaciones, que hallan eco en todos los pechos, contra la Empresa de Carros Urbanos.

En ciertos casos el conductor insinúa la conveniencia de hacer peso en uno de los extremos del vagón para que se levante el otro, por un movimiento de báscula que facilite el enriclamiento; y esta idea es siempre acogida con júbilo y á veces ameniza el accidente.

La jovialidad brilla en todos los rostros; todos toman este recurso por vía de recreo, hasta que se oye un ¡YA! más sonoro y entusiasta que el grito de *¡Tierra!* en la carabela de Colón.

Por dónde irán los otros carros? Ya habrán llegado al cementerio?

Probablemente, piensan algunos.

Y el carro se pone en marcha hasta doblar otra curva en la que se vuelve á producir el ¡crarrrrrrrrr.

Pero este nuevo contratiempo ofrece no obstante un consuelo para los viajeros, y es que dos, ó tres cuadras más allá están aún los vagones que partieron delante y que se suponían llegados al punto de su destino; y en uno de ellos se observa el característico movimiento de báscula que todos saben qué significa.

Así sigue la cosa hasta que se llega al cementerio; pero yo prefiero el sistema antiguo, que era más económico y expedito.



El Cigarro.

Amo y criado viajaban á pié por un camino malo y bajo los ardientes rayos del sol canicular.

La fatiga, el hambre y la sed les hacía aún más penosa esta áspera jornada.

El criado llevaba acuestas una alforja y dentro de ella algunas provisiones fiambres y media pinta de vino, que le ponían en el suplicio de Tántalo, desde que no podía tocarlas hasta que su amo dividiera la ración.

A la caída de la tarde llegaron á un cobertizo abandonado y el patrón juzgó prudente detenerse allí para tomar un refrigerio y reparar las abatidas fuerzas.

El fámulo presentó la alforja y su amo fué sacando un pollo cocido, algunos huevos duros, pan, queso y vino.

Ambos tenían un apetito abierto de par en par; pero como en este mundo hay tantas desigualdades sociales y.....políticas, empezó á comer primero el amo, mientras el criado, dominando los clamores de su estómago, esperaba respetuosamente su turno para tomar la parte que se le dejara.

Mas era tanta el hambre del primero, que no comía, en el sentido ordinario de la palabra, sino que devoraba á dos carrillos, y despachó la colación en cinco minutos, sin tener en cuenta que el

El Cigarro



—Patrón: ahora le toca á Ud. fumar este cigarrito.

pobre doméstico, compañero de fatigas, se quedaba sin ración.

Desgraciadamente estos abusos se ven con demasiada frecuencia en el planeta que habitamos.

Grande fué el disgusto del criado cuando se vió excluído del festín; mas ni siquiera pensó en manifestar sus quejas, sabiendo perfectamente que las quejas de los humildes no valen un comino ante los poderosos, así se trate del orden moral, del orden social ó del orden político.

El amo, entre tanto, no dejaba de sentir algunos escrúpulos por la mala partida que le había jugado á su inferior; pero creyendo, como creen siempre los grandes, que los desvalidos se conforman con cualquier piltráfa y cuatro palabritas bonitas, abrió su flamante petaca de nácar, sacó un cigarro y, dándoselo al doméstico, le dijo:

—Toma, negro. Fúmame este cigarro puro, que guardaba especialmente para tí, á fin de probarte que yo no sé olvidarme de mis buenos servidores. Has de saber, muchacho, que un cigarro como éste, chupa, conforta y aprieta; tonifica, reconstituye, vigoriza; depura, nutre, embellece; limpia, fija y da esplendor.

El criado silencioso tomó el cigarro y lo guardó con el mayor cuidado en la alforja vacía; pero entré sí decía: Ah, desalmado ¿conque crees que un cigarro es lo que necesito? Ya te daré yo á fumar mejor tabaco!"

Al día siguiente volvieron a ponerse en marcha y llegaron á la orilla de un río, que era preciso vadear.

Pasó primero el criado, que conocía muy bien el vado: y en seguida comenzó el amo á hacer lo mismo; pero le faltó pié en la mitad del cauce y allí fueron sus manotadas de ahogado.

Socorro! exclamaba, con el agua al cuello. No tardes, negro, que me estoy ahogando.

El criado le miraba impasible, sentado en la ribera opuesta.

Me voy á pique! continuaba el amo, cada vez más angustiado. Qué haces, negro, que no te mueves?

El criado abrió la alforja, sacó el cigarro, lo limpió cuidadosamente con el puño y arrojándoselo á su amo, que se hundía, le dijo.

—Patrón: ahora le toca á Ud. fumarse este cigarrito!

Y el amo, probablemente, no tuvo tiempo para fumárselo; porque al otro día flotaba todavía el cigarro medio deshecho entre las algas de la ribera.

*
* *

Esta es una lección para los que suben, mimados por la fortuna, al pináculo de sus aspiraciones, y dejan plantados en la hora del almuerzo á los mansos de corazón que fueron tras ellos cargándoles la alforja donde iba el fiambre.

Y si bien es cierto que el mundo está lleno de estos desengaños, también está lleno de cigarros y á todos nos llega la hora de fumarlos.





El Reloj del pueblo

Doña Verónica era una mujer de amplios recursos.

Para élla no había dificultad alguna sobre el haz de la tierra.

Si se le hubiera ocurrido bajar la luna y freír-la en una sartén, lo habría hecho.

Redonda de cara, ancha de caderas, alta de pecho, parecía un monumento.

Cierto bigote crespo que tenía bajo la gruesa nariz le daba un aspecto viril de arrancar á correr,

Pero en cambio era una mujer muy servicial y de excelentes puños: nadie como élla para descuartizar un chanchó; para dar unas friegas de mostaza ó para poner una lavativa.

Tenía por vecino á un joven pálido, enclenque, enfermizo, que era la debilidad andando y la más probable candidatura para el Cementerio.

Un día el joven, que se llamaba Esqueleti, porque era de origen italiano, enfermó gravemente y mandó llamar un médico.

Fué el galeno y le recetó unas píldoras, de las cuales debía tomar una cada hora; pero advirtiéndole que debía ser á hora exacta; porque eran de dos clases y estaban compuestas de ciertas sustancias que no deberían tropezar en el estómago sin riesgo de producir un disgusto á los intestinos, causando la muerte del paciente. Y que si no las tomaba también se moría.

En esta emergencia el enfermo optó por el menor de los males y resolvió pildorizarse, saliera pato ó gallareta.

Mas cuando iba á tomar la primera cápsula, se acordó de que no tenía reloj, ni medios con qué comprarlo, para medir el tiempo.

Qué hago! se decía el infeliz. Cómo sé yo la hora en que debo tragarme la píldora!

Era más de media noche y aún no había resuelto el problema, cuando acudió á su mente una idea salvadora.

Doña Verónica! exclamó. Sólo élla me puede sacar de este apuro.

Y acto contínuo se levantó temblequeando y se dirigió al cuarto vecino, que era el de la buena mujer, llamándola con voz que parecía salida del otro mundo.

Quién va? dijo élla abriendo la puerta. Ah! Es usted, vecino? Qué hace aquí, hombre de Dios? No estaba usted enfermo, cristiano? Qué barbaridad! Levantarse así, de la cama, á estas horas! Pero qué pasa? Aquí estoy yo.....-

Vengo á pedirle un favor, señora.

Sí? Pero antes vaya á acostarse, bendito. Yo voy con usted, pobre vecino, qué lástima me da verlo! Vamos!

Y sin darle siquiera tiempo para articular una palabra, Doña Verónica cargó en peso con el enfermo, como si hubiera sido un gato, le llevó á su cuarto, le quitó los calzones en un bolichazo, á pesar de la resistencia que opuso el paciente, lo acostó en la cama y le empezó á dar unas friegas en seco, que el pobre Esqueleti estuvo gravemente amenazado de quedar convertido en una hoja de papel.

—No me friegue, señora! clamaba él con desesperación, al sentir el puño de la Verónica que le recorría rápidamente toda la zona comprendida entre el espinazo y sus inmediaciones, como si lo estuviera cepillando.

Qué sabe Ud! exclamaba élla. Esto es para sacarle el frío!

Al fin lo dejó más liso que una tabla, y entonces preguntó:

—Ahora, dígame, qué quería, vecino?

—Quería, repuso el otro languideciendo, saber si podía usted proporcionarme un reloj?

—Para qué?

—Para ver la hora exacta en que debo tomar-me unas pildoras.

—Pero, cristiano, por que no me lo dijo desde un principio!

—Porque usted no me ha dejado,.....

—Vaya, hombre! Si lo hubiera sabido!

—Es decir que tiene usted reloj?

—Qué voy á tener, hijo de mi alma; si yo no soy relojera! Y para qué queremos reloj, teniendo, como tenemos, el reloj del pueblo, que es el mejor de todos y no cuesta nada!

—Cuál es ese?

—Mire usted: á las 4 de la madrugada canta el gallo.

A las 5 pasa el panadero con la mula que lleva la collera de cascabeles.

A las 6 pitan las máquinas del Astillero.

A las 7 van los carpinteros á sus trabajos.

A las 8 pasan las niñas á los colegios.

A las 9 salen los vendedores de cuajada tierna.

A las 10 regresan las niñas á sus casas.

A las 11 suspenden los carpinteros las obras y vuelven á pitar las máquinas.

A las 12 suena la hora en todas las iglesias, comienza el trabajo de los artesanos y los niños vuelven á sus escuelas.

A la 1 gritan los vendedores de *pan de yuca y manjar blanco*.

A las 2 suenan los timbres de los heladeros á la minuta.

A las 3 salen las niñas de los colegios.

A las 4 los vendedores de bollo de pescado.

A las 5 pitar las máquinas y se suspende el trabajo,

A las 6 llaman á rezo las campanas.

A las 7 salen los vendedores de caramelos y de barquillos.

A las 8 suena la plegaria en todas las iglesias!

A las 9 *alarma de incendio*.

A las 10 rebuzna el burro.

Después á dormir.

—Pero, señora, por Dios, ese es un batiburrillo.

—Qué sabe Ud.!

—Así es que ¿cuándo debo tomarme la primera píldora.?

—Cuando cante el gallo, y la segunda cuando pase el panadero.

Pasaron algunas horas sin oirse el esperado canto del rey de los corrales, horas que fueron de mortal angustia para el enfermo, hasta que la luz del día entró por las rendijas.

Cáspita, dijo doña Verónica, ya es de día.

—Y el gallo?

—Cuando no ha cantado es porque no habrá ningún gallo por la vecindad. Porque de cantar, cantan, si los hay.

—Ah!

—Pero no importa! Comenzará á tomar las píldoras á las cinco, lo mismo es.

—Corriente,

—Asomóse la enfermera á la ventana y preguntó á una vecina:

—Comadre ¿ha pasado el panadero?

—Ya pasó, comadre.

—Y cómo no hemos oído los cascabeles?

—Porque ahora anda la mula sin cascabeles.

—Ah diantres! Ahora hay que esperar las seis.

En cuanto piten las máquinas.

Oyóse entonces una voz doliente que preguntaba desde adentro:

—Señora, ¿qué hora es?

—Todavía no han pitado las máquinas.

Doña Verónica, siempre con el oído atento, se fué á sus quehaceres, y ya muy entrado el día, se dijo:

—Las máquinas no pitan.....!..... Habrán comenzado ya el trabajo los carpinteros?

Volvióse á asomar á la ventana, dirigió una mirada á los edificios en construcción y no vió un solo obrero.

Al cabo de un rato se fijó en una chica que jugaba en el portal de la casa vecina.

—Oye, niña, le dijo, todavía no vas á la escuela?

—Nó.

—Por qué?

—Porque hoy es *fiesta*.

—Ah carrizo! No has visto pasar algún *cuajadero tierno*?

—Cómo no!

—Pero no ha gritado?

—Nó, señora.

—Válgame Cristo! Qué dirá ahora el pobre enfermo!

—Señora, exclamó una voz doliente de adentro, ¿qué hora es?

—Esperando estoy que den las doce, vida mía! Porque hoy anda mal el reloj del pueblo.

—Ah!

Fatigada de tantos trajines, doña Verónica se recostó en una hamaca, esperando oír las doce; pero la venció el sueño y se quedó dormida.

El grito chillón de un muchacho, pregonando: "Se van los bollos de pescado!" la hizo despertar sobresaltada, y dijo: las 4. Cómo se me ha pasado el tiempo!

Corrió á la ventana y vió alarmadísima que era ya noche oscura.

—Bollero! gritó

El vendedor de bollos acudió en el acto.

Tú no sales todos los días á las 4, bribón?

—Sí



—Y por qué apareces á esta hora?

—Porque á mi mama se le acabó er carbón dende temprano.

—Y qué hora es?

—Serán las ocho ú las nueve.

—Lárgate de aquí, zamarro!

En este momento se oyó claro y distinto el conocido y tradicional toque de *las ocho*.

Ah! Las ocho! Vamos á ver ese pobre enfermo!

Mas al entrar á verlo, rebuznó un burro en la vecindad.

Doña Verónica se quedó indecisa. Serán las 10, se dijo, ó las 8? Está atrasado el sacristán ó se habrá adelantado el burro?

Abrió las cortinas del lecho en que reposaba Esqueleti, y lanzó un grito.

El infeliz era ya alma de la otra vida,

Al otro día decía doña Verónica á las vecinas:

Yo hice cuanto pude por él; pero se me murió como una palomita.

De esto se deduce que el reloj del pueblo á veces no sirve para nada, y en esto se parece á esos pomposos decretos legislativos, ejecutivos ó municipales sobre asuntos de beneficio público, en los que se cree que todo está previsto, medido y calculado para que surta efectos inmediatos y eficaces en provecho de los asociados; pero á la hora de la práctica todo resulta al revez y en esto dan las ocho, rebuzna el burro y se muere el enfermo sin tragarse las píldoras.



El pavo de Fray Melchor

Cierta comunidad franciscana estaba profundamente excitada con la próxima elección de Guardián, que debía efectuarse el mismo día de la fiesta de su Santísimo Padre San Francisco.

Los candidatos eran tantos como frailes contaba la comunidad, porque cada uno de ellos se creía con perfecto derecho para gobernar á los demás.

Y después de todo tenían razón, porque tan frailes eran los unos como los otros y más vale tener á quien mandar que ejercitar la santa obediencia.

Sólo los legos estaban en caso de menos valer; pues aun cuando todos somos iguales á los ojos de Dios, y mucho más los son en las humildes órdenes religiosas, el hecho es que en la práctica los pobres legos no suelen nacer más que para fregar los platos y recibir coscorrones de sus carísimos hermanos en Jesucristo.

Hasta es posible que en el cielo los manden á limpiar las ollas ó á barrer la portería; pero quédeles el consuelo de que yo no hablo aquí solamente de los legos conventuales, sino que comprendo también á otros legos sin coguya, que andan por el mundo sudando la gota gorda, hostigados por la infausta suerte y amasando la harina para que los

gamonales se coman el pan.

Mas volvamos á la claustral mansión de los hijos de Asís, y veremos en qué pararon las elecciones para el Guardianato.

Vaya una cosa más rara! Han de creer ustedes que los que más bulla metían en el asunto electoral eran los legos.

Sí, señores: eran los legos los bullangueros, mientras los frailes se hacían los morrongos.

Cada lego tenía su candidado propio: cuál trabajaba por el padre Indalecio, cuál por el padre Andalacio y así sucesivamente.

Y qué grescas las que se armaban diariamente. Ya era un Indalecista furibundo que cogía el primer santo de bulto que le venía á la mano y le daba de corazonazos de Jesús en la cabeza á un exaltado adversario; ó ya era al revez un Andalecista de armas tomar que le zurraba la badana á su contricante con el hisopo del agua bendita.

El Guardián saliente se encogía de hombros en presencia de estos escándalos ó se limitaba á decir en voz baja:

Qué majaderos!

El sacristán, en cambio, ponía el grito en el cielo á cada trepolina que se armaba, porque sus queridas imágenes eran las que pagaban el pato.

Dónde está la cabeza de la Dolorosa? preguntaba indignado.

Y era que el hermano Crispín había hecho con ella arina arrojadiza contra el hermano Crispón.

—Y la cera del Santísimo Sacramento, dónde estaba?

En las espaldas del hermano Cirilo, después de la zurra que le dió el hermano Ciruelo.

Aquello era un desorden.

Sólo el lego Fray Melchor no se metía con nadie, ni hablaba palabra; cuidando únicamente de resguardar su pellejo, y yéndose á otro lado cuando reñían sus compañeros.

Algunos iban á sonsacarle á propósito de la elección de Guardián, para que revelara sus simpatías; pero él se limitaba á decir:

—Yo tengo mi candidato; pero sólo Dios, mi Padre San Francisco y yo lo sabemos.

Y como los más curiosos insistieran en hacerle más explícito, cerraba la discusión con estas palabras.

—Ustedes saben, hermanos, que yo poseo un pavo?

—Sí, un pavo que está usted engordando hace cuatro meses.

—Pues bien: ese lo reservo para mi candidato. El día en que ustedes me vean matando el pavo, ese día les diré quién es mi candidato.

—Y cuando matará usted á su pavo?

—Muy pronto.

Los días pasaban con lentitud desesperante para los impacientes, y en casi todos madrugaban los legos para visitar el corral y ver si el hermano Melchor estaba matando el pavo; pero ¡ca! el ave se mantenía muy tranquila en su percha y Fray Melchor rezaba el oficio á la sombra de un guayabo.

—Yo creo que nuestro hermano Melchor es un santo, le dijo cierto lego á otro una mañana.

—Yo creo que es un pillo, le respondió el compañero.

Como todo llega en esta vida, llegó el suspirado día de San Francisco y se reunió el Capítulo para la elección de Guardián.

Qué ansiedad tan grande!

Quién saldrá? Quién no saldrá!

Después de una hora larga de impaciencia, repican al fin las campanas y se proclama el nombre del nuevo Guardián.

El Padre Gerundio!!

Cómo no había salido electo el Padre Indalecio, ni el Padre Andalacio, por quienes se habían

trompeado todos los legos, y salió Fray Gerundio, en quien nadie había pensado!

Unos se rascaban la nariz, otros se tiraban de los pelos y no se oía más que esta voz general:

—Pero quién había de pensar en el Padre Gerundio!

En ese momento apareció Fray Melchor, con la fisonomía radiante y el pavo muerto debajo del brazo.

Para que vean—les dijo—como yo tenía mi candidato. Ya maté el pavo!

—Y quién era su candidato?

—El Padre Gerundio!

Ah, bribón, exclamaron todos: éste ha esperado que se haga la elección para matar el pavo!

Y sea como fuere, el hecho es que desde ese día Fray Melchor fué invitado á comer en la mesa del nuevo Guardián.

Así suele haber muchos Fray Melchores cuando se trata de candidaturas presidenciales; muchos Fray Melchores, digo, que se tienen guardado el nombre de *su candidato* y se están haciendo los zuecos para matar el pavo después de la elección.

En una palabra: juegan sobre seguro, y ya ven ustedes como les sale bien la táctica y se sientan en la mesa de Fray Gerundio.





Flor de un día

—Bello país debe ser el de América, papá!

—No, hija, estás muy equivocada. Apenas puedes imaginarte lo que es eso!

—Creo que los habitantes están muy atrasados. No es así? Me parece haber leído una monografía de Monsieur Wery, en la que pone de oro y azul á los ecuatorianos, diciendo, si mal no recuerdo, que viven en los bosques, comen carne humana y visten taparrabos de plumas.

—Eso es mentira, hija!

Ya no hay tales bosques, sino grandes poblaciones como las nuestras; se come bien, cuando hay dinero, y se viste á la última moda, cuando se tiene para pagar al sastre.

—Qué fastidio! De manera que ya no hay salvajes en América.

—Los hay, como en todas partes: pero con la circunstancia de que son algunos salvajes de levita.

—Pues yo quiero ir á América, papá. Se me ha ocurrido una bellísima novela indígena. Fíjese Ud. que llego yo á esas agrestes comarcas, y lo primero que hago es sentarme á la sombra de una gallarda palmera cimbradora y ponerme á libar el delicioso néctar del coco.

—Entonces se me presenta el dueño de la cimbradora palmera y me cobra el consumo.

Ah! Qué prosaico es Ud.. papá! Yo prefiero

imaginar que sale de entre los matorrales un terrible *jaguar*, y se echa sobre mí.

—Un qué?

—Una bestia feroz.

—La cual te devora en un minuto?

—Nó! Lo que hago, al verme presa del terrible carnívoro, es lanzar un grito de angustia y caer semi privada del conocimiento; pero al mismo tiempo oigo el silbido de una flecha, que parte de la opuesta espesura, y veo sucumbir al bruto herido en mitad del corazón por el agudo dardo. Vuelvo en mí, y exclamo: Padre mío!

—Y yo dónde estoy?

—Ud. debe estar fumando su cigarro bajo la sombra de un copudo tamarindó.

—Bravo! Y luego.....?

—Súbitamente, cual aparición fantástica, veo surgir ante mí un Cacique, jefe de la tribu jíbara, que se me acerca sonriendo y me dice en quichua:

—No temas, blanca hermosa de azules ojos y cabellos de oro. Mi azagaya empozoñada ha dado muerte á la sanguinaria fiera. Yo soy el famoso Turinguricho, que bebe chicha en el mate de la princesa Yapingacho.

Entonces yo, papá, con los ojos bajos y la mejillas teñidas de ardiente púrpura, le digo así:

—Oh augusto habitante de la vírgenes selvas americanas! Tierna doncella, del otro lado de los mares, es la que te debe la vida, salvada por tu arrojo, de las garras de la fiera. Gracias, gran Cacique de la tribu jíbara, que bebes la chicha en el mate de la princesa Yapingacho. Saludes á la familia!

—Qué disparate!

—Al decir yo ésto palidece el monarca de los bosques, y poniéndose de rodillas exclama:

—Como adora el guacamayo al plátano maduro; como busca la catarnica el pegajoso mullullo; como el zorro que se apega á la gallina, así os amo yo, preciosa reina blanca, y tu *Vilca* será mi *Vilca*,

y tu *Huaca* será mi *Huaca*.

—Y qué es eso de *Huaca*?

—Yo qué sé, papá; pero debe ser alguna cosa buena, porque era lo que le decía el indio Amaru á la hermosa Toa, en la Virgen del Sol, de don Juan León Mera.

—Bueno, adelante!

—Y me dirá también: Yo cazaré para tí la culebra verde: labraremos nuestra cabaña á la orilla del río y el *Inti* sumo y la madre *Quilla* nos darán fortuna.

—Y quién es esa *Quilla*?

—La luna, padre.

—Sabes que tu novela me va cargando.

—Ya voy á terminar. Conmovida yo con tan apasionadas frases; obligada por la inmensa gratitud que debo á mi salvador, lanzo llena de rubor un tenue *sí*, y cogiendo en la mías la mano del Cacique, le digo: vamos á recibir la bendición de mi padre, que está sentado aguardándome á la fresca sombra del copudo tamarindo.

—Y me vas á buscar?

—Sí.

—Pero ya no me encontrarás.

—Por qué?

—Porqué estaré preso en la cárcel.

—Y con qué motivo, papá de mi alma?

Porque en América cambian los gobiernos en un abrir y cerrar de ojos, y tengo por seguro que mientras concluye tu novela ya ha caído mi gobierno, mis correligionarios se han trocado y me tienen amarrado codo con codo.

—Así es la cosa?

—Así es; y lo peor viene de que los mismos *correligionarios* de ayer te ponen hoy en la picota.

—Entonces, no debe ser, tan bueno, que digamos, el país de América, papá!

—No te digo que nó!



Los Marsupiales

Estamos en clase de Historia Natural.

El viejo profesor, lleno de ciencia y de experiencia, acaba de subir á la cátedra, y, después de enjugarse el sudor y ponerse los anteojos, abre el voluminoso texto de zoología y pregunta á los alumnos:

—Qué tenemos hoy?

—Los marsupiales, gritan en coro los discípulos. Los marsupiales, señor! Los marsupiales!

—Basta! Basta! grita á su vez el maestro. Ya lo he oído. Ustedes jamás aprenderán á tener educación. Cuando pregunto una cosa, es suficiente que uno solo me conteste sin formar alboroto, porque hay que tener en cuenta que aquí estamos en un colegio, y no en una plaza de toros ¿entienden?

—Ju, ju, ju, susurran algunos alumnos.

—Bien! Decíamos, pues, que.....pero ya me han hecho olvidar lo que decíamos.

—Los marsupiales, señor! Los marsupiales! Los marsu.....!

—Silencio!!!

El profesor golpea en el bufete con el lomo del texto y durante algunos minutos permanece con el gesto avinagrado.

Al fin se desarruga y habla así:

—Tipo noveno de los vertebrados—Vertebrata—Clase de los mamíferos—Mammalia—Sub-clase de los marsupiales—Marsupiales.

Estos mamíferos aplacentarios tienen dos huesos marsupiales y una bolsa sostenida por dichos huesos, en la que se hallan contenidas las mamas.....A ver, el primer jovencito ¿qué hay que decir sobre esa bolsa?

—Esa bolsa, es, pues, una bolsa, que no tiene nada de particular.

—Qué necesidad! El otro.

—La bolsa ó saco de los marsupiales está formada por dos repliegues cutáneos en la parte ventral de las hembras y rodea los orificios de las glándulas mamarias situados en los pezonos....

—Muy bien; pero yo quiero saber para qué sirve este saco, ó *marsupium*, como le llaman los zoólogos.

—Sirve de albergue á los hijuelos, que nacen como un cuajarón de gelatina, hechos una calamidad, y entonces su madre (la de ellos) los agarra y se los mete en la bolsa para que mamen y se desarrollen; porque de otra manera estarían fritos.

—Qué lenguaje es ese, por Dios! Dá vergüenza tratar con ustedes! Los pequeños seres nacen prematuramente, así se dice—á consecuencia de la falta de placenta; y estos embriones ciegos, desnudos, con extremidades apenas perceptibles y el ano imperforado, se prenden á uno de los dos ó tres mameones que tiene la madre y permanecen en esta situación durante ocho ó nueve meses, como acontece con el canguro gigante.

—Sin soltar la teta?

—Pues es claro; si la soltaran morirían.

—Qué animales tan mamones!

—No puede ser de otro modo; pues apenas permanecen en el seno materno 39 días y salen á luz en un estado de semiformación que los invalida para todo acto voluntario.

—Señor, exclama un muchacho, no dejaba de

ser muy cómodo el nacimiento y conservación de los hijos para la *cangura*. Si entre la especie humana ocurriera lo mismo, sería un desahogo para las señoras el dar á luz un niño y poderse lo guardar en el bolsillo.

—No hable Ud. disparates! La *marsupia*, ó sea la bolsa ventral, no se ve más que en los mamíferos de la más inferior escala zoológica, como la zarigüeya, el filandro enneas, el tilacino cabeza de perro, el queropo castaño, el canguro gigante.

—Señor?

—Qué hay?

—Los canguros machos también tienen marsupium?

—Qué pregunta! Para qué la van á tener, siendo únicamente necesaria y exclusiva para las hembras.

Risas en toda la clase y cuchicheos entre los más ladinos.

El profesor vacila entre incomodarse ó tener paciencia; pero al fin se decide á conservar la tranquilidad y continúa:

—Una vez puestos los pequeñuelos en la bolsa abdominal, se coge cada uno á una mama, bastante parecida á una verruga prolongada y permanecen adheridos hasta que los miembros y órganos de los sentidos alcanzan cierto grado de desarrollo, el cual se verifica muy rápidamente.

Cuando llegan á cierto grado de crecimiento, despréndense los pequeñuelos de la teta; pero no abandonan el saco, y si salen alguna vez de él, apresúranse á entrar de nuevo en caso de peligro.

—Dónde habitan los canguros, señor?

—Habitan principalmente en Australia y en algunas regiones del Africa.

—Y no los hay en el Ecuador?

—Nó. Esa familia *Halmatúride*, cuyo género más noble es el *Macropus giganteus*, no existe en esta zona.

—Pero sí hay otros marsupiales?

—Sí los hay: la comadreja, por ejemplo, que aquí llamamos vulgarmente zorro y algun otro....

En este momento el profesor es solicitado fuera un momento por un superior del plantel, y mientras abandona la clase aprovecha el más malo de los alumnos para subirse á la cátedra, se coloca las gafas del maestro, abre el libro, imita todos sus ademanes y su voz y se expresa así ante sus bulliciosos compañeros:

Pues, sí, señores: os hablo de la distinguida familia Halmatúride, cuyos ilustres miembros tiene el mérito de nacer prendidos á la teta y el acierto de no soltarla un momento.

Los demás animales mamíferos suelen mamar á ratos, y aún permiten que otros mamen; pero nó los marsupiales, que no aflojan la mamadera aun cuando tengan tamaños y afilados dientes.

Estas especies abundan en el Ecuador, aunque el maestro diga lo contrario; porque yo conozco marsupiales de la especie humana, y vosotros también los conocéis, que apenas nacen van á parar al *marsupium* del presupuesto nacional, allí se prenden y no sueltan jamas el mamelón, sino para transmitírselo á sus descendientes.

Quando se trata de hacer alardes de patriotismo sacan la cabeza de la bolsa, como los jóvenes canguros, á fin de hacer acto de presencia; pero al menor síntoma de peligro vuelven al saco y á la teta. Y aun se dan casos de que toda una prole tiene la suerte de encajarse en la misma bolsa, ó sea oficina pública.

De manera que cuando veais desfilas á la Tesorería de Hacienda una serie de ejemplares gordos, lozanos y contentos, no os quepa la menor duda, compañeros: son marsupiales.!,...,....”

El profesor, que entraba en ese momento y sólo oyó la última palabra, exclamó regocijado:

—Sí, señores; son marsupiales, tipo noveno de los vertebrados, clase de los mamíferos.



Los Milagros de San Antonio

Hablábase en días pasados en una tertulia sobre los milagros de los santos, y una de las señoras más respetables de la reunión exclamó con entusiasmo:

—En mi concepto, no hay santo más milagroso que San Antonio.

—Soy de la misma opinión, asintió una señorita.

—Pero, señores, intervine yo maliciosamente para provocar una polémica ¿se puede saber en qué consiste ó de qué manera se efectúan los milagros de San Antonio?

—Pues ya lo creo, dijo la niña: se le pierde á Ud. alguna cosa y por más que la busca no la puede encontrar; entonces le enciende Ud. una vela al santo, y parece.

—Hola! De suerte que se me pierde á mí una cosa, le enciendo una vela al santo y la encuentro.

—Sí, señor!

—Y el milagro?

—Pues allí está el milagro, en que le devuelve á Ud. las cosas perdidas.

—Vea Ud., agregó la señora: en días pasados se me perdieron unos lindísimos aretes de perlas, que encierran para mí los más dulces recuerdos. Tenía la seguridad de haberlos guardado en un cofrecito de nácar donde tengo mis alhajas. Fuí á

buscarlos, y cuál no sería mi dolorosa sorpresa al no encontrarlos! Le aseguro á Ud. que nunca he llorado tánto como aquel infausto día. No por el valor de la joya.....,.....

—Se comprende.

—Sino porque era un regalo de mi madre ó de mi primo, no me acuerdo bien; pero, en fin, se trataba de una prenda de familia que estimaba y estimo más que mi vida.

—Muy justo.

—Me cansé de buscarlos en todos los rincones y durante muchas horas permanecí inconsolable, hasta que tuve la inspiración de dirigirme á San Antonio. Yo tengo un San Antonio, hecho en Quito, que es una maravilla.

—Ya lo creo: un santo construído en la Capital, debe ser muy milagroso.

—No se burle. Hablo de la imagen y digo que es una obra de arte. Pues bien, acudo á mi santo y le enciendo una vela, diciéndole: San Antonio bendito, por la virtud que Dios te ha dado, haz que parezcan mis aretes!

—Por supuesto, parecieron?

—Ya verá Ud. En el preciso instante en que, llena de fe, invocaba el auxilio del santo de Padua, me llevé maquinalmente las manos á las orejas y encontré mis pendientes, que los llevaba puestos, sin haber reparado en ello.

—Me parece, en efecto, mi querida señora, que el milagro no puede ser más palpable; porque ¿cómo iba Ud. á adivinar que llevaba consigo los pendientes? De la misma manera puedo yo mañana perder la nariz, ó creer que la he perdido. Apelo al santo; le enciendo una vela; le pregunto lleno de fe qué se ha hecho mi nariz; me llevo maquinalmente la mano á la cara y me la toco; milagro!

—Poco á poco, caballero, arguyó la señorita; no hay que tomar á broma los milagros de los santos: á mí se me perdió en la calle una carterita, que contenía objetos que me eran muy caros. Deses-

perada por esta pérdida acudí á San Antonio y no pasaron dos horas cuando la tuve en mi poder. Adivine Ud. quién me la trajo?

—Algún ángel.

—Nó. Me la trajo un joven, que la había encontrado en el tranvía; pero ésto lo reputo yo como milagro.

—Del joven?

—Nó, del santo, es claro; pero admírese Ud. más todavía.; el joven aquél se llamaba Antonio.

—Es asombroso! exclamé.

—Yo también lo conozco—dijo interviniendo en la conversación un niño de cinco años, hermanito de la joven; ese que mi *ñaña* dice que le *trajió* la cartera es el *enamorado* de élla

—Otro milagro!!! expuse entonces, provocando la hilaridad del auditorio, mientras la niña se ponía de siete colores y el chico mohino exclamaba, dirigiendo torcidas miradas á su hermana:

—No me *peñáskues*, porque digo otra cosa *más pior!*

—Lo cierto es—dijo otra de las señoras del grupo, para cortar el incidente—que no se pueden negar los milagros de San Antonio: yo tengo un tío paralítico, que hasta hace seis meses no podía moverse de la cama. Nadie daba ya un comino por su vida y él mismo deseaba descansar en el seno de la muerte, cuando le aconsejaron la devoción á San Antonio alternada con aplicaciones eléctricas. Pues bien: ya está caminando con muletas. Diga Ud. ahora si éste no es un milagro?

—Nó

—Entonces, qué llama Ud milagro?

—Llamaría milagro, por ejemplo, si su señor tío, estando, como Ud dice, completamente inerte, le encendiera una vela á San Antonio y acto continuo se alzara de la cama, más ágil que una ardilla, y bailara una chilena de esas que hacen temblar el misterio.

—Vamos, con Ud. no hay acuerdo posible!

—Es que si yo fuera santo, señora, haría los milagros de otro modo. Me pidiera un pobre dinero y le llenaría incontinenti los bolsillos; me pidiera un enfermo salud y lo dejaría más rozagante que una manzana; me pidiera una niña novio y le mandarí a un arcángel del séptimo cielo; me pidiera un casado que le librara de las garras de su suegra, é inmediatamente le haría caer una teja en la cabeza á la ingrata señora....,

—Basta, basta! me gritó el auditorio.

—Pues así haría yo los milagros, sin necesidad de que me enciendan velas, ni de que me pasen la mano á favor del pelo.

—Jesús! Perdónalo, Señor, que no sabe lo que habla!

—Es que lo dice por broma, No es verdad?

—Así es. Todo lo que he dicho es broma, para ver cómo me argumentaban ustedes. Hablando en serio les diré que soy uno de los más fieles devotos de San Antonio.

—Deveras?

—Exacto!

—Y cree Ud. en los milagros?

—Creo.

—Le ha hecho á Ud algunos?

—Sí. Siempre le he pedido que no me dé fortuna, para no volverme orgulloso y déspota é insufrible, como muchos que la tienen y son insuportables; y el santo ha oído mi súplica, porque hasta ahora no me ha dado ni un centavo.

—Ya ve.

—Y sin encenderle la vela! Imaginen ustedes cómo sería la cosa si se la enciendo!

—Uhm!

Aquí se acabó el diálogo, y ya que de milagros se trata, yo aconsejo á los electores en la próxima campaña electoral, que si quieren que triunfe su candidato, consíganse primero el apoyo del Gobierno, enciéndanle una vela á San Antonio, tengan fe, y verán como el santo les hace el milagro.



La Bubomania

Con motivo de la aparición de la peste búbónica en Paita, hay aquí muchas personas á quienes no les llega la camisa al cuerpo.

El terror las domina. Y á la verdad que yo no encuentro motivo para tantos aspavientos; pues si lo más que puede hacer la bubónica es matar, bubónicas son también todas las enfermedades que nos quitan la vida.

Estoy seguro de que á un difunto le importa lo mismo haber muerto de peste negra, que de un cólico miserere, por haber comido ensalada de cangrejos.

El resultado es el mismo y nadie puede escurrir el bulto cuando la inexorable Parca le da el tijeretazo.

Pero hay sujetos, digo, que viven con el alma en un hilo y tienen un miedo cerval.

Unos de ellos es don Cosme, amigo mío y probablemente de ustedes.

Desde que oyó hablar de la peste bubónica este hombre ha llegado á ser la desesperación de su familia y de sus vecinos.

A él no le importa un comino que los rusos y los japoneses se maten en el Extremo Oriente; ni que riña la Junta de Sanidad con el Concejo; ni que tal ó cual candidato tenga mayores probabilidades de subir á la presidencia de la República.....

El no piensa más que en ponerse á cubierto de la invasión bubónica.

Todo lo que se refiere á la peste lo lee con

avidez, y enseguida se lo lee á su mujer, para que participe de su alarma.

Mira, Eustaquia, le dice, con voz temblorosa: "Ayer dos casos bubónica Lima—Uno Callao—tres Antofagasta—Cuatro Paita" Qué te parece!

—Caramba! exclama la señora, por decir algo.

—Qué horror! Tengo el presentimiento, hija *mea*, digo, hija mía, de que yo voy á morir de la *piste*, digo de la peste, y lleno de *babones*, digó de bubones. Es tal el terror que experimento, que no sé ya ni lo que *obro*, digo ni lo que hablo.

Doña Eustaquia le escucha con una sangre fría admirable, porque es de aquellas que no se preocupan más que de los quehaceres domésticos, y más le interesa que la libra de azúcar se la den completa, que todas las noticias pestosi-bubónicas, nacionales ó extranjeras.

Estando varias amigas de visita en su casa, en días pasados. oyéronse terribles alaridos que daba el bueno de don Cosme, en una de las habitaciones interiores.

Dios mío! Qué le ha pasado á tu esposo? interrogaron todas á la vez.

No hagan caso, replicó la plácida consorte. Ya sé lo que es! Es que se ha cogido los dedos con las trampas de resorte que regaló la Municipalidad, y de las cuales se trajo doce á la casa. Esto le pasa todos los días.

—Y para qué anda con esas trampas?

—Para cazar ratas. Ha sabido que estos animales son los que transmiten la peste bubónica, y se ha propuesto cazarlos sin descanso para que no nos traigan la epidemia.

—Y ha cogido ya muchas?

—Ninguna, niñas. El es el que cae á cada rato, porque las malditas trampas son tan condenadas, que con sólo el aliento funcionan y le parten á Ud. los dedos.

—Buen regalo ha hecho la Municipalidad!

—En este momento se presenta don Cosme

con la nariz bañada en sangre.

—Ay! exclaman todas. Pobre, don Cosme ¿qué le ha pasado.

—Señoritas—replica él con el aire más compungido del mundo—he caído en la trampa!

—Pero cómo ha caído de nariz?

—Diré á ustedes.....Después de haberla armado con mil precauciones para evitar que el resorte me cogiera los dedos, se me ocurrió oler el queso que había puesto en la báscula; pero apenas apegué la nariz, pum!

La señora se levanta para lavar el apéndice nasal de su cónyuge, y él exclama:

—Pero todo ésto lo doy por bien empleado con tal de escapar de la bubónica.

Mientras se lava la nariz se dirige en secreto á su esposa y le dice con el rostro demudado.

—Eustaquia: tócame aquí. Creo que tengo un bubón.

—Dónde, hombre?

—Aquí, donde tengo yo la mano.

—No seas animal, hijo, si lo que tocas es el hueso de la rabadilla.

—Estás segura?

—Pues ya lo creo!

—Una pregunta, hija mía.

—Qué?

—Tú eres de sangre caliente ó de sangre fría?

—Que sé yo!

—Porque me han dicho que los animales de sangre fría son más propensos á la peste.

—Anda á un cuerno!

—Al día siguiente de este accidente entró don Cosme en su casa á punto de desmayarse.

—Eustaquia! exclamó. Somos perdidos!

—Qué pasa?

—He visto una rata muerta en el portal.

—Y qué hay con eso?

—Que es el primer signo de la peste bubónica: cuando aparecen las ratas muertas en los portales,

la invasión es segura.

—Pero si esa rata la mató el gato esta mañana.

—Te consta?

—Sí.

—Don Cosme se tranquiliza á medias, vuelve á salir y regresa al cabo de dos horas con un tubo en la mano.

—Eustaquia!!

La señora no responde, porque ha salido á compras.

El marido se dirige entonces á la cocina en busca de la criada y le dice:

—Nicolasa ¿quieres que te inocule?

—La muchacha se queda estupefacta.

—Digo si quieres que te inocule?

—Vaya Ud. á paseo! le contesta la fámula. Yo no aguanto bromas de *naiden*.

—Pero, hija, si lo hago por tu bien!

—A mí no me atoca *naiden*, y si Ud. se propasa se lo digo á la señora.

—En este instante se abre una puerta y entra doña Eustaquia con aire trájico exclamando:

—Qué hay? Qué hay?

—Nada, esposa mía, responde don Cosme esta muchacha se ha alarmado porque quería inocularla con el suero Yersin.

—Y qué es eso?

—Es el preservativo contra la peste bubónica. Mira: ahora mismo me inoculo yo, te inoculo á tí, y todos nos inoculamos.

—Ve, Cosme, quieres hacerme un favor?

—Sí.

—Mándate á cambiar en seguida con tu suero!

Don Cosme desaparece tristísimo de la presencia de su esposa. corre al gallinero y se abraza de unas cuantas gallinas. balbuceando: aves de mi vida, vosotras sois las únicas refractarias á la peste bubónica: Soy con vosotras!



El hombre tímido

—Lo que yo sé decir, Encarnación, es que Guayaquil está inhabitable y que si seguimos viviendo en esta ciudad, dejada de la mano de Dios, tú, yo y nuestra hija Clarita vamos á ser pasados por las armas.

—Por qué, Timoleón?

—Por los *ídios* que se están cometiendo.

—Qué son ídios?

—No te has fijado que todos los crímenes acaban en *ídios*, y que cada día se cometen dos ó tres suicidios, infanticidios, homicidios, parricidios, uxoricidios, fratricidios, filicidios.

—Y qué hay con eso?

—Hay que tenemos la vida en un pelo; que toda la gente anda matando, matándose o dejándose matar! Y como yo no quiero que me maten, ni que te maten, ni que nos maten; ni que tú mates, ni que yo mate, ni que nosotros matemos, he resuelto blindarme, blindarte y blindarnos.

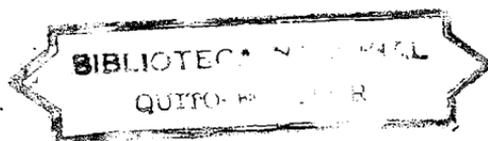
—Qué hablas, Timoleón?

—Ayer hablé con uno de los médicos de Policía, y me ha dicho que la Morgue está repleta de cadáveres; pues no se alcanzan á abrir muertos desde que canta el gallo hasta que chilla la lechuza. Qué horror! Suicidas, asesinados, ahogados, apachurrados, intoxicados, descuartizados.,! de todo hay en medio de ese círculo dantesco.

El hombre tímido



Una madre devora á sus siete hijos.....



—Eso no puede ser!

—Pues sí que puede ser! Y cuando yo oigo estas cosas no sé qué me pasa en las articulaciones, que se aflojan todas; ni me explico qué me sucede en la dentadura, que me castañetea.

—Será el miedo, que te hace temblar y dar diente con diente?

—Miedo yo! Te equivocas! No tengo miedo á nadie. Lo que temo es que me den un balazo ó me tiren una puñalada, porque yo tengo la carne sumamente delicada., sabes? Y no me gusta que me la perforen! Ah! . . . Ah! . . . Ah! . . .

—Qué te pasa, Timoleón? Te has puesto lívido!

—Oye, infeliz, lo que va gritando ese vendedor de periódicos! Oye y tiembla!

La voz del vendedor de periódicos resonó clara y firme bajo los balcones de la casa de Don Timoleón:

—“Noticias muy interesantes! Una madre devora á sus siete hijos!

“Sangriento drama! La primera autoridad muere asesinada!

“Escena horrorosa! Un grupo de muchachos hace una víctima y la quema viva.

“Gran degollación en las afueras de la ciudad!”

—Qué dices de ésto, Encarnación? Estamos perdidos!

—No seas tonto, hombre; los periódicos mienten mucho.

—Voy á llamar al vendedor. . . Ahora veras! . . Crímenes y delitos! Sangre y exterminio! A dónde vamos á parar!

—A ver, lee, Timoleón!

No puedo. Lee tú; porque estoy muy impresionado con estas terribles noticias y se me pone la vista turbia.

—Pues á mí nó, hijo de mi alma. No la hagas no la temas. Dame el periódico.

“Una madre devora á sus siete hijos.—El amor materno, que se manifiesta generalmente en todos

los seres de la creación, aun en los más inferiores, con abnegación sin límites, suele tener singulares excepciones. Una perra, que dió á luz ayer siete cachorros en el portal de la Gobernación, los devoró en seguida despiadadamente!”

—Carrizo! Era una perra?

—Ya lo ves.

—Pero al fin era madre; y esto prueba que la humanidad está corrompida en toda la escala zoológica.

—“*La primera autoridad muere asesinada.*—Se confirma el asesinato de Kuropanoff, primera autoridad civil de Astrakhan (Rusia).”

—En Rusia?

—Sí.

—No ha sido aquí?

—Nó.

Menos mal, aun cuando siempre merece lamentarse la desaparición de un ser humano. Adelante.”

—“*Quemado vivo.*—Varios pilluelos cogieron anoche un zorro y tuvieron la crueldad de bañarlo con petróleo para pegarle fuego. El animal murió achicharrado. La autoridad debe tomar medidas, etc. etc.

—Un zorro?

—Sí

—Qué barbaridad! Pero, en fin, mejor es que no haya sido algún cristiano. Sigue, hija, que estoy en ascuas con aquello de la degollación! Habremos vuelto á los tiempos de Herodes?

—*Gran degollación.*—Hasta la última semana sólo se degollaban 55 reses para el consumo público; pero desde la presente se degollarán 60.”

—Sesenta reses?

—Sí

—Me ha vuelto el alma al cuerpo!

—Por lo visto tú eres una gallina!

—Gallina! NÓ. Yo soy un león cuando se ofrece; pero dime ¿qué va á hacer uno, Encarnación,

si le sueltan un tiro, ó le dan un tajo, ó lo punzan con un cuchillo: hay, pues, que evitarlo, porque las vidas no vienen de repuesto y yo le tengo mucho cariño á este pellejo mío, ya que no tengo otro.

—Y por eso es por lo que no sales á la calle?

—Precisamente. Además, aquí para entre los dos, dicho sea en voz muy baja, estoy alarmadísimo.

—Por qué?

—Hay cierto hombrecito, que no se mueve del portal de enfrente, ni separa la vista de esta casa.

—Y.....?

—De dónde sabemos las siniestras intenciones que abrigue! Porque si no tuviera algún plan preconcebido, qué hace allí?

—Qué disparate!

—A veces se pone la mano en el corazón y mira impaciente hacia acá, como dándome á entender que ahí me dará el pistoletazo.

—Lo que creo es que vas á perder el juicio.

—No; ese hombrecito me persigue, no te quepa duda.

—Pero, hombre, si es el enamorado de Clarita, que se muere por élla.

—Y por qué se pone la mano.....?

—Para indicarle que la quiere. Y hasta le ha mandado su retrato, una lindísima tarjeta de la fotografía de Menéndez y Jaramillo.

—Es posible! Abrázame, Encarnación! Me has devuelto la tranquilidad! Y yo que creía verme frente á la boca de su pistola!

—No seas ridículo, Timoleón!

—Es que cuando me acuerdo de los asesinatos que se están cometiendo, se me pone la carne de gallina.

Ruuunmm!!!! Paff!!!!

—Jesús María y José! Llegó nuestra última hora. Cuchillos, puñales, pistolas, ¿qué es esto? Nos matan! Socorro!

—Te callas; ó te tiro de las orejas!

—Pero que ha pasado?

—Un carro que se ha descarrilado en la calle.

—Ah!

—Eres la vergüenza de tu sexo!

Yo soy un león, cuando se presenta el caso; pero no puedo soportar la idea de un quebrantamiento de huesos ó agujereo de pellejo. Creo que estoy en mi derecho! Y además, hija mía, esto que voy á decir no se lo digas á nadie; pero es la pura verdad, aquí no hay justicia!

Lo matan á úno deveras, y lo único que hacen los doctores de la ley es mandar que practiquen la autopsia al muerto, á fin de matarlo otra vez y satisfacer á la vindicta pública declarando que el proyectil le produjo una evacuación sanguínea en la traquearteria.

Y aquí paz y después gloria!





Libertad electoral en China

Se murió en Pekín el famoso zapatero imperial que era el lujo de la Corte por su profunda habilidad, y su majestad el Emperador quiso que el nombramiento de sucesor se hiciera por elección popular, cosa nunca vista en los anales del Celeste Imperio.

Alguna vez, decía el grande y poderoso Hijo del Cielo, quiero que haya libertad electoral en la China, para distinguirme de algunos gobiernos republicanos, que no la conocen ni la otorgan.

Los chambelanes se inclinaron llenos de respeto á la soberana voluntad del monarca, y fueron á hacer pregones en todo el imperio, convocando á elecciones para proveer el augusto cargo de zapatero mayor.

El pueblo, bueno y sufrido como todos los pueblos asiáticos, se alborozó con la noticia y empezó á manifestar sus simpatías por diversos candidatos.

Unos querían á Kianfú, que era mandarín de tres colas y estaba próximo á recibir la pluma de pavo real.

Otros se decidían por Tai-lú, chambelán de botón de cristal y calzones amarillos.

El Emperador se mantenía encerrado en una profunda reserva, esperando que se manifestara la voluntad popular.

La propaganda era activísima: los palanqui-

nes se cruzaban por las calles llevando á los partidarios de ambas candidaturas, que hacían en todos los ámbitos de la población el panegírico de sus favorecidos.

Y se daban unas palizas en chino que temblaba el misterio.

Y el Emperador callado.

Los adeptos de Kianfú echaban pestes contra Tai-lú; y los de éste se desquitaban en la misma forma con Tai-fú; porque como el pueblo chino no está aun verdaderamente civilizado, allá se acostumbra insultarse entre los antagonistas.

Y mientras tanto el Emperador callado.

El día de la solemnidad llegó al fin ante la asombrada ciudad de Pekín y los heraldos salieron de Palacio haciendo sonar el *gong* que anunciaba el acto del sufragio, é interrumpiéndose á ratos para exclamar:

—Fo-ki-chon-maná-tú-congé!

Que en lengua china significa: "Tiene la palabra el pueblo soberano".

Y el pueblo se reunió en la plaza mayor del Chiang-Chang, junto á la estatua yacente del gran Tong King, en el opulento barrio del Ching-Chong.

Un orador tomó la palabra y dijo:

Oh pueblo soberano! Nuestro candidato sobrehumano, es el más conspicuo ciudadano del linaje humano. Viva Kianfú nuestro hermano; cuya suerte tenéis en la mano!

—Muera Tai-lú, gritaron los partidarios de Kianfú.

—Entonces otro orador del otro partido se irguió entre la muchedumbre y dijo:

"Unánime sentimiento nos reúne en este momento, con patriótico ardimiento, en favor del hombre de más talento que anima nuestro pensamiento. Tai-lú es el puro aliento, hecho al intento, por Buda atento, para librarnos del monstruo sangriento....."

—Muera Tai-lú! gritaron los partidarios de Kianfú.

En este instante se abrieron con estrépito los balcones del Palacio Imperial, y apareció el soberano en persona, con la nariz rubicunda, la cabeza rapada, las cejas horizontales y la coleta almidonada.

Toda la muchedumbre cayó de rodillas.

El primer chambelán, adornado con tres plumas de pavo real y algunos mocos de pavo ordinario, hablo así:

Nuestro grande y poderoso Emperador, hijo del Cielo, príncipe de la tierra, rama de laurel, dueño de los mares y de los vientos de Oriente y Occidente, flor de almendro y de naranjo, décima encarnación de Brahama, que mamó á los pechos de la celeste Miau en Paraíso de la Aurora dorada, hoja de nenúfar, pluma de águila, etc etc, os hace la honra de que contempléis su divina persona para manifestaros que tiene la fineza de ordenaros que os larguéis de aquí con la música á otra parte, porque acaba de nombrar para primer zapatero imperial, no á Tai-lú ni á Kianfú sino á Panchao, hijo de su augusta cocinera. De manera que si alguno fuese osado á oponerse á esta elección se le darán trescientos palos en la boca del estómago.

Y después exclamó con estentórea voz de mando:

—¡Boca abajo todo el mundo!

—Y todos se agacharon.

Al día siguiente salió el *Fó*, periódico oficial, y se hizo lenguas de la generosidad del Emperador y del acierto de su elección.



En el cielo y en la tierra

Sentado estaba el buen San Pedro, fumando su cigarro á la puerta del cielo, cuando sintió ruido de alas y algo así como una avecilla que se le paraba en la cabeza.

Miró hacia arriba y vió que era el Espíritu Santo, en figura de paloma, como de costumbre.

—Pedro, le dijo, te llama el Padre Eterno.

—Caramba! exclamó San Pedro, aquí no lo dejan á uno ni fumar un tabaco, Yo soy para todo; para guardar la puerta, para llevar recados, para anotar contravenciones, para llevar los libros. En fin.....!que no hay algún otro santo en el cielo!

—No refunfuñes, viejo, observó la palomita, porque su Majestad está hoy con el *gorro frigio*, como dijo el otro.

—Bueno, hombre, dile que ya voy.

—Pero no tardes, porque ya te digo que hoy tiene el mismo ceño que tuvo el día en que decretó el diluvio universal.

—Cáspita!

Botó el *pucho* el anciano portero, según algunos historiadores celestiales, y según otros se lo guardó detrás de la oreja; el punto no está muy claro todavía; pero lo cierto es que apretó el paso y compareció ante su Divina Majestad.

—Pedro, exclamó el Padre ¿dónde estás metido que se te llama y no respondes?

—Señor, contestó el calvo inventando algo para salir del paso, estaba cantando un salmo en el coro de las vírgenes.

—Y quién te ha dicho que te metas en medio de las mujeres! Me gusta tu frescura! El día en que lo vuelvas á hacer te echo á la tierra y te hago casar civilmente.

—Nó, Señor.....!

—Bueno, basta! Traeme el *libro verde*.

—Cuál. Santísimo Eterno?

—Cuál ha de ser! El libro de los castigos. Se necesita castigar á alguien. La Humanidad está perdida, Pedro; y es preciso chicotearla con frecuencia.

—Verdad es, Omnipotencia.

—Búscame ese libro, pasta de cuero, en que están inscritos los pueblos por orden alfabético.

—Ese grandote que suele hojear vuestra Longanimidad?

—Sí.

—Es que sobre él está sentado ahora nuestro Seráfico Padre San Francisco.

—No importa! Anda y dile, con buenas maneras, que digo yo que se levante.

Al cabo de cinco minutos volvió el portero con el libro.

—A ver, á ver, habló el Padre; búscame la letra G.

—Aquí está.

—Pon el dedo en cualquiera línea.

—Ya está.

—Qué dice?

—GUAYAQUIL.

—Hola, hola, camarón con cola! Estos guayaquileños me tienen hasta la punta de la barba. Tengo que darles muy duro. ¿No te parece, Pedro?

—Señor, ya les ha dado bastante vuestra Sa-

biduría. Acuérdese de los incendios y de las transformaciones políticas.

—Pero no escarmientan.

—Sin embargo, en vuestra infinita misericordia podríais ampararlos.

—Nó, Pedro, desengáñate. Si no anda uno tieso con ellos, no habrá medio posible de acabar con su incuria. Este es el pecado de ese pueblo. Ayúdame que Dios te ayudará, suele decir mi Hijo Jesús; pero también debe decirse: amuélate, que Dios te amolará!

—Je, je, je!

—Te ríes, no? Esto no es cosa de risa. Lo que me da es pena de ver el abandono en que viven los habitantes de ese edén ecuatoriano. Es tal la desidia de sus autoridades, que si ven á un perro muerto en la calle, ahí lo dejan hasta que se pudre, se esqueletiza, se reduce á polvo, se mezcla éste con la tierra, la abona, cae encima una pepa de aguacate y fructifica.

—Jesús, María y José!

—Qué se debe hacer, pues, con esa gente?

—Perdonarla.

—Calla, simplón! Así es que yo voy á favorecer la incuria! No faltaba más!

—Pero por el Sagrado Corazón de Jesús.....

Nada tiene ya que ver, felizmente, el Sagrado Corazón de Jesús, con la República del Ecuador. Antes era el patrono, ó que sé yo; pero ya le dieron de baja y á mí me han quitado un peso de encima.

—Hágase, pues, vuestra divina voluntad!

—Mi divina voluntad es que llames por teléfono á la *Fiebre Amarilla*, que debe estar en el infierno renovando su provisión de microbios, y le digas que venga inmediatamente en tren expreso.

Dos horas después se dejó sentir cierto mal olor en la mansión celeste, al mismo tiempo que exclamó el Padre Eterno, llevándose el pañuelo á la nariz: ahí viene la Peste!

En el cielo y en la tierra .



Se hará vuestra divina voluntad, aulló la Peste.

Todos los ángeles, arcángeles y querubines, que estaban posados en las gradas del trono, echaron á volar hacia un algarrobo grande que había en el traspatio; todos los santos doctores, confesores, apóstoles, levitas, vírgenes y mártires echaron á correr á la azotea; y en fin, se formó inmenso alboroto en toda la Corte Celestial ¡tal fué el pánico que inspiró la Peste!

Sólo San Pedro Alcántara, San Simeón Estilita, San Bezarión y otros que en vida estuvieron acostumbrados á todos los horrores de la penitencia, quedaron firmes en el campo, disparando tiros de pistola, regando ácido fénico y creolina para purificar el ambiente.

Entró la Fiebre Amarilla, y el Señor dijo:

—Haz tu maleta ahora mismo; toma el primer vapor que salga para las Antillas y mata el 4 por ciento; pasa á Panamá y arrasa con el 8; de un brinco á Guayaquil y fórmame una hecatombe ¿entiendes? Una hecatombé!

—Se hará vuestra divina voluntad, aulló la Peste.

—Y no vuelvas aquí hasta que no te boten entre el Aseo y la Higiene, que pueden más que tú.

La peste se inclinó profundamente y salió á cumplir con su terrible encargo.

Han pasado meses.....y años. Ayer se recibió en el Cielo el siguiente cablegrama de Guayaquil, suscrito por la Fiebre Amarilla:

“Padre Eterno—Empíreo.

No tengo cuando irme de aquí. Estoy aburrida. Nadie me hace caso. Aseo é Higiene no parecen. Mato mucha gente; pero á nadie importa comino. Esta gente es tremenda. Microbios de otras enfermedades se comen á los míos. Temo caer enferma. Mande mejor Bubónica ó Cólera Morbo. Aquí serían bien recibidos.—*Fiebre Amarilla.*





La vida conventual

La comunidad estaba de duelo.

Desde que fué presentado en la Cámara de Diputados el proyecto de exclaustación de monjas, todo era un desconcierto en el Monasterio de Santa Capuchina.

La madre abadesa, principalmente, se decía inconsolable. Redonda como una bola, fresca como una alcachofa y colorada como un maney, quería dar á su persona un aire abatido, para que sirviera de ejemplo á la comunidad, y á duras penas había logrado parecerse á un repollo compungido, dado caso que los haya.

A cada momento acudían las monjitas á su lado para preguntarle qué había sobre el proyecto de exclaustación, afectando el mayor abatimiento, y allí era de ver á la abadesa, lanzando cada suspiro que parecía salido del fuelle del órgano de la capilla.

La palabra *ésto* le servía para sintetizar el asunto de la exclaustación. Sí—decía—el mundo está perdido, con excepción de Fray Melchior, nuestro querido y santo capellán. *Esto* no se ha visto nunca! Pero tened valor, hijas mías, Dios es muy grande y Valverde muy pequeño! Aquel que hizo llover fuego del cielo para aniquilar á sus enemigos, decidme, no podrá hacer que llueva siquiera *cham-puz caliente* sobre la cabeza de los diputados?

Ah! exclamaba una monjita nerviosa: Cuando pienso que nos boten de esta santa casa, y que ten-

ga yo que salir á verle la cara al móstruo que después de haberme jurado amor eterno se casó con ótra y me dejó plantada!

—Silencio, hermana Canuta, dijo la Abadesa frunciendo el entrecejo. No vuelva Ud. á acordarse de esas cosas ni á repetir las. Haga Ud. lo que yo: olvidar al bribón que le dió tan fiero desengaño.

—Y cómo fué eso? preguntó, ardiendo de curiosidad, la Madre Querubina.

—Ah! El ha muerto para mí, suspiró la Abadesa, y su nombre fementido sólo lo sabemos en la tierra Fray Melchor y yo.

—Y si una quiere olvidar y no puede! observó la madre Encarnación.

Al oír ésto todas las monjas se ruborizaron; á la Abadesa se le trabucó la lengua y empezó á decir más disparates que de costumbre.

Entonces, repuso, hay que imitar á San Pedro Alcántara cuando se casó con San Alejo..... Nó, nó, qué digo! A Santa Bárbara, virgen y mártir, que fué tan fatal en su matrimonio, y dió á luz un niño en el portal de Belén..... Qué digo! Nó, nó. Tengo la cabeza perdida! Parece que el Diabolo me estuviera tentando.

—A mí también me tienta, dijo la más vieja de la comunidad, que pasaba de 80 años, y hay veces que me dan ganas de salir del convento y echar una cana al aire.

—Es posible, madre Presentación!

—Sí, exclamó la madre sollozando. El diablo me transtorna todavía, por más que me doy seis latigazos al acostarme y otros seis al levantarme.

—Necesita vuestra reverencia más penitencia.

—Así lo creo; porque yo, allá en mis tiempos, he pecado mucho! Lo digo para humillarme.

—Y qué le dice Fray Melchor?

—Lo único que me dice es, déjame en paz, avechucho; y traeme pronto el chocolate caliente.

—Y qué hace vuestra reverencia?

—Le llevo el chocolate.

—Basta, hermana, de conversación y vamos á orar por la conversión de nuestros enemigos; por aquellos que nos quieren botar de nuestros claustros; por el Ministro Valverde, que es el más encarnizado, y á quien, por lo mismo, tenemos que amar, porque Dios nos manda amar á nuestros enemigos.

—Santa María, Mater Dei, ora pro nobis.....

—Nó, nó; eso nó, dijo la Abadesa, yo he compuesto una oración á San Ramón, que es la que vamos á rezar, para que no pase la ley de supresión de monasterios.

—A ver, á ver, madre Abadesa!

—Todas vayan repitiendo: San Ramón pon un candado..... en la boca á cada diputado..... Y todos los Santos doctores..... influyan con los senadores.... San Perfecto....., para que rechacen el proyecto..... San Simón..... en primera discusión..... San Eleuterio....., y siga el monasterio..... San Fernando..... funcionando..... San Dionisio..... sin perjuicio..... Santa Sinforosa....., de las religiosas..... Y San Sebastián..... de su capellán.

En ese momento se oyó en el refectorio una voz de tenor que cantaba:

Ángel hermoso
A quien amor juré!
Sombra querida
Que en mi mente estás!.....
Paloma pura.....

Ah! Ah! exclamaron las religiosas entusiasmadas. Ahí está nuestro santo Capellán. Como siempre cantándole á los ángeles..... Vamos á verlo.

Rodeáronle todas y le acosaron á preguntas. Qué hay? Nos sacan? Nos dejan? Qué dice el Congreso? Qué ha hecho Valverde?

El eclesiástico se sonó tres veces la nariz con su gran pañuelo á cuadros, dió un golpe en la mesa y dijo:

—Un café sostenido!

Servido el café, se repitieron con mayor insistencia las preguntas, y el Santo Capellán con la boca llena de tostada exclamó:

—Ujtegdes son unas tongtas.

—Por qué, padrecito?

—Porque los radicales no hacen nada.

—Por milagro de San Jacinto?

—Qué milagro! Los radicales no son más que boca.

—Pero si ya pasó la ley en la Cámara de Diputados!

—Y qué importa! Ahora la clavan en el Senado: lo aseguro como que me llamo Fray Melchor.

—Bendito sea Dios!

—Dénme más café con tostada.

—De manera que nada tenemos que temer de los radicales?

—Phs! Ni ésto, exclamó su reverencia, mostrando á la Abadesa el filo negro de la uña.

*
* *

Todo lo que antecede me lo contaba el sacristán del convento, y al concluir añadió:

—Ahora dígame, qué sabe Ud. del Senado?

Hombre, le dije: tiene razón Fray Melchor; la Cámara del Senado está en favor de las monjas, y allí fenecerá el proyecto.,.....

—Per omnia saecula saeculorum?

—Amén!





Como suben algunos

Para hacer carrera en la política se necesita tener condiciones especiales.

Bien puede cualquiera poseer las cualidades intelectuales de un Meternich y no pasar en toda su vida de portero de la Gobernación.

Sólo los que dan en el *quid*, que es como decir en el clavo, son los que suben hasta perderse de vista.

El *quid*, consiste en encontrar el punto de apoyo en alguno que ya ha subido y puede rivalizar con la Virgen de Mercedes en aquello de distribuir favores.

Una vez puesta la vista y asegurada la puntería, como el buen tirador, lo demás es cuestión de laboriosidad.

Figurémonos que Poncio, por ejemplo, es un sujeto de aspiraciones.

Lo primero que hace es buscar un personaje influyente y pegarse á él como se pega el ostión á la concha.

Llamemos don Tadeo á este poderoso ciudadano, y ya no podremos imaginarlo sin ver á Poncio á su lado.

Siempre con la cara risueña, afable, cortés, decidor, comedido, servicial y cuanto ustedes quieran.

Si don Tadeo sale á la calle con una brizna

en el chaquet, siente una mano cariñosa que le acaricia la espalda para desprenderle aquella irreverente basurita.

Y de quién se figuran ustedes que es esa mano?—De Poncio.

Toma uno un periódico para informarse de los asuntos del día, y tropieza contra una esquina; digo, contra una oda apologética dedicada al egregio don Tadeo, en la cual le dicen que es la gloria de la historia y la flor del Ecuador, y que su pródiga mano sostiene al ciudadano como la de un hermano campechano.

No hay para qué preguntar quién es el autor de la versaina, aun cuando se firme Cacaseno, porque no puede ser otro sino Poncio.

El mismo se encarga de divulgarlo para que llegue á conocimiento de don Tadeo y le anote aquella partida en su cuenta corriente.

Si don Tadeo se acatarra, ya está Poncio á su lado cerrando todas las ventanas para evitar una corriente de aire, que podría traer, como él dice, fatales consecuencias, máxime, agrega, cuando Ud. don Tadeo, es un hombre que se debe á la patria y está en la obligación de cuidarse.

Cada cinco minutos sube y baja las escaleras trayendo pastillas de goma, alquitrán de Guyot y parches porosos para proporcionar alivio al eminente patricio. Y si éste se deja, el propio admirador lo unta, lo soba y le da friegas de mostaza.

Un estornudo de don Tadeo, hace correr á Poncio en busca de un pañuelo, ó le presta el suyo atentamente para que se suene las narices.

Al sacar un cigarro de la tabaquera, ya sabe Poncio que á él le toca sacar la caja de fósforos y presentarle la pajueta encendida.

De esta manera se hace Poncio familiar en la casa. La señora llega á tratarlo con la mayor confianza; los niños lo tratan á la baqueta, que es el modo como esos angelitos manifiestan su cariño, y hasta el perro menea el rabo, cuando él entra.

en señal de que no es cara desconocida la que ve.

Y por su puesto, Poncio se deshace en atenciones con todos: la señora le envía al mercado para que le compre un repollo, que sólo él sabe dónde los hay buenos, y por más que el marido exclama: "no, hija, no abuses de la bondad de Poncio; deja que vaya un sirviente etc" aquél se lanza como una flecha en dirección á la plaza de abastos, recorre todas las barracas, visita todas las canoas y vuelve triunfante con una col monstruosa que le ha costado el doble de lo que *presupuestó* la señora.

Poncio ha puesto de su bolsillo la diferencia; pero no dice nada, y la señora admirada exclama:

—Jesús María! Qué col tan hermosa! En tres reales! Si parece mentira cómo es que la cocinera no sabe dónde hay estas coles?

Lo que no sabe la buena señora es qué clase de coles anda persiguiendo Poncio

Los chicos se divierten á veces en meterle las manos llenas de grasa en los bolsillos para sazarle la cartera; pero él encuentra esto muy gracioso y se aloja de risa, en tanto que la mamá enferma grita:

—Muchachos, qué es esto! Vean como le han manchado los pantalones á don Poncio. Válgame Cristo!

Y él arguye:

—Déjelos, señora. que se diviertan.

A los niños no le debemos contrariar nunca en nada. Yo me muero por las criaturas!

El más pequeño se le acerca y le dice: *bú!*

—Qué dices, vidita?

—Dice que Ud. es un burro, no! Qué criatura tan graciosa!

Y luego se pone á rebuznar, finjiéndose jumento, para despertar la hilaridad infantil; y ríen todos escandalosamente, y hasta la madre no se puede contener y suelta una carcajada.

Llega en esto don Tadeo y pregunta:

—Qué bulla hay aquí, que se oye en todo el barrio?

—Nada, replica la esposa, con los ojos llenos de lágrimas á fuerza de reír. Cosas de Poncio!

El hombre público le dirige una tierna mirada y Poncio dobla el espinazo para hacerle la reverencia de rúbrica.

Por último, señores, no hay cosa que pase en casa de don Tadeo en la que no intervenga el diligente Poncio; si la señora desembaraza, él provee la gallina para el caldo; si se muere alguno, él escribe, ó hace escribir, la necrología; si se celebra un santo, él se encarga de anunciarlo á los periódicos; si se emprende un viaje, él es el que arregla los equipajes, regatea los fletes, disputa con los cargadores etc. Limpia, cepilla, arregla, compone, vigila, cuida y da betún.

Con tales y tan notables ejecutorias ya se puede asegurar que el hombre ha hecho su carrera.

De allí sale, con toda seguridad, un funcionario de alta gerarquía, con gran leva larga, aire de suficiencia y don de mando.

Quién les tosce á estos Poncios cuando están arriba!



La bella ofendida

Ayer estaba tranquilamente en mi despacho, pensando en el Concordato, porque no tenía otra cosa en qué pensar, cuando de pronto

“A mi puerta oí llamar,
Como si alguien suavemente
Se pusiera con incierta
Mano tímida á tocar.
Es, me dije, un visitante
Que á mi casa quiere entrar.”

Y después de haber hecho esta reflexión de Pero Grullo, pronuncié con voz alta y enfática la palabra—Adelante!

Una arrogante joven de ojos garzos y cabellos negros entró en mi habitación.

Esto es mejor que el Concordato, me dije para mis adentros.

Y haciendo una profunda reverencia á la bella desconocida, le brindé un asiento.

Noté que venía agitada: tenía las mejillas encendidas y la mirada chispeante.

Hay que advertir que yo soy muy tímido cuando me hallo en presencia de una muchacha bonita: quiero hablar y no puedo.

Permanecí, pues, en silencio sepulcral, hasta que ella entró en materia diciéndome:

—Usted escribe en algún periódico?

—Ay, señorita, sí, repliqué lanzando un suspiro. Pero si usted gusta, no lo volveré á hacer más.

—Al contrario: es preciso que usted escriba....
Lo que quiero saber es si escribe usted con energía.

—Nó, señorita; yo escribo unas veces con lápiz y otras con tinta.

Tan turbado estaba, que no me daba cuenta de lo que respondía.

Felizmente ella lo tomó á broma y añadió:

—No hay que chancearse. Aquí se trata de pulverizar á Monsieur Wéry. Entiende usted?

—Y quién es ese desgraciado?

—Ese embustero? Es el que ha escrito en París contra las mujeres de Guayaquil.

—Y no le ha partido un rayo todavía?

—Supóngase usted que ha tenido el atrevimiento de decir que las mujeres guayaquileñas somos más negras que blancas.

—Ah bribón! Ese habrá vivido aquí en alguna carbonería.

—Véame usted la cara, señor. Véame las manos. Vea este cuello. Qué tengo yo de negra?

—Los ojos, señorita: pero, así, negros como son me gustan más que los de Monsieur Wéry.

—No embrome. Diga usted que soy blanca, como la mayor parte de las señoras de Guayaquil, y que miente nuestro detractor. Verdad es que también hay algunas morenas.....

—Pues esasson las que á mí me agradan, señorita; porque según dice la copla:

“Morenita debe ser
La tierra para claveles
Y la mujer para el hombre
Morenita y con desdenes.”

—Me parece que está usted de buen humor, por lo que veo. Yo, en cambio, estoy furiosa con ese hombre.

—También hay otra copla que dice:

tonisa predicando la venganza á las feroces hor-
das vandálicas en el seno de la selva sagrada.

Yo no la oía, sino que la admiraba.

Cuando hubo acabado me preguntó.

—Y ahora usted ¿qué me dice?

—Ahora, repuse, le diré que me ha gustado
usted más que antes.

—Vaya! exclamó levantándose. Usted no sabe
más que decir tonterías.

Y desapareció como una visión encantadora.



Pomada de Oso Blanco

La otra noche, ante un círculo de oyentes, desde lo alto de un coche, entre dos banderas y á la rojiza luz de un par de antorchas, hallábase un sujeto en pleno uso y abuso de la palabra, arregando al pueblo.

Aquí tenéis—exclamaba con maravillosa verbosidad—la famosa *pomada de oso blanco* de los mares árticos. Este oso, como su nombre lo indica, es un oso blanco, domiciliado en las regiones septentrionales y cuya maravillosa grasa, convertida en pomada, es el gran remedio de la humanidad doliente.

Le duele á Ud. un ojo? Pues no hay más que untarse la sin igual pomada en el tobillo, y fuera dolor. Le duele á Ud. la barriga, el oído, una muela, la misma cabeza, por decirlo así.....Aquí está el remedio: único, maravilloso, piramidal; la pomada de oso blanco. Este oso es blanco como su nombre lo indica, y habita en las regiones árticas, donde constituye un peligro inmenso para los hombres, si que también para las mujeres..... Sepan, pues, una y mil veces, todos los que padecen de lombriz solitaria, dolores reumáticos, estrechez intestinal, catarro á la vejiga, etc. etc. que aquí tienen su verdadero alivio, y que basta sobarse con esta pomada la parte adolorida, relajada,

empedernida ó tumefacta, para sanarse radicalmente y quedar todos gordos, felices y contentos.

Un sucre vale la cajita! Nada más que un sucre! Esta es la ponderada grasa de oso blanco, que limpia, fija, conforta, chupa, entona y aprieta. Un sucre vale la caja! El que tenga algún tubérculo, furúnculo, verruga ó lobanillo, que venga aquí en el acto para darle la primera friega y dejarle como nuevo.

“Cuántas cajas quiere Ud.? Una? Allá va! Venga el sucre! Muchas gracias! No hay otro que quiera comprar la pomada? A la una.....A las dos.....A las tres.....! También cura el estreñimiento y la diarrea; fortifica el espinazo, alienta el estómago, refuerza el tubo digestivo y defiende los riñones. Un sucre vale la cajita!”

“Cura todas las enfermedades de los niños, principalmente las de los caballeros, y sobre todo las de las señoras. Esta es la pomada del mentado oso blanco, que habita en las regiones árticas, donde constituye un verdadero peligro para los viajeros que se aventuran entre los hielos. Un sucre va.....”

Cáspita, dije yo maravillado. Está visto que después de la Providencia no hay más que el Oso Blanco!

Y profundamente agradecido á ese animal de las regiones árticas, saqué un sucre, compré una caja de la gran pomada y me unté con ella el bolsillo, que es mi lugar adolorido.

Mientras se verifica mi curación, y como es necesario tener fe, me he convertido en el mayor propagandista de esa grasa inefable, como que sirve para todos y para todo, sin excepción de cosas ó personas.

Así, por ejemplo, cuando yo veo que nuestra situación política se complica, me digo para mis adentros: aquí no hay más que un específico para remediarla: la pomada de oso blanco.

Falla dinero en la Tesorería? El remedio está

Pomada de oso blanco



*Oh gran pomada! Bendito sea el oso, la osa
y toda la familia!*

en la mano: pomada de oso blanco.

Tiene usted razón y no le hacen caso? pide usted justicia y se la niegan? debe usted y lo violentan? No hay que apurarse; pomada de oso blanco.

Cuántos desdichados hay que andan por allí llorando las desdenes de una ingrata, que no quiere dolerse de sus penas.....Ah! Esos no conocen las virtudes de la pomada, ó no la tienen á la mano; porque la verdad sea dicha: no hay galán que se presente embadurnado con la grasa del oso blanco, que no sea bien recibido.

Hasta las suegras, que han sido siempre hurañas y agresivas para los yernos, se dulcifican y amabilizan untándoles un poquito de pomada en las palmas de las manos.

Oh gran pomada! Bendito sea el oso, la osa, y toda su familia!

Ahora mismo no tenía argumento para escribir este artículo. Apelé á la pomada de oso blanco y.....ahí lo tienen ustedes.



Maestros á la Escuela

En virtud de una novísima disposicion ministerial, (1) los institutores de ambos sexos tendrán que ir á la escuela, durante las vacaciones, para que aprendan lo que no sepan y se perfeccionen en lo que sepan, so pena de perder la renta y el empleo.

Y como todo ha de hacerse por principios, es natural que cada profesor y profesora tengan que comprar su cartilla y su pizarra, para hacer palotes y su puntero para señalar los signos del alfabeto.

Se trata de formar un cuadro retrospectivo, volviendo á la infancia los que ya la perdieron de vista y al rango de escolares los envejecidos en la cátedra.

Pero ¡qué hacer! El dedo está puesto en la llaga—que es el sueldo—y no hay más que someterse ó dimitar.

El Profesor de Profesores, siguiendo el orden inverso que parece establecido, debía ser un alumno, como talvez acontezca en la isla de San Balandrán: pero aceptemos que sea el más largo y el más ancho de todos y prevease ante todo de una palmeta.

Donde las dan las toman, dice el proverbio, y

(1) Disposición del Ministro de Instrucción Pública en 1904.

ya que los maestros actuales acostumbran palme-
tear á sus discípulos, justo es que aguanten ahora
que van á ser alumnos.

Hasta sería conveniente una media vara de
cuero torcido para los casos extraordinarios; siem-
pre que fueran respetadas, naturalmenté, las pro-
fesoras educandas, porque á las niñas no se les debe
pegar sino con un jazmín en la punta de la nariz.

Yo optaría por la escuela mixta; es decir, va-
rones y señoritas en una misma clase, siempre que
el Maestro Mayor tuviera mucha vista.

Allí sería de ver esta aula graciosísima de ni-
ños barbudos y niñas grandes, con el silabario en
la mano deletreando cudenciosamente: b a, ba, b e,
be, b i, bi; b o, bo; b u, bu.

Y el Archiprofesor, á quien me lo figuro de
lengua barba patriarcal, con la melena hirsuta y
antiparras azules, repitiendo á cada momento:

—Silencio! Qué bulla es ésta? No pueden uste-
des estarse quietos! Diablos con los muchachos.....
digo con los maestresillos!

—Señor, exclama uno de los profesores más
antiguos, es que la señorita profesora X me está
haciendo cosquillas.

—Mentira, señor, expone la aludida, él es el
que me está haciendo *comer galleta*.

—Es posible! Con que usted se permite hacer-
le *comer galleta*.....Y usted, señorita, le hace cos-
quillas?

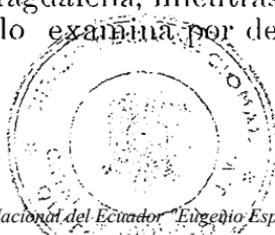
—Falso!

En este momento se oye un alarido desgarrador
y fórmase un tumulto en un rincón de la clase.

El magno profesor baja á toda prisa de la
plataforma y acude al lugar del alboroto, pregun-
tando: Qué hay? Qué hay?

—Ooooh! Ooooh! Ooooh! exclama un maestro
llorando como una Magdalena, mientras un grupo
de curiosas señoritas lo examina por detrás con la
más viva ansiedad.

—Ooooh!



—Señor, dice por fin una de las jóvenes institutoras, señalando á una de sus compañeras, es que esta niña le puso una pluma parada en el asiento á este niño (con tamaños bigotes) y cuando el fué á sentarse de golpe, creyendo que no había nada,.....

—Qué?

—Se la. Se le. Se li.

—Comprendo: se la introdujo, ésta es la palabra, del verbo introducir; yo introduzco, tu introduces, él ó élla introduce, nosotros introducimos, vosotros introducís, ellos ó ellas introducen. Pretérito imperfecto. Ah, pero ya olvidaba la gravísima falta cometida en esta clase! Diga usted, señorita delicuenta, qué motivo tuvo usted para ponerle la pluma parada á este digno caballero?

—El me la puso á mí primero, maestro: pero yo lo *vide*.

—No diga usted *vide*, por Dios Santo, sino *ví*: préterito perfecto del verbo ver: yo ví, tú viste, él vió Estamos? Ahora, prosiga usted.

—Pero yo lo ví, digo, y me hice á un lado: entonces cuando él se levantó se la puse yo, para que no se metiera conmigo, porque los hombres no deben meterse con las mujeres.

—Ya se la sacó! Ya se la sacó! gritaron varias á la vez.

—Ya? exclaman el Rey de los Maestros, con agradable sorpresa.

—Sí, señor!

—Entonces vamos á continuar la clase. El primer día hizo Dios la luz; el segundo día hizo el firmamento.

—Señor!

—Quién me interrumpe?

—Señor: deme permiso para ir á.

—Está usted impropio.

—Pero si ya no aguanto, maestro. Esta mañana tomé un purgante y sólo por cumplir con la disposición gubernativa he venido á clase.

- Vaya usted; pero que sea la última vez.
- Señor!
- Otra?
- Esta niña me está halando los bigotes.
- Hablador!
- A tí te gusta que te halara los moños?
- Silencio.
- Tin. (suena un timbre).
- Basta! Por hoy hemos terminado. Es increíble cómo se va el tiempo! La misma lección para mañana.

*
* *

Un coro de muchachos espera á los maestros educandos á la salida de la escuela, y les grita: "Adios, chiquitos, echen la babita!"



El triunfo del Negro

Adió, mí branca, jermosura de mi arma, niña de mi sojos.

—Qué dice este negro!

—Que juté, vida mía, e jer día, y yo la noche. Y la noche se quié juntá con er día.

—Ay qué lisura! Pues r.o faltaba más! Mire Ud. que no es poco atrevido este pedazo de betún.

—Pero arrepare su merced que er betún e jer que saca má brillo; y er carbón e jer que má jalumbra; y er gavlán e jer que se come á la paloma.

—Negro insolente?

—Azúca durce! Mamey colorao! Arfeñique de mi jentraña.

—Ay, Dios mío! A mí me va á dar algo! Este negro me espanta!

—Yo también estoy espanto ar ve jeste pedazo de cielo que me hey encontrao en er camino. Cara má bonita que una peseta nuevita. Ojito é gato, boca de *guaiji*!

—Horror!

—Vamo á ve, princesa, si quie su merced un negro pa besale la planta der pie. Yo no sé jablá como un branco; pero sé queré como jun elefante.

—Basta de atrevimiento! Oye Ud? ó pido auxilio á la policíá.....

—Má que me afusilen, prenda! La fruta ma-
dura ha sido jecha pa toos. Y yo aquí mé planto,
hasta er día der juicio finá. Jojalá premita er cie-
lo que se la coma ahorita mesmo un tigre jam-
briento y la vaya á gomitá en mi cuarto!

—Qué ojos de diablo tiene este maldito negro!
Y me mira con ellos cual si fueran brasas de
candela!

—Jestoy inflamao, mercochita mía, entonte-
cío y acucharrao, en presiencia de su divina ma-
jestad.

—Y lo peor es que no hay por aquí ningún
Inspector.

—*Guarigé?*

—Qué?

—Que yo está siempre con tí, que tú está siem-
pre con mí, como er carrao con la carráa, y como
er jorro con la jorra entre er carrizá.

—Por última vez déjeme usted el paso libre.
Voy de prisa y no estoy para escuchar sandeces.
Ya le costará cara su porfía.

—Mira, branca esta mano mía!

—Bien, y qué?

—Yo no jalcanzá á contá con ella la prata
que yo tengué. Toa la guardá pa mujé que á mí que-
ré. Bastante trabajá, mucho sudá, por ñiña bran-
ca como tú.

—No me hagas reír, negro burlón!

—Yo no burlá. Tú sé cucarachita mía, yo cu-
carachito de tú. Antouce yo too te comprá.

—(Si será cierto lo que dice este animal).

—Mira amó de mi arma: allá abajo der gua-
ropo tengo mi joropo. Ven con negro á la bujika
y verás una jalapa botuka mandanchuka.

—Qué hablas majadero?

—Mucho joro para tí y pa mí: pa los dó, y pa
naide má. Yo so un negro ricachimbo. Com-
priende?

—(Cierto debe ser, Y viéndelo bien no es
tan feo el negro éste. Peores hay otros).

—Dame sa mano!

—Vaya hombre porfiado!

—Está má juave que jun palo e barsa y ma branca que la bola der coco seco. Con permiso de su señoría ilustrísima, yo besá jesta mano y la saboreá como jun terrón de azúca.

—Está visto que ustedes los negros hacen lo que quieren.

—Jí, jí, jí!

—De que te ríes, orangután?

—De mí mesmo, de su merced, der mundo partío po la mitá. Negro se ríe poque negro está contento. Ya tené mujercita branca, con ojito azú y pelo amelcocho. Yo buscá un fraile gordo pa casa y después iqué viva er negro Mandinga!

—(No hay duda. este negro debe tener mucho talento. Acabo de verle un rollo de billetes de á cien sucres cada uno en e^l bolsillo de atrás. Me he hecho un hallazgo! Cuántas conozco yo que me lo envidiarán. Con bamba y todo es una gran cosa. El color no ofende, cuando se tiene dinero, Ahora temo que se arrepienta. Voy á estimularlo con un cariño).

—Negrito mío!

—Mandinjuka!

—Qué quieres?

—Ganga doki lá, bomba cafio té!

—Hablame en castellano.

—Yo quié jime ya con tú.

—Pues vamos!

Y recogiendo con gracioso ademán la falda de seda color de lila, la bella dió su brazo al africano y desapareció por la calle abajo, abrumándolo con su coquetería.

Y el negro en tanto, con el belfo caído, los ojos en blanco y los perlados dientes á la vista, irradiaba de felicidad como irradia en las tinieblas un carbón encendido.

Mas no bien había desaparecido, se oyó una voz sonora que decía:

“Así es la opinión, en todas las fases de la exis-

tencia humana. En amor, como en política, como en todo, el primer movimiento, el instintivo, es de repulsión para lo que repugna á nuestros sentimientos.

La conciencia se subleva y protesta contra lo deforme en el orden social, en el orden moral ó en el orden político; pero cúbrase el objeto de áureos resplandores y lo que antes era negro aparece radiante y bello para la más hermosa de las aspiraciones."

Quién hablaba así?

Era un filósofo estóico que se moría de hambre en un portal.





El órgano de la causa

—Sabe usted, tío Lucas, que yo quisiera ser periodista.

—Nada más fácil. Yo te puedo enseñar el oficio en una sola lección.

—Es posible!

—Siempre que quieras, por supuesto, pertenecer á la *prensa seria*, que llaman. Porque hay otra *prensa independiente*, que no te conviene.

—Bueno, vamos con la prensa seria; la seriedad ante todo.

—Convenido. Voy á traer una batuta.

—Qué batuta! Me va á dar Ud. lecciones de música?

—La prensa es una danza, y ya tu sabes que sin música no se puene bailar.

—No embrome, tío!

—Ya está aquí. Vamos ahora á tratar un asunto en la columna editorial; pero con seriedad, por supuesto.

—Ah, ya lo creo.

—Escucha el tema simbólico: imagínate un gato, un gallo y un canario.

—Es decir, una arquita de Noé.

—Nó, señor. Nada más que esos tres.

—Adelante.

—Supón ahora que el canario se sale de la jaula, y cae entre el gallo y el gato, siendo comido inmediatamente.

—Me parece que lo veo.

—Pregunto yo ahora ¿quién se lo comió?

—El gato, claro está.

—Eso diría la prensa independiente; pero ten en cuenta que estamos tratando de la prensa *seria*, aquella que respeta las uñas del gato y gusta de pasarle la mano á favor del pelo, por la cuenta que el tiene.

—Voy comprendiendo, maestro.

—Cómo tratarías, pues, el asunto?

—Sabe usted que la cosa es delicada.

—Vamos, comienza, que yo te iré llevando el compás.

—Un artículo de fondo?

—Sí, de fondo. de mucho fondo?

—Allá va.

—*A tempo!*

—“Ya nuestros lectores tienen conocimiento de la trágica muerte del Canario; que era un pajarito cantor.....

—*Con espressione!*

—Un lindo pajarillo, cuyos gorjeos matutinos deleitaban nuestros oídos. Siempre metidita en su jaula estaba la pintada avecilla.....

—*¡Forte!*

—“Cuando un día, horrible día! Nuestra mano tiembla! Nuestro cabello se eriza! Mano infame....

—*Piu forte!!*

—“Mano infame, repetimos; execrable mano, victimó al inocente pájaro. Pero nosotros.....

—*Fortissimo!!*

—“Los periodistas honrados estamos aquí para volver por los fueros de la justicia, acusando al mismo gato, si fuera el delincuente. No le tenemos miedo á nadie, á Dios gracias.....

—*Non troppo!*

—Pero ante todo y sobre todo, conviene examinar el hecho con seriedad y calma. No podemos, desde luego, culpar al gato de este atentado; porque, en suma, no hay pruebas de su delincuencia.

—*Piano!*

—“Por otra parte, el gato ha sido siempre un animal muy útil, de pelo suave, sedoso y cola flexible. Quién no le ha visto rezando, con sincera devoción, al amor de la lumbre? No así el gallo, animal de suyo pendenciero y enemigo político del gato.

—*Moderato!*

—En virtud de las razones expuestas, creemos discreto, como periodistas serios que somos, suspender nuestro juicio hasta que la tortuga, severa é inflexible, salga de su concha y pronuncie su fallo inapelable.”

—Bravo!

—Qué tal lo he hecho, tío?

—Admirable, hijo, admirable! Solamente que en la parte que te referías á los méritos del gato, podrías haber añadido que es *amigo de la causa*. Porque mira que tiene unas uñas el maldito!

—Y no le parece á usted que está muy fuerte la introducción?

—Nó, porque así se acredita la imparcialidad y se sostiene la deshecha que viene después.

—Entiendo. Pero lo que temo es haber ofendido al gallo.

—Y qué te importa! Quién es el gallo? Un infeliz que nada significa! Aquí el que vale es el gato, y se acabó.

—Y si sucumbe el gato?

—Entonces se dice:—“Nosotros fuimos los primeros en atacar al gato, con aquella energía que nos caracteriza, por el bárbaro atentado cometido en la inocente persona del canario etc.”

—Basta, tío, basta; ya soy periodista serio. No necesitamos más. Mañana mismo fundo un periódico titulado: “El Embudo” y verá usted la buena acogida que merece.

—Y pongle arriba: *Organo de la causa*.

—De qué causa, tío?

De la del estómago, hombre!



La dieta del Obispo

Monseñor Paganelli era un Obispo en toda la extensión de la palabra; es decir, con todas las ventajas propias de la alta gerarquía eclesiástica, que ya las quisiera yo para el humilde sobrino de mi tía.

Me parece que le veo: lucio, gordo, risueño, con su cara redonda y las mejillas encendidas, andando á pasitos cortos, con cierto movimiento oscilatorio y la diestra levantada para echar bendiciones á todas sus ovejitas.

A pesar de ser obispo no sabía latín, lo cual no tiene nada de raro; pero él se ingeniaba de tal modo que parecía que lo supiese, imitando la entonación del idioma.

Así, por ejemplo, cuando comenzaba un sermón, solía decir cualquier disparate, como éste: "*Fregaturum esse vel fregatum iri*". Y agregaba: palabras de Santo Tomás Capítulo IV. Versículo 39.

En los primeros días de una cuaresma, predicó un sermón sobre la abstinencia, que dejó profundamente emocionado al auditorio femenino, que es el más inprecionable:

"Hermanos, decía. Bastante habéis alimentado ya la materia. Alimentad ahora el espíritu con el divino pan. No os da vergüenza eso de sentaros á comer todos los días? No pensáis sino

en la mesa y en las viandas. La comida es un vicio como cualquiera otro. Los ángeles en el cielo no almuerzan, ni meriendan, ni cenan. Se sustentan con la gloria. Y por qué? Porque tienen el espíritu puro. Tened vosotros puro el espíritu y seréis semejantes á ellos; *símiles angelorum*, como dijo Santa Teresa. Yo que os hablo, el más humilde siervo de Dios, *servum Dei*, el más grande de los pecadores, *magnus peccatoribus*, consumo apenas tres gotas de agua y una de miel. Oh, hermanos míos, no me hagáis llorar con vuestras glotonerías. Alguien ha venido á decirme que soléis comer carne. Es posible? No sabéis que los enemigos del alma son tres: mundo, demonio y *carne*? Cómo estarán vuestras almas! Horrorizaos! Oh! no comáis más, caros oyentes. Lo mismo que digo de la carne digo del arroz y del huevo frito. Todo es mortal para la salud espiritual; pero si lleguáis á sucumbir á la debilidad humana, no paséis nunca de una modestísima dieta, como la mía, y así Dios os la dé y San Pedro os la bendiga”.

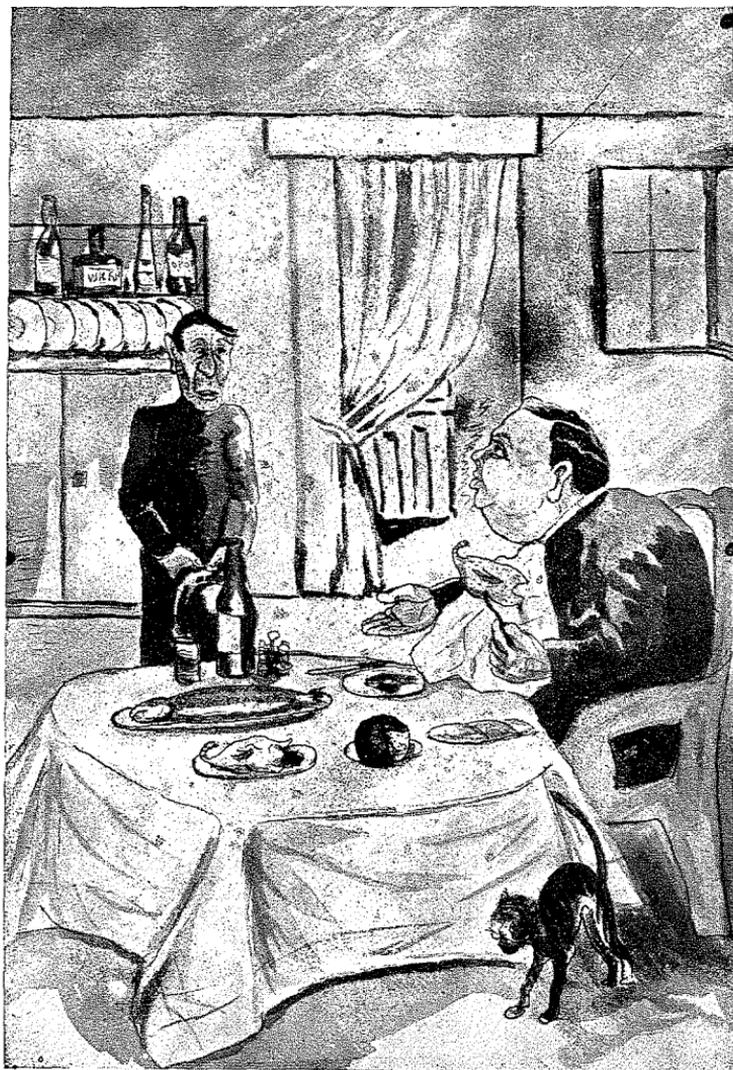
Qué santo es este Obispo, decían todos; no come ni bebe y está gordito.

Llegó en esto la Semana Santa y sucedió que un pobre cura, que estaba ayunando *á fortiori*, por escasez de recursos, se presentó en Palacio con el pretexto de pedir una limosna á su Ilustrísimo para.....la cerca de los Monumentos.

—Su Ilustrísima está tomando la dieta, le respondió un familiar.

El cura hacía rato que estaba sintiendo un olorcillo á fritura que lo tenía desconcertado. Así es que en cuanto le dijeron aquello de la dieta, se lanzó como un loco al comedor, antes de que la servidumbre episcopal pudiera detenerlo, y sorprendió ¡quién lo creyera! al mismísimo señor Obispo engolfado en el saboreo de un succulento picante de patillo.

La dieta del Obispo



Venga, querido hermano, á hacer penitencia.

Y además del patillo había un pollo frito en mantequilla, y una corbina rellena y un queso de bola y un jamón mutilado y una botella de vino Oporto.

Obispo y Cúra quedaron viéndose las caras largo rato, y luego dijo el Prelado:

—Venga, querido hermano, á hacer penitencia.

—Pero Ilustrísimo.....!

Silencio, hermano. Una cosa es la Iglesia y otra cosa es el Refectorio.

Bueno, digo yo. Así suelen ser las circulares de los ministros con respecto á la frugalidad oficial en materia de elecciones presidenciales.

Pura abstinencia; y luego resulta la dieta del Obispo.



El talón de Aquiles

Todos los hombres, dice un filósofo griego, por invulnerables que parezcan, tienen el talón de Aquiles.

La cuestión consiste en saberlos atacar por el flanco; porque, efectivamente, no hay hijo de Adán que no flaquee por algún lado. Y una vez descubierta la debilidad, todo lo que uno quiere se consigue de ellos.

Raros son los hombres que pretenden recomendarse por las aptitudes que en realidad poseen. La tendencia general es á marchar por otro camino y adquirir fama en aquello que no entienden.

El que es buen médico, por ejemplo, se le ocurre de repente que tiene voz de bajo profundo, y desde ese mismo instante cierra el libro de Hipócrates y se dedica á lanzar gallos delante del facistol!

Más allá un hábil juriscunsulto se siente con dedos para la geología y archiva el Código para estudiar las extratificaciones de los terrenos terciarios.

Hombres de Estado existen de gran competencia; pero se les antoja que son poetas, y cuando menos se piensa templan la lira, huyen del prosaico bufete y le cantan á uno sus amores en melancólicas rimas.

Y así hay muchos.

El ingeniero quiere ser actor cómico; el arquitecto profesor de baile; el sacerdote músico mayor; el comerciante cura párroco y así sucesivamente.

No se habla jamás á estos señores de su profesión, ni se aplaudan sus triunfos, cuando se quiera lisonjearles, porque se fastidian y se irritan. Hay que hablarles de sus *aficiones* ó del objeto especial de su predilección, con el entusiasmo mejor fingido que se pueda. Así se les domina.

Uno de los Papas de Avignon tenía puestos los cinco sentidos en una mula normanda que poseía. Pues bien, este pontífice se dormía escuchando á los teólogos más talentosos y los dejaba partir sin un agazajo; pero en cambio el taimado cleriguillo que comenzaba por acariciar á la mula estaba ya en camino de obtener la púrpura cardenalicia.

Cierto magistrado, que ha dejado nombre en la historia, se moría por las peleas de gallos.

Tratar con él, sobre cualquier otro asunto, era exponerse á la dureza de su carácter.....

Pero, comenzando por los gallos, ya se tenía cualquiera andada la mitad del camino y despertada la jovialidad del notable aficionado.

—Conque el gallo *giro*, le decía un cesante, le pegó al *ají seco*?

—Sí, replica'ba el magistrado con los ojos brillantes; pero fué careado dos veces.

—Dicen que era gallo-gallina.

—Quién ha dicho ese disparate?

—El juez de gallos.

—Miente! Yo lo he tenido en mi mano y le he soplado aguardiente bajo las alas. Vaya si lo conoceré!

—Y alzó la moña?

—Nó, señor; no alzó la moña. Picó en retirada; pero volvió á la carga con brío.

—Qué precioso animal!

—Me cuesta un ojo de la cara; y yo, la verdad

sea dicha, no lo *topo* con cualquiera. Es un gallo finísimo.

—Y á propósito, se ha acordado usted de extenderme el nombramiento de que hemos hablado?

—No tenga cuidado. Le corté la cresta porque desangraba mucho.

—Aquí traigo el papel timbrado para que usted no se moleste. Ha hecho usted muy bien en cortarle la cresta para que no se desangre. Este gallo vale en oro lo que pesa!

—Y es mocito.

—Si gusta yo redactaré el nombramiento para que usted lo firme.

—Bueno. Tengo otro de navaja, que es una preciosidad. Me están dando por él una gallina echada de pura sangre y no lo quiero cambiar.

—Bien hecho! No se deshaga de él. Ahora están muy escasos los gallos de navaja y abundan las gallinas echadas. Me hace usted el favor de firmar?

—A ver? Ya está.

—Muchas gracias!

—Yo tenía un huevo, que me regaló el Ministro inglés; pero la maldita cocinera me lo sirvió frito y me lo comí.

—Qué lástima!

—Ese día casi me muero de cólera.....

—Con justicia.

—Voy á ver si empollo otro, que me han ofrecido en la próxima luna.

—Yo voy á tomar posesión de mi destino.

—Perfectamente; pero venga usted antes para que vea beber al gallo.

—Oh! Tendré el mayor gusto!

Ya ven ustedes, lectores, que más vale maña que merecimientos.

Y esto no es propio únicamente de los grandes hombres. El flaco domina también á los pequeños.

Un zapatero había que, en cierta época de

revuelta, cambió el tirapié por la espada y se plantó las presillas de Coronel. Desde entonces se consideró un *petit* Napoleón, aun cuando le quitaron el grado y lo mandaron á la zapatería, donde narraba diariamente sus hazañas.

—Maestro, le decía un cliente, ¿me hace usted una rebajita en este par de zapatos?

—Nó, contestaba secamente.

—Pero, maestro.....

—No se puede; el cuero está muy caro. Ni medio menos. Se pierde plata!

—Le doy á usted.....

—Nó, nó. No hay rebaja!

—Es posible, *mi Coronel!* Rebájeme algo, *mi Coronel!*

La persona del maestro irradiaba de júbilo.

—Hombre, por ser usted deme lo que guste.

—Gracias, *mi Coronel!* Yo me acuerdo siempre de esa bala que le pasó el sombrero.

—Pero la recibí sin pestañar. Me alegro que usted lo diga, para que no se crea que son invenciones mías.

—Lo malo es que no tengo ahora dinero, *mi Coronel.*

—Y entonces.....?

—Yo le pagaré cuando pueda. GENERAL.

—Bueno, lleve usted el calzado. No se pierde nada con los amigos.

(*Aparte*) Aunque no me pague, éste es un excelente muchacho. Me ha llamado General, y este ascenso me ha conmovido hondamente.





Jas á la derecha! Jas á la izquierda!

Había en cierto lugar, de cuyo nombre no quiero acordarme, un excelente y honradísimo comerciante, que gozaba en grado sumo del aprecio público.

Nadie le ganaba en condiciones morales y sociales, porque era un buen hombre por todos cuatros costados, un ciudadano modelo y un caballero cumplido.

Pero como nada hay completo en la vida, don Crédulo, que así se llamaba el sujeto, tenía un defecto capital.

Era espiritista.

Casi todo el día se la pasaba evocando fantasmas y haciendo girar mesitas de tres patas.

Por supuesto, no vayan ustedes á creer que los espectros se le aparecían de verdad, ni que las mesas se movían á impulso de algún poder sobrenatural. Ordinariamente sucedía que al ir á presentarse los primeros, se le acababa el fluído á don Crédulo y por esta circunstancia le negaban la visita.

Las mesas sí era cierto que giraban; sobre todo cuando algún amigo del comerciante las ayudaba con la punta del pie.

Pero don Crédulo no se fijaba nunca en estas pequeñeces, y estaba siempre absorto en presencia de tales fenómenos.

Un día, que hizo época en la historia de su vida, leyó en los periódicos el anuncio siguiente:

“*Gran Compañía Espiritista*”.—Esta maravillosa Compañía, que viene asombrando al mundo con sus prodigiosos experimentos en las ciencias misteriosas, acaba de llegar á este pueblo, donde se propone dar varias sesiones. Posee un magnífico elenco de mediums, hipnotizadores, taumaturgos y nigromantes. Sorpresas estupendas!!! Acudir, acudir, acudir!!! Véanse los programas.

—Esto era lo que yo deseaba! exclamó don Crédulo en el colmo del regocijo, después de haber leído el anuncio. Una compañía como ésta me es absolutamente indispensable. Dios me la ha mandado!

Y sin pensarlo dos veces mandó á llamar al Representante de la Empresa y le ofreció el oro y el moro para que le diera en su tienda una sesión de espiritismo.

No lo tome usted en serio, don Crédulo, le decían los deudos y amigos. Mire usted que estos nigromantes no son más que simples ilusionistas.

Pero don Crédulo, en el fondo, tenía plena confianza en los espiritistas.

Al fin se dió en el almacén—contra el voto de parientes y amigos—la famosa sesión que estaba convenida.

Llevó la Compañía mucho trápo negro, que es el color que agrada á los espíritus, un surtido de calaveras especiales, varios pares de tibias; retortas cargados de fluído, y demás aparatos que requería el argumento.

Don Crédulo no podía estar más satisfecho. Veía los instrumentos y se los señalaba á los incredulos como diciéndoles:—Qué dicen ustedes de esto, eh?

Puesta la Compañía en actitud de funcionar, preguntó al dueño de casa ¿qué espíritu deseaba evocar?

—El Espíritu Santo, contestó éste.

—Está bien. Ahora mismo lo verá presentarse. Pero antes necesitamos hacer el vacío. ¡Comprende usted! Porque los espíritus flotan en el vacío.

—Comprendo.

—Colóquese usted aquí, delante de este gran reloj de pared, y vaya marcando las oscilaciones del péndulo con estas palabras cabalísticas: *Tas, á la derecha.....Tas, á la izquierda!.....*

—Ya estoy.

—Bien. Ahora, aun cuando usted vea venir el mundo abajo, no abandone el puesto, ni se distraiga un punto en oír ó contestar á nadie, porque se pierde todo y no se podrá volver á empezar. Está usted?

—Tas, á la derecha.....

—Eso es.

—Tas, á la izquierda.....

—Magnífico,

—Los espiritistas le dieron algunos pases en los centros nerviosos, le pusieron algunas calaveras al rededor y luego se pusieron á descolgar la lámpara para llevársela.

Los amigos que esto presenciaban, gritaban al propietario:

—Don Crédulo, se llevan la lámpara!

—Tas, á la derecha.....

—Cómo se deja usted despojar?

—Tas, á la izquierda.....

—La lámpara salió de la tienda, llevada en peso por los espíritus, y tras de la lámpara iban desapareciendo de los escaparrates todas las mercaderías de valor

Intertando, don Crédulo, con la vista fija en el péndulo y el índice en movimiento, repetía imperturbable:

—Tas, á la derecha.....

—Tas, á la izquierda.....

—Pobre don Crédulo! exclamaban algunos al ver vaciar su almacén.

—Tas, á la derecha.....

—Lo van á dejar en cueros.

—Tas, á la izquierda.....

—Debe estar hechizado.

—Tas, á la derecha.....

—Cuando vuelva en sí le va á pesar.

—Tas, á la izquierda!

Al fin terminó la media hora, que debía durar el experimento, y don Crédulo, satisfecho, tornó la faz y miró en derredor:

—Los espíritus habían desaparecido; pero el vacío estaba hecho ya.....en su tienda.

*
* *

Ciertos oportunistas listo suelen hacer cosa parecidas en sus negocios con los gobiernos cándidos y forman el vacío en caja fiscal.



Plumas Heroicas

Yo he admirado siempre á los periodistas oficiales y á los oficiosos.

Cuando los encuentro, me les quito el sombrero, porque son unos héroes.

Eso de que le digan á úno, diariamente, escriba usted en pro ó en contra de tál ó cuál, es una pieza de fuerza, como dicen en mal castellano los acróbatas.

Se presenta, *vervi gracia*, un delincuente que ha perpetrado un hurto con fractura, pongamos por caso, y le dicen, supongamos, al escritor citado:

—Pruebe usted que este hombre es inocente.

—Pero, señor, sí está probado ya que.....

—No importa! Hay que decir lo contrario!

—Está bien. Así se hará.

Y sale el pobre escritor devanándose los sesos para descubrir cómo se puede *tratar el asunto*.

Ah! Esto es lo difícil! Pero si no lo sabe hacer, está perdido.

El recurso que le quedá es el siguiente, que no es invención mía, por supuesto, sino de otros ingenios privilegiados:

Señores, dice el periodista: la maledicencia se ha cebado torpemente en una de las reputaciones más acrisoladas. Nos habláis de un robo con fractura? No hay tal. Nuestro correligionario era un hombre inmaculado; pero con hambre.

Qué hace un hombre cuando tiene hambre?

Comer ¿no es verdad? El instinto de la propia conservación le impulsa á ello, y hay que respetar las leyes de la naturaleza, so pena de ofender á Dios.

Mas el que no tiene qué comer, ni con qué procurarse el sustento ¿qué debe hacer?

Ya! Lo que hacer debe es ir á procurarse el alimento donde quiera que lo encuentre, como las aves que vuelan en los aires; como los pecces que nadan en las aguas, como el ganado que discurre en la pradera.

Nuestro hombre, señores, se dirigió á una casa, en busca de pan, á las doce de la noche. A qué otra parte podía haberse encaminado, digo, cuando nada habría sacado con dirigirse á la saba-na, por ejemplo!

Que rompió la cerradura, me diréis? Sí, la rompió; pero fué porque la puerta estaba cerrada. Ahí tienen ustedes el abuso que cometen los dueños de casa al cerrar sus puertas por la noche. Todas las puertas deben estar abiertas, á fin de que cualquier honrado ciudadano pueda subir y cenar en cualquier domicilio particular.

Nuestro correligionario, repito, no había fracturado la puerta, si hubiera tenido la llave en su mano; pero como no la tenía.....!

Eso de que se fué derecho hacia la *caja de fierro* es un cargo bien fútil, en verdad. Desde luego comprende cualquier persona que un individuo que sube por vez primera á una casa no sabe dónde está la cocina, ni menos dónde se guarda el pan.

El creyó, naturalmente, que el pan estaba dentro de la caja de fierro, y la abrió con una gan-zúa. Diréis que ésto es malo? Pero si no sabía la combinación! Qué iba á hacer!

Por supuesto, no halló el pan que buscaba, sino dinero efectivo. Lo tomó, en efecto, porque estaba en su derecho, para comprar lo que necesi-

taba. Acaso en las panaderías dan el pan de balde!

Hé aquí todo el proceso!

Un hombre honrado que busca los elementos de su nutrición.

Y á ésto llamáis delito?

En dónde está la de lincuencia?

Felizmente hay justicia en esta tierra y abrigo la convicción de que se proclamará la inocencia de nuestro correligionario. Suplico al público que suspenda su fallo hasta.....(que San Juan agache el dedo.)

* * *

Al día siguiente se acercan cuatro ó cinco personas al periodista y le dicen:

—Qué buen artículo! Usted se ha lucido! Qué pluma la suya!

Y, en efecto, hay algunas de estas plumas heróicas.





La risa del Cura.

Cuentan las crónicas de mi tierra, que, allá por los años de qué sé yo cuántos, cuando Bolívar estaba todavía en pañales, existía por estos trigos una excelente señora del sexo femenino, pobre, porque carecía en lo absoluto de bienes de fortuna, y viuda, con motivo de que se le murió el marido.

Esta señora mujer, como dice el Teniente Político de Alcaparra, era un modelo de honradez, puesto que nunca había dado qué decir, y tenía los cuatro sentidos puestos en sus tres hijos varones; digo cuatro, en vez de cinco sentidos, porque la señora era sorda como un trueno; y ya se sabe que los truenos son sordos. Olmedo lo dijo:

“Y sordo retumbando se dilata.....”

Prosigo, pues:

La sin par matrona, cuyo nombre era Atripa, se desvivía por sus hijos y hubiera dado su sangre por verlos felices y contentos.

Así lo decía y lo repetía élla á todas las vecinas; pero afortunadamente nadie tenía interés en sangrar á esa pobre madre, en provecho de los tres badulaques, porque los hijos, mejorando lo presente, eran tres majaderos hechos y derechos.

Esta noticia no les cogerá de nuevo á mis lectores, porque ahora también los hay, de tomo y lomo.

A fuerza de quebrarse la cabeza para dar fina educación á los niños, que ya eran talluditos, misiá Atripa tuvo que vender ¡ay! las reliquias domésticas; sacrificio que, después del de la existencia, es el más doloroso de todos.

Con lágrimas en los ojos cargó la viuda con el relicario, camino del usurero, y se deshizo de las espuelas de plata, las mismas que se calzaba el difunto en los días de parada; las hebillas de oro, que estrenó el santo varón el día de sus bodas; la tembladera, el almírez, el rosario, el Agnus Dei y otras meudencias llenas de recuerdos de familia...

No lo hago por mí, decía la viuda, sonándose la inflamada nariz: lo hago por ellos.

Y en efecto: una madre es capaz de pararse de cabeza por sus hijos. Bribones! El mundo está lleno de estas madres y de estos ingratos.

Con el dinero que produjo la venta de las reliquias, equipó la señora á las tres zánganos, les echó la bendición, les llenó de consejos y los despachó en un navío que zarpaba para la Península. X

A Salamanca se fué el terno.....dejando en oración permanente á la autora de sus días.

Pasaron algunos años, durante los cuales, las cuatro víboras (sumando también al usurero que hacía los negocios) acabaron de vaciar el cofre de la viuda, desaparecieron las tierrecitas que poseía y se hizo humo hasta la cama de matrimonio.

Así decía Doña Atripa:—hasta la cama la he sacrificado por la educación de ellos! Hasta la cana!

Ah! Cuando ellos volvieran! Qué gusto ése! Cómo se pondría de contenta! Qué cosas vendrían aprendiendo! Ya se figuraba verlos llegar juntos, con un canuto de hojalata en la diestra de cada uno, y dentro del canuto el grado de doctor!

El Cura se reía cuando oía hablar de esto:

La risa del Cura



Consumatum est.....!

pero como los curasson tan sôcarrones, misiá A-tripa no le hacía caso.

Al fin llegaron los tres estudiantes.....Oh si llegaron! Hubo una dé besos que fué sonada en toda la villa. Verdad es que no trajeron el famoso canuto de hojalata, pero en cambio trajeron un hambre de maestro de escuela.

Puesta la mesa, así en familia, con lo mejorcito que había, que no pasaba dé una docena de huevos, fueron invitados por la madre los recién llegados á dar una muestra de talento.

En el acto, madre, repuso el menor. Y tomando un huevo del plato, le quitó la cáscara con suma habilidad, y exclamó:*descacaratum ovum!*

Tomó el otro el huevo, echóle sal y dijo: *sal et sapientia!*

Lo tomó el tercero, se lo tragó de un sólo bocado y expuso: *consumatum est!*

Y ésto, qué és? preguntó sorprendida la madre.

—Esto es latín, madre.

—Y es todo lo que han aprendido en Salamanca?

—Sí, madre.

La ceremonia se repitió con alteración de oficios hasta que se acabaron los huevos.

Ni siquiera echó de ver la buena señora que élla no los había probado. Pensaba en la burlesca sonrisa del Cura.....Y dando un profundo suspiro, se levantó de la mesa.

Desde que yo sé esta historia, me he acostumbrado á imitar la risa del Cura.

Así mismo, cuando está el Congreso reunido, no me puedo contener, porque la cosa se parece á la otra. Y ustedes lo verán.

Cuando se presenta alguno de aquellos famosos proyectos que ustedes saben, llámense contratos, monopolios ó lo que fueren, no hay más que decir:

Descacaratum ovum!

Cuando las Cámaras lo estén discutiendo:

Sal et sapientia!

Y cuando sean aprobados, como lo creen y esperan los interesados, exclamemos en coro:

Consumatum est!

Estas cosas sólo se aprenden aquí y.....en Salamanca, aunque se ría el Cura.





J.

El candidato oficial

Alida, la hermosa rubia de ojos celestes y miradas de ángel era un botón de rosa blanca recamada en oro.

En cambio la madre Doña Blasa Cayetana de Topete, era algo así como un mamey colorado, áspera, rubicunda y con pepa.

Sinembargo, en el fondo, como decía Topete, tiene algo que me gusta esta mujer.

Por supuesto, los jóvenes solteros que merodeaban por aquellos trigos, tan luego como descubrían el tesoro escondido que había en casa de Topete—habío de la rubia Alida—se quedaban prendidos como moscas en la dorada red de sus encantos.

Oh! Cómo les gustaba la chiquilla!

Hasta el Capellan del vecino convento, que era un varón muy santo y muy gordo, cuando la veía en misa, tan bonita, tán delicada, tán tierna, abría la boca y se hacía la señal de la cruz en la frente.

El enjambre masculino revoleteaba y revoleteaba en torno de la niña, como las mariposas en torno de las flores; pero como no había llegado todavía el día de las elecciones, era preciso esperar.

Don Topete lo veía todo con el rabo del ojo y solía exclamar de cuando en cuando: éstos no son amigos *de la causa*! Ya veremos! Ya veremos!

Un día, cuando don Topete se estaba quitando las botas para calzarse las zapatillas de entre casa, fué hacia él solamente la señora y le dijo:

Topete, ya tenemos novia para la chica.

Al oír esto dió Topete un salto, cual si le picara un mal bicho, y se volvió á poner las botas con celeridad vertiginosa. Lanzó después un bufido y exclamó:

—Qué dices?

—Que Alida tiene novio; un novio en verdad estimabi.....

—Y quien lo ha elegido? interrumpió el varón temblando de cólera.

—Pues quién ha de ser: élla.

—Dile á élla y al galán que se vayan á un cuerno! Con qué derecho.....

—Hombre, me parec que una mujer es la que tiene derecho para elegir al hombre que ha de ser su compañero.

—Nó, señora. Aquí no hay libertad electoral ¿entiende usted?

—Eso será en política, señor don Topete; pero aquí estamos en familia, y las cosas deben hacerse de otro modo.

Aquí es lo mismo, señora Doña Cayetana. El que manda, manda. Y si no, dígame usted ¿quién gobierna en esta casa?

—Tú, naturalmente; pero respetando las garantías de los demás.

—Qué garantías! Donde has visto tú que haya garantías, mujer insoportable?

—En la constitución de la República.

—Ahí me las des todas! Aquello no es más que los adordos pintados que se ponen á los dulces en los grandes banquetes; sirven para dar vista, pero no se comen. Entiendes?

—Así es que la pobre Alida no tiene el derecho de ser feliz con el hombre á quien ella quiere?

—Nó. Lo será con el que á mí me dé la gana.

—Mira que abusas, Topete!

—El poder no abusa nunca. Para qué es entonces la fuerza? Para que soy yo el Jefe de la casa? Te figuras que he de consentir en que venga á meterse aquí, á título de yerno, algún tunantuelo que me parta por el eje. Eso te equivocas!

—Y si la muchacha se niega á obedecerte?

—Cojo un palo y le doy una paliza.

—Serías capaz de hacer esa barbaridad?

—En el acto, porque los padres son los que gobiernan á las hijas y nó las hijas á los padres, cualquier acto de desobediencia debo estimarlo como un ataque al principio de autoridad.

—De manera que no hay en esta libertad para nada?

—No la hay en ningún Estado, hija de mi alma, y la va á hacer aquí!

Déjate de libertades. Esas son pamplinas. La niña no se casará sinó con el que yo quiera y asunto concluído.

—Sinembargo, una persona honorable, como el novio de mi hija, tiene perfecto derecho á pretenderla.

—Y á mí que me importa!

—Pero qué excusas razonables le puedes presentar?

—Que no me da la gana. Y basta!

—Y si se ofende, como es justo?

—Lo ruedo escalera abajo!

—Basta, Topete! No hablemos más!

—Perfectamente. Yo no soy hombre de muchas palabras. Ahora, si la chica quiere casarse, dile de mi parte, que yo le tengo elegido un *futuro*.

—Se puede saber quién es?

—A su tiempo se sabrá. Ahora nó. Basta úni-

camente saber que *ése* será su marido quiera élla ó no quiera.

II

—Habló ya con mi papá.

—Sí, hija. Acabo de hablarle.

—Y qué dijo?

—Se puso muy bravo, y dijo que nó!

—Ay, mamá!

—Dijo también que él te tenía buscado un novio y que con ese te casarías.

—Y si yo no quiero?

—Aunque no quieras, hija. Ya tu sabes que el que manda, manda, como él dice, y no hay más que arrugar el pellejo. Conque paciencia, hijita, y esperar, que en este triste mundo no hay más derecho ni más libertad que para darse contra en una esquina.

*
* *

Lo mismo suele aún bajo los gobiernos que se llaman liberales, en la república democrática.





Marquen el Paso!

El hecho que voy á narrar es rigurosamente histórico, como que pasó en esta misma ciudad de Santiago de Guayaquil en los buenos tiempos de Don Gabriel García Moreno.

Hallábase el Presidente en este puerto, ocupado en asuntos económicos, porque la Hacienda Pública andaba de capa caída, como suele acontecer en ocasiones, mejorando lo presente.

Los acreedores del fisco, que no eran pocos, aprovechaban de la presencia del Magistrado para dirigirle unos memoriales que partían el alma á un ladrillo, en los que pedían con frases conmovedoras que se les cubriera el haber.

Pero qué *haber*, si no *había*.....!

Resultaba, pues, un gasto de papel y de tinta inoficiosa.

Entre los solicitantes más empecinados figuraban los inválidos, reclamando sueldos atrasados. Y por más que se les exhortaba á tener paciencia hasta que convaleciera el Tesoro, no querían aquellos imitar á Job y se les había metido entre ceja y ceja que sacarían tajada. Dios los haya perdonado!

Oficio va y oficio viene, resultó al fin que *Don Grabiél*, como algunos le decían, citó á los inválidos á tal hora en la casa de gobierno para arreglar verbalmente *aquel asunto*.

Sabido es que del despacho de la Gobernación á la Tesorería no hay más que un pasc, de manera que los pobres inválidos, por inválidos que fueran, abrieron tamaños ojos y supieron valerse muy bien para asistir á la llamada de su Excelencia. Ya se figuraban ¡ay! volver á casa con el bolsillo pesado.

Grupo compacto formaban en la puerta cuando llegó el Presidente.

Todos se cuadraron como buenos veteranos que eran, y saludaron militarmente.

Hola! exclamó el Presidente. Parece que no hemos perdido los libros!

De ninguna manera respondieron varios. Nosotros somos y seremos siempre soldados, aunque inválidos.

—De veras?

—Sin duda, excelentísimo señor.

—Vamos á ver. Pasen ustedes un momento al patio. Oficial de guardia!

—Presente!

—Venga Ud. con nosotros.

Entraron los inválidos al patio, precedidos por el Presidente y el oficial de guardia, que hablaban en voz baja.

Los inválidos se interrogaban con los ojos, un si es no es inquietos por el extraño aparato que traía el argumento.

A ver, Capitán, exclamó, con faz risueña el Jefe del Estado. Hágame Ud. evolucionar á estos bravos veteraros. Quiero verlos.

El Capitán hizo formar al pelotón y luego en un tono entre formal y socarrón, mandó:

—Alinearse! Vista á la derecha!

La fila estaba irreprochable. Qué corrección! Qué precisión de movimientos! Los inválidos querían lucir su antigua disciplina y se esmeraban en el rigorismo militar.

—Pelotón! Media vuel.....Mar!

La fila giró como un sólo hombre, dando es-

paldas al Presidente. Aquellos sí que eran buenos soldados! Y cada uno estaba más orgulloso que un pavo.

—Paso de instrucción.....mar!

La fila avanzó matemáticamente, sin desviarse un punto de la recta y continuó avanzando hasta tocar con la pared del frente.

Al encontrar aquel obstáculo, los inválidos con movimiento regular y acompasado marcaron el paso Ran, ran.....Ran, ran.

Pasaron cinco minutos, pasaron diez sin que se oyera otra voz de mando.

Y pasó un cuarto de hora largo, en tanto que los pobres inválidos, celosos de la disciplina militar, continuaban marcando el paso.

La gente que subía á la Gobernación preguntaban sorprendida qué significaba esa fila de paisanos en continuo movimiento, con la cara á la pared.

Son los inválidos que estan haciendo ejercicio por orden del Presidente, respondía la guardia.

Y la risa retozaba en todos los lábios.

El Oficial entre tanto, grave y mudo como una estatua, no mandaba ninguna otra evolución.

Los inválidos, chorreando sudor, se miraban desoslayo como diciendo: hasta cuándo?

El Presidente se había ido hacía largo rato.

Y ellos, los pobres, enfermos y cansados, marcando el paso.

A la media hora de este monótono ejercicio, comenzó el pelotón á desmoralizarse. Algunos ya no marcaban, otros se movían apenas por cumplir con su deber y muchos opinaban por romper las filas.

Los prudentes y sufridos aconsejaban esperar algunos minutos; pero después de un cuarto de hora más no hubo ya quién aguantara y se rompió la fila, saliendo todos á escape y furiosos con dirección á sus domicilios particulares.

El Oficial, afectando la mayor gravedad, fué

hacia el Presidente de la República y llevándose la mano á la vicera, exclamó:

—Excelentísimo señor, los inválidos se han insubordinado y roto las filas.

Está bien, repuso García Moreno. Ahora que me vengan con solicitudes!

* * *

Muchos hay, pío lector, que suben y bajan las escaleras de la Gobernación con un rollo de papeles en la mano, aparejando requisitos para cobrar algo que requiere infinitas requilorios. Y cuando creen llegado el momento feliz, resulta que falta alguna rúbrica, algún sello, algún *dístico* del ministerio y entonces el grasiento rollo marcha para Quito y regresa cuando Dios quiere, para volver á partir, ganando en manteca lo que se pierde en tiempo.

Cuando veáis á estos infortunados, compadecedlos, porque son inválidos que están *marcando el paso*.



Las jaivas y los camarones.

En cierta comarca que los geógrafos han olvidado en sus cartas, hay un gran bosque, y en el bosque una espaciosa laguna, y en la laguna un pueblo de jaivas (centollas) y camarones.

Conviene advertir que los crustáceos, á cuyo orden zoológico pertenecen las familias indicadas, están organizados como los hombres en su modo de ser político y social, según hábiles observaciones hechas desde Linneo hasta nuestros días.

Gobernaban por entonces los camarones en toda la vasta laguna; pero sucedía una cosa muy particular, ó mejor dicho, muy común.

El primer magistrado era un camarón; los altos chambelanes también eran camarones; los mandarines camarones y hasta el portero de la última oficina pública era igualmente un camarón.

Como es de imaginarse, las jaivas estaban irritadísimas en medio de tanta camaronería.

Esto es insoportable! exclamaban en coro. ¿Se ha hecho por ventura el mundo para los camarones? Claro que nó. Luego las jaivas tenían justísima razón de quejarse, y aun de conspirar, llegado el caso.

Hay otra cosa que todavía no he dicho: el gobierno era alternativo, electivo y popular; pero só-

lo en el nombre, porque los camarones estaban siempre encima de las jaivas. Pobres jaivas!

Llegada la época electoral, se armaba una gorda entre los dos partidos. Comenzaba la bronca por unas listas que exhibían del tenor siguiente:

La jaiva gorda
La jaiva chata
La jaiva larga
La jaiva corta

Y al pie le ponían: Ilustración, Patriotismo é Independencia.

Los otros hacían lo mismo en esta forma:

Camarón brujo
Camarón del río
Camarón barbudo
Camarón con cola

Y luego abajo análoga jaculatoria: Honradez, elevación de miras y rectitud de principios.

Pues bien, ¿cuál de las lista se figuran ustedes que salía victoriosa?

Claro está: la de los camarones.

Así pasaban las cosas en la referida comarca, dentro de aquel bosque y en el interior de aquella laguna.

Las jaivas cada día más exasperadas hacían la más cruda oposición al círculo imperante, y con sobra de razón, porque ya, francamente, el *camaronismo* no se podía tolerar.

Y, además, se daban casos de que cuando alguna jaiva independiente formulaba una severa protesta contra ese desorden de cosas, la sacaban del charco y le daban á comer el amargo pan del ostracismo.

Pero como no hay mal que dure cien años ni pellejo que lo aguante, un día se hizo el agua lodo en aquella agitada laguna y hubo un belén de Cristo padre que dió fin á la aciaga dominación de los camarones y redimió á las jaivas por arriba y por abajo.

Vaya, se salvó la patria! decían éstas derretidas en júbilo.

Y hubo, con este plausible motivo, mucha música y mucho camarón asado, hasta que se normalizó la situación.

Los vencidos, que habían sido muy unidos en la prosperidad, lo fueron más en el infortunio; así es que se dieron todos la mano después de la derrota y se marcharon nadando entre dos aguas hacia los rincones, donde pasaban juntos la pena negra; pero bien merecido se lo tenían, oh amado Teófilo, por lo malos que habían sido en el poder.

Mientras tanto las jaivas se pusieron al frente de la administración lagunal; pero sea por falta de costumbre ó por falta de organización, ello es que se formó una Babel y nadie se entendía ni se podía administrar.

Qué hacer ¡Dios mío! exclamaban todas. Cómo se arregla este laberinto? En este puesto—decían—debe ir una jaiva chica, allá una grande, más allá una flaca. Pero nó, tornaban á decir en seguida: la flaca viene aquí, la gorda pasa allá y la grande acullá.

Así resultaba que andaban las jaivas de aquí para allá y de allá para acá, sin calentar puesto alguno. Muchas se aburrían y se iban; otras salían resentidas y, por último, varias solían exclamar castañeteando sus tijeretas:

—Qué desengaño tan grande!

Los camarones, entre tanto, veían la cosa con sus ojillos rojos y se guiñaban las barbas de una manera significativa.

Al fin resultó que no hubo ya jaivas con quienes gobernar; ninguna quería aceptar puesto alguno ni dorado, fuera de las cuatro ó cinco que afrontaban la situación, y entre las cuales alternaban, convertían, invertían y permutaban, resultando las curiosas convinaciones de aquel que con sólo dos vestidos blanco y negro; al día siguiente pantalón y chaleco negros y saco blanco; luego pantalón

y saco blancos y chaleco negro, y así sucesivamente.

En fin, para no alargar el cuento, la situación se fue poniendo tan apurada que se hizo necesario consultar el caso con un zapo viejísimo; pero muy filósofo que vivía en olor de santidad.

—Conozco el mal—dijo el zapo—y conozco también el remedio.

Al oír ésto las jaivas corrieron todas en tropel para escuchar la autorizada palabra del batracio; porque á todas en el fondo les dolía la situación.

—Vamos á ver—continuó el zapo—formaos todas en columna y avanzad en línea recta hacia vuestra laguna. Cuando lleguéis todo será paz y progreso en las tranquilas aguas.

Comenzaron á marchar las jaivas marcando el paso con el *crac, crac, crac*, que les iba tocando el zapo; pero como es sabido que las jaivas no caminan derecho sino que cada una se va por donde puede, apenas habían avanzado media cuadra en formación regular, separáronse una por una de las filas, inclusive las que iban á la cabeza, y se desplegaron todas en guerrilla por los cuatro puntos cardinales, sin acertar nunca á llegar juntas y ordenadas á la orilla de la laguna.

Y lo más curioso era que cada una creía marchar bien y tenía la pretensión de que las otras la siguieran, siendo así que todas iban extraviadas.

Cuando se apercibieron que el desbande era general, regresaron muy contrariadas á la morada del zapo y le dijeron que buscara otro remedio para salvar al partido porque aquel era imposible.

—Pues no hay otro, contestó el zapo arrugando el entrecejo: ó andan ustedes derecho y unidas ó vuelven los camarones.

Buenas noches!



Los ricos pobres.

El título de este artículo debe parecer á mis lectores una paradoja imposible; pero no es así. Yo lo voy á demostrar.

Entre los que se dedican á las labores del campo hay muchos que logran amasar, como ahora se dice, á costa de sudor y de fatiga, grandes y saneadas fortunas.

Pero ¡ay! el rico labrador no advierte que echa raíces en la tierra, como los árboles que siembra, para vejetar como ellos en medio de la agreste naturaleza.

Hay propietarios agrícolas que sólo representan por sí mismos no más que una mata de cacao entre sus plantaciones inmensas.

La fortuna les concede sus favores, es cierto, pero á condición de guardarlos en una alcancía, que no han de abrirla nunca.

Es lo que se llama poscer sin disfrutar. Me acuerdo aquel personaje del Quijote que concurría á las fondas para regalarse con sólo el olor de las viandas, porque el sabor de los manjares no se había hecho para él.

Me parece á mí que aquello de conformarse con oler, en todas las satisfacciones de la vida, es una verdadera desgracia. Lo natural es echar el

diente á todo lo que se pueda, porque después de la muerte ya uno no sirve para nada.

Pues bien: ricos campesinos conozco yo que se levantan con el primer canto del gallo. Desde luego podían vestirse, si quisieran, de finísima tela y á la última moda; pero como ellos dicen, en el monte no se usa más que blusa y pantalón de bayeta. Para qué más?

En seguida al trabajo, montados en el peor caballo, para no estropear á los buenos. Se van para *adentro*, para *afuera*, para *arriba*, para *abajo*. que son los cuatro puntos cardinales de su esfera de labor.

Por supuesto el sol tropical, con sus ardientes rayos, se encarga de asarles el cuero; los mosquitos, en densos enjambres, les chupan algunas onzas de preciosa sangre; las culebras, con sus ponsoñosos colmillos, les amenazan á cada vuelta del camino; pero todo esto nada importa, con tal de echar un real más en la alcancía.

Ocurre frecuentemente que se encuentran cara á cara dos de estos *dones*. Digo *dones*, porque todos llevan el tratamiento de *Don* unido á su nombre de pila. Don Fulano, se encuentra, pues, con don Zutano: arrugan ambos las cejas y pasan sin saludarse, apesar de ser vecinos y talvez compadres.

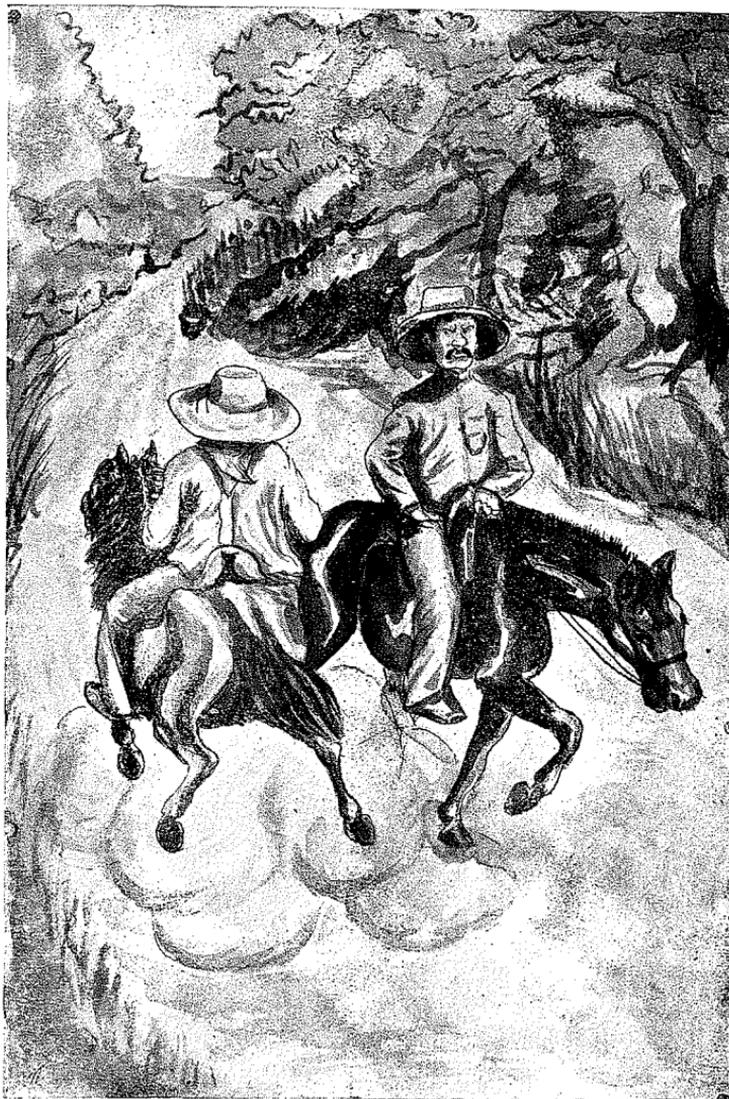
Por qué no se hablan? Porque *no se llevan*. Están *pleitiando*. Y es curioso de oírles explicar sus discordias en aquella forma auto-posesiva que jamás abandonan.

“Don Perencejo, dicen, *me* ha clavado una estaca en mi lindero; yo *le tiré* mi cerca donde debía tirarla y me ha metido pleito.”

Al oír esto he deducido yo que la paz no reside ya en los feraces campos, como decía Virgilio, en aquellos tiempos en que Títero tocaba la flauta con Melibeo, bajo las frondosas hayas, suspirando por Amarilis y Galatea.

Ahora pasan las cosas de otro modo.

Los ricos pobres



Arrugan ambos las cejas y pasan sin saludarse.

Bien dijo un montuvio canoero:

Echa la cabuya al agua,
Dale güerta al guayacán
Y verás las cosa er mundo
Lo diferientes que están.

Terminado el ímprobo trabajo diurno, el rico campesino se encamina á su casa (en donde brama la economía) jadeante, sudoroso, quemado por el sol ó calado por la lluvia. Bien pudo haberse quedado tranquilo en su amaca, sin necesidad de ir á molerse los huesos; pero, como él dice:—“Si yo no voy, no *me* acaban de rozar el cantero.”

La mesa está puesta: mesa de vegetarianos. La carne brilla por su ausencia. Verdad es que el dueño de la casa tiene quinientas reses en el potrero; pero cómo va á matar á ninguna, cuando el ganado es de cría. En tal caso aprovecharía la leche; pero no hay quién ordeñe. Pan tampoco hay; pero hay plátano, que es lo mismo. Y luego arroz á pasto y agua en lugar de vino, porque el vino, por malo que sea, cuesta lo mismo que media arroba de cacao. y no *tiene cuenta*.

Concluido el frugal alimento, á dormir bajo el clásico toldo de *cubujón*, templado con un bramante de las cuatro esquinas, para escapar á la fiera de los mosquitos, que recrudecen su saña desde *la oración*.

Ah! Pero qué sueño tan tranquilo, dirá el lector. No hay tal, digo yo. Es el sueño más inquieto; porque el pobre rico no cesa de soñar cosas atroces; por ejemplo: que le ha caído gusanera al ganado y se están muriendo las crías; que se han pasmado todas las mazorcas; que le han robado el toro padre; que ha perdido, con costas, el pleito que sostenía; que le espera un enemigo armado detrás de un platanal, etc., etc.

Al día siguiente se repite el mismo programa, sin alterar un ápice. Y así se pasan los años y los

años. La alcancía se llena; pero no hay quién la abra. Allí están encerrados los goces de la vida; pero siempre encerrados.

Alguna vez concibe esta buena gente la idea de venir á la ciudad. Idea magna, por cierto, la cual no madura sino después de algunos meses de larga meditación. Cuando llega el momento *psicológico*, sale del cofre, como quien sale del sepulcro, el vestido de parada, la camisa blanca y el sombrero fino. Con estas prendas encima el rico labrador queda inconocible. Ni él mismo se conoce.

Se embarca en su canoa, llena de quesos y aves de corral, para no perder el viaje, abre su quitasol y se nos viene.

Pobresillo! No acostumbrado á llevar consigo el saco y el chaleco, parécele estar metido dentro de un carapacho. El empedrado de las calles le destroza los pies de tal suerte, que donde quiera que va, lo primero que hace es quitarse los zapatos, ó, por lo menos, sacar afuera los talones.

Aunque la superficie de la población sea completamente plana, él está siempre subiendo y bajando; porque cuando se dirige al Norte, dice que va para arriba, y lo contrario es para abajo.

Parece que viniera de la luna. Quiere hablar con personas que murieron hace tiempo. Ignora todo lo que pasa en el mundo, y veinticuatro horas después se le ocurre que, durante su ausencia, le están haciendo alguna picardía en la hacienda, y se marcha incontinenti, para no volver hasta después de algunos años.

Ahora pregunto yo ¿esto es vivir?

De qué sirve un tesoro si no se aprovecha?

Luego hay ricos pobres, hasta que viene la muerte y se los lleva con los bolsillos vacíos.

Verdad es que no todos son cortados por la misma tijera. Y muchos conozco que alternan entre las duras y las maduras, como debe ser; pero yo no hablo con estas honrosas excepciones.

Otro tanto podría decirse de ciertos pueblos: los hay republicanos; se llaman libres y meten á los liberales dentro de una alcancía, para que sólo suene y no salga. En una palabra, se conforman con el tufillo de las viandas, sin poder probarlas.

Otros hay que todo lo aprovechan, se regalan y se saborean, mercediendo llamarse *repúblicas modelos*; pero éstas son raras y honrosas excepciones.





La peste bubónica.

I

Ay, el pobre Don Mamerto es el hombre más desgraciado que existe en Guayaquil.

Ha leído en los periódicos que la peste bubónica comienza á invadir la América del Sur, y está que no le llega la camisa al cuerpo.

Ya no come, ni duerme, ni vive tranquilo. Se ha convertido en una calamidad doméstica.

Cuenta su esposa que, á media noche siente brincar en la cama á Don Mamerto, presa de atroces pesadillas, y tiene que despertarle para decirle:

—Qué te pasa, hombre?

—La peste, contesta él con voz cavernosa. Soñaba que estaba lleno de bubones, y tú lo mismo, querida Nicanora.

—Qué tontería!

—No tal, vida mía.

Tarde ó temprano hemos de sucumbir, víctimas del horrible flagelo. Tú lo verás.

—Pero.....

—Hazme el favor, amada esposa, de tocarme con cautela esta proturberancia que tengo aquí.

—Dónde?

—Aquí, donde mi mano te indica.

-Ay, Jesús, déjame dormir, hombre de Dios!

-Nó, Nicanora, no duermas, mientras yo sufro. Te lo ruego en nombre de mi santo patrono. Tócame este bubón que me ha salido. Yo estoy grave!

-Pero, hijo, si es el tobillo.

-Estás segura tú de que es el tobillo? No será algún bubón?

-Ja, ja, ja!

-Por qué te ríes? Bien digo yo que estas mujeres de ahora son insensibles á la desgracia humana. Voy á levantarme para leer el diario. Yo tengo, hija, justísimos temores..... Te digo que la peste se nos viene á Guayaquil.

-Bueno.

-Qué respuesta, santo Dios! Se conoce que tú no sabes lo que es esa epidemia. No dura uno sino tres días..... Uno para el enfermo, otro para el médico y otro para el enterrador.

Veamos ahora que dice este papal. "*Peste Bubónica.* Se han presentado algunos casos en Antofagasta."

Ya lo ves, Nicanora!

-Y dónde queda Antofagasta?

-Aquí en las narices como quien dice. Mañana se embarca lá peste en el primer vapor del Sur y nos invade. Yo me voy á volver loco.

II

-Cobraste el sueldo, Mamerto?

-Sí, hija; todo lo he gastado en trampas de ratón. Ahí viene una carreta cargada.

-Y qué? vamos á comer ratones?

-Nó; pero se ha descubierto que las ratas son las que propagan la epidemia de la bubónica. En su destrucción está nuestra salvación. Entiendes?

-Mamerto!

-No me repliques! Entre morir ó comprar trampas he preferido lo segundo, y las traigo de

todos los sistemas conocidos. Ya verás como la Municipalidad hace lo mismo que yo, si encuentra quien se las fíe. Ha llegado el momento de emplear gatos mecánicos.

—Qué fatalidad!

—Ya veo que no te gusta; pero hay que pasar por todo. Cada ratón que se mate es un bubón menos para cuando llegue la hora. La epidemia está en Chile, según dice el Cable, y en el Perú se preparan á comprar trampas, mientras llega el suero.

—Y qué es suero?

—Un suero muy bueno.

—Quedo enterada!

III

—Sabes, hija, que vamos á vender las trampas por lo que nos den.

—Y por qué?

—Porque son inútiles. He hablado esta mañana con un ilustrado facultativo y me ha asegurado que la peste bubónica no hará estragos en Guayaquil.

—Gracias á Dios!

—Dios no tiene la culpa, Nicanora, sino que, según el médico, los microbios que tenemos aquí se comen á los de la peste bubónica, si les da la gana de venir. Y esta ventaja se la debemos á la policía Higiénica de la Ciudad.



Recuerdos del Pasado

—En nuestro tiempo, Ambrosio, las cosas eran de otro modo.

—Ya lo creo, Tiburcia! Esos eran otros tiempos. Entonces todos hilábamos delgadito y el país marchaba como en una balsa en aceite.

—Te acuerdas de mi abuelo?

—Pues no me he de acordar, si varias veces me zurró la badana cuando pequeño!

—Qué hombre ese! Toda su vida gastó pantalones de zaraza por economizar el medio para su familia.

—Y yo, hija, sin ir más lejos, no supe lo que eran calzoncillos hasta que me apuntó el bozo.

—Y mira tú, nada se te ha quitado de encima; mientras que hoy cualquier mocito arruina á sus padres con mil despilfarros y anda por ahí fumando cada cigarro que da horror y echándose cada trago que revienta el alma.

—Y de paso enamorados. Yo creo que desde que nacen le dicen algo á la comadrona. Cuándo en nuestra época, Tiburcia!

—Nunca, por vida mía! Yo de mí sé decir que sólo en tí puse mis ojos; y eso cuando ya tuve treinta años cumplidos.....

—Buena edad para una persona formal que piensa en tomar estado.

—Y con el consentimiento de toda mi familia, se entiende. Me acuerdo que casi no podías hablar de vergüenza cuando me pediste un beso en la azotea.....

—Te acuerdas de eso?

—Yo estaba como una grana. Me parecía que se me iba á juntar el cielo con la tierra; pero como ya eras mi prometido, te lo concedí

—Esto fué el año 18, vísperas de San Pedro y San Pablo.

—Exato. Te acordarás también que salió tu padre en estas circunstancias, con el objeto de darle de beber al gallo, y fué tánto el miedo que me dió la presencia de su merced, que eché á perder aquel pantalón verdebotella. Te acuerdas?

—Qué respeto ése á los autores de nuestros días! Cuándo se ven ahora estas cosas!

—Aunque después de casados, fuimos siempre al rayar el aurora á decir el *Bendito alabado*..... á nuestros padres.

—Claro, como que los padres no perdían nunca su autoridad, aun cuando sus hijos envejecieran.

—Qué habían de perder, hija, si yo recuerdo que una ocasión, casado y todo, con tamañas barbas, me encontró mi padre metido en un café, comiéndome una tostada ¿y sabes lo que hizo?

—Fué y la pagó de su bolsillo?

—Nada de eso. Entró y me sacó á puntapiés.

—Eso lo hizo para darte buena educación. Y tú qué hiciste?

—Cuando su merced concluyó de pegarme, me acerqué respetuosamente y le besé la mano.

—Me has conmovido, esposo mío, con ese rasgo tan tierno! Hoy, en cambio, se ve á cualquier pollo tomándose una copa en una cantina, pasa el padre y le dice:—“Papá, está usted servido! Vén-gase á tomar un bitter!

—Y el padre entra y se lo toma.

—Qué tiempos, Ambrosio, qué tiempos!

—Estamos ahora desmoralizados. El Teatro,

los periódicos y más disparates del progreso moderno han echado á perder la sociedad.

—En nuestra época no se conocía el Teatro ni de nombre. Sólo para la fiesta de Santiago el Mayor, Patrón de Guayaquil, había toros en la plaza de Santo Domingo y se representaba la danza “Flóripa”; pero con mucha decencia.

—Ni se leían papeluchos, ni novelas, ni boberías; porque la lectura decía, mi abuela, daña la vista y corrompe el corazón. Yo, por eso, no me acuerdo haber leído nada en mi vida.

—Otra cosa era también con respecto á la religión. Ahora van las niñas á la Casa Dios con mil perifollos y perendengues. Antes las señoras íbamos de manto y saya, con la cuerda de San Francisco atada á la cintura y el rosario al cuello.

—Los huevos se mercaban, sin ningún favor, á diez por un real, siendo serranos; y los criollos á ocho. Anda tú ahora á comprarlos en estos tiempos de liberalismo y progreso, y te sale á medio huevo.

—Si todo está perdido, Ambrosio! Si ya no se puede vivir! En nuestro tiempo se compraba un cuero de becerro y se le daban dos pesos al zapatero para que sacara del cuero todos los zapatos que salieran. Ahora viene el zapatero y nos saca el cuero vivo por un calzado miserable.

—Es, hijita, que entonces mandaba su Majestad el Rey, y es claro que todas las cosas andaban derechas; pero los que mandan ahora, que son una pacotilla, no sirven para nada. Está dicho!

—Cuidado, Ambrosio!

—Si es la pura verdad, mujer. ¿Por qué lo voy á negar.

—Descúbrete, Ambrosio..... Están dando las doce.....

—“El Angel del Señor anunció á María!”

—Y concibió por obra y gracia del Espíritu Santo.”





En Artículo mortis.

—Hijo mío, exclamó el buen anciano en su lecho de muerte, fijando sus ojos apagados en el lloroso adolescente; hijo mío querido, dentro de breves instantes pelaré el ojo para siempre y tú quedarás solo en el mundo.

—Ay, papá!

—Lo que siento es dejarte completamente frito, mi pobre muchacho; pero qué vamos á hacer! Yo (con voz muy conmovida) no poseía más que el pellejo, porque no me lo han podido quitar mis acreedores; pero ya la muerte me lo reclama el cuero, como cosa suya.

—No, papá; eso no puede ser. Dice el médico.....

—No le creas á los médicos, hijo mío; porque según cálculos aproximados que se han hecho, el que menos miente setenta veces al día, so pretexto de no alarmar al enfermo, hasta que reciba el palo.

—Dice que lo que usted necesita es animarse un poco, distraerse.....

—Pero, hijo, si estoy muy divertido! Tengo un dolor graciosísimo en la boca del estómago; y como en la variación esta el gusto, aquella distracción está combinada con una punzada interesante y jocosa en el pulmón izquierdo.

—Pero eso en nada, papá!

—Ya lo sé; pero voy á aprovechar de este pretexto para morirme formalmente.

—No abandona usted su carácter.....!

—Mira, niño; antes de clavar el pico, que ya está casi clavado, voy á darte algunos consejos, para que sepas lo que es el mundo y cuál es el fruto que se recoge de la experiencia.

—Ya le oigo.

—Crees tú en la libertad?

Sí, papá.

—No creas. La libertad no es más que una Dulcinea imaginaria en que sueña la andante caballería humana. Mi viejo amigo Irrisarri lo dijo: desde que el hombre nace hasta que muere no es más que un esclavo de los otros. Yo no he tenido nunca libertad. Nadie me consultó para lanzarme al mundo, porque mi opinión era un mito. Cuando pequeñuelo quería tener la libertad de andar en cueros, pero mi madre me amarraba los calzones, después de zurrarme; cuando joven me tomé la libertad de besar á una niña, y me levantaron un sumario; cuando entré á gozar de los derechos de ciudadanía, conforme á las leyes, fuí á hacer uso de la libertad electoral y me rompieron la cabeza de un garrotazo. Ese fué el primer goce que tuve.

—Descance, papá. No se fatigue tanto, mire que puede hacerle daño!

—Crees en la igualdad?

—Sí, papá.

—Eres un tonto. No hay tal igualdad. Dile á quien te lo dijo que yo soy gato escaldado. Unos se pasan la vida rascándose la barriga y otros reventan para comer el pan de cada día. He aquí la igualdad.

—Pero bien, la igualdad es ante la ley. Lo mismo es el gran personaje que el más humilde ciudadano.

—Con la única diferencia de que al ciudadano humilde se le da contra una esquina, y al perso-

naje grande se le hacen cuatro reverencias en cada vuelta de camino.

—Papá!

—Si un infeliz se emborracha, verbigracia, lo llevan á empellones á la Policía, sin perjuicio de la multa consiguiente; pero si un hombre de importancia se atiza una bomba, lo conducen de brazo y con el mayor respeto á su domicilio.

—La diferencia de clases!

—No, hijo, la diferencia de licor: el uno bebió champagne aristocrático y el otro aguardiente de caña; pero el efecto es el mismo, y sin embargo la caña paga el pato, porque la justicia es inflexible.

—Creo que tiene usted razón.

—Me parece. Esto es lo que se llama igualdad. El pobre que se lleva cuatro reales ajenos, porque sucumbe á la necesidad, resulta ser ladrón; la persona distinguida que abre honda brecha en intereses ajenos, comete apenas un error de combinación.

—Es verdad!

—Crees en la fraternidad?

—Sí, papá!

—Eres un necio. No hay tal fraternidad. Por fraternidad entiendo yo que todos los hombres se traten como hermanos.

—Y qué es lo que hacen?

—Agarrarse cada uno con sus uñas, aun cuando sea del cuero del vecino.

—Qué horror!

—Por desgracia es verdad. Si quieres hacer la prueba, procura deberle una peseta al dueño de casa, y verás como te saca los trapos fraternalmente hasta que se la pagues. Así son todos nuestros hermanos. Dicen que San Martín partió su capa con un pobre. Felices tiempos! Los San Martín de hoy parten al pobre y le quitan la capa. Entiendes?

—Pero, diga usted, papá, la experiencia debe servirnos de mucho!

—No sirve para nada, hijo!

—Por qué?

—Porque cuando se llega á adquirir, ya uno no se halla en estado de aprovecharla.

—Entonces no nos queda otra esperanza que mejorar de condición en la otra vida?

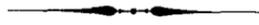
—Según y conforme. Si dejara, por ejemplo, quinientos mil sures, tendría lo suficiente para hacerme celebrar quinientas mil misas cantadas, é iría derecho á sentarme en la falda del Padre Eterno; pero no dejando un centavo, temo que me expulsen de la Corte Celestial por falta de sufragios.

—Qué habla usted, papá?

—La pura verdad. La Iglesia tiene su tarifa oficial para el viaje de ultra tumba, y no sale una alma del purgatorio por medio menos. Yo no tengo recursos, luego habré de irme en tercera clase, trabajando mi pasaje.

.....

Descanse en paz el pobre anciano, que murió de arranquitis crónica, y Dios le haya perdonado todos sus pecados!





Carta canta

—Venga usted acá, señorita. Tenemos que arreglar una cuentas.....

—Pero, mamá, si yo no soy contadora, ni pertenezco siquiera á la sociedad de Crédito Público.

—Hazte la mosquita muerta! Tú crees, sin duda, que yo soy alguna momia, nó?

—Y qué es momia?

—Ya te lo explicaré más despacio. Ahora vamos á tratar de otro asunto, entiendes?

—Nó. Cómo quiere usted que entienda, si no sé de qué se trata!

—Mira, siéntate aquí..... á mi lado. No se cómo tienes valor para estar en mi presencia! Desgraciada! Qué dirá tu pobre padre cuando lo sepa!

—Ave María Purísima! Qué delito he cometido, señora mamá?

—No tienes aún quince años cumplidos y ya te andas allí á picos pardos.

—Qué picos, mamá?

—Ah, Teresa, Teresa! Qué haré contigo, Teresa!

—Darme un dolor de cabeza, como que ya lo estoy viendo venir.

—Atrevida! Cuando yo era muchacha, de tu edad, no pensaba más que en las muñecas. Tú eres

más adelantada; prefieres ya los muñecos de..... carne y hueso.

—Ay mamá!

—Me lo habían dicho, pero yo no lo quería creer. Se me hacía duro figurarme que anduvieras en chicoleos con..... ese fantoche.

—Cuál fantoche?

—Aquel mocito que te hace la rueda: Cascarilla.

—No es Cascarilla, mamá, sino Carrasquilla.

—Lo mismo es. Qué me importa á mí que se llame así ó asado. Lo que me importa es el recodo que tú vas perdiendo.

—El recodo?

—Digo, el recato. Es igual. Una hija no debe corregir nunca las palabras de su madre, aunque diga disparates. Hablo de Carrasquilla, que es un tuno, y de tí, que eres una desvergonzada.

—Pero recuerde usted, mamá, que somos primos políticos.

—Aunque así sea. Un primo no debe galantear jamás á su prima.

—Según y conforme, mamá. Usted misma es prima de mi papá, y yo creo que se quieren bien.

—Esos es muy distinto, porque tu padre es un hombre modelo; y Carrasquilla un zopenco. Estamos!

—Está bien, mamá!

—No está bien. Está muy mal que tú le correspondas.

—Quién le ha dicho á usted que yo le correspondo?

—Serías capaz de negármelo

—Sí.

—Conque te atreves á engañarme. Y si yo te confundiera en el acto con una prueba abrumadora!

—Algún chisme?

—Nó, no hay tal chisme. Castas cantan. Abre tus ojos y mira: ésta es una carta tuya, dirigida á ese majadero. La reconoces?

—Démela, por favor, mamacita. Qué va usted á hacer con esa carta!

—Voy á leértela para que te avergüences:

“Negrito idolatrado..... Cuándo llegará el día de nuestra feliz unión. No pienso sino en tu amor! “Creo que si llegaras á olvidarme me moriría.....

Conque te morirías por ese alcornoque? Qué dirá tu padre que es otro, otro..... No sé ni lo que te digo!

“Desde el primer beso que te dí, dulce ángel “mío sentí que se desarrollaba en mi alma un nuevo sentimiento..... Era el amor.”

Más hubiera valido que se te desarrollara la vergüenza. Dar besos..... como una cualquiera. Dónde se ha visto eso! La mujer honrada no debe besar á nadie, ni á su propio marido..... Con raras y honrosas excepciones. Pero sigamos leyendo:

“Sí, el amor. Ahora comprendo cuánto debió “querer á Pablo la tierna Virginia! Ay, mi adorado Carrasquilla, qué largas se me hacen las horas “que paso ausente de tu lado! Para colmo de desdichas mi mamá se ha propuesto mortificarme “noche y día con sermones de dos y tres horas, “desde que ha sospechado nuestras relaciones. La “pobre es muy buena, pero se ha vuelto ahora muy “cargante.”

Qué te parece este párrafo, Teresa! Conque me he vuelto cargante! Y eres tú quien lo dice, hija ingrata y desleal! Te cargo porque te doy buenos consejos; porque velo sobre tus pasos.....

“Mi mamá se ha olvidado de que en su tiempo ha debido estar tan enamorada como yo. Así “son las señoras ancianas.....”

Te equivocas mentecata! Yo no soy la vieja que te figuras. Treinta y cinco acabo de cumplir el 30 de Agosto, día de Santa Rosa, que fué mi santo. Anciana!! No sé cómo me contengo, Teresa, y no te rompo una tabla en la cabeza!

“Yo todo lo sufro por tu amor; pero procura
“que llegue pronto el día en que podamos formar
“nuestro nido y arrullarnos como dos tórtolas ena-
“moradas. Recibe un abrazo, un beso y el cora-
“zón de tu

Teresa.”

Has escuchado? Qué dices? Vamos á ver;
ha llegado el momento de las explicaciones. Por
qué callas?

—Porque yo tengo la culpa de lo que ha pa-
sado.

(Sacando el pañuelo y enjugándose las lágrimas)

—Hola, lloras?

—Sí, toda mi vida he de llorar, por no haberle
hecho caso al pobre Carrasquilla.

—Cómo?

—El me lo dijo: “Chica, no me escribas, por-
que ahora se están cometiendo muchos abusos con
las cartes particulares. Le escribe uno á su mujer
y resulta la carta en manos del Gobierno. Así an-
da el mundo.”





Tipografía.

I

—Mamá, yo quiero aprender tipografía, le dijo Hilda una noche á la respetable autora de sus días.

—Y qué es eso? preguntó la señora Encarnación, frunciendo el entrecejo.

—Eso es, mamá, repuso la niña, cosa de imprenta; los tipógrafos son los que imprimen los libros, periódicos y todo lo que se ve en letras de molde.

—Ah! Y es oficio de mujeres?

—De mujeres y de hombres: todo el que quiere ocuparse en la tipografía encuentra trabajo y se lo pagan bien en las imprentas.

—Deveras?

—Se gana más que en la costura, me dice Bonifacita, la vecina, que es tipógrafa desde hace un mes.

—Hola! No me parece tan mala tu idea, y si no fuera porque tienes ese genio tan..... en fin, que eres una loquilla y tengo que andar con cuatro ojos detrás de tí.....

—Ay, mamá, si, alguien la oyera ¿que diría de mí?

—Diría que soy una madre cuidadosa, y me alabaría el gusto.

—Usted es muy exagerada!

—Mejor! Lo que abunda no daña, y si peço por guardarte mucho, quiere decir que estás muy bien guardada.

—Ya lo veo.

—Es, hija, que yo también he sido muchacha y sé de que pié suelen éstas cojear; yo he visto mucho, y por lo mismo que he visto, no te quiero perder de vista un solo instante.

—Bueno, basta. Diga si le parece bien que sca tipógrafa ó nó, que de eso es de lo que ahora se trata.

—Ni sí, ni nó, te puedo decir todavía. Primera vez es ésta que oigo hablar de la taquigrafía.....

—No es taquigrafía sino tipografía, mamá.

—Eh! lo mismo es para mí. Digo que sólo ahora llega á mi conocimiento ese oficio, y bien puede ser cosa de santos ó cosa de malos; por eso tengo que averiguarlo, consultarlo y pensarlo.

Y la señora al decir esto extendió el índice en dirección á su hija y recalcó las últimas palabras con tres golpes sobre su rodilla izquierda.

Este fué su ultimatum.

No se habló más del asunto.

II

Al día siguiente, doña Encarnación había averiguado, consultado y pensado, todo lo que concernía al proyecto de la hija; y como los informes fueron buenos, y las personas serias aprobaron, formó opinión favorable de las inclinaciones tipográficas de la niña y se decidió á que ésta abrazara el arte de Guttemberg.

Lo que faltaba era recomendarla encarecidamente al Regente de la imprenta en donde Hilda iba á hacer su aprendizaje, y para allá se fué la buena señora, provista á la vez de una carta de recomendación que le dió un respetable amigo.

El Regente estuvo muy amable, y se ganó, desde luego, la confianza de doña Encarnación; porque á la par que se mostraba atento y fino con ella, le veía manifestarse muy serio, muy recto, casi severo, con los empleados del taller.

Este es un hombre formal, se decía la señora; mi hija estará bien vigilada, cual lo requieren sus pocos años.

Al despedirse, después de estar convenido que la niña ingresaría en el taller, ella reiteró sus recomendaciones.

—Nada tiene usted que decirme, repuso el Regente: cuidaré de la niña como á las niñas de mis ojos.

—Oh gracias, señor! No me la deje usted salir del taller ni por un momento.

—No saldrá!

—No me la deje usted hablar con los jóvenes.

—No hablará!

—No me la deje usted recibir obsequios de nadie.

—No recibirá!

—Las madres, señor, debemos ser así, muy cuidadosas con las *hijas mujeres*. En estos tiempos hay mucho peligro..... y yo no quiero, no lo permita Dios que... .. ¿Sabe usted, señor Regente, lo que me decía mi confesor esta mañana? Pues me decía: *mulier et vitrum sunt in periculum semper*; lo que quiere decir en latín que la mujer y el vidrio estamos siempre en peligro.

—Así es, dijo el Regente, profundamente convencido.

—Por lo cual, añadió la señora, no me cansaré de suplicar á usted que la vigile mucho y me avise por escrito de todo lo que suceda. Si ella se maneja mal, escríbame al punto cuatro letras.....

—Lo haré así, mi señora.

—Me voy en esa confianza. Hasta la vista, señor mío.

—Para servir á usted!

—No olvide dirigirme cuatro letras cuando haya motivo?

—Nó, señora.

III

Ya Hilda está trabajando en la imprenta.

Y está contentísima.

Doña Encarnación se ha convencido de que es verdad que más se gana en la tipografía que en la costura.

Y también está satisfecha, porque la niña no da motivo de queja.

Si sigues así, le había dicho, te llevaré al Teatro el domingo, aunque yo hace tiempo que me alejé de las diversiones mundanas.

Pero ah! esa ida al Teatro no se realizó, porque estaba ofrecida para el domingo.

Y el sábado, por desgracia, vino una carta del Regente á llenar de tribulación á la pobre señora.

Antes de abrirla, casi, casi, adivinó su contenido; y confirmó sus sospechas leyéndola.

La carta decía:

“Señora doña Encarnación Argolla V. de Picaporte.

Respetable señora:

“Cumpliendo con lo que le tengo ofrecido, le dirijo la presente, para comunicarle, muy á pesar mío, que la conducta de su niña dista mucho de ser tan buena como en los primeros días.”

—Ay Dios, ¡qué habrá hecho esta muchacha! exclamó con angustia la infeliz madre.

Y continuó leyendo:

“Yo la creía muy formalita, pero he descubier-to un *pastel* con cierto *tipo*, y aunque ella me lo ne-gó al principio, yo descubrí la verdad.”

—Santo cielo! En qué enredos se ha metido mi hija? qué pastel será ese? á qué tipo se referirá?

“Esto me desagradó, como era muy natural, sobre todo cuando había observado que la niña

andaba tras los *bigotes* de los cajistas, incluso los míos, de modo que tenemos que guardar muchas precauciones para evitar que ella se apodere de todos y no los sepa conservar, que es lo peor.”

—Qué es lo que leo! Mi hija en pos de los bigotes; quiere decir que anda esa atolondrada en familiaridades con los hombres.

“Además, pésame decirle que no *justifica* lo que hace.”

—Claro es! Cómo va á justificar esa indigna conducta?

“Ayer rompió un *tímpano*, sin querer talvez, pero es un daño que no lo ha podido tolerar el prensista.”

—Mater Dolorosa! dame fuerzas para seguir leyendo. Mi niña romperle el tímpano al prensista! Y si á ese desgraciado se le ocurre pedirnos una indemnización por la vía judicial, ¡qué va á ser de mí!

“También le digo que la manera como *impone* no es de mi agrado.....”

—Y qué tendrá que imponer esa infeliz criatura!

“Así causa *mala impresión* y se expone á un desastre cualquier día. Aconséjele que no *ajuste* tanto.”

—Mala impresión? Ya lo creo. Y dice que un desastre, bien lo comprendo; pero no sucederá, porque para eso estoy aquí yo, que soy madre y sabré impedirlo. A mí no me la pegan!

“Otra cosa que no me gusta es lo mucho que *toma*, y aunque mil veces la he observado que esas *tomadas* pueden ser peligrosas, no me quiere oír.”

—Qué es lo que leo! Tomar mi hija? Eso nó, miente el Regente. La pobre no ha tomado jamás un trago, á menos que..... ¡Ay Dios mío, que desgraciada soy!

“Ha echado á perder el *tamborilete* y ha roto la *cabeza* á “Las Hijas de Madama Angot”, que debían *salir* ayer.”

Al llegar aquí, lanzó la pobre señora un suspiro desgarrador. Apuremos, apuremos, hasta las heces, se decía, el cáliz de la amargura.

Y volviendo á fijar sus ojos, preñados de lágrimas en la carta del Regente, tuvo el valor de leerla hasta el fin.

Por último, concluía el buen señor, “nada le digo de lo que ha hecho con los *lingotes, plecas, galeras, componedores, puntillas, ramas, cajas, chivaletes, garnituras, etc., etc.*, pero lo que si no puedo ocultarle es el disgusto del Director del periódico al ver todos los días algún *fraile* en la sección más importante, desde que su hija está aquí. Usted sabe que eso es muy feo, y como el público á quien servimos no lo tolerará, conviene que ponga más cuidado en lo que hace.”

“Su atento y obsecuente servidor,

· *Nicomedes Carranza.*” X

—Esto es horrible, horrible, horrible! exclamó doña Encarnación. Si se cuenta no se cree. Leo lo que el Regente me escribe y dudo todavía, porque parece mentira que esa criatura se haya vuelto tan descocada en tan pocos días. Valor, Dios mío, vamos á buscar á Hilda.

La afligida madre se preparaba á salir en pos de su hija, cuando se oyó la voz de ésta que cantaba al subir la escalera, de vuelta del taller:

A mí me llaman la chata.....

IV

Hilda se quedó estática al ver la cara que le puso su señora madre: una cara *feroce*.

Miráronse las dos largo rato, la úna llena de sorpresa y la ótra llena de indignación.

La hija al fin rompió el silencio.

—Pero qué hay, mamá, que me recibe usted tan seria? preguntó con timidez.

—Nada hay, le respondió la madre, con dolorosa ironía; nada hay, sino que me tienes muy contenta con tu digna conducta.

—Qué me quiere usted decir, por Dios, mamá?

—Casi nada, que has tenido el atrevimiento de entrar en relaciones con cierto *tipo*; que ese *pastel* ha sido descubierto; que andas tras los *bigotes*; que tienes postrado del oído al prensista; que abusas de la bebida; que has roto las cabezas á las hijas de una señora; que tu comportamiento es censurado por todos y, por último, vergüenza me da decirlo, das motivo de queja hasta con los clérigos.

—Yo, mamá? Si á penas puedo creer lo que oigo! Qué me dice usted? Yo capaz de semejantes cosas.....?

Y la chica comenzó á llorar como una Magdalena.

—Cartas hablan, dijo la señora con severo acento. Aquí está la carta del Regente.

Tomóla Hilda en sus manos y comenzó á recorrerla á través de sus lágrimas.

La madre la miraba como un juez á un reo convicto y confeso. Esperaba el final de la lectura para fulminar sentencia inapelable.

Pero á medida que Hilda iba leyendo, íbase también serenando, y cuando llegó al último párrafo, no pudo contener la risa.

Y doña Encarnación no pudo contener la cólera, al verla reír, y dió rienda suelta á su indignación.

Hilda aprovechó una tregua que hubo en la materna tempestad, para decirle:

—Pero mamá, si usted no ha entendido lo que ha leído. Atiéndame usted!

—Qué dices?

—Que el *tipo* de que habla el Regente, es la letra que se usa en el periódico, y *pastel* se dice cuando se mezclan unas letras con otras.

—Hablas la verdad?

—Vaya que sí.

—Y eso de andar tras los *bigotes*, como quien dice tras de los jóvenes?

—Son rayitas de metal para separar dos artículos. Yo ando en busca de ellos para que adornen la *composición*.

—Y por qué le rompiste el oído al prensista?

—El *tímpano* de la prensa, dirá usted mañana; y el tímpano es papel colocado en varias hojas sobre un lugar de la máquina para que no se deterioren las letras y salga bien la impresión.

—Y qué es lo que bebes?

—Nada. El Regente dice que *tomo* mucho; es decir que cojo y levanto una gran parte de lo que está escrito en las letras de plomo, para ponerlo en el lugar correspondiente del periódico; y temen que alguna vez se me caigan las letras.

—Y las cabezas rotas á aquellas muchachas?

—No hay tales cabezas, sino el título de un artículo.

—Y el sacerdote, cuya presencia, motivada por tí, disgusta al Director del periódico?

—Es una mancha blanca que se llama fraile y que aparece en el impreso, cuando mojo demasiado las letras!

—Me has dado la vida, hija de mi alma. Y yo que me había figurado tantas cosas horribles!

—Pues para que vea usted!

—Bendita sea la tipografía que para todo tiene explicaciones satisfactorias! El alma se me ha vuelto al cuerpo!

—Y á mí también.

—Dime, quién inventó la tipografía?

—Dicen que fué Guttemberg.

—Sabes que ese caballero debe haber sido muy gracioso? porque les ha puesto unos nombres á las cosas, que cualquier madre se sobresalta primero y después ¡que satisfacción experimenta, cuando cae en el chiste!

Ojalá sucediera otro tanto con la política del día!



«Lata económica»

—Pobre país! Cuando te digo, Panchita, que esto está perdido.....

—Qué sabes tú, Ciriaco!

—Llévate de una regla infalible: siempre que se habla de crisis económica, es porque todos están más ó menos fritos en salsa de arranquitis.

—Y qué significa crisis económica?

—Significa, hija de mi alma, que nadie tiene medio en el bolsillo; y se le dice crisis, como algunos dicen clipsobomba, por no decir geringa. Entiendes?

—Pero de qué proviene la geringa, digo la crisis?

—Proviene, por ejemplo, de que tú me quitas el sombrero, so pretexto de que me luzca mejor el pelo.....

—Sí.

—Después me sacas los zapatos y los calcetines para evitarme el dolor de los callos.....

—Ay, Ciriaco!

—Después me despojas de la levita, el chaleco, la camisa y la elástica para oxigenarme el espinazo.....

—No seas tonto, hombre!

—Y, finalmente, me quitan los calzones y demás para que ande fresco.

—Ah, bárbaro!!

—Entonces yo quedo ya literalmente en crisis.....

—En cueros, quedarás.

—Es lo mismo: la crisis económica quiere decir que el país está en cueros.

—Y que se hace en estos casos?

—Para estos casos son los financistas; es decir, unos hombres de buena pasta que se devanan los sesos pensando qué hacer para vestir al desnudo, sin tela qué cortar.

—Pero si falta la tela: ¿cómo lo pueden vestir?

—Ahí está la gracia, pues, Panchita. Si hubiera paño todos seríamos sastres; pero como no hay, se apela á los financistas para que inventen algo nuevo y remedien la situación, por medio de los números y las combinaciones.

—Lo que no concibo es cómo se las componen para llegar á ese resultado.

—Muy fácilmente: empeñan la cabeza del país para proveerle de sombrero; hipotecan los piés para proporcionarle calzado; arriendan el tronco para darle camisa y así sucesivamente hasta completar la indumentaria. Entonces se dice que la situación está salvada.

—Pero se queda debiendo el armazón.

—Ya lo creo! Mas estas son las finanzas de tu tierra, que es también la mía, y no se puede decir nada, porque se arriesga uno á que lo declaren un jumento.

—Ay qué gracial

—Aquí, para entre los dos, no hay otro remedio que la *hoja de parra*.

—En qué sentido?

—Cuando nuestro padre Adán estaba en el Paraíso, llorando su pecado en compañía de nuestra madre Eva, que le ayudó á pecar, se acordó de re-

pende que no tenía un real en el bolsillo, ni siquiera bolsillo, porque andaba en traje de mucha confianza, lo mismo que su señora.

—Pero es que entonces no había costureras.

—Calla, Panchita, y escucha. Lo que hizo Adán fué llamar á su compañera y decirle: "Hija mía, estamos atravesando una terrible crisis económica; ó, mejor dicho, la crisis es la que nos tiene atravesados de parte á parte. Tú sabes, mejor que cualquier otro animal de los que nos rodean, que yo no soy empleado de Gobierno, ni vivo á costa del tesoro público, como viven tántos en la República del Ecuador. De pezuña estoy de malas con el Padre Eterno, por culpa tuya: así es que estamos arruinados por todos cuatro costados. Mas como la decencia es primero y no hay fondos para vestidos de gala, la economía va á comenzar por cubrirnos con hojitas de parra lo mejor que podamos, hasta que la suerte nos ayude."

—Para decir disparates te las vales, Ciriaco!

—Pues bien: yo digo que Adán era un gran financista. Y lo que él hizo es lo que debe hacer el Supremo Gobierno, si mis palabras no le ofenden: suprimir todos los lujos administrativos y cubrir lo esencial para la decencia pública, aunque sea con hojas de parra, mientras convalece el enfermo.

—Y no crees que así lo hará?

—Ay Panchita, yo lo dudo, porque las Administraciones Públicas, tienen desde chiquitas el vicio de ahorcarse en los Bancos.

Cada vez que están apuradas ¡cataplum! á los Bancos, como las mariposas á la llama, aunque se quemien las alas.

Después de la chamusquina juran y vuelven á jurar que no lo volverán hacer; pero les acontece, lo mismo que á los bebedores incontenibles en frente de una cantina. Se resisten como unos héroes para entrar, fieles á la promesa que se han

hecho de no empinar el codo; pero enorgullecidos al fin de tanto valor, exclaman:

—Canario! Esto merece un trago!

Y se lo embuchan.

Los Gobiernos pasan y repasan con miradas lánguidas en torno de los Bancos, prometiéndose no ocuparlos; pero compadecidos al cabo de sí mismos, no pueden menos de decirse:

Qué diantres! Esto merece un empréstito!

Y se ahorcan.



Curación maravillosa

I

—Ay! Anacleto, Anacleto, la niña se nos muere!

—No lo creas, Feliciano, no lo creas. Estas muchachas de ahora, son así; por cualquiera cosa parece que se mueren.....! Yo dijera que Nicolassita no tiene nada..... grave.....!

—Qué hablas, hombre; cómo piensas que no tenga nada grave, cuando no come, ni duerme, ni toca el piano, ni sale al balcón, ni le da de comer al canario, ni canta la Mascotta, ni regaña á la criada, ni.....

—Pues, hija, los síntomas son en extremo alarmantes!

—Te burlas, Anacleto? Te burlas de tu hija enferma? Qué desgraciada soy! Ay, qué desgraciada es una madre!

—Ay, qué desgraciado es un padre, cuando tiene una mujer tan fastidiosa!

—Te fastidio, ya lo sé; ya lo sabía desde hace mucho tiempo, hombre ingrato y desleal. Pero sábetete que si yo puedo tolerar un desvío, por nada del mundo sufriré que abandones á tu hija, á la hija de mi corazón.....

Curación maravillosa



Ay! Anacleto, Anacleto, la niña se nos muere.

BIBLIOTECA NACIONAL
QUITO - ECUADOR

—Pero quién habla de abandonarla, Felicianana? Todo mi delito ha consistido en creer que no sea grave el estado de Nicolasita, ¡y ojalá no me equivoque!

—Sí te equivocas, Anacleto. No ves como la criatura se va adelgazando de día en día? No ves como suspira á cada instante? No ves como apenas prueba los alimentos? No ves como tiene los ojos hinchados de llorar?

—Lo doy por visto.

—Bueno. Y qué me respondes?

—Respondo que eso es nada; que peor estuviste tú hace veinticinco años, cuando éramos novios. ¿Te acuerdas? Cuando me fuí á Pimocha, enojado con tu madre..... y te aseguré que no volvía.

—Pero como volviste.....

—Resolviste no morir antes de tiempo?

—Dejemos esto, Anacleto. A que me recuerdas tiempos más felices! Vamos á lo que hoy más nos importa; yo creo que se debe llamar un médico.

—Yo creo que se debería llamar dos y hasta tres si fueran necesarios.

—Por Dios te lo pido, no me atormentes, hombre! Déjame hacer lo que me inspira el amor de madre.

—Bien. Haz lo que gustes.

—Sí, haré todo lo que pueda, agotaré los recursos de la ciencia, como dicen los periódicos, hasta ver con salud á mi Nicolasita. Me da una pena cuando la veo tan triste, tan *menancólica*.....!

—Melancólica, querrás decir.

—Lo mismo es, majadero; parece que no te ocupas más que en apararme las palabras. Te figuras que tengo yo ahora cabeza para hablar con la gramática en la mano! Digo que me muero de pena al verla tan abatida, tan inapetente..... Pobre, hija mía! Yo no descanso de preguntarla ¿qué tienes, qué sientes, qué te duele, qué quieres?

Y ella con la vista baja y con voz apagada me

responde: no tengo nada, mamá..... no siento nada, mamá..... no me duele nada, mamá..... no quiero nada, mamá.

—Eso indica que le fastidia á preguntas la mamá.

—Si ella, lo que Dios no permita, llegara á morir, tendrás mucho de que arrepentirte, Anacleto, y te quedará eternamente el gusano del remordimiento; pero, afortunadamente, aquí estoy yo para salvarla. Aquí está su madre que le dará cuanto preciso sea para curarla. Si necesita el jarabe de rábano, tomará jarabe; si el aceite de hígado de bacalao, tomará aceite; si la zarzaparrilla de Bristol, tomará zarzaparrilla; si las píldoras tocológicas del Dr. N. Bolet, tomará al Dr. Bolet, digo las píldoras.

—Apruebo.

—Y por encima de todo, como soy devota de San Jacinto, hágole una *manda* desde ahora, y se la llevaré á Yaguachi el día de su fiesta, si mi hija se sana.

—Y qué *manda* será esa?

—La que me dé la gana, y hasta luego.

—Estas mujeres son capaces de aburrir á un santo!

II

—Anacleto, hablemos formalmente.

—Hablemos.

—Ya vino el doctor y examinó á la niña.

—Corriente.

—Dice que Nicolasita tiene una constitución linfática; de allí que su tejido celular se ha vuelto edemaciado y está infiltrado de serosidad.....!

—Qué horror!

—No te lo decía *yo*!

—Adelante!

—Dice, pues, que hay exceso de linfa en la muchacha, y que este exceso, como es natural, viene

en perjuicio de los huesos y de la sangre. Dice, también, que el linfatismo es muchas veces precursor de las escrófulas, que pueden considerarse como el resultado de la pobreza de sangre, por lo que se manifiestan cuando las vasos ganglios están llenos de una linfa mal elaborada.....

—Demonios! Cuánto has aprendido! Pero, vamos á ver ¿qué prescribe el médico?

—Ante todo—dice—que hay que purificar la linfa y la sangre; para lo cual, al levantarse de la cama.....

—Quién, la sangre?

—Nó, la niña. Al levantarse debe tomar una cucharadita de *fosfato de hierro*, ó bien media dosis de *hierro Girard*. En las comidas, media copita de *lacto fosfato de cal de Dusart*, y por la noche un vasito de *vino de quina ferruginosa de Grimault*.

—Y nada más?

—Ah, sí! que se distraiga mucho, que pasee, que se bañe todos los días, que salga al campo, que tome leche de cabra, que no trabaje, que se acueste temprano, que se levante tarde, que no se exponga al sol, que se cuide del viento, y no me acuerdo qué más me recomendó; pero tú puedes preguntárselo, de paso, cuando vayas á la botica. Aquí tienes las recetas: *ésta* es la del fosfato, *ésta* es la del lactofosfato, *ésta* es la del vino ferruginoso, *ésta*.....

—Basta! Vengan esas resetas y hagamos paciencia.

—Lo que debes hacer es andar de prisa. Corre, Anacleto, no pierdas tiempo, que la pobrecita, ese ángel de Dios, se nos va, hijo, se nos va. Yo con el favor de la Santísima Trinidad y la ayuda del doctor y de San Jacinto, confío en salvarla; pero, es preciso que tu también pongas algo de tu parte, Anacleto!

III

—Anacleto ¡milagro! ¡milagro!

—Qué pasa?

—Pero si lo veo y no lo creo; si lo vuelvo á mirar y me parece mentira! Si es una cosa increíble; si es un milagro!

—Pero dime, qué es?

—Abrazame, Anacleto, esposo mío; abrazame primero y acompáñame á llorar de júbilo.

—Te has vuelto loca mujer?

—Sí estoy loca de gusto. Figúrate, hijo, que la niña se ha salvado; está ya sana y buena que da gusto verla.

—Pero, cómo puede ser eso, si tengo aún las recetas en el bolsillo?

—Por eso digo que es un milagro.

—Explícame, pues.

—La pobrecita estaba hoy más abatida que nunca. Toda la mañana se la había pasado escupiéndole de debilidad. No quiso probar un bocado á la hora del almuerzo, y yo me temía que le diera una pataleta. Así estaba la pobrecita, lo más pico clavado que te puedes imaginar, y sin querer responderme á nada de lo que le preguntaba. cuando de repente permite el cielo que empiece á tocar el rascatripas del cuarto vecino.

—Qué rascatripas?

—El violinista, hombre; ese italiano violinista que vive en el otro cuarto.

—Ah!

—Oyelo mi hija, y ni que hubiera sido música celestial! Mamá—me dice—ahí está ya Barboneselli, ya llegó. Qué alegría!

—Alabado sea Dios—exclamo yo—¿te alegras, hija?

—Y sin querer responderme, la chica salta de la cama, corre al espejo, se mira, sonríte, sale al balcón, vuelve, se arregla, me pide la bata blanca,

se le despierta el apetito, come, revive, tornan sus bellos colores á la cara y, en fin, Anacleto, la mar.....

—Y tú qué opinas de esa resurrección, Feliciana?

—Que es un milagro de San Jacinto, claro está!

—Pues yo creo que es un milagro del violinista!

—Calla la boca, hombre, qué estás diciendo!

—Digo que el médico hubiera hecho mejor en recetar una *rascadera* de violín en el cuarto del vecino. Yo sin ser médico, había conocido ya la enfermedad, y tenía el trompo cogido en la uña.

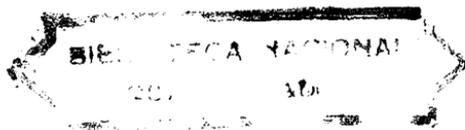
—Ahora caigo! Nicolasita..... Barbonelli, eso es; pero, quién había de pensar!

—Sabes, Feliciana, que los músicos viejos conservan el compás; pero tú, según veo, has perdido el oído de remate.

—Ah bribón!

—Y en castigo de tus impertinencias debes cumplir la *manda* que hiciste á San Jacinto, á fin de que se perpetúe la memoria de este milagro. me parece que un *violincito de oro* será lo más significativo; ya que no podrás ofrecerle un *rascatripas* de cuerpo entero.

Y en efecto, dicen que el violincito de oro fué enviado á la fiesta de Yaguachi.





Viaje del Duende.

A la fiesta de San Jacinto de Yaguachi

I

Han de saber ustedes, queridos lectores, que yo soy un Duende de cuerpo entero, chapado á la antigua, alegre, decidor, novelero, devoto de San Jacinto y enamorado de una simpática Lechucita que tiene su domicilio en el campanario de San Alejo.

Soy invisible é impalpable cuando quiero; miro por los ojos de las cerraduras, me cuelo por las rendijas, estoy en todas partes y cuando me buscan no estoy en ninguna.

Pues, señores, lo único que me faltaba ver en esta tierra del chocolate, de la guayaba y del General Alfaro, era la romería de San Jacinto; y como en el presente año no faltaba entusiasmo, juré por San Ambrosio, patrón de la Carabina, que no brillaría por mi ausencia en la popular festividad.

Y como lo dije lo hice, ¡qué diantre! Le víspera por la noche, y de acuerdo con mi amada Lechucita, arreglé el equipaje: un mazo de cigarreros de Daule, un par de bollos de maduro, un par

de Guatemala, una taza de champús de mote y media botella de clarinete.

—Quieres llevar algo para matar el tiempo en el tren? me preguntó mi prenda.

—Bueno, vida mía.

—Llévate la colección de Leyes y Decretos de la Jefatura Suprema, para que vayas leyendo en el camino.

—Se me quitaría el gusto, hija de mi alma. En tal caso ponme en la alforja el Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno.

—Pues, ya está.

—Entonces hasta la vuelta, perlita!

—Cuidado me la vas á jugar con alguna otra lechucita de por allá!

—Jé, jé, jé! Quién sabe!

—Sinvergüenza

—Monísima!

II

A las 5½ de la mañana desperté asustado, toda la noche había soñado con naufragios y descarrilamientos. Ya era el vapor *Colón* que se iba á pique con todos los pasajeros, quedando sólo á flote Mister Harman y yo, asidos á un palo de balsa; ya era el tren que chocaba con otro tren, y quedábamos convertidos en tortilla de sesos saltados.

Que noche tan mala! Pero al fin todo había pasado en sueños, y los sueños, sueños son, como dijo Calderón. Ahora en marcha, Duende: la hora se acerca y el vapor está pitando.

Estos malditos gringos no esperan á nadie; sobre todo cuando uno ha pagado el pasaje.

A toda prisa me alisé la cabellera melenuda que poseo, y la pera, estilo Alfaro, que decora mi fisonomía, y partí al muelle de la Guayaquil and Quito Railway Co.

Ya era tiempo.

Tuve que dar un salto por la vida para ganar el vapor. que movía ya sus dos hélices, separándose

del embarcadero, y fuí á caer en brazos de un chino ético que iba á Yaguachi en demanda de un milagro para sus pulmones.

Protestó el asiático contra ese abuso de confianza, que había puesto en peligro su estabilidad, pero yo le hice comprender que debía más bien agradecerme ese estrechón *in anima vili*.

Luego miré en derredor y me encontré prensado.

El vapor iba repleto de pasajeros.

A mi costado derecho iba un músico cargado con su bombardón de cobre, cuyo pabellón apoyaba en mi hombro; al costado izquierdo una barraquera esférica, cuyas redondeces ocupaban todos los vacíos de las inmediaciones: iba la infeliz sudando á chorros, resoplando como un fuelle y oliendo á pescado; por la espalda sentía el roce de un cesto de hortalizas, y en frente soportaba la redonda faz aceitunada del chino tuberculoso, que no cesaba de toser á rompe pulmones entornando sus ojillos color de té bajo sus cejas rígidas y horizontales.

Estuve á punto de pedir socorro, porque creí que iba á morir asfixiado en ese medio ambiente; pero sin duda el milagroso San Jacinto me sostuvo y al fin escuché el pito que anunciaba el término de la travesía y la llegada á *Durán*.

Quise entonces recobrar mi autonomía y ponerme en marcha; pero ví que no era dueño de mis acciones.

La ola de gente que salió del vapor se encargó de llevarme dando tumbos en dirección al tren. Merced á estos embates de la marejada humana fuí perdiendo sucesivamente el bollo de maduro, el mazo de cigarros, mi media botella de clarinete y al fin llegué al vagón del ferrocarril, exclamando como Francisco I después de Pavía: *todo se ha perdido, menos el honor!*

¡Ay Lechucita, Lechucita, si vieras á tu Duende arrepentido y mártir!

III

Pero, en fin, ya estoy en el tren; respiremos.

—Bah!, murmuró una voz á mis oídos, de qué poco te alegras; Duende!

La que hablaba era la barraquera olorosa á pescado.

—Señorita, dije yo entonces extremando la galantería; perdone Ud. que no la había visto.

—No hay de qué!

—Va usted á Yaguachi?

—Si, voy á la fiesta. Se divierte uno tanto!

—Así es la verdad. Yo voy divertidísimo.

—Ya verá usted cosas bonitas.

—Algo he visto.....desde que salí de Guayaquil, que me trae encantado.

—Voy á tener el gusto de acompañarle.

—Muchas gracias.

Uf! Qué calor!

—Pero ahora me parece que iremos mejor en estos carros.

—Al contrario, se va muy mal, porque corre uno el riesgo de ser estrellado como un huevo ó aplastado como una tortilla.

—Sí?

—Éstas ruedas que usted ve, han molido más cabezas que cañas el trapiche del ingenio Valdez.

—Zambombita!

—Los accidentes son frecuentes y fatales.

—Y no hay medio alguno de evitarlos?

—Hay uno: bajarse del tren antes de partir.

—Pero entonces habrá que renunciar al viaje?

—Precisamente

—Entonces no hemos dicho nada.

—Verdad es que no todos los casos son desgraciados; hay también lances gratiosos.

—De veras?

—Una noche que venía el tren de Yaguachi, después de la fiesta de San Jacinto, se desengan-

charon los últimos vagones y la máquina siguió su camino sin advertir que se le quedaba la cola.

—Pero en qué está la gracia, señora?

—La gracia está en que los pasajeros se quedaron plantados en medio del camino, á obscuras y matando mosquitos que daba horror.

Vaya un lance tan chistoso, ciertamente! Y esas bromas ocurren á menudo?

—No faltan. Ahora, con el permiso de usted, señor Duende, voy á echar una siestecilla; y si no es mucha molestia para usted apoyaré mi cabeza en su hombro.

—Al contrario, será para mí un placer inefable.

—Es usted muy fino.

Un momento después roncaba mi vecina con estruendo y me parecía estar bajo la presión del Pichincha en erupción.

Ay, Lechucita, Lechucita, si me vieras!

IV

—Duende!

—Quién vive.

—Sabe usted lo que he soñado?

—Nó.

—Soñé que este ferrocarril era un culebrón enorme.

—Hola!

—Y voraz, por añadidura.

—Cáspita.

—Y lo peor del cuento es que deboraba las rentas públicas á dos carrillos sin saciarse nunca.

—Caracoles!

—Le aportaban millones y millones y él traga que te tragarás.

—Y por qué le daban tanto, señora?

—Para que cobrara bríos y llegara á Quito.

—Y llegó!

—Un demonio iba á llegar! En Ambato se plantó y de allí no avanzó un palmo.

—Hay sueños, misiá..... ¿cómo es su gracia de usted?

—Matea, una servidora.

—Pues hay sueños, misiá Mateita, que parecen realidades.

—Y mucho que sí.

—Y cuál fué el fin del culebrón?

—No le *vide* el fin, porque la campana me despertó.

—Oiga Ud. ¿y por qué toca ahora la campana?

—Toma! Porque vamos á entrar en Yaguachi.

—Gracias á Dios!

V

Ya estoy en Yaguachi, en plena fiesta y ando con un dolor de cabeza que vuelo.

El calor, el polvo, el bullicio y el olor á empanada frita me tiene mareado.

Una bandita de música chillona me desgarrá los oídos. Allí figura el famoso bombardón que me atacó en el vapor el blanco derecho.

Al pasar por la oficina telegráfica me entregaron este despacho:

“Duende, Yaguachi.

Sé estás muy divertido fiesta, bribón.

Lechucita.”

Caramba, vean ustedes lo que es el bello sexo de injusto! Decir que me divierto, cuando Dios y San Jacinto me son testigos de las mechificaciones que estoy pasando, por meterme á fiestero.

Pero así son éllas, estas ingratas hijas de Eva! Mientras más las quiere úno, más disgustos le dan!

Sin perder momento le contesté en estos términos:

“Lechucita, Guayaquil. — Campanario San Alejo.—Todo cargante, cuerpo molido, cabeza do-
liendo, loco por irme. Saludes cura Chiriboga.

Duende.”

Enseguida me fuí á la plaza, me aposté frente á la Iglesia y empecé á ver pasar figuras como en un cinematógrafo:

Una colección de chinos macilentos..... una pobre vieja avanzando de rodillas para cumplir una *manda*..... una madre enloquecida buscando á su hijo perdido entre la muchedumbre..... un beodo desafiando á todo el mundo..... varios mercachifles pregonando mercancías..... algunas muchachas bonitas seguidas de sus correspondientes pollos..... una turba de muchachos reventando cohetes... .. media docena de clérigos echando una cana al aire..... guitarristas, dulceros, vendedores de periódicos y billetes de lotería, portadores de pianos ambulantes, monaguillos, sochantres, calaveras provocando camorras, enamorados, bailarines de oficio, la mar.

Aquello me tenía mareado y corrí á refugiarme en el templo.

Allí me esperaba San Jacinto, el milagroso patrono de Yaguachi, cuya imagen se destacaba en un lienzo al resplandor de centenares de cirios y sobre centenares de cabezas.

Este cuadro, me dijo una graciosa devota, mostrándome el lienzo, es anterior al descubrimiento de América.

—Señorita!

—Y esa multitud de figuritas que le adornan son el testimonio de los milagros que ha realizado.

—Caracoles!..... digo..... Ave María!

—Vea usted cuántas cositas bonitas decoran el santuario!

—De manera que ese par de ojos labrados en oro.....?

—Testifican haber dado vista á un ciego.

—Y ese bracito de plata?

—Algún manco que curó.

—Y esa barriguita elevada de oro y plata?

—Eso no se pregunta, Duende pícaro!

—Pues, señorita, veo que este es un museo de anatomía.

—Nó, todo lo que ve usted, es una encantadora colección de exvotos.

—Entonces sentí que me tentó el Diablo, y aproximándome á la interesante devota le dije al oído:

Voy á ofrecerle al santo un corazoncito de oro para que usted me quiera, remouísima!

—Calle, por Dios, me dijo, que le oye mi marido!

—Cómo! Yo creí que no tenía usted dueño!

Volví la cara y ví un Sargento Primero con tamaños bigotes, que me miraba con cara de tigre.

Sopla! me dije, de buenas me he escapado! Y después crea usted en los milagros de San Jacinto!

Nó; basta de fiesta! A Guayaquil!

Ignoro cuándo ni cómo perdí la corbata en la estación; el cuello me lo quitaron al tomar el tren; el sombrero se me cayó por la ventanilla y el reloj me lo robaron al llegar á Durán.

Pero qué fiesta tan divertida!



~ La corrección de pruebas. ~

Cuenta Julio Verne que el profesor Otto Lidenbrok estuvo á punto de volverse loco, por no poder descifrar un manuscrito rúnico que cayó en su poder

Y eso que el doctor aquel era más versado en lenguas y conocedor de todos los caracteres gráficos que el Cardenal Mezzofanti, insigne polígloto cuya muerte lamentó tanto la prensa italiana.

Con tal antecendente, figúrese el lector en qué apuros se verá metido un mísero corrector de pruebas, á quien le presentan un manuscrito ininteligible para que enmiende los errores que tiene la *prueba* impresa. Si fuera un manuscrito rúnico, como el de que habla Julio Verne, no habría mayor trabajo que aprenderse el lenguaje de los antiguos germanos, y asunto concluído; pero los manuscritos que suelen venir á las redacciones de los diarios se parecen á los geroglíficos egipcios, y eso de descifrarlos tiene sus bemoles y sostenidos.

Comenzar á revisar la prueba y encontrarse con una palabra parecida á la siguiente, todo es uno: *snfe*.

Qué querrá decir *snfe*? Veamos el original.

Y el original, entre dos borrones de tinta y una enmendatura que no se sabe si vale ó no vale, se lee: snfe.

Y á fuer de corrector de pruebas se queda uno con la barba en la palma de la mano, pensando en lo que puede significar la palabra *snfe*.

Será un volcán de la Islandia que se llama Snffels?

No puede ser, porque el artículo no trata de volcanes, ni siquiera incidentalmente, sino de que la opinión pública suspenda su fallo hasta que el firmante se vindique de los cargos calumniosos con que alguno ha pretendido vulnerar su bien sentada reputación.

No hay duda, no puede referirse al Snffels?

Será talvez neuf en francés?

Qué ha de ser neuf!

Quizá leyendo la frase despejemos la incógnita. Paciencia y leamos: "Sea el público *snfe* de lo acontecido entre el que suscribe y....."

Eureka! adivinamos; *juez* quiere decir el que suscribe.

Adelante!

"El que suscribe y Perico de los Palotes, que ha calumniado al abajo firmado, el cual se ve en el caso de protestar contra quien tiene la audacia de herirle con cobardía y cuya lengua viperina *honrada é intachable.....*"

Qué es ésto? Lengua viperina, honrada é intachable.....

Pero así dice el original; y sin embargo, no puede ser, á menos que signifique algo este garabato. Fijándose bien el garabato tiene la forma de una estrella, y la estrella en los geroglíficos de los incas significa esperanza. Si tendrá relación?..... nó, nó, es una *llamada*, al margen está la solución del enigma; en medio de un semicírculo se lee: *ha pretendido mancillar mi.*"

De suerte que, tomando de aquí la mitad de la frase y de allá su complemento, tenemos "cuya

lengua viperina *ha pretendido mancillar mi honrada é intachable conducta.*”

Caracoles, otro dislate: los deseos que *mi animal*

Qué animal será el suyo?

Y luego hay un signo cabalístico entre *mi y animal*.

El diablo que lo descifre!

Y el cajista está esperando la prueba.

Qué atolladeros, éstos, Dios mío, qué atolladeros!

Bienaventurados sean los que corrigen pruebas y los que traducen los manuscritos destinados á la estampa!

Job. el santo varón de la paciencia, la hubiera perdido en este oficio.

Reflexionemos.

“Los descos que *mi animal*, debe ser los deseos que *me animan*, aunque no lo diga el manuscrito.

Sigue un algo, ó un vago, ó un rabo, ó un nabo, que lo mismo se lee de un modo que de otro.

Se le pondrá *algo*, que es lo más inofensivo y lo que pide el sentido de la frase.

Uf, qué calor!

Vaya una lluvia de *haches!* todo lo escribe con *h* el ciudadano calumniado: hamor, hodio, halma.....

Hay que suprimirlas: esto incumbe al corrector de pruebas.

Otra llamada al margen! Qué dice?

“Donde se lee: *el público no se tragará ese*, agréguenle pato en francés.”

Se le agregará el pato en francés, que si se le antoja en ruso, por ejemplo, frescos estuviéramos.

Canard, ya está, y á Dios gracias hemos concluído.

Pero nó, aquí hay una notita en letra microscópica.

Vengan los lentes.

“Pónganle..... la..... acentuación..... de la Academia.

Será usted servido, señor.

Al día siguiente.

El autor del artículo, entrando en la redacción con el periódico de la víspera en la mano.

—Vengo á decir á ustedes que mi artículo ha salido plagado de errores.

—Pero, señor.....

—Plagado!

—A ver, ¿díganos usted?

—Aquí tienen una h *patas arriba*, y una f en lugar de l.

—Eso es insignificante.

—Nó, señores, si no publican bien mi escrito, no pagaré la inserción.

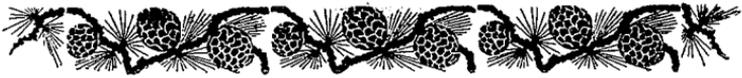
—Pues se hará como usted quiera.

—Y no se olviden de poner un suelto en la Crónica, explicando á los lectores el motivo por el cual.....

—Ya, ya.....

—Entonces hasta después, y fíjense ustedes muy bien en el original, no sea que me hagan decir otro disparate.

Vaya usted..... con mil demonios.



Y se la pegó.

Muchas campañas ha librado ya con éxito el Partido Liberal contra sus enemigos del opuesto bando; pero yo no las tengo todas conmigo.

Por más que en cada una de las victorias alcanzadas repiquen las campanas, y resuenen las dianas, y estallen los petardos, y cante el mismo Homero las hazañas de los héroes victoriosos, coronados de palmas y laureles, yo me digo, para mi colete, que falta el rabo por desollar, y á veces me salgo con la mía.

El zorro, verbi-gratia, es un animal, perdonándome la comparación, que más de mil veces, en los casos que conocemos, ha sido dejado por muerto en muchos gallineros, á fuerza de los estropeos que ha merecido; y media hora después ha estado en pié, maltrecho y todo, riéndose de la saña de sus enemigos, si es que los zorros se ríen.

Elevando la comparación voy á referir una anécdota, pues viene muy á pelo en las actuales circunstancias.

Erase uno de aquellos soberbios guapos que se la pegan al mismo lucero del alba.

No le tenía miedo á nadie, por cierto, y creía que en el Universo no había puños más sólidos

que los suyos, ni jamás alguno que se le pusiera delante.

Varios recios mojicones que diera en diversas ocasiones, le acreditaron de hombre á las derechas, y un coro de lisonjas hincharon su amor propio hasta el punto de creerse un Aquiles, sin la vulnerabilidad del talón.

La Prensa le había puesto en las nubes; los documentos oficiales le colocaban en la más alta jerarquía; y, en fin, no había pluma que no se moviera, ni labio que no se abriera sino para pregonar sus hazañas y cantar sus alabanzas.

Pero ¡ay! quiso la mala suerte que una vez se encontrara este campeón en una encrucijada, con otro jaque que venía.

Al principio se amarró los pantalones éste del cuento, y se le plantó muy tieso al advenedizo, para ver si se le reducía por medio de su belicoso aparato; pero el ótro sacó á relucir su flamante revólver de siete tiros, cuyo cañón niquelado acariciaba ya la frente del *número úno*, y ante la virtud de tan maravilloso instrumento, el héroe de esta historia se sintió conmovido y puso piés en polvorosa.

Cualesquiera de nosotros habría hecho otro tanto ante la profunda filosofía de los señores *Smith & Westson!*

Diez minutos después nuestro personaje entraba en una venta del camino, y otro tanto más tarde ingresaba también en la misma, el hombre de los *siete tiros*.

Fué éste el primero que trabó conversación con el ventero, y hablando con él en confianza, le dijo, que se había escapado de buenas, porque teniendo su revólver descargado, había puesto en fuga á un agresor que se le había presentado en el camino. Qué tal, añadió, si aquel tunante hubiera sabido que mi arma era inofensiva!

No necesitó más el protagonista de nuestra anécdota, para salir á escape de la venta é ir á esperar á su enemigo en otra vuelta del camino, bien

seguro de que aquél llevaba el revólver descargado. Podía, desde luego, jurar, que la victoria era suya, y que su nombre glorioso iba á ser repetido por todas las generaciones futuras.

Mientras tanto el ventero, conmovido con la relación del viajero, le dijo:

—Yo voy á cederle, querido amigo, para evitar que vuelva usted á encontrarse en lance tan apurado, una carga de cápsulas que á mí me sobran. Mi revólver, según veo, es del mismo calibre que el suyo. Aquí tiene usted siete cartuchos, que le pondrán á cubierto de cualquier mal encuentro.

Cargó el ótro su revólver y dió las más expresivas gracias al generoso ventero.

Cinco minutos después se había puesto en camino.

Al volver el primer recodo oyó una voz sonora que le dijo ¡alto!

Paró el hombre y reconoció á su agresor de momentos antes que le esperaba de pié firme en medio de la vía.

—Ríndase usted, le dijo.

El agredido sacó su revólver y amenazó al encontradizo.

Este, que sabía ya que el arma de su contrario no estaba cargada, tuvo la humorada de ponerse en cuadrúpeda postura y gritarle á mansalva presentándole el reverso:

—*Pégamela aquí!*

Hizo fuego el ótro, y *se la pegó.*

* * *

De la historia precedente deduzco yo que no hay enemigo inerme, por pequeño que sea. Cuantas veces se piensa que tienen el arma descargada, no hay que fiarse de ellos, ni ponerse en cuatro piés, porque se la pegan á uno, el rato menos pensado.



Historia del Agua Potable.

El origen del agua potable se pierde en la noche de los tiempos.

La tradición más antigua es la que nos habla de Adán y Eva, y esa refiere que nuestros primeros padres comían deliciosos frutos en el Paraíso Terrenal, como que se comieron hasta la manzana prohibida; pero no dice si bebieron agua encima.

Yo creo que el agua potable debe haber sido inventada después del pecado original y como una especie de castigo para la humanidad; porque donde hay agua hay bochinche. Dígalo la ciudad de Guayaquil con su agua potable á cuestras y el Concejo Cantonal con su Reglamento desenvainado. (1)

Remontando mis investigaciones á los tiempos prehistóricos, encuentro que el género humano se había convertido en una madriguera de pillos, en donde se cometía cada picardía que temblaba el misterio, casi lo mismo que ahora; pero entonces el Omnipotente no aguantaba pulgas, y viendo que andaba el pecado bobo por el suelo, le dijo al Espíritu Santo.

(1) Se escribió este artículo con motivo de haber ocurrido en Guayaquil un motín popular contra el Reglamento del servicio de Agua, dictado por la Municipalidad.

—Sabes, Palomo, que los hombres y las mujeres del mundo me están euredando mucho la pita!

—Pues, Señor, exclamó el Espíritu, ¡agua con ellos!

—Tienes razón ¡ahora van á ver á dónde les da el agua!

Y mandó á abrir todas las llaves de agua potable que existen en el cielo, sin pagar contribución.

El efecto fué desastroso, como que ya habrán oído ustedes hablar del diluvio.

Perdón, Señor! exclamaban los caballeros y las señoras de la época profundamente arrepentidos ¡ya no lo volveremos á hacer?

—Nada! Agua y más agua! ordenaba el Padre Eterno.

Y como los aljibes del firmamento son más grandes que los del Cerro de Santa Ana, pronto inundaron toda la tierra y pereció la especie humana, con excepción de Noé y su familia, que formaban el elemento oficial.

Ellos fueron los que repoblaron el mundo; pero el Patriarca Noé le tomó tanto odio al agua, viendo la multitud de gente que había perecido en ella, que juró no volver á probarla en todos los días de su vida, y prefería emborracharse con vino, aun á riesgo de hacer mil disparates, como los hacía, quitándose los calzones cuando estaba chispo y cometiendo otras incorrecciones por el estilo, antes que aceptar una gota de agua.

Y tenía razón el Patriarca! Cualquiera en su lugar, habría hecho lo mismo!

Oh! El agua! Este elemento ha hecho más daño al mundo que el fuego.

De qué medios se valen algunas mujeres para tentar á los hombres? Del agua.

Abro la Historia Sagrada y leo: que iba el pobre Isaac muy tranquilo por una huerta de cacao, buscando un cigarro que se le había caído de la oreja, cuando fué á dar de manos á boca con una

muchacha que estaba sacando agua de un pozo. Era Rebeca.

El no la conocía; pero ella sí, y tan luego como lo vió, se dijo: "Ahí viene un pato! Ahora le hago beber agua en mi cántaro y le suerdo el seso."

Así sucedió. Llego el inocente á su lado y no se le ocurrió otra cosa que pedir agua, porque los ojos de la chica lo abrasaron.

Ya cayó! pensó Rebeca, llena de regocijo. Ya cayó!

Y le alargó el cántaro repleto del funesto líquido.

Isaac hubo de *empiparse*, según la gráfica expresión de nuestro pueblo, y desde entonces perdió todas las ventajas y prerrogativas de la vida de soltero.

Y para qué? Para que más tarde la misma Rebeca le diera gato por liebre cuando estuvo ciego, poniendo pelos de borrego á su hijo Jacob, á fin de que el padre, al tocarlo, creyera que era el peludo Esaú.

No es ésto, por ventura, burlarse de un Patriarca, que salvó el pellejo por milagro cuando su padre Abraham le iba á cortar el pescuezo, y que por lo tanto, si se conservaba, era acreedor á toda clase de consideraciones y miramientos!

Pues vean ustedes á lo que se expone á veces un hombre, por beber un trago de agua.

Desde el Génesis hasta nuestros días la historia del agua potable está llena de desgracias.

Hasta el baño es peligroso. Ahí está Marat en el otro mundo, que no me dejará mentir. Se le ocurrió á este maldito meterse en una tina de agua, creyendo que iba á refrescarse; pero bueno fué el refresco que le dió Carlota Corday!

Si no se hubiera bañado, Carlota no se habría atrevido á punzarlo con su estilete.

Diógenes vivió muchos años metido en un tonel; pero vacío. Si lo hubieran llenado de agua,

se había llevado el diablo al filósofo con toda su filosofía.

El agua es maligna y traicionera. Cuando uno espera divertirse y subre una contrariedad, exclama instintivamente: *se aguló la fiesta!*

Por qué? Porque ya se sabe que donde está el agua, todo tiene que andar mal; y así yo soy partidario del Príncipe de Piombino, que hasta para nadar, exige que se nadara en seco.

Algunos no le temen al agua cuando apenas les llega á los tobillos; pero se han visto casos de personas que cayeron de cabeza dentro de una botija y se ahogaron perfectamente bien con el agua á los tobillos.

Tanto va el cántaro al agua que al fin se rompe, dice el refrán castellano; y en efecto, yo conocí una señora muy virtuosa que se comía todos los días, en el almuerzo, cuatro libras de carne de chanco, cinco platos de tallarines y una fuente de ensalada de camarones, y encima se bebía una cantarilla de agua. Pues, señores, se rompió; digo, se le indigestó el agua y cerró el ojo para siempre.

No quiero hablar más del agua, porque me está entrando miedo; pero sí digo á los señores concejeros municipales que no vuelvan á meterse con el agua potable, si quieren evitar desastres. Ya han visto lo que ha pasado: un simple Reglamento de Agua, que no estaba aún ni en vigencia, dió por resultado un tumulto número uno, docena y media de cabezas rotas, varias costillas abolladas, algunas tibias quebradas y tal cual quijada fuera de su sitio, sin contar los sablazos perdidos.

Y si esto ha sido durante el estado cuasi embrionario del Reglamento ¡válgame Dios que sería si estuviera en vigencia! Apuesto á que llovería dinamita del cielo, encima caería un rayo y..... ¡pum! Adiós mundo!

Creedme ¡oh magnánimos y longánimes ediles! imitad al gato, que comprende lo imprudente

que es andarse en quisicosas con el agua, y jamás la toca, sino con la punta de la lengua.

El gato es un filósofo profundo, y cuando huye así del agua, y parte como una flecha si le echan un jarro encima, es porque sabe que ese elemento le acarrea disgustos. Observando esta conducta discreta es como el gato pasa una vida tranquila y regalada, cuyo ejemplo, repito, debe seguir el Muy Ilustre Ayuntamiento si desea vivir en paz con todos y ahorrarse dolores de cabeza.



La bruja de mi pueblo.

—Tun, tun, tun!

—Quién va?

—Sírvese decirme, mi señora, ¿aquí es donde vive Ña Benvenuta, la noble hechicera que cura el daño y el mal de ojo?

—Yo soy, señor, una servidora de usted!

Y la vieja calva, como una bola de billar, arrugada como una pasa y fea como un basilisco se inclinó ligeramente.

—Vengo—le dijo—atraído por la fama de su ciencia misteriosa, para hacerle varias consultas.

—Pase usted adelante, repuso ella. Precisamente me encontraba desollando un escuerzo para fabricar el elixir *sursum corda*, que sirve para el mal de amores.

—Nó, me apresuré á decirle; yo no padezco mal de amores. Una vez me enamoré de una chica encantadora; pero le tuve miedo á la mamá, que era una señora bigotuda y feroz, y le dejé, para no pensar más en el sexo femenino.

—Hizo usted mal, porque yo tengo aquí los polvos de la *uña de la gran bestia*, que se emplean siempre con acierto en la domesticación de las suegras.

—Y á mí que me dice usted! El gran bestia hubiera sido yo si me meto á domesticarla.

—Entonces, qué quiere usted?

—Quiero consultarle sobre otra cosa.....

—Ah! En esa redoma tengo una esencia de cucarachas blancas para los celos; este filtro que ve usted aquí es la saliva del alacrán en ayunas para la fecundidad; esta botella contiene jarabe de escorpiones machos contra el alcoholismo.....

—Qué me cuenta usted, señora! Y el Gobierno que se empeña en aumentar el impuesto de licores para combatir la embriaguez, cuando con una botellita de ese jarabe estaba arreglado el negocio.

—Acá tengo el famoso *culantro*, la *verdolaga*, la *uña del diablo*, la *yerba mala*, la *flor de muerto*, la *anona de lagarto*.....

—Bien, bien!.....

—Si tiene usted algún *daño* como, por ejemplo, algún cangrejo en el estómago, ó algún plan de botella en el intestino, aquí tengo la ponderada aleta de bagre y los orines del chivo, que es lo que hay para expeler el mal.

—Pues nó, señora, yo no quiero expeler!

—Quiere usted caldo de ostión recocado con crestas de gallo para iluminar el entendimiento?

—Hombre, hé allí un remedio para varios individuos que yo conozco!

—O prefiere usted la infusión de jeta de borrieco para tener paciencia?

—Caracoles! Cuánta cosa buena tiene usted! Pero vamos al grano; yo lo que quiero es un remedio para mi pueblo, que está gravemente enfermo.

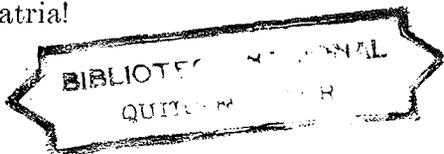
—Y qué tiene?

—Qué sé yo!

—Cómo es eso?

—De repente nos entusiasmanos como locos y empezamos á gritar ¡Viva la Libertad! ¡Abajo la tiranía! ¡Se salvó la Patria!

—Y después?



-Nos plantamos á raya y no nos movemos aunque lluevan chuzos.

-De veras?

-La peste viene á tocarnos las puertas, y nos dice: ¡higiene! ¡higiene! porque me los cómo á todos.

-Y ustedes qué hacen?

-Nada.

-Es posible?

-La Junta de Sanidad se rasca la oreja; los demás cerramos los ojos, y viene enseguida un ejército de enfermedades y nos apalea como á pájaros bobos.

-Sin que nadie se defienda?

-Nadie! La Ciencia Médica que es una buena amiga nuestra, nos dice: Ey, amigos! Allí está el mal! Cuidado con él! Esas charcas, esos pantanos, esas inmundicias! Quita allá incautos! No coman esa porquería! No beban éso!

-Y ustedes?

-Nosotros como si tal cosa. Nos echamos á dormir en la falda de la Política, que es nuestra madrastra, y cuando despertamos ya no tenemos ni los pantalones puestos.

-Qué escucho?

-En fin, abuelita, yo lo que le digo á usted es que aquí el que menos anda descosido.

-Pero bien, y los hombres grandes, los que valen, los que pueden, los que influyen, los que saben ¿qué hacen?

-Hacen Patria.

-Y qué es eso?

-Solidifican ó reconstituyen las bases en que descansa el edificio republicano democrático, cuidando de la propaganda doctrinaria para robustecer los principios y dar cohesión á los elementos constitutivos del partido, á fin de oponer una valla insalvable á los funestos factores del terror, que están ávidos de entronizarse para imponer las prác-

ticas del oscurantismo retrógrado á la sombra del clericalismo hipócrita.

—Uí! Eso es largo!

—Larguísimo, señora!

Y como nos estamos muriendo de necesidades locales, yo vengo donde usted para ver si tiene algún remedio contra la modorra, á ver si logramos despertar y mirar por nuestras vidas amenazadas.

—Pero, hijo, si eso es lo más fácil; que exprima cada uno el zumo de su buena voluntad y se lo beba todas las mañanas en un vaso de agua.

—Y si no quieren exprimir?

—Entonces se amuelan!

—Aaaaaah! Pues no hay más que apelar á la infusión de jeta de borrico.





El concierto de los ciegos.

Las cosas marchan mal, exclamaba airado el Rey de Siam, dando un furioso puñetazo sobre su mesa de ébano incrustada en marfil y nácar,

El gran secretario saltó de su asiento, al escucharle, y se llevó el dedo índice á la punta de la nariz, indicando que participaba en lo absoluto de la opinión de su señor.

—Soy el más desgraciado de los soberanos— continuó el monarca—por que no tengo hombres con quienes gobernar.

—Pero tiene vuestra Majestad vasallos que le obedezcan, repuso el Secretario con el meloso tono adulator de los palaciegos.

—Ya—dijo riendo el Rey—porque la misión del yunque es aguantar los porrazos del martillo.

El Secretario dió tres vueltas á la derecha, tres á la izquierda y cayó bocabajo á los piés del amo para demostrar la admiración que le causaba esta agudeza.

El Rey empuñó con mano febril una boquilla de ámbar, adaptóla á un tubo de goma que pendía de un recipiente de alabastro y comenzó á aspirar grandes bocanadas de humo celeste y perfumado.

—Vamos, Yedo, exclamó al cabo, fijando una mirada distraída en su favorito. ¿De dónde saco yo

los hombres que necesito para enderezar al Gobierno?

—Gran señor, contestó el interrogado, vos mismo habéis tenido la sabiduría de alejar á todos de la casa pública.

—Es que yo creo que allí está el error, amigo Yedo.

—Vuestra Majestad no puede errar, y todo lo que hace está bien hecho.

Qué desgracia la mía! exclamó el monarca, de no tener un amigo leal y severo que me indique el camino recto. Todos ustedes son recortados por la misma tijera. Así se me antojara bailar en camisa sobre el tejado del Palacio, hablar de celebrar en coro la estrafalaria danza.

—Señor.....!

—Digo la pura verdad. Y para que te convenzas traeme el último número del PANFLET, mi periódico oficial, á ver qué dice sobre los bárbaros impuesto que acabo de decretar para cubrir el presupuesto de la corte.

El Secretario se presentó á poco con un impreso cuidadosamente plegado sobre una bandeja de plata cincelada.

Ahora verás—dijo el Rey desplegando el periódico—Aquí está.

Nuevos impuestos.—El Augusto Soberano que rije los destinos de Siam, y á quien Dios guarde muchos años para la mayor honra y gloria de su reino, ha querido dar una nueva y elocuente prueba de su cariño á este grande, noble y generoso pueblo, aumentándole las contribuciones para ofrecerle una brillante oportunidad, descada por todos, de sufragar á los gastos de la corona etc.

—Eh! Qué dices tú de ésto amigo Yedo?

—Digo que vuestra Majestad merece, con creces, tan horrosos conceptos de la prensa.

—Pues yo digo, señor Secretario, que por ésto es por lo que está perdido Siam, y el Gobierno, y el que manda. Entiendes?

—Señor.....

—Y Sabes, ahora, tú, por qué es que nadie dice lo contrario?

—Nó.

—Yo sí lo sé: porque el que dice la verdad se le manda á cortar la cabeza ¿sabes?

—Por favor, señor, exoneradme de responderos.

—Retírate, cobarde y hazme entrar á aquella gitana que vino ayer del Occidente y tocó anoche la guzla delante de la corte.

Salió el gran Secretario con las orejas gachas y un momento después entró la gitana, bella y airosa, agitando los cascabeles de su corta falda escarlata.

—Ven, hija mía, dijo el Rey, ofreciéndole un rico tapiz de Persia. Aconséjame.....

—No digas más, desgraciado monarca, interrumpió élla, porque todo lo sé. Quieres gobernar bien; quieres hacer la felicidad del pueblo; quieres que te amen tus vasallos, pero no encuentras quien te secunde ¿no es cierto?

—Exacto, hermosa gitana.

—Pues bien, has de saber, amado príncipe, que en una zambra celebrada en el País Azul, bailaba todo un pueblo al son de las bandolas que tocaban cuatro ciegos, cantando á la vez la siguiente copla:

Doña Restituta
Con un sinapismo
A don Sinforoso
Le curó el ombligo.

El rey no pudo menos de echarse á reír.

—No te rías, añadió la gitana, porque sucedió que á la vigésima repetición de la susodicha copla, ya nadie la podía aguantar, inclusive el mismo dueño del festín; por lo cual se ordenó á los ciegos que cambiaran de letra. Entonces éstos la cantaron así:

Con un sinapismo
Doña Restituta
A don Sinforoso
Le curó el ombligo.

Después de algunas vueltas, la concurrencia se fastidió otra vez y pidió nueva cantilena.

Los ciegos, tras de mucho consultarse, comenzaron:

A don Sinforoso
Le curó el ombligo
Doña Restituta
Con un sinapismo

Bravo! gritó el concurso, y prosigió la danza, hasta que la copla fué cargando á todos sin saber por qué, y hubo necesidad de pedir otra, porque nadie quería ya bailar.

Los ciegos se miraron contrariados, templaron los instrumentos y reanudaron el canto en esta forma:

Le curó el ombligo
A don Sinforoso
Con un sinapismo
Doña Restituta

A la media hora volvió el desfallecimiento entre los danzantes, con gran disgusto del héroe de la fiesta, que no sabía cómo hacer para satisfacer á sus invitados.

Mas de repente todos le vieron dar un salto y le oyeron exclamar; !Ya caigo, señores! Ya caigo! Es que nos están cantando la misma copla estos malditos: por arriba, por abajo, por delante y por detrás.

—Hombre, dijo el Rey ?y era posible que no hubiera caído ese buen anfitrión en la cuenta de que su orquesta no servía para nada?

—Pues así sucede, señor; y de estos hay muchos en la vida, como Vuestra Majestad puede bien imaginarlo.

El Rey se quedó pensativo largo rato, mientras la gitana lo miraba oblicuamente con sus grandes ojos negros, y luego dijo:

—Y qué hizo, amiguita, el señor de aquella fiesta, cuando le cogió el són á la desapacible canción, de los ciegos?

—Los despachó, señor, con cajas destempladas y se trajo una magnífica orquesta, formada de los mejores artistas del País Azul.

—Y luego?

—Renació el entusiasmo y la alegría entre toda la concurrencia.

—Gracias, chica! Yo voy también á buscar esa orquesta, porque estoy harto con la copla de mis ciegos: Pero, dime, antes, cómo te llamas?

—Razón, á secas, Augusto Soberano.





El hermano Cándido.

Toda la comunidad conventual de cierta orden que yo conozco había quedado reducida nada más que al Padre Guardián y á un lego llamado Cándido, que era la candidez personificada.

Sin embargo, el Superior, que era un hombre muy sabio y sobre todo muy sabido, había acumulado todos los servicios de la Santa Casa, como él la llamaba, sobre el pobre hermano, á quien gobernaba cual si hubiera sido una Comunidad entera.

A éste le tocaba el lavado, el cocinado, el barrido, el fregado y todos los oficios domésticos unidos á todas las funciones sacristanezcas, desde llamar á misa hasta apagar las luces.

El bueno de Cándido! solía decir el guardián. Y en verdad que pasaba de bueno.

Un día entró el hermano en la celda del padre Mogollón, que así se llamaba el Superior, y le dijo:

—Vengo á pedir permiso á vuestra paternidad para cuidar en el patio del convento doce gallinas y un gallo, que me confía nuestro vecino don Nicanor hasta su regreso del campo.

—Cómo dice, hermano?

—Digo que don Nicanor, el vecino, me ha di-

cho: "hermanito: tengo necesidad de hacer un viaje de tres semanas, y como voy á estar ausente y no hay quien me cuide mis gallinas hasta cuando yo vuelva, quisiera que usted me las tenga en el patio del convento, para que estén seguras." Entonces yo le contesté que si vuestra paternidad me daba permiso, se las cuidaría con la mayor voluntad.

—Y él que da en cambio?

—Me ha dado un cesto lleno de huevos, para que me los coma, dice, en su nombre.

—Bueno, ponga usted, hermano, el cesto, debajo de mi cama, porque precisamente me ha recetado el médico huevos frescos para el pecho; y dígame á don Nicanor que desde hoy se puede usted hacer cargo del cuidado y mantenimiento de las gallinas.

El lego lanzó un suspiro, dejó el cesto en el lugar indicado y salió.

Al otro día muy temprano le llamó el padre Guardián, con tres toques de campana y un repique, que era señal de urgencia.

Compareció el lego á toda prisa y encontró al Padre Guardián en la cama, quejándose.

—Qué tiene, vuestra reverencia? le preguntó con cariñoso interés.

—¡Ay hermano! Tengo una debilidad general, acompañada de un vacío angustioso en el estómago.

—Quiere que vaya corriendo á llamar un médico?

—Nó. Los médicos no conocen mi enfermedad.

—Quiere que le ponga una vela á San Juan de Dios, abogado de los enfermos?

—Nó. No hay que abusar de las bondades de los Santos.

—Entonces ¿qué quiere vuestra reverencia?

—Quisiera, hermano, tomar un caldo de gallina, á ver si me compongo un poco. No ha visto usted por allí alguna gallina?

—Si he visto, Padre; pero son las gallinas de don Nicanor.

—Qué gallinas, hermano?

—Las que ha dejado á mi cuidado desde ayer, encargándome mucho que no se le pierda ninguna.

—Pues bien, de esas.....

—Y no dice vuestra reverencia que disponer de lo ajeno es pecado mortal.

—Es verdad, pero siempre que la cosa se tome sin la voluntad de su dueño. No olvide Ud. eso!

—Mas como el dueño está ausente..... y aun cuando estuviera presente no nos habría de regalar una gallina?.....

—Quién cree usted, hermano, bajo el punto de vista genealógico, que es el dueño de las gallinas?

—Don Nicanor!

Ah! Qué barbaridad! No sabe usted, acaso, hombre de Dios, que el Creador formó á la primera mujer de una costilla del hombre.

—Sí, padre.

—Pues la misma ley rige para todas las hembras, sin excepción, desde nuestra madre Eva hasta la gallina; con diferencia de que ésta es carne y hueso de la carne y hueso del gallo. Luego el gallo viene á ser su legítimo dueño..... y no don Nicanor. Me ha entendido usted?

—Sí Padre; pero cuando llegue don Ni.....

—No se trata ahora de eso, hermano; sino de que usted se vaya inmediatamente al *gallinero*, y le manifieste al gallo, de una manera cortes, el estado en que yo me encuentro y la necesidad que tengo de que me ceda una de sus gallinas, si no tiene inconveniente.

—Al gallo le digo eso?

—Sí. Y, naturalmente, si él le dice que nó, no hay para qué insistir; mas si otorga, por medio de la palabra ó el silencio, lo que se le pide, me trae usted la gallina!

—Lo haré como lo manda vuestra reverencia.

—Vaya usted, hermano. Lo que le encargo es que sea gorda.

Al cabo de cinco minutos volvió el lego con la gallina en la mano.

—Qué le dijo el gallo?

—No me dijo nada, Padre; entonces yo tomé la más gorda

—Bien hecho, porque estaba ya concedida. Me complace que usted se haya entendido bien con un animal tan estimable como el gallo. No es así?

—Así ha de ser, Padre.

—Ahora, hermanito, corra á poner la olla, que me estoy cayendo de fatiga. Luego me trae el caldo en una taza grande, para que quepan dentro todas las presas.

—Bueno, Padre.

Ay! Al día siguiente se repitió la misma escena, y todos los días una igual, siendo el gallo tan generoso que jamás dijo una palabra para oponerse á la reducción del serrallo. Y al fin el pobre Sultán, de polígamo que era se convirtió en monógamo, y al duodécimo día amaneció viudo.

El lego Cándido no las tenía todas consigo, á pesar de que era él quien trataba con el gallo; pero tenía tanta confianza en el Padre Guardián que no vacilaba en obedecerle.

Precisamente en la mañana que había sucumbido la última gallina, estaba el Superior lavándose las manos después de almorzar, cuando entró el hermano con la lengua afuera y los ojos espantados, gritando: Padre Guardián! Padre Guardián!

—Qué pasa?

—Aquí está don Nicanor hecho una furia. Y dice que si no le entrego las gallinas me va á dar una paliza.

—*Lavabo inter innocentes manus meas.*

—Qué le digo?

—Yo no sé. A mí no me ha dado á cuidar él ninguna gallina. Ese es asunto de usted, hermano!

—Pero vuestra reverencia se las ha comido!

—Sí, porque usted me ha asegurado que el gallo se las había obsequiado. Ahora, allá entre ustedes se entiendan..... Yo no tengo nada que ver, hermano Cándido!

—Hermano bruto es que soy; pues á usted le ha tocado comerse las gallinas y á mí recibir la paliza. Y después fíese uno de estos padres guardianes!

*
* *

El mundo está lleno de hermanos Cándidos, sobre todo en las comunidades políticas, y yo les aconsejo que antes de poner la mesa del Guardián, pongan la propia y eviten la paliza, no sacando del fuego las castañas para que otro se las coma.





Ciencia Política.

EXAMEN DE INCORPORACION

—Dígame usted, señor examinador ¿qué es Política?

—Es la ciencia que enseña á vivir del Presupuesto.

—Qué cosa es Presupuesto?

—Es el puchero nacional, donde todos anhelan por meter la cuchara.

—Cómo se divide la Política?

—Se divide en Partidos.

—Muy bien. Puede usted decirme cuántos Partidos hay?

—Dos: el de los que están encima y el de los que están debajo.

—Cómo funcionan estos partidos?

—Los de abajo gritando contra los de arriba, y los de arriba aplastando á los de abajo.

—Suelen invertirse estas funciones?

—Sí, señor, por medio de un cambio de papeles que determina una revolución.

—Y entonces ¿qué sucede?

- Sucede que los que han aplastado gritan; y los que han gritado aplastan.

- Perfectamente. Quiere usted decirme para qué sirven las revoluciones?

- Para que la cola del organismo político se convierta en cabeza y la cabeza en cola.

Se obtiene, por medio de esta inversión, algún beneficio público?

- Nó, señor, porque el orden de los factores no altera el producto.

- Bien contestado; pero ha de saber usted que en la variación está el gusto. Eh?

- Sí, señor.

- Qué entiende usted por Patria?

- La Patria, según Bolívar, Sucre, Abdón Calderón, es

- Nó, nó. Deme usted la definición moderna, tal como se entiende en la actualidad.

- La Patria es una pobre señora, madre de una familia desunida.

- Explique usted, si le es posible, en qué consisten sus quebrantos.

- En que sus hijos, divididos por mutuos rencores, pretenden á cada paso salvarla los unos de los otros.

- Y la salvan?

- Nó, señor; pero la descuartizan.

- A quiénes se da el nombre de patriotas?

- A los que dicen amar á la Patria.

- En qué forma suelen manifestarle su cariño? sirviéndola, que llaman, en los destinos públicos.

- Y la sirven de balde?

- Nunca, que yo sepa, á juzgar por las cuentas de la Tesorería.

- Entonces ¿en qué está el mérito?

- En saber coger la sartén por el mango.

- Qué otro nombre se da vulgarmente á esta especie de patriotas?

- Se les llama también *sanguijuelas* del Estado, por lo que chupan.

—Son éstas muy temibles entre las plagas políticas?

—Nó, señor, porque se desprenden cuando están llenos. Los más temibles son los *pulpos*.

—A qué se denomina pulpos?

—A una ventosa, políticamente organizada, cuya succión es interminable.

—Existe algún remedio para extirpar los pulpos

—No, señor, en ocasiones se les aleja para dar algún respiro al Fisco esqueletizado; pero siguen exprimiendo el jugo á la distancia, por medio de ondas diplomáticas.

—Puede Ud. ponerme un ejemplo?

—No puedo, porque están prohibidas las alusiones personales.

—Pasemos, entonces, á otra cosa. Quiere Ud. decirme algo de la fauna política?

Sí señor. Existen loros, catarnicas y papagallos, que no cesan de hablar tonterías para mostrar su talento; pavos que se visten con ajenas plumas; murciélagos que se dicen aves por el vuelo, pero que gastan afilados dientes; milanos de soberbias garras que pretenden sacrificarse por amor á las palomas; gallinazos que siguen á la presa moribunda para devorarla en cuanto muera; gaviotas que sólo piensan en engullir; aves de rapiña, etc.

—Y el pueblo á qué especie pertenece?

—El pueblo pertenece á la especie del pájaro bobo.

—Basta, hemos concluido!

—Tin.

El Secretario.

Aprobado.



La mesa improvisada.

I

Existía en Quito un colegio de niñas, dirigido por una comunidad religiosa, allá por los tiempos en que gobernaba la República el Presidente..... no me acuerdo.

Pero el hecho era que las niñas del referido colegio pasaban una vida de mártires en cuanto á la alimentación.

Las madrecitas les daban de comer como á pájaros, pretendiendo hacer con ellas el milagro del niño de Sn. Antonio.

Así estaban de pálidas, flacuchas anémicas, cloróticas, famélicas y hechas una pura desdicha.

Se dice que algunas de las más gorditas rezaban por la noche el santo rosario, contando las avemarías en los nudos del espinazo, pues lo tenían en alto relieve.

En cambio las monjas se redondeaban como una redoma y el capellán asumía por igual la forma esférica.

Los padres de familia empezaron á chillar fuerte, al ver que sus hijas estaban estudiando para esqueletos, y al fin plantaron sus quejas en las altas regiones oficiales, porque el colegio era del Estado.

Decían en su representación, en una forma muy clara y precisa, que las monjas solían tener en perpetua dieta á las educandas, y que ya era necesario darles de comer como Dios manda.

El Presidente, por órgano del Ministro de Instrucción Pública, transcribió el memorial de los padres de familia á la Congregación, con dos líneas adicionales en las que anunciaba á la Madre Superiora su propósito de ir á almorzar el día siguiente en el refectorio del plantel, con el objeto de cerciorarse de la cantidad y calidad de los alimentos, para proveer lo que fuere de justicia respecto de la queja presentada.

El documento cayó como una bomba en medio de la Comunidad. la madre Superiora andaba á pasitos cortos y precipitados de celda en celda, haciendo circular la tremenda noticia entre las demás hermanas, y todas ellas bullían y zumbaban como un avispero alborotado.

La Ecónoma abrió tamaño ojos verdes bajo su blanca toca y se cruzó de brazos como diciendo:— Yo no tengo la culpa! Allá ustedes sabrán como salir del atolladero!

Bien decía yo que era mucho abusar de la dispensa en favor de la Orden Pía Pía de San Pio!

—No se trata de eso, hermana, le dijo la Superiora, sinó de salvar el credito de la Comunidad.

En ese momento salía el Capellán de la cocina con los ojos bajos y las narices dilatadas, llevando en el trinchante un pollo asado, para tomar su primera colación.

Al ver á las religiosas les echó la bendición con el mismo pollo, é iba á encaminarse al comedor cuando fué detenido é impuesto de la situación.

No hay que apurarse exclamó él. Aquí lo que conviene es repetir la siguiente jaculatoria:

Agnus Dei quitollis peccata mundi.

Miserere nobis!

La mesa improvisada



*Al ver á las religiosas les echó la bendición
con el pollo.*

II

Al día siguiente se suspendieron las clases, porque las hermanas estaban ocupadísimas.

Una freía, otra desplumaba, otra le tomaba el punto al dulce, ésta batía, aquella espumaba y hasta el Capellán se ocupaba en envasar ese buen vino de misa que no paga derechos de importación.

Las colegialas estaban asombradas.

Qué habrá aquí? se decían. Y cada una de ellas aspiraba con fruición el succulento ambiente que venía de la cocina.

A eso de las diez del día fueron llamadas á capilla; y el Padre Gordo, como ellas le decían, subió al púlpito y les predicó un tierno sermón sobre el respeto que deben las niñas á sus superiores, porque son lo mismo que vuestras cariñosas madres, les decía.

Ellas os aman, ellas os dirigen por el buen camino! Ay de la niña ingrata que osare decir palabra alguna contra sus maestras, porque Dios la castiga, aunque lo haga por inocencia. Ahora viene á vernos el Presidente y es preciso, niñas mías, que esteis muy formalitas y calladitas delante de su Excelencia..... etc., etc.....

Cuando acabó la plática, la Superiora, enterrocida, dirigió una mirada de gratitud al orador, como diciéndole: *Gratias hagamus á te!*

En tanto que un chiquilla traviesa murmuraba en el oído de una compañera:—Se ha lucido manga verde!

III

Cuando su Excelencia entró en el refectorio, acompañado por el Ministro de Instrucción Pública, y por su Edecán, el almuerzo esta listo.

Pero qué almuerzo, Dios mío!

Qué manteles tan blancos, qué vajilla tan ri-

ca, qué pan tan tierno y qué viandas tan olorosas! Aquello era lo de Camacho el rico cuando se iba á casar con la bella Quiteria.

Pobres muchachas! Nunca habían visto, ni en sueños, semejante despilfarro.

—Ay! exclamó una criatura de seis años con ingenua admiración: Esta comida es para nosotras?

Una de las Reverendas corrió á darle un beso, para que cerrara la boquita, porque el angelito amenazaba decir barbaridades.

—Qué ha dicho la pequeña? preguntaba otra madre alarmada, que no había escuchado bien.

—*Verbum caro factum est*, le respondió la anterior en latín para que no le entendiera el Ministro de Instrucción, que estaba á su lado.

Bendijo el Capellán la mesa, agradeciendo á Dios los beneficios que nos da sin merecerlo, y comenzó el cuchareteo.

Las niñas no comían sinó que devoraban. Las pobrecitas tenían una hambre atrasada! Chiquitinas había que llegaban al extremo de lamer los platos con verdadera delicia.

Cuando esta incorrección era observada, se levantaba una madre diligente é iba hacia la contraventora con la faz risueña, para decirle:

—No, hijita. Eso no se hace en la mesa.

La chiquilla alzaba sus ojitos azorados y abría su boquita circundada de relleno de pavo, como si quisiera decir:—“Estoy en mi derecho; si no lamo ahora que la ocasión es calva ¿para cuando lo deje?”

Otras metían la mano hasta el puño en las bandejas de dulces y se chupaban los dedos uno por uno, desde el pulgar hasta el meñique.

El Supremo Magistrado hacía como que no veía nada; pero de cuando en cuando se secreteaba con el Ministro, y hubo una ocasión en que al tomar éste una copa, le entró tal acceso de risa que echó el vino por las narices, con gran asombro del Capellán, que comía á su derecha.

Cuando terminó el almuerzo y salieron las ni-

ñas refectorio, el Presidente de la República manifestó á las Reverendas Madres que se iba convencido de la calumnia que les habían levantado respecto de la mala alimentación de las niñas. Aquello es hablar por hablar, dijo. Ojalá pudiera yo almorzar así todos los días en Palacio.

—Excelencia.....!

—Nada, madrecitas. Hacen ustedes más de lo que deben. Nos vamos satisfechos. Y en el próximo Mensaje presidencial, se hará memoria especial de este Instituto.

—No hacemos, más, señor, que cumplir con nuestro deber.....

IV

Por la tarde, á la hora de merienda, las pobres niñas suspiraban en la mesa.

Ya no había ¡oh dolor! el servicio de por la mañana.

Volvía, con fiera saña, el terrorismo alimenticio. El pan seco, el tradicional *locro*, pariente del agua sucia, y algunos rígidos tendones en representación de la carne. Todo reducido á la mínima expresión. Una colegiala descolorida y angulosa á fuerza de abstinencias, leía en la tribuna, para confortar el espíritu, la vida y barbaridades de San Pedro de Alcántara.

Cuando de repente... ..Déjenme tomar aliento.

Se presenta la hermana portera echando fuego por todos los poros, y exclama:

—Aquí está el Presidente! Dice que viene á comer!

Ni el Diablo que se hubiera aparecido en el Refectorio habría hecho más efecto. Qué bulla! Qué exclamaciones!

Serenidad, hermanas, decía la Superiora—Pensemos que hacer!

—Pero cómo se presenta sin haberlo anunciado?

—Este es un abuso!

—Voy á pasarlo al salón.

Ya no hay tiempo, rugió la portera. Aquí lo tenemos.

El Jefe del Estado entró solemnemente en el refectorio y sin detenerse en cortesías, pasó derecho á la mesa de las niñas y examinó los platos, con gesto de supino desagrado!

Y volviendo la cara hacia la confusa Superiora, le dijo:

—Madre, esto no se parece al almuerzo!

—Excelencia!

—Nó; *ésto* no es *excelencia*; sino porquería.

Hoy mismo se cierra el internado y se van ustedes con la música á otra parte.

Aquí termina esta anécdota histórica; y yo aconsejo ahora á todos los Gobiernos, Municipalidades y Corporaciones, que cuando quieran hacer una inspección ocular en las obras y empresas de su dependencia, no se anuncien jamás, sino que caigan como bombas para que no haya tiempo ni de cambiar el mantel y pueda verse cuantas papas tiene en realidad cada plato de *locro*.



Uida Social

Cada bicho viviente, por humilde y modesto que aparezca de puertas afuera, aspira locamente de puertas adentro á conquistarse algún grado de celebridad.

Verdad es que no todos tienen dedos para organistas; pero cada cual se arregla como puede, y aunque sea á gatas, la cuestión es ascender algunos peldaños en la escala de la fama.

Guttenberg se hizo célebre inventando la imprenta; Goggia, la brújula; Schuartz, la pólvora; mas en cambio un pedazo de animal como Omar, quiso inmortalizar su nombre incendiando la Biblioteca de Alejandría, y lo consiguió.

Lo que prueba que para hacerse notable y dejar una página en la historia, se necesita ser un gran genio ó un solemne majadero.

De aquí se sigue que los que no pueden avanzar por un camino, se van de bruces por el otro y tarde ó temprano llegan á la meta.

Quién no conoce, por ejemplo, la historia de Cristóbal Colón? Y quién no ha leído la historia de Cacaseno? Luego he dicho bien al afirmar que los extremos se tocan; porque allí tienen ustedes un genio y un zopenco rodeados de popularidad universal.

Sentado el principio, voy á caracterizar el tipo que más se conoce entre nosotros, sin llegar á los extremos, ó sea el de algunos que oscilan como un péndulo en el término medio.

Estos son los que tienen empeño en figurar á todo trance y ver su nombre citado en los periódicos.

No son malos en el fondo estos seres que Dios ha creado para que yo escriba este artículo; pero á la larga hostigan como una mosca en la nariz.

Démosles nombres de hortalizas por evitar rectificaciones: Alcachofa, Berengena, Rabanillo y Coliflor.

Ya estamos.

Desde este momento empiezo á compadecer al lector; porque es imposible no darse á cada paso de narices con uno de la huerta.

Va Ud. al Teatro, por ejemplo: allí está Berengena. Se sienta Ud., y ve á su lado á Coliflor. Mira hacia la derecha y contempla á Rabanillo, más allá á Alcachofa.

Toma Ud. un periódico para ler las noticias del día y encuentra:—*Matrimonio*. Ayer se unieron con los sagrados é indisolubles lazos del matrimonio el distinguido caballero Dn Mamey Colorado, con la bella y virtuosa Srta. Guaba de Mache-te. Entre la selecta concurrencia que presenció á la ceremonia nupcial; recordamos á los señores Alcachofa, Rabanillo, Coliflor, Berengena.....

Banquete.—En el suntuoso banquete ofrecido al eminente Don Loro de la Veraacruz, tomó la palabra el elocuente Berengena.....

Viatico.—Anoche se le administraron los últimos sacramentos á la estimable matrona doña Pava de Monte. Llevaba el guión el Sr. Alcachofa....

Duelo.—“..... arrastraban el duelo los estimables deudos del finado y seguían los Señores Rabanillo, Alcachofas, Coliflor, Berengenas y otros cuyos nombres se nos escapan por el momento.

Enfermo.—Desde ayer al medio día se encuentra enfermo el apreciable Sr. Rabanillo. Lo asiste el Dr. Clavija.

Feliz Viaje.—Mañana partirá con destino á Durán nuestro excelente amigo Coliflor, acompañado de su digna familia. Le deseamos feliz viaje y pronto regreso á esta ciudad, que queda privada de su amable presencia.

Nueva, Sociedad.—Se ha fundado una nueva asociación con el noble y patriótico objeto de ordenar al Erario nacional. El directorio está formado de la manera siguiente: Presidente. Sr. Alcachofa; Vice-presidente, Sr. Coliflor; Secretario, Sr. Rabanillo; Tesorero, Sr. Berengena.

“El Jugo”.—El último número de esta interesante publicación literaria, trae en su primera página el retrato del Sr. Alcachofa, acompañado de un boceto biográfico por el Sr. Rabanillo.

Hé aquí, pues, á los hombres que figuran.

Los demás no valen nada; menos que nada. Y todo por que? Porque no se anuncian ni se exhiben.

Hablando una vez con el Dr. Holloway, en Londres, me decía, en confianza, y con aquella franqueza que le caracteriza:

Mire Ud., mister Jack, mi famoso unguento. no vale un pucho; pero á fuerza de recomendarlo en los diarios de todo el mundo ha resultado ser una maravilla.

Já, ja, ja! se reía él.

Je, je, je! me reía yo, acordándome de Alcachofa Berengena y demás hombres distinguidos de mi tierra.

Ya lo sabéis, queridos lectores: anuncios y exhibíos si queréis ser notables.

El fotograbado está ahora muy barato y abundan las revistas ilustradas.

Id á los teatros, á los paseos, á los círculos políticos, á las reuniones aristocráticas, á los templos, á los bailes y os irá creciendo sobre la parte moral

el terciopelo de la fama. Criticadlo todo con aires de maestro y creceréis un palmo.

Oh! El mundo marcha, como dijo Pelletán parodiando á Galileo.

Refiere Andersen, en uno de sus cuentos dinamarqueses, que, oyendo el Pavo hacer elogio del Ruisenor, por la melodía de su canto, exclamó atufado:

Y qué? La cuestión está en contraer el moco, esponjarse y pujar gordo, como lo hago yo.

Y decía bien el Pavo.



El Centro de la Sensibilidad.

Cuál es el órgano más sensible de la criatura humana? me preguntó en días pasados mi profesor de violín.

—El corazón, exclamó al instante un Maestro de Escuela, que se hallaba presente.

—Nó, señor, dije yo con aplomo: es el bolsillo.

—Pero el bolsillo no es un órgano, me arguyeron ambos.

—Eso no importa, repliqué, con tal de que allí esté, como lo está, efectivamente, el centro de la sensibilidad.

Los maestros se echaron á reír, creyendo que me bromeaba: pero yo me puse más serio que un inglés.

Me sostengo en lo dicho, continué, y á la prueba me remito.

—Veamos la prueba.

—Muchachas hay, por ejemplo, que le roban á cualquiera el corazón con una mirada. Y sujetos conozco yo que se dejarían robar cien corazones que tuvieran. Yo soy uno de ellos.

—Y bien?

—Nadie se queja, ni reclama, ni alborota; lo que prueba que el corazón no es muy sensible á estos atropellos. En cambio no pasa lo mismo si á un prójimo le atacan el bolsillo.

—Según y conforme.....

—De ninguna manera. Nadie quiere consentir en ser desplumado, bajo ningún pretexto; lo que prueba que el bolsillo es la parte más sensible de la humanidad.

El Maestro de Escuela dejó de sonreír.

—Hasta los santos, dicho sea con el más profundo respeto, tienen esta llaga abierta. A San Francisco se le abrió una herida en el corazón, y no dijo nada; á Santa María Alcoque le sacaron los ángeles el corazón para ver qué hacía, y no chistó; pero en cambio un Síndico se alzó con los fondos de la cofradía de San Bruno, y esa misma noche bajó el santo á ajustarle la clavija y le sobó la felpa con una cera del altar, hasta que devolvió el último cuartillo. Conque vayan ustedes viendo.....!

—Eso es cuento, dijo el del violín.

—Entonces voy á poner un ejemplo histórico y nacional.

—Venga el ejemplo.

—En cierto lugar de esta República y en cierta época que no interesa precisar, había un clero que hablaba pestes del jefe del Estado.

Cada vez que subía al púlpito algún clérigo para predicar, por ejemplo, sobre el milagro de los cinco panes, comenzaba por declarar que el país estaba en las garras del Demonio, y que el abismo se abría á nuestras plantas, por culpa del impío magistrado, y que el infierno por aquí y que la caldera de aceite hirviendo por allá, concluía su discurso en medio del lloriqueo de las beatas despavoridas.

—Por supuesto, los desterrarían á todos por conspiradores?

—No tal. No desterraron á ninguno. Lo que hizo el Gobierno fué suspenderles la renta y nada más.

—Y qué sucedió?

—Que treinta días después iba una comisión eclesiástica á la capital para tratar diplomáticamente aquel pequeño asunto.

El magistrado entonces expuso á la respetable

comisión que habiéndose alarmado profundamente por el peligro que corría su alma, según el decir de los sagrados oradores, á cuyo número pertenecían los comisionados, trataba de regenerarse haciendo obras pías, á fin de atraer las bendiciones de todos los santos sobre su pueblo y sobre su propia cabeza, para lo cual había dispuesto dar santa inversión á la renta eclesiástica.

—Pero, señor! exclamaron los presbíteros, con la cara más larga que una calabaza.

—Voy, dijo el Presidente á recojer huérfanos, á socorrer viudas menesterosas, á fundar hospicios para los pobres, todo con la renta que ustedes tenían, á ver qué se consigue de esta nueva aplicación, ante la Corte Celestial.

—Pero, señor! Cómo es posible que se nos prive de la cóngrua.

—Oh! Esto no será para siempre, sinó temporalmente, hasta que Dios me haga bueno, á satisfacción de ustedes, eh!

La Comisión regresó á su diócesis, y al día siguiente muy temprano subió al púlpito un famoso predicador—el mejor que había—y habló elocuentemente del respeto que se debe á las autoridades legalmente constituídas. Y citó varios textos latinos hebreos y caldeos en apoyo de su opinión. Dijo también que el hombre está sujeto á errores, *hominum est errare*; pero que todos debemos perdonar á nuestros deudores, *debitoribus nostris*, para que se nos perdonen nuestras deudas, en esta vida y en la otra. Después trazó un cuadro bellissimo de lo que es un estado regido por sabias leyes y administrado por hombres puros. Añadió que un buen gobierno es como una madre del pueblo, y que á Dios gracias, hermanos míos, el Espíritu Santo (aquí se quitó el bonete) había descendido sobre el Supremo Magistrado (aquí se lo volvió á quitar) trayendo en el pico la oliva de la paz, para sellar el abrazo de reconciliación entre la desavenida familia cristiana. Concluyó el sermón con una bendición

especial é indulgencias extras para los santos varones que gobernaban la República. Las beatas lloraron enternecidas.

—En seguida cobrarían la renta caída! preguntó el Maestro de Escuela, con ese interés del que piensa siempre en cobrar lo que le deben.

—En el acto, repuse yo. Y no volvieron á provocar ningún conflicto los buenos eclesiásticos.

—Por temor? interrogó el profesor de violín, aflojando las clavijas del instrumento.

—Nó.

—Por convicción?

—Tampoco. Por respeto al bolsillo amenazado, que como ya saben ustedes, es la parte más sensible de la frágil naturaleza humana. He dicho.



El diputado péndulo.

I

No me acuerdo en qué época ocurrió lo que voy á referir; pero sí puedo asegurar que el hecho es rigurosamente histórico.

Se trataba de elegir la representación provincial para una Legislatura, y fué tan popular la elección, que hasta los muertos resucitaron para ir á deponer su voto en las ánforas.

El ejército, por su parte, no tuvo necesidad de sufragar más que dos veces por plaza, porque la votación era canónica y el pueblo soberano había quedado satisfecho.

Verificado el escrutinio salieron naturalmente electos los candidatos populares, con la rara circunstancia de que sólo dos votos diferían de la gran mayoría: uno en blanco, que era el del pueblo, y otro por el maestro Ciriaco Pajita, que había votado por sí mismo, con la esperanza de ser *deputao*, como él decía.

Este maestro, color de chocolate por más señas, fundaba la maestría en hacer zapatos y hablar de política, que son oficios afines.

Cuando algún cliente quería calzarse de balde, no tenía más que ir á decirle:

Sabe Ud., maestro Pajita, que ha salido cierto lo que Ud. pronosticaba sobre el Ministro de Hacienda.

La oscura fisonomía de Ciriaco se tornaba color de zapayo, que es el tinte de la satisfacción en las caras de betún.

Y luego comenzaba una extensa arenga acerca de la administración pública, durante la cual el parroquiano se ponía los mejores botines, á vista y presencia del zapatero, encargándole al paso que se los apuntara..... en el libro de las yeseas.

Volviendo á la elección de que hemos hablado, aconteció que uno de los diputados principales hubo de presentar su excusa legal y fué llamado al Congreso el maestro Ciriaco, en calidad de suplente.

Aquella noche no durmió el honorable Pajita, porque la sorpresa y el gusto fueron tan grandes que se le enfriaron los piés y se le calentó la cabeza.

Lo primero que hizo al día siguiente fué cerrar la zapatería y poner el siguiente aviso en los periódicos:

"Ciriaco Pajita" maestro zapatero; pone en conocimiento del público en general y de su numerosa clientela, que siempre sigue haciendo zapatos de tacó alto para señoras y señoritas de cuero curtido; pero que ahora ha cerrado el taller para ir al Congreso, motivo por el cual se despide de sus amigos y les suplica le impartan sus órdenes á la Capital, donde le será grato cumplirlas"

II

Cuando menos se le esperaban los padres Concriptos, el honorable Pajita pidió la palabra, se rasgó la cabeza y dijo:

Señor presidente: donde que juí nombrado deputao pa este Congreso; me dije que si Dios me daba vida y salud, no vendría á ganá la prata de embarde, como hacen jotros, aun que la color me

ofianda. Así pué, pido po las Animas Benditas que no perdamos el tiempo en discursiar, porque er cristiano se ha hecho par provecho der prójimo y no pa gastá saliva, dispensándome la mala palabra, Está visto y aprobao que la lagartería es mucha de parte de los ambigüentos, que todo se lo quieren tragar á la mogolla.”

—Bravo! Bravo! grita la barra.

—“Y er lagarto que traga no gomita, continúa el orador. Por consiguiente no hay que ser cangrejos....”

—Pido, señor Presidente, que se llame al orden al honorable que tiene la palabra, exclama un diputado.

—“Asunto á qué? replica Pajita. Yo no le hey fartao á nadie. Juro y perjuro que digo la verdad, y pa acabar er cuento de un viaje, sepan todos los que están aquí que lo que yo quiero es no dejarle arrancar ar país la tierra é lomo. Me comprenden?”

Dice la crónica legislativa que jamás ha sido tan aplaudido un orador parlamentario, como lo fué el célebre don Ciriaco Pajita, después de su discurso.

III

Tratábase en otra sesión de un asunto muy pe-liagudo, que había sido borrascosamente discutido, sin que el buen don Ciriaco hubiera podido formar opinión sobre la materia.

Sometido el embrollo á votación se dispuso que los que estu vieran por la afirmativa se pusieran de pié. Pajita se levantó á medias del asiento formando un ángulo obtuso é imprimió al cuerpo un balance de atrás para adelante, en virtud del cual tanto aparecía sentado como de pié.

Perplejo el Secretario ante ese movimiento oscilatorio, preguntó al honorable oscilante, si estaba por la afirmativa.

—Nó, repuso.

—Por la negativa?

—Tampoco.

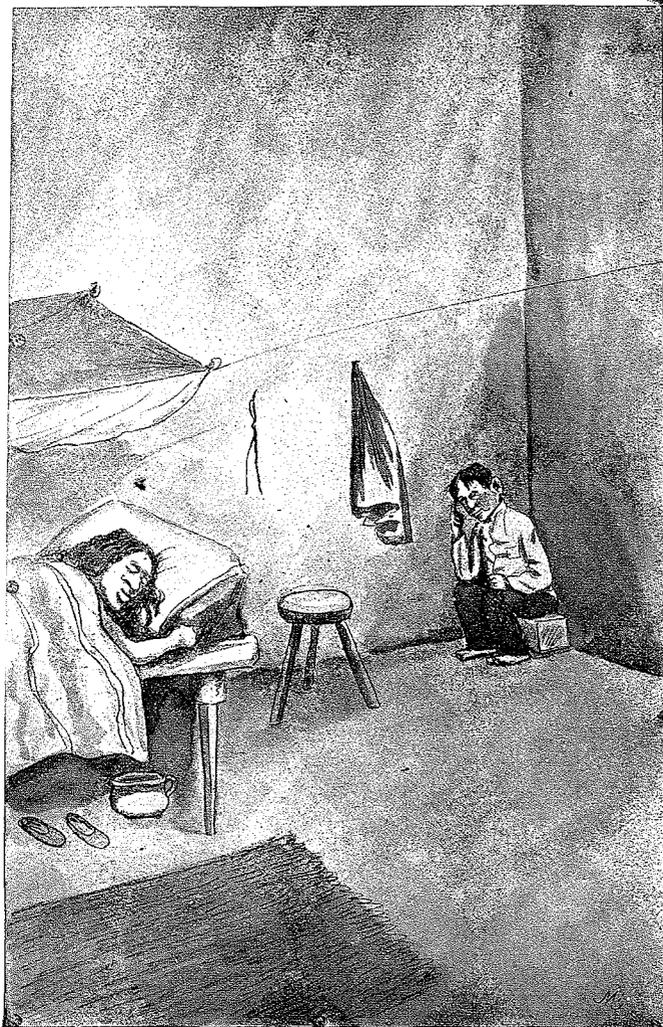
—Entonces?

—Yo estoy péndulo.

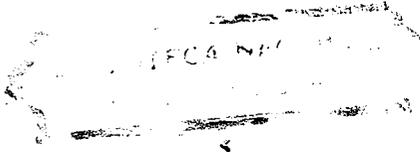
Desde ese día don Ciriaco fundó escuela. Así hay muchos en la actualidad que, tratándose de una materia peliaguda, como la de partidos políticos por ejemplo, se acuerdan del Diputado Pajita y se quedan ingeniosamente péndulos.



Mi padrino



*Quando la mala vieja se acostaba,
yo me quedaba en un rincón.*



—Mi padrino—

- Te veo triste, Jeremías!
- Y cómo no lo he de estar, mi vida, si ando más limpio que una pepa de guaba.
- Fuiste á la Tesorería?
- Voy cuatro veces al día; pero no me pagan.
- Válgame Dios! Y qué pretexto alegan?
- Que no hay plata!
- Y cómo tienen para otras cosas?
- Es lo que yo digo, mujer! Cómo es que otros sacan tajada?
- Paciencia, hombre, paciencia!
- Pero con la paciencia no se come, y yo tengo varias bocas que mantener.
- También es verdad.
- Maldita sea mi suerte!
- Calma, Jeremías, no maldigas. Tal vez mañana te pagarán.
- Qué han de pagar!
- Diles que eres liberal convencido, á ver si por esa se les mueve la conciencia.
- Para el caso que hacen hoy de los liberales!
- Pero no es tu partido el que está boyante?
- Pues por lo mismo: mi Partido me ha *partido* por el eje.
- Esperemos entonces á que mejoren las cosas.

—A buen santo te encomiendas, hija!

—Por qué, mi viejo?

—Porque San Blando no tiene día ni cuándo.

—Quiere que te diga una cosa, Jeremías?

—Echala!

—Estamos fritos en cuadro!

—Así me parece.

—Y no tendrá ésto remedio?

—Yo creo que nó. Tú bien sabes los sacrificios que hice por desagaviar la bandera, cuando la vendieron los progresistas, hasta el punto de ceñirme la espada, yo que no había ceñido nunca más que tu talle, con mis brazos.

—Y sin embargo, nada sacaste.

—Sí! Saqué un puntapié en la rabadilla, que me asestó en el campamento el oficial de guardia.

—Peor hubiera sido en otra parte, Jeremías!

—No digo que nó; pero al que le duele, le duele.

—Es que tienes mala estrella.

—La tengo. Cuando era yo pequeño, sufrí lo que tú no te figuras con mi madrastra!

—Pobre, mi viejo.

—Me daba cada soplamoco que me desbarataba las narices. Y cuando llegaba la hora de comer, me arrojaba un plátano, diciendo: ¡Atrácate animal!

—Pobrecillo!

—Y yo tenía que comérmelo, porque peor era morirme de hambre.

—Claro!

—Un día me dijo una vecina: anda criaturita de Dios, que pronto llegará tu *padrino* y otra será tu suerte.

—Qué mujer tan buena!

—Desde entonces no pensé más que en este *padrino*, cuya venida era para mí más importante que la del Mesías.

—Y vino?

—Allá voy! Desde entonces, digo, me llené

de consuelo. Por mucho que me doliera cada sartenazo que me propinaba mi madrastra; anda! me decía yo reaccionando, que ya vendrá mi *padrino* y otro gallo me cantará!

De noche, cuando la mala mujer se acostaba, yo me quedaba en un rincón despierto y haciendo castillos en el aire con mi *padrino*.

—Y qué pensabas?

—Que él iba á ser mi Providencia, mi todo; ah! cuánto quería yo á mi padrino! Cuánto me parecía que tardaba! Al fin llegó!

—Qué gusto el que tendrías!

—Ay, hija, nó. Apenas pisó la estancia me miró con una cara de herrero mal pagado, y luego, por quitarme allá esas pajas, me atizaba una paliza de primera calidad.

—Qué bárbaro!

—Qué desengaño, hija mía!

—De esos hay muchos, mi vida.

—Pero lo que te va á sorprender es que lo mismo me pasó más tarde en el orden político.

—Cómo así?

—Cuando suban los míos..... me decía, otro gallo me cantará.

—Y subieron?

—Y me atizaron otra paliza, como la de mi padrino, de primera calidad.

Tableau.



Las mujeres políticas.

Yo no sé por qué los gobiernos, cuando se trata de tomar medidas represivas en presencia de una grave situación política, se extreman únicamente contra los hombres; cuando las mujeres son peores, con excepción de algunas de ellas.

Hay hombres bonachones, pacíficos, que apenas entienden lo que significa la palabra política, ni hacen esfuerzo alguno por penetrar en sus sombríos arcanos; pero, en cambio, no hay mujer que no nazca predispuesta á tomar en sus manos las riendas del Gobierno.

La política es el medio ambiente del elemento femenino.

Yo lo digo con experiencia.

Varones hay que debaten, como unos tigres, en la arena de la prensa, en las alturas de la tribuna ó en el campo de batalla, por lo que llaman *sus ideales*.

¿Creen ustedes que éstos son ideales suyos?

—Nó! Son de la señora.

Yo he visto á más de un marido entrar sudando frío en el santuario del hogar y decir á su consorte:

—Hijita, ya no puedo más. Mírame, vida mía, como me tiemblan las piernas. Si pronuncio otro *discurso* me botan del destino.

—Y eso qué importa! exclama la señora exaltada. Hay que hablar la verdad, cueste lo que cueste. ¡Si yo fuera hombre!.....

—Pero qué saco yo, mujercita, con ponerme en contra del Gobierno?

—Inmolarse Ud. por sus ideas y convicciones!

—Si yo no tengo ideas ni convicciones!

A mí qué me importan esas cosas! Si mañana me destierran, verbigracia ¿qué hacemos?

—Irá Ud. á comer el amargo pan del ostracismo.

—Y qué harás tú?

—Haré lo que Dios me inspire; pero antes que todo es la Patria y debemos sacrificarnos por ella.

El hombre se toca los bolsillos, echa una mirada en redondo y mueve la cabeza.

Pero la mujer es un Bayardo con faldas! Por la noche departe ella con una amiga de confianza, y le dice.

—Estoy indignada con mi marido.

—Por qué?

—Porque es un calzonudo.

—Sí?

—Le estoy animando para que *se meta de cabeza* en la revolución, y no quiere.

—Lo mismo que el mío! Se ha empeñado en ser hombre de orden, según dice, y á mí se me *antoja* decirle que es una gallina.

—Así son todos. Se vuelven pies y no se pueden parar.

—Ah! si nosotras tuviéramos pantalones!

—Otro gallo nos cantara!

—Y lo que más te ha de sorprender es que á este majadero de Villadiego se le ha ocurrido que hay que respetar el orden constituido.

—Le pagarán algo?

—Una miseria, que no nos alcanza para nada! Por eso es que yo le digo: ve donde el Jefe del Estado y dile que allí le botas su destino, porque aunque pobre, eres hombre de *ideas* y sabrás defenderlas con un rifle.

—Y él qué dice?

Dice que soy una bárbara, porque en seguida lo fusilan.

—Qué animal!

—Es, hija, que estos hombres de ahora no sirven para nada, sino para mortificar á las mujeres.

—Pero, chica, si lo mismo es el mío. Cuando viene á casa le pregunto ansiosa:

—Qué hay de *política*, Odrinola?

Y me responde el muy bruto:

—Me he ganado *uno cincuenta* en la reventa de *los puros!*

¡Qué puros ni qué demonios! le digo yo enfurecida. Qué hay de nuestros partidarios, dónde está el General Arellano, cuántos han caído en la *capacha?*

—Y él qué te contesta!

—Nada. Se quita el sombrero y enciende su descomunal puro.

—¡Qué hombres éstos!

—Ay, qué hombres!

—Qué les costará, digo yo arriesgar el pellejo?

—Naturalmente!

—Otros hay que van á la guerra todos los años para defender sus principios y vuelven Ministros de Estado.

—Esos lo saben hacer.

—Pues yo lo juro, Procopia que lo que es Villadiego se mete en *política*, ó le quito los calzones.

—Yo haré lo mismo con Odrinola, contesta Pascasia.....

Por eso es que hay tantas viudas enredando la pita en las antecámaras de Palacio.

Oh! las *mujeres políticas!*

Cuando alguna me mira con buenos ojos, lo primero que hago es preguntarle de qué partido es, para ver si trato con un correligionario: porque de otra manera me arriesgo á comprometer mis principios de..... conservación propia.



La Hamaca

I

Yo lo que más temo en la vida, la verdad sea dicha, es el enojo de las damas.

Pusiéranme á mí delante de una pantera africana, por ejemplo, y creo que todo se arreglaría amigablemente entre las *dos potencias*; pero confieso que la carne se me pone de gallina en presencia de una niña irritada con el humilde servidor de ustedes.

Vengan sobre mí en buena hora, dientes afilados y agudas garras y ferocidad sin límites, que á nada le tengo miedo; pero no me venga, por Cristo, una criatura femenina, de ojos azules ó negros (que de todo me gusta) á mirar de mal talante, porque soy hombre incapaz de resistir, ni en broma, á la más hermosa mitad del género humano.

Yo soy un hombre que se dejaría hacer picadillo, y salchicha si fuera necesario, por complacer á las lectoras, que son todas bonitas y tentadoras, según pública voz y fama.

Esto quiere decir que voy á tratar de la *hamaca* en este capítulo de costumbres nacionales; y como bien pudiera suceder, llegado el caso, que pase rozando con la susceptibilidad de mis bellas

conciudadanas, conste, desde ahora, que yo no me refiero á todas, sino á las que no me quieren, y que lo hago de picado, como ellas dicen.

Con esta oportuna advertencia, saludo á todos, quítome el sombrero, y digo:

II

Y digo..... que la hamaca es el alma de los guayaquileños y guayaquileñas. Eh?

Ay, qué exageración! dirán mis enemigas, haciendo un desdeñoso mohín detrás del abanico; pero ¡yo qué culpa tengo!

Guayaquileño soy, y juro por la Santa Cruz, que si me quitan á mí la hamaca, me parten por el cje.

Aquí nacemos, vivimos y morimos en la hamaca. Y al que diga y pruebe lo contrario, lo autorizo para que me dé con la argolla en la cabeza.

Así como no se concibe al gaucho de las pampas argentinas sin el caballo, que es su propio elemento, tampoco se concibe á un guayaquileño sin la hamaca.

Cuando uno viene al mundo en esta tierra del cacao, á dónde va á dar?

A la hamaca.

Aquí casi no se conoce la cuna para el recién nacido, ni hay necesidad de ella, porque allí está la hamaca, que sirve para todo, y allá va el niño para que aprenda, desde pequeñuelo, á oscilar como un péndulo, como su padre y su madre, y su abuelo y su abuela.

—Hija, que llora el niño, dice el esposo á su cara consorte, dale el biberón.

—Nó, replica ella, persuadida de la eficacia de su resolución, voy á ponerlo en la hamaca, para que se duerma.

Y efectivamente, en ella lo acuesta, y le imprime tal balance, que la criatura pierde la cabeza y se queda adormitada por efecto del mareo.

Esto nos ha pasado á todos los guayaquileños que estamos contando y oyendo el cuento.

De allí viene que cuando somos grandecitos, y aun viejecitos, no nos podemos pasar sin la tradicional hamaca.

Una casa sin hamacas es como una jaula sin percha para que se pose el ave.

En cada habitación, por lo menos, hay una ó dos; en cada marco de puerta debe existir una pequeña, y si no hay hamacas en las calles es porque lo prohíben tácitamente las ordenanzas municipales.

Este es, pues, el país clásico de la hamaca; aquí se aprende, desde la infancia, á mantener el cuerpo en constante oscilación, y el que lo niegue que me descuelgue de la mía.

Verdad es que la hamaca es el mueble más cómodo que existe en toda la redondez de la tierra, haciéndole justicia. No tiene rival. Se adapta á todos los caprichos del cuerpo humano, con sus flexibles mayas y lo conserva á uno en actitud sedestre, yacente, en quietud ó movimiento. Vaya usted á mecerse en un sofá. á ver si puede! Vaya á tenderse en una silla, á ver si lo consigue! Para esas cosas, y otras más, no hay como la hamaca.

III

Bien lo saben mis queridas paisanitas, que todo el día se la pasan en las hamacas. ora quietas, ora en continuo balance; pero siempre hermosas como lo son todas las que nacen en las orillas de estas playas.

Ah! Bien habrán visto ustedes, amables varones, compañeros míos, la gracia con que se sientan las niñas en las hamacas. Alzan un pié con artística elegancia y luego que le colocan en el artefacto, en postura inversa, dejan caer el cuerpo sobre él y quedan oscilando en el vacío.

En otros casos van arriba los dos piés los

cubren con las faldas como lo hacen en las hamaquitas de los balcones, y luego imprimen al cuerpo un vaivén continuo, que da por resultado el ejercicio del columpio.

La falda vuela con la rápida oscilación, y se levanta y se baja; pero no haya cuidado de que el pudor se alarme: porque la hamaca es una amiga discreta, que toma sus precauciones para recatar á su dama.

Es cosa asombrosa ver aquí cómo una muchacha se balancea durante tres ó cuatro horas, en una amplitud de 80 grados, por lo menos, sin perder la cabeza y caer acometida por un vértigo.

Pero es la costumbre. Esta es nuestra sociedad civilizada, viene á ser lo mismo que la subida en una palma de coco de las jóvenes jíbaras del Oriente. Cuestión de hábito.

IV

Dónde se sientan, pregunto yo, el marido y la mujer, en el domicilio conyugal?

En la hamaca.

Porque hay aquí hamacas grandes para matrimonio, en las cuales oscila la pareja con el mismo compás, y ora la impulsa la esposa con su diminuto pié, ora la impulsa el caballero con su calzado de becerro.

Y allí son las confidencias domésticas; allí se discuten los asuntos graves de la familia; allí tienen lugar las gratas expansiones conyugales; allí... ¡oh la hamaca es una gran cosa!

—Mira, dice el marido al entrar en su domicilio, voy á contarte, hija, lo que me pasó esta tarde en la oficina.

—Bien, replica ella, pero vamos á la hamaca.

Y allí le narra él la aventura, y ella la celebra si es grata, y la deplora si es triste, ó la discute si es cuestionable, ó la aplaude si es meritoria; pero siempre en la hamaca.

Hasta se dan casos de que dos esposos riñan mecidos por la misma oscilación.

V

Y las jovencitas? Cómo podrían pasar sin sus hamaquitas! Cada una tiene la suya predilecta, que es la confidente de sus penas y alegrías.

Si algo hay que la disgusta, corre á la hamaca y se desquita de sus sinsabores con violentas mecidas. Si por el contrario, la embarga el júbilo, va á la hamaca y le da empuje. Todo es cuestión de vaivén en esta vida guayaquileña.

Cuando va una familia á visitar á otra de confianza, las personas que visitan y las que reciben se distribuyen por parejas en otras tantas hamacas.

Las señoras van con las señoras, las niñas con las niñas y hasta las criadas toman á sus compañeras de oficio y las llevan á las hamacas de la cocina.

Entonces comienza la oscilación general. Desde el ama de gobierno hasta la maritornes, se columpian á más y mejor, mientras dura la animada plática.

Las damás respetables se cuentan minuciosamente sus enfermedades: las chicas se refieren sus amorcillos y hasta los papás, cuando se encuentran enhamacados, echan un párrafo de política y se fuman un mundo de cigarros.

—Mira, niña, dice una joven á otra, si supieras lo que tengo que contarte!

—Sí? exclama la curiosa; pues vamos á la hamaquita del corredor!

Y allá van y se cuentan mil picardihuclas; y nos hacen flecos á nosotros los hombres.

Pero nosotros, en cambio, cuando apechugamos á algún amigo de confianza, le decimos.

Vente, chico, á la hamaca para referirte cuál fué el final de aquella morena que tú sabes!

Y se lo referimos.

VI

Ah, si las hamacas pudieran hablar y fueran séres animados, escribirían un libro que nos haría ruborizar á todos, porque ¡cuántas cosas nos contarían!

Qué de secretos guardados entre la dulce intimidad de dos novios enamorados no saldrían á luz, si las hamacas hablaran.

Pero no haya cuidado de que las hamacas hablen. Ellas se desquitan de los véjamenes que sufren: arrancándose de las cuerdas que las sostienen.

En el momento menos pensado crugen las cuerdas, se desploma el sustentáculo y cae el contenido, sea hombre ó mujer, ó los dos sexos á la vez.

La mitad de las rabadillas quebradas que registra la crónica de Guayaquil, se deben á las caídas de hamaca.

Qué feroz es una caída de hamaca!

El lector ó lectora, porque no hay uno en Guayaquil que no haya pagado este tributo á la hamaca, debe conservar algún cruel recuerdo de este género.

Eso de estar descuidado, tranquilo, con el alma fresca, oscilando en paz con todo el orden, y, derrepente ¡paf! gravitar sobre el suelo, es una cosa muy desagradable; y mucho peor, como decía un sacristán, para las señoras mujeres, que son más delicadas y tienen más volumen que nosotros.

Y no vale que sean las cuerdas sólidas, porque cuando no son éstas las que se parten es el gancho ó la argolla ó uno mismo el que pierde el centro de gravedad y vuela á hacerle caricias al entablado con la punta de la nariz.

Entonces viene el aguardiente alcanforado y el árnica, para reparar las averías; pero nadie escarmienta ni le guarda rencor á este precioso mueble.

VII

Y los enfermos?

Apenas permanecen en el lecho, mientras dura la curación; pero tan luego como se pueden enderezar, á la hamaca se ha dicho.

—Cómo se siente fulanita? pregunta una amiga á ótra.

Está mejorcita responde la primera. Ya se levanta á la hamaca.....

VIII

Y los ancianos?

Quitadle á un anciano su hamaca y tendréis á un hombre frito.

Qué hace un viejo sin hamaca? En dónde se acuesta á reposar los huesos?

Nó, un anciano no puede vivir sin hamaca, y estoy acostumbrado á ver siempre aquí esas viejecitas de cabellos blancos, que tanto me gustan, sentadas en sus hamaquitas *de esquina*, con la costura en una mano y el rosario en la otra. Y á los abuelitos terciados en hamacas grandes, con sus gafas, su periódico y su mazo de cigarros al lado.

Ahora que hablo de cigarros sabrán ustedes que, según las malas lenguas, cuando ciertas niñas bonitas se sietan de noche en sus hamacas dejan brillar una candelilla. Qué será eso?

IX

Aquí me planto.

Ahora lo que me resta decir es que si hay algo sobre política ó contra el Gobierno en este artículo, hágase de cuenta que no he dicho nada.



La buena señora.

Aunque no lo parezca, hay mucha diferencia entre la señora buena y la buena señora.

Señoras buenas no faltan y buenas señoras hay muchas

El lector debe recordar á varias de estas últimas, así que le mostremos el perfil.

Y allá va.

La buena señora es incapaz de hacer nada malo, y ni aun de pensarlo siquiera. Ama á sus semejantes como á sí misma; procede en todos sus actos con la mayor inocencia y buena fe; frecuenta los sacramentos, como lo manda nuestra Santa Madre Iglesia y tiene asegurada aquí la paz y allá la gloria. Por lo menos, así parece.

Supongamos que doña Presentación es una de éstas

—Sabe usted, dice á una amiga que está de duelo, sabe usted, Mariquita, que su prima progresa de un modo admirable en el piano! Ayer se ha estado tocando todo el día el duo de la Mascotta y yo embelesada oyéndola. Qué ejecución! Qué gusto! Eso es tocar! Así decía yo: bendito sea Dios, cuando me vea con Mariquita tengo que darle los parabienes!

—Qué me cuenta usted! exclama la ótra, pro-

fundamente disgustada; mi prima toca el piano, cuando no hace un mes que murió papá!

—Es verdad, Mariquita; pero ya sabe usted que ese no es asunto mío. Entre ustedes se entienda. Yo lo que hago es alabar la ejecución de Lucía en el divino arte. Y como me muero por la música.....!

Y como se muere por la música arroja un resentimiento entre dos familias.

Otro día se encuentra con una respetable matrona, á quién después de los saludos de estilo y exageradas protestas de adhesión, le dice:

—Pero misiá Bonifacita, qué gordo y qué buen mozo está el menor de sus niños! Es ya un hombre hecho y derecho, tán airoso, tán elegante, tán distinguido!

—Sí? pregunta satisfecha la mamá.

—Pues sí señora. Yo todos los días lo veo en la Cervecería cuando paso para la Iglesia.

La madre hace un gesto y corta la conversación.

Ese gesto significa que la buena señora puso el dedo en la llaga, *inocentemente*.

Una vez en una reunión se hablaba de todo, menos del prójimo.

Pero allí estaba la buena señora acechando la ocasión.

Y la cogió por los cabellos.

—A propósito de buenos amigos, comenzó: díganme ustedes, qué es de don Lucas Raspabalsa?

—Pues por ahí anda el pobre.

—Hombre tán bueno, tán honrado, tán servicial y comedido; mucho me alegré cuando vi que había mejorado de situación! No hace dos meses estaba el pobrecito en los más grandes apuros, debiéndole á las once mil vírgenes y á cada santo un real. Afortunadamente, como es tan devoto de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, el cielo le había de favorecer y le ha favorecido.

—Pero qué está usted diciendo, señora, si la si-

tuación de don Lucas no ha cambiado en lo más mínimo?

—Que no ha cambiado? Válgame Dios! Y yo que le hacía ya bien colocado, por lo que vi á su señora comprando encajes en los almacenes.

—Y por eso creyó usted.....?

—Pues es claro! Al verla á ella comprando encajes, supuse que habían prosperado; pero si no es así, Dios me libre de hacer malos juicios. Talvez don Lucas se ha sacado la lotería.... Mucho me alegraría, porque lo estimo.

El auditorio comienza á murmurar, y doña Presentación, como arrepentida de haber aparecido indiscreta, es la primera que da otro giro á la conversación.

—Ay—dice—una buena amistad es cosa que no se compra ni con oro ni con plata. Por eso dice el refrán que más vale un buen amigo que un peso en el bolsillo.

Yo no comprendo, ni podré comprender, cómo esos que hoy se estrechan la mano y se llaman amigos, y mutuamente se sirven, se tornan en odiosos enemigos de la noche á la mañana. Cuánto he sufrido ayer al ver separadas á Carmen y á María!

—Qué dice usted? Si no es posible exclama otra señora; Carmen y María siguen siendo tan buenas amigas como antes.

—Ay, mucho me temo que nó, agrega la buena señora. Y yo que las quiero como hijas; yo que soy *testiga* de lo mucho que se querían; yo que las hice ingresar en la Cofradía del Rosario, soy la que más sufro con ese rompimiento.

Pero si no hay tal!

—No lo sé de positivo, y ojalá me equivoque; pero he oído decir á Carmen que le parece que María tien gato encerrado. Tómenle ustedes asunto á estas palabras y comprenderán que hay algo.... Yo lo siento mucho.

Al otro día las dos amigas que no habían reñido, riñen deveras.

Y doña Presentación lo siente mucho más.

Para concluir, otro rasguito de doña Presentación, la que representa en estos perfiles el tipo de la *bueno señora*, así llamada por..... antífrasis.

Toma la palabra, por última vez, ó mejor dicho toma la pluma y le *endereza* esta epístola á un padre de familia ausente.

".....Todos buenos por aquí, don Nicolás y con deseos de verlo por acá. Su niña de usted es una perla; cada día más hermosa y más graciosa. Qué garbo, qué donaire el suyo. Ya se ve, como roza con la buena sociedad, ha adquirido unas maneras tan distinguidas que parece una princesa. Yo la quiero mucho y actualmente le estoy enseñando las letanías en latín. Tiene un corazón de oro; muchos jóvenes la visitan, y como ella es tan amable, todos la idolatran. Hay uno, sobre todo, que se le manifiesta bastante, y como ella es tan cariñosa, también se le manifiesta á él; pero estas manifestaciones son muy naturales. Los envidiosos hablan mal de ella, por muchos motivos, y principalmente porque engorda, como si engordar fuera malo, pero nadie les hace caso.—Suya.
Presentación Viperina.

A vuelta de correo llegó don Nicolás con el alma en un hilo, gracias á la epístola anterior; y si no lo contienen media hora después, corre á romperle la cabeza á doña Presentación.

La cual, ignorando el peligro que su bautismo ha corrido, pregunta ¿por qué don Nicolás le ha quitado el habla?

Y agrega:

Alabado sea Dios! En teniendo mi conciencia tranquila..... vengan penas!



Los favorecedores gratuitos.

Estos tipos tienen la ventaja de ser inofensivos. Y es preciso también reconocerles algunas estimables prendas que poseen.

Son comunicativos, afectuosos, decidores y espontáneos.

El efecto grave consiste en hacer favores á todos los que en algún apuro se encuentran.

Y no precisamente porque lo hagan; sino cabalmente porque no los hacen.

Se necesita explicación?

Pues allá voy.

Topa un necesitado con uno de estos favorecedores gratuitos y le comunica sus apuros.

El otro le abre las puertas de par en par y celebra aquella feliz oportunidad para servirle.

El necesitado se deshace en agradecimientos, y queda citado para tal hora en tal parte: allí le dará su generoso protector aquel *piquillo* que le hace falta.

Se cumple la oferta? Nó, porque desgraciadamente aquel día y en aquella hora se le vence un pagaré, ó le presentan una planilla, ó se le muere la suegra al protector, y queda inhabilitado para remediar necesidades ajenas. Pero, eso sí, cualquiera otro día se le puede ocupar *con confianza*.

Hay álguien sin colocación y acierta á manifestar su deseo de encontrarla delante de uno de estos favorecedores.

—Pero, hombre, exclama éste, por qué no ha tocado usted conmigo, sabiendo que puedo colocarlo en el día.

—De veras? pregunta el cesante enternecido.

—Sí, señor. Basta que yo hable y lo recomiende á Fulano ó Sutano y tendrá usted un buen destino.

—Cuánto le agradecería.

—Eso no vale nada, hombre. Los que algo valemos y podemos, debemos servir á los amigos.

—Oh, gracias; me hará Ud. un favor que no sabré como pagárselo.

—Repito que no vale nada; mañana estará usted colocado, y siento no haber conocido antes su situación, porque habría tenido mejor oportunidad para servirlo. Mire usted: don Cayetano, á quien usted conoce, se hallaba en las mismas, y se valió de mí para colocarse. Ya lo tiene usted gordo, contento y feliz, ganando cien sucres ochenta centavos en una carnicería.

—!Qué felicidad! Luego puedo contar con. . . .

—Mañana por la mañana,

Se despiden; el favorecedor se marcha muy pomposo á referir su rasgo de bondad en el círculo de sus admiradores, y el favorecido se queda echándole bendiciones. !Qué hombre tan bueno! exclama para su capote.

Pero resulta que al día siguiente por la mañana, el pobre cesante ha cometido alguna barbaridad sin sospecharlo, ó no ha cometido ninguna, que es lo mismo, para entorpecer la oficiosa gestión de su favorecedor.

Ahora, mi amigo, ya es imposible, le dice en cuanto lo ve.

—¿Por qué, señor don.....?

—¿Hombre, y me lo pregunta usted? Me dice Zutano que tiene usted una cara sospechosa para

emplearse. Y ya ve usted.... no es culpa mía; yo he hecho cuanto he podido.... por servirlo; pero, por desgracia, tiene usted esa cara sospechosa!

—Pues le agradezco á usted la . . . molestia.

—No es ninguna.

Cortados por una misma tijera son estos favorecidos gratuitos.

Son capaces de ofrecer el sol metido en una redoma si alguno lo necesita, y después que han visto desbordarse en gratitud al necesitado, ocurre que el sol está muy alto para poderle alcanzar con la mano.

Pero no por eso pierden su fama. Al contrario, cada día va ésta aumentando de volumen, y al fin se les cree omnipotentes.

Los presos les buscan para suplicarles que intercedan por su libertad; los litigantes para ganar sus pleitos; las viudas pobres para que les procuren algún socorro de persona caritativa; los soldados para obtener su baja; los cesantes para conseguir empleo: sólo falta que las muchachas les busquen para que les den novios.

Y así como el olmo da peras cuando se las piden, así cumplen ellos lo que prometen,

Pero no porque no tengan el buen deseo y la suficiente influencia para poner una pica en Flandes, si preciso fuera; sino porque en el preciso instante en que van á hacer algún beneficio, acontece invariablemente que no lo hacen, por culpa de los mismos interesados, que como son tan torpes, aunque no lo sean, algo hacen que todo lo echan á perder.

Y después, haga usted favores! dicen ellos, profundamente disgustados.

Ah; pero con las señoras sí que se manifiestan ellos á la altura de sus buenas inclinaciones.

¿Qué desearán ellas que ellos no les ofrezcan generosa, espontánea y prontamente, aun cuando sea un imposible ó un disparate lo que quieran?

¿Cómo se van á negar á hacer un favor á una señora, cuando para eso han nacido, para hacer favores.....?

Supongamos que se le ocurra á alguna adquirir un orangután.

Lo más fácil es para cualquiera de ellos: se lo encarga al Bey de Túnez y le viene á vuelta de correo..... para tener el gusto de obsequiárselo.

Y qué agradecida se queda la señora esperando al mono.....!

Hasta el día del juicio.





Querer es poder.

I

Pobre María y pobre Pepe! Se amaban tanto que si se casaran no fuera su enlace el pesado yugo de que otros se quejan, sino un lazo de flores.

Así le decía Pepe á María, y María se lo repetía á Pepe.

Pero en el cielo azul de esos amores aparecían cual negro nubarrones el padre, la madre y el padrino de María, tres personas distintas y una sola calamidad verdadera.

Esa trinidad abría un abismo entre los jóvenes enamorados.

Porque doña Mónica, la madre de María, beata hasta la médula de los huesos, opinaba que su hija debía entrar en un convento.

Porque Dn. Cándido, el padre, coronel retirado y flor y nata de los valientes en su concepto, quería que la niña se casara con algún bravo capitán para que no se extinguiera su raza de héroes.

Y porque el padrino, viejo piloto de derrotas, aspiraba á que su ahijada contrajera matrimonio con algún capitán de altura, á fin de que siguieran

flloreciendo hombres de mar en la familia.

Cada cual arrastraba, pues, el agua á su molino, y como para que todos colmaran sus deseos hubieran sido necesarias tres muchachas casaderas, y soló había úna, era lo más probable que esta desgraciada se quedara para vestir imágenes, á despecho del amor de Pepe.

Por eso María estaba cada día más triste y Pepe más dado al diablo.

En unas de las raras ocasiones que los jóvenes podían verse y hablarse, dijo Pepe:

—Es preciso, María, que esto termine. Yo no puedo vivir sin ti; tú no puedes vivir sin mi; pues...

—No, eso nó; yo no haría nada sin la voluntad de los míos.

—Pues esta noche me presento á ellos, pido tu mano y salga el sol por Antequera.

—No sabes tú lo tercicos que son! Te echarían de la casa! Te avergonzarían con sus desaires...

—No faltaba más, chica, que yo, Pepe el Atrevido, como me llaman mis compañeros, estudiante de leyes y de picardías, con perdón sea dicho, me dejara vencer por unos viejos pantalones y por una vieja pollera!

—Qué barbaridades dices, Pepe!

—A la noche verás. Querer es poder: *audaces fortuna juvat*.

—No entiendo.

—Que voy á meterme á domador de fieras!

—Y al decir esto, Pepe se alejó silbando un aire de zarzuela.

Y María se quedó inquieta pensando.

—Aquí va á arder Troya!

II

A las ocho de la noche, el terceto, padre, madre y padrino de María, estaban tomando chocolate.

María servía la mesa.

No hablen de guerras ni de naufragios, acababa

de decir Mónica á sus interlocutores; ya estoy cansada de esa conversación, que se ha echo como 'el pan nuestro de cada día. Hablen ustedes de las bondades de la Providencia, de la miseria humana, de la vida de los santos...

—Calla mujer, la interrumpió don Cándido. Tú has nacido para comerte á los santos. Déjanos charlar de nuestras proezas. Precisamente hoy me he convencido de que hice muy bien en atacar por el flanco derecho.

—Y yo, dijo don Braulio, cuando pienso que una maniobra á barlovento nos hubiera salvado!

—Perdónalos, Señor, que no saben lo que hacen! exclamó doña Mónica juntando las manos.

En este momento se abrió la puerta y entró Pepe.

—Venga usted otro día, le dijeron los tres en coro.

Y por qué he de venir otro día? preguntó Pepe sorprendido. Acaso me conocen ustedes y saben á qué vengo?

—No es usted el cobrador del aseo de calles?

—Nó, señores; están ustedes en un error.

—Entonces que se le ofrece á usted? tornó á preguntar el Piloto, que era el más agrio de los tres.

—Se me ofrece casarme con María, con la bella y virtuosa niña de esta casa, y vengo á suplicar á ustedes que me concedan su mano.

Padre, madre y padrino se quedaron viéndose las caras en silencio. La cólera no les dejaba hablar.

María que presenciaba esta escena con el alma en un hilo, debió creer que iba á hundirse la tierra.

—Qué impertinente! balbuceó el Coronel mirando al Piloto, cuando recobró el uso de la palabra.

—Qué osadía! exclamó el Piloto encarándose con doña Mónica.

—Qué atrevimiento! dijo ésta clavando la vis

ta en la imagen de Santa Rita, que estaba colgada en la pared.

—Pero ¿en qué está usted pensando, señor mequetrefe, para venir á lanzarnos esta descarga á quemar ropa? dijo indignado á Pepe el Coronel.

—Estoy pensando, señor, repuso éste, en que si usted no hubiera roto los fuegos, también á quemar ropa, en la batalla de Cañafistola, el enemigo le hubiera destrozado. Yo empleo la táctica de los valientes.

—Ah! sabía usted que yo acometí al enemigo.....

—Nó, nó, nó, interrumpió el Piloto con enfado, que se largue de aquí esa alimaña; nada de conversación.

—Hé allí, dijo Pepe, el por qué se perdió la fragata "Esperanza" al doblar el Cabo de Hornos. El Capitán mandó largar todos los rizos en un temporal deshecho y los masteleros se quebraron.....

—Pero no fué culpa mía, arguyó el piloto, en cuyos ojos brilló una llamarada de júbilo. Yo me opuse, el Capitán no me quiso escuchar.

—Ha dicho usted muy bien, siguió el Coronel. Yo no tenía tiempo qué perder. Un traidor nos vendió y caímos en una emboscada del enemigo; pero hicimos un fuego graneado á quemar ropa que nos dió la victoria..... en Cañafistola.

—Bravo, Coronel! Qué servicio tan importante hizo usted á la patria!

—Como iba diciendo, añadió el Piloto. La borrasca era espantosa; el viento silbaba como víbrax en las jarcias; la lona no resistía á la violencia del huracán, y era necesario disminuir el pujamen de las velas, porque se estaban rompiendo las relingues de embergue.

—Pero por qué no tomaban rizos?

—Los hice tomar en las mayores y en las gavias. Y sin embargo se estremecían los masteleros.....

—Pues, aferrar los juanetes.....

—Lo mismo que yo, compadre Braulio. Si no hubiere ordenado una prudente retirada, después del combate de Cañafístola, habría dado lugar á que llegaran refuerzos al enemigo y nos ametrallara.

—Pero usted continuará haciendo fuego en retirada?

Ah! por supuesto, querido joven; yo me batí como un león en retirada.

—Eso sí, cuidaría usted de poner avanzadas en el camino, en previsión de un ataque intempestivo.

—Vaya que sí; bien se conoce que usted es hombre inteligente; otros me han dicho que yo sacrificué á las avanzadas.....

—Qué saben otros de estas cosas!

—Así digo yo cuando alguno me reprocha haber desobedecido al Capitán. Qué hubiera hecho usted, joven, en mi lugar, cuando toda la arboladura de la fragata iba á romperse con la fuerza del viento?

—Aferrar velas y quedarme á palo seco esperando el resultado.

—Eso pensé. Pero el Capitán era terco como un bucy; se le ocurrió que sólo la velocidad de la marcha podría salvarnos; largó rizos, hizo amurar las velas á barlovento y pocos momentos después....

—Se quebraron los masteleros?

—Sí, señor, se quebraron; se enredó la maniobra y nos llevó el diablo.

—Venga esa mano, ilustre marino!

—Allá va.

—Venga su mano, bizarro Coronel!

—Con mil amores.

—Y á propósito de manos: me negarán ustedes la de María?

—Hombre.....!

—No sea usted terco como el capitán de la "Esperanza."

—Pues por mi parte la concedo, qué diablos, y viremos en redondo.

—Y usted qué dice, Coronel?

—Nada puedo negar á quien me ha hecho justicia. Usted ¿qué opina de la victoria de Cañafístola?

—Qué es el hecho más glorioso que narrará la historia!

—Cásese usted con María, mi joven amigo.

—Y yo, saltó doña Mónica, ¿soy acaso costal de paja, que no se cuenta conmigo? Pues yo me opongo al matrimonio, porque quiero que mi hija entre en un convento.

—Es lo mismo, arguyó Pepe con dulzura; si se trata de hacer penitencia en bien de nuestras almas, lo mismo la haremos en la casa que en el cláustro.

—Sí?

—Sí, señora. Jamás olvido que San Simón Estilita estuvo veinte años parado en un pié sobre una columna...

—Treinta años!

—Eso es, treinta. Admiro á San Benito, que dormía en un lecho de espinas.....

—Así es en verdad.

—Admiro á Antonio el Grande, que moraba en un sepulcro y á San Bezarión, que vivía á la intemperie.....

—Cuánto sabe usted, buen joven!

—Soy devoto de San Pedro Alcántara. Llamado el Príncipe de la penitencia, y de San Sabino, que se alimentaba sólo con maíz tostado.....

—Nó, con maíz crudo.

—Eso es. El ejemplo de esos santos me impele á casarme con su hija. El matrimonio es una cruz muy pesada, según dicen.....

—Sí señor, muy pesada y la responsabilidad es tremenda.

—Tanto mejor; por eso quiero cargar con ella...!

—Pues cátese usted con mi hija y San Pedro le bendiga. Es usted un santo!

—Se enfría el chocolate, dijo María con tímida voz y más encendida que un clavel.

—Ya lo oyes Mónica, gritó el Coronel: el chocolate se enfría, y dirigiéndose á Pepe:

—Vamos, querido yerno; vamos á tomar juntos la primera taza de chocolate.

Y Pepe al tomar asiento al lado de María, le dijo á media voz.

—Chica ¿no te lo dije?





Las bullas.

Por ahí andan más de cuatros ciudadanos con el semblante cabizbajo y las manos metidas en los bolsillos, sin tener qué hacer.

Están plantados, por consecuencia del movimiento revolucionario, que todo lo planta entre nosotros, y viven por milagro,

Efectivamente, no se puede hacer nada en este país cuando suena un tiro y empieza á oler á pólvora.

Todo el que tiene algo que perder lo coloca bajo siete llaves hasta que *pasen las bullas*, tal es la gráfica expresión.

Los capitales, que solían circular á favor del crédito, se esconden en las cajas en cuanto se habla de revolución, y allí permanecen quietos, como los ratones en sus huecos, hasta que pase el gato.

Hay hombre que daría su vida por el triunfo de sus ideas políticas; pero que no descuenta un pagaré, durante las bullas, aun que vaya garantizado por el Espíritu Santo.

Diariamente, y á todas horas, se oyen diálogos como éste:

El acreedor, con el rostro lívido y la mirada ansiosa comparece ante el deudor y le dice:

—Hombre, por el amor de Dios, págame usted

ese pico. Estoy ahora sumamente atrasado con estas bullas.

—Amigo, responde el otro, todos estamos así. La situación está mala. Ahora no se puede hacer nada. Deje usted que se tranquilice el país, y entonces veremos.

El otro día fuí á comer en un restaurant muy decente y me pusieron un huevo podrido.

Presa de la más justa indignación llamé al fondista y le manifesté en un corto, pero expresivo discurso, que el huevo que estaba presente tenía más de podrido que de frito.

—Señor, me respondió apenado, con estas bullas no puede haber nada bueno.

—Hombre, exclamé yo sorprendido ¿y qué tiene que ver los huevos con la revolución?

—Andan muy escasos ahora.

—Será posible ¡cielo santo! De manera que las gallinas no ponen hasta que pasen las bullas?

Vaya que la palabrita es cómoda! Para deshauciar á un individuo en cualquiera solicitud ó pretensión, no hay más que citarle para cuando se tranquilice el país.

Y si es hombre que no tiene qué comer y se le emplaza para después de la revuelta, aviado quedará el infeliz!

Yo le tengo más miedo á la clausura de las operaciones comerciales que á la apertura de las operaciones bélicas.

Si de estas últimas se trata, con no ir á la campaña para no exponer el pellejo, asunto concluído; pero si se trata de las otras y voy á avituallarme á crédito, como suele suceder, y me sale el dueño en la tienda con que "ha cerrado sus operaciones" yo soy el abierto por el eje.

Y miren ustedes, todavía tengo otra cosa que contarles, pero en confianza.

Hay por allí una niña de ojos y cabellos negros que me tiene el alma derretida

Soy la doncella que más te ha querido, suele

Las bullas



Tomé el calcetín y lo besé con efusión.

decirme ella en sus momentos de entusiasmo; pero yo muevo la cabeza con aire de duda, porque no me acuerdo de ótra, francamente.

Verdad es que yo le debo mucho ya: nada menos que la puntilla de su hermosa trenza, que se la arranqué de un bocado en un momento de descuido; una cinta verde; una hebilla de zapato y una media, que es la prenda más preciosa de mi colección.

Me acuerdo que este obsequio me dejó fuertemente conmovido.

Era una tarde. Yo le pregunté si me amaba, sólo porque no tenía otra cosa qué preguntarle.

—Lo dudas? exclamó ella, dirigiéndome una mirada de reconvención.

—Sí, le dije, para ver qué decía.

—Ah! Ingrato!

—Dame una prueba, insistí yo, para ver qué me daba.

—Entonces ella se quitó una media, con mucho disimulo y la puso en mis manos temblorosas. Tomé el calcetín y lo besé con efusión. Después me puse á llorar.....

Animado por esa prueba de amor tan grande me fuí ayer á buscarla y le pedí un ósculo purísimo.

—Ahora nó, me constestó la ingrata.

—Cuándo entonces?

Cuando pasen estas bullas!

Un demonio que yo espere!





Kaleidoscopio.

EN CASA

—Por el amor de Dios, Tiburcio, hazme la caridad de no meterte en política.

—Pero, mujer, si no puedo. Es una cosa que está en mi naturaleza. Y, además, soy hombre de principios.....

—Yo creo que á fuerza de principiari por ese lado, vas á acabar en la cárcel.

—Y qué más honra para la familia!

—Quita allá, simplón.

—Mira, Ambrosia, tú no entiendes nada, por su puesto, de frenología?

—Ni Dios quiera.

—Por qué?

—Porque ha de ser una barbaridad.

—Pues nó: es la ciencia de las proturberancias y de las circunvoluciones cerebrales. Cada sujeto de la especie humana tiene su proturberancia. Tú, por ejemplo debes tener la tuya.

—No tengo nada.

—Y yo la mía..... Pero ésta es una proturberancia política, que marca mi destino y determina todos mis actos. Se me figura que la tengo en el mismo lugar donde la tenía Bismarck:

—Qué.....?

—Y por eso es por lo que estoy absolutamente consagrado á la política. Soy hombre de partido, y como tal, á mi no se me pone ningún gobierno por delante, porque aborrezco la tiranía. Oyes Ambrosia? ¡Abajo la tiranía! ¡Viva el pueblo soberano!

Calla, Tiburcio, por el amor de Dios, que puede oírte algún fariseo é indisponerte con el Gobierno.

Y á mí qué! Tú crees que yo le tengo miedo á nadie! Si he de morir por mi causa, moriré. Los hombres de mi temple no se doblegan jamás ante el Poder. Si mañana, querida Ambrosia, ves rodar mi ensangrentada cabeza, bajo la afilada cuchilla del verdugo.....

—Jesús qué horror!

—No viertas una sola lágrima ante mi sacrificio. Deja que la iniquidad se consume; déjame verter hasta la última gota de sangre á mano de los sicarios, que yo me desquitaré algún día, cuando suban los míos, y entonces viviremos largo tiempo tranquilos y felices.

—Pero.... con la cabeza cortada?

—Qué cabeza?

—No decías que si veía yo rodar bajo la afilada cuchilla del verdugo tu ensan.....

—Ah! Ya! No seas tonta mujer! Ores tú que hoy se cortan cabezas! Pero ¡vamos! yo pierdo aquí el tiempo, mientras que en la cantina me esperan mis admiradores, para departir, cual de costumbre, sobre estas cadentes cuestiones políticas.

—Mira, Tiburcio, que el día menos pensado te van á hacer pasar un susto; yo sé lo que te digo.

—A mí no me asusta nadie, repito. Y si el mismo General me viene mañana con historias, le haré comprender cuántas son cinco y quien soy yo.

EN LA CANTINA

—Cuando les digo á ustedes que ésto se está desbaratando.

—Y por qué, don Tiburcio?

—Porque.... Coñac con soda, mozo..... Porque como iba diciendo, ya todo está minado por su base.

—Qué nos cuenta usted, don Tiburcio?

—Pero.... Más coñac que soda.... eh! Aquí, como ustedes ven, ya no hay garantías; salud! Holladas están nuestras instituciones, conculcados nuestros derechos, vejada la soberanía popular. En suma, ésto está perdido! Sírvanme *lo mismo!*

—Vaya, vaya, hombre!

—A mí no me sorprende lo que pasa, porque ya yo lo había dicho: ésto tiene que acabar mal. Abusos, exacciones, extorciones ¿á dónde vamos á parar? Tales son los frutos del famoso liberalismo! Libertad! No tiene otra palabra en la boca toda esa gente. Qué libertad ni qué demonio! En los tiempos de García Moreno todo era... . Un bitter! batido..... digo, todo era otra cosa.

—Sí, señor!

—Pero ya va á llegar el día de la reparación. Somos un puñado de valientes, nada más; pero capaces de tódo. Yo sé que me tienen puesta la vista encima, y lo que hago es reirme; porque á mí no me asusta ni el diablo. Tomemos la *última*.

EN CHIRONA

Le aseguro á usted, General, por mi palabra, que yo no me meto en nada. Soy un ciudadano pacífico, como el que más. Créamelo, General; yo no intervengo en política. Líbreme Dios de conspirar! Qué sacaba yo de entrar en conspiraciones? Matar á pesares á mi pobre esposa. Por eso mi vida se reduce á ir de mi casa á mi destino y de éste á mi

casa. Si todos fueran como yo, inalterable sería la paz del mundo! Ah! Que me vaya, General? Dice usted que me vaya? Muchas gracias, General! Muchísimas gracias!

EN LIBERTAD

—Y, pues, cómo ha salido, don Tiburcio?

—Es claro, porque soy hombre de calzones, y conmigo no hay tu tía ¡ya lo saben!





El Jupé del Tío.

Han de saber mis queridos lectores que en el último incendio grande ocurrido en esta ciudad, hubo, entre muchas, una familia que quedó reducida á la última indigencia.

Y cuando una de estas desgracias ocurre de manera violenta é imprevista á una familia numerosa, que ha gozado hasta la víspera de ciertas comodidades, la calamidad no puede ser mayor.

Pues bien; los personajes de mi cuento, no tuvieron otro remedio que partir al campo, llevando por único equipaje un cajón de fideos vacío y una escupidera de estaño; es decir, lo único que pudieron salvar de las voraces llamas. Al embarcarse en la canoa que debía llevarles, con la marea de *la fresca*, al apartado recinto de "Palo Seco," los pobres damnificados echaron la última mirada al humeante solar, donde se levantara el día antes la risueña casita, y derramaron tan amargas lágrimas como las que derramó Boabdil cuando le botaron de la Alhambra.

Más, qué hacer! En este mundo hay que tener paciencia, como decía Sancho Panza, ó no tenerla, que es lo mismo; puesto que nada se remedia ni del un modo ni del otro.

El padre, la madre, el hijo primogénito, la hi-

Carta canta



Abre tus ojos y mira: esta es una carta tuya.....

El tupé del tío



*—Y para qué diablos queremos nosotros
esta librería?*

ja mayor, el chiquitín, todos los miembros de la familia á que me refiero, llegaron á “Palo Seco” inconsolables.

Dónde están mis zapatillas? preguntaba el caballero abrumado por el dolor de los callos.

Se quemaron, hijo, le decía la señora, lanzando un profundo suspiro.

Un cuerno! gritaba él enfurecido. Y por este orden cada cual iba echando de menos algo preciso, y no lo había.

En vano el cura de la parroquia, que era un santo varón, á pesar de tener una verruga enorme en la punta de la nariz, solía consolarles apelando á los ejemplos de la Sagrada Escritura.

Acuérdense—les decía—del patriarca Job, que fué el hombre más frito de su tiempo; y él no hacía más que tragarse la píldora y exclamar humildemente: Dios me lo dió, Dios me lo quitó!

Y á mí qué me importa! le contestaba don Hilarión, que este era el nombre del jefe de la casa.

El párroco se marchaba deplorando que su elocuencia fuera tan poco persuasiva, cuando él la consideraba como una especie de bálsamo de Fierabrás.

Así pasaron los días y los días, padeciendo los Hilariones toda clase de estrecheces, hasta que un jueves por la mañana recibieron una carta de manos de un honrado mensajero, en la que iban incluidos \$ 200 que les remitía la Junta de Socorros de Guayaquil.

Qué grande y qué justa fué la alegría de toda la familia!

Esto nos viene como llovido del cielo! exclamaba la señora, contando los billetes.

Dios da la llaga, Dios da la *medecina*—decía el cura—que no era muy fuerte en el arte de bien hablar.

Pasada la primera impresión, se trató incontinenti de la imperiosa cuestión de invertir el dinero.

Hacían falta tántas cosas, que no había por dónde empezar.

Lo primero es una cama de fierro para mí pedía la respetable matrona.

Ante todo hay que proveer la despensa, argüía el esposo, que era hombre precavido.

No me dejen sin dos ó tres vestidos nuevos, exigía la niña.

Yo estoy casi desnudo, observaba el primogénito.

Para mí un acordeón, una bicicleta y tres pitos, reclamaba el chico.

Ollas es lo *prencipal*, gritaba la cocinera.

Y hasta el cura viendo que todos pedían, se atrevió también á pedir una limosna para las benditas Animas del Purgatorio.

Duró la discusión cerca de tres horas, y no habiendo acuerdo posible. propuso la señora que el dinero fuera remitido íntegro á su señor tío don Cosme—hombre de muchísima ciencia y experiencia—para que lo empleara á su arbitrio en todo aquello que á su juicio necesitara la familia, haciéndole presente que carecían hasta de una hilacha.

El esposo é hijos hicieron algunos reparos; pero la autora de la moción les cortó la palabra, diciendo:—Callen ustedes, déjenme á mí, que yo sé lo que hago. Mi tío Cosme sabe más que todos nosotros, como que ha sido tres veces diputado.

Ante ese argumento irreplicable cedieron todos, y acto seguido se le escribió una carta al tío, incluyéndole los 200 sucres para que les diera el mejor destino en beneficio de sus sobrinos, que no tenían ni en qué caerse muertos, con motivo de la reciente desgracia que él ya conocía; y además, que procurara alargar la pita hasta donde más fuera posible.

Despachada la importante epístola, quedóse la familia contando los días y hasta las horas.

A cada instante dialogaban sobre las probabi

lidades de que el tío trajera ésto, éso y aquélllo.

Señora, una escoba, pedía la criada.

Ya la mandara tío Cosme, respondía ella. Es imposible que haya echado en olvido un utensillo tan indispensable.

Una semana después ¡oh alegría inenarrable! oyeron todos la mismísima voz del tío, que bramaba por entre unos matorrales.

Aquí está! Aquí está! gritaba en coro la honorable familia, con júbilo igual al que tendrían los judíos si se les presentara de improviso el Mesías que ellos esperan.

Asomó al fin el famoso don Cosme, seguido de un hombre que llevaba un gran baúl á cuestas.

Allí debía ir el tesoro.

Todas las miradas se dirigieron primero al baúl y después al tío.

Después de los abrazos y salutations de estilo, la señora creyó llegado el momento de hacer la clásica pregunta:

—Y después, tío, trae usted *aquélllo*? En ese abstracto *aquélllo* iba encerrado un mundo de esperanzas.

Pues ya lo creo, repuso el tío. Vamos á abrir la caja.

Corrieron todos anhelantes á rodear el baúl, inclusive don Hilarión que temblaba de emoción.

Al levantarse la tapa nadie se pudo contener y todas las manos fueron á parar adentro.

Hé aquí lo que los filósofos llaman el *momento psicológico*.

Al cabo de un instante cada uno de los miembros de la familia Hilarión tenía en sus manos un grueso volumen.

La estupefacción fué general.

—Y ésto, qué es, tío? interrogaron varios á la vez.

—Este, repuso Dn. Cosme, con los anteojos puestos y dando palmadas sobre la pasta de un li-

bro, éste es el gran Diccionario Enciclopédico de Pierre Larousse.

—Y.....?

—Lo he comprado baratísimo. No me van á creer ustedes; pero sólo por la miseria de 200 sucres, logré adquirir esta obra importantísima, que consta de 24 volúmenes de 800 páginas en folio, á dos columnas breviarío con 5.000 ilustraciones y 700 viñetas intercaladas en el texto.

—Y para qué diablos queremos nosotros esta librería? exclamó don Hilarión echando humor de cólera por las fosas nasales.

—Eh! exclamó á su vez el tío asombrado.

—Qué para qué demonios.....

—Cómo para qué, hombre! Para ilustraros en las ciencias filosóficas, en las ciencias físicas, en las ciencias naturales, en las artes, en las industrias.....

—Que...que...que... tal! balbuceaba la señora embargada por la desesperación.

—Este es el libro de los libros—continuaba el tío—no hay persona ilustrada que no le posea; y si queremos estar á la altura de la civilización, lo primero es acopiar esta clase de elementos.

—Pues vaya usted con ellas á los quintos infiernos, rugió indignado el padre de familia! Yo no niego la importancia de esa obra; pero nosotros estamos más necesitados de otras cosas, y usted nos ha defraudado dinero y tiempo, confianza y esperanzas.

—Ah ignorancia, ignorancia! exclamó don Cosme elevando las manos al cielo. Cómo se refleja en todos los actos de la vida, aislada ó colectivamente, la estupidez de este pueblo atrasado y miserable!

*
* *

Comparen nuestros lectores á la familia Hilarión con la familia ecuatoriana y á tío Cosme con los Congresos.

Esta pobre familia arruinada pide y paga á sus representantes para ser atendida en sus necesidades más imperiosas; y los tales Congresos han creído que con sus reformas de códigos y leyes, para dejarlos peor de lo que estaban, han labrado ya el monumento de su gloria y la dicha de la Nación, que queda tan abatida y postrada como antes de la Legislatura.

Pero... ¡ay de quién se queje!... aunque sea más liberal que Montalvo; porque le tratan de terrorista y de bruto que no hay por donde cogerlo.





Bitter con sifón.

El maestro Carrillo era un hombre esencialmente popular.

Ninguno como él para eso de mostrarse campechano, decidor oportuno y comadrero, como dicen en el campo

Todo le interesaba vivamente, como si fuera cosa propia.

La noticia del hambre en la India le tuvo trastornado de pesar; el reparto de la China le preocupó en gran manera: la guerra de los boers no tuvo partidario más ardiente y entusiasta; y por último, la guerra ruso-japonesa le hizo derramar abundantes lágrimas.

Entre sus buenas cualidades tenía la de beber invariablemente el bitter con sifón.

Pero como era modesto en demasía, no le gustaba hacer alarde de esta predilección. Y además, nunca pasaba de la última copa.

Cuando sus amigos le invitaban á remojar la palabra, que solía ser muy á menudo, como se estilaba entre gente decente, ya estaba el maestro Carrillo en un conflicto.

¿Por qué? me preguntarán ustedes.

Y yo respondo: porque no sabía qué tomar.

—Vamos á ver ¿qué toma Ud., maestro? le interrogaban.

—Canario! replicaba él, rascándose la oreja; pues no sé qué tomar!

—Tome usted cognac.

—Nó, es muy fuerte.

—Sírvasse entonces cerveza?

—Menos: la cerveza es demasiado fresca.

—Italia.....? Gin.....? Vermouth?

—Tampoco.

Y el maestro sudaba y trasudaba sin acertar á decidirse.

Qué tomaré? se preguntaba él mismo Carrillo, qué tomarás?

Los mozos de cantina, que ya le conocían el flaco, decíanle de improviso:

—Bitter con sifón?

—Exacto! Exacto! exclamaba ardiente de júbilo. Tráiganme un bitter con sifón.

Apurada la primera copa é invitada la segunda, para emparejar la carga, volvía á presentarse el conflicto.

—Usted qué toma, maestro?

—Hombre, no sé qué tomar!

—Lo que usted quiera.

—Ustedes qué van á tomar?

—Unos vamos á tomar cognac y otros cocktails de jerez.

—Yo no tomo eso.

—Entonces pida lo que le plazca.

—Caramba, qué tomaré, por María Santísima? Carrillo, Carrillo qué tomarás?

—Un bitter con sifón! gritaba el mozo.

—Sí, sí. Eso es: un bitter con sifón.

Y el simpático maestro se relamía con el famoso bitter. Después de la segunda copa se tomaba otra en nombre de la Santísima Trinidad. La cuarta, porque era muy devoto, iba á la salud de los cuatro Evangelistas; la quinta en memoria de las cinco llagas de San Francisco; la sexta por los seis

días de la creación; la séptima por los siete dolores de María y.....así sucesivamente hasta brindar por los Doce Apóstoles.

Pero, eso sí, jamás sabía qué tomar, hasta que se pronunciaba delante de él la palabra mágica de *bitter con sifón*. Era como el *sésamo ábrete* de las Mil y una noches.

En confianza debo decir á ustedes, amables lectores, que desde que se sentaba á la mesa el maestro Carrillo, no tenía otra idea ni otro pensamiento que el *bitter con sifón*. Su vacilación era aparente, nada más, por cortedad de genio; pero en el fondo Dios y él sabían cuánto era solicitada y preferida la famosa bebida.

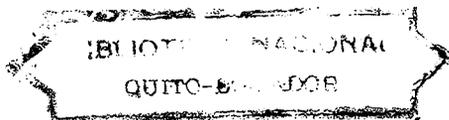
Pues (este *pues* se lo he aprendido á las mujeres, que lo emplean con mucha frecuencia en sus cartas). Pues digo que los Clubs electorales se parecen al maestro Carrillo.

En qué?

En que se chupan el dedo pensando en candidaturas. Ni más ni menos que: Carrillo qué tomarás? Qué tomarás Carrillo?

Entre tanto todos sabían ya lo que iba á tomar Carrillo era *bitter con sifón* ó sea *candidatura oficial*, que es lo que toman siempre los clubs electorales.





Nuestras Finanzas.

Yo soy el hombre de los recursos, solía decir D. Pánfilo. He nacido, indudablemente, para financiero. Tengo un talento!

Pero tendrás también rentas? le observaban los amigos.

—Bah! Entonces ¡qué gracia fuera!

Omnia mea mecum porto. Y sin embargo poseo el arte de arbitrar los medios necesarios para la vida.

—Y cómo te las arreglas?

—Ahí está la cosa. Hago combinaciones.

—En qué forma?

—Ven ustedes este rollito de billetes que me asoma por el bolsillo del chaleco.

—Sí.

—Anoche me acosté sin un centavo; pero no me apuré por tan poca cosa. Mañana, me dije, haré cualquiera combinación y allegaré fondos. En efecto, levantéme al rayar la aurora, me vestí á prisa, salí á la calle, fuí á casa de un preñero y le empeñé mi reloj de oro, valor de doscientos sucres, por la cuarta parte de esta suma.

—Cómo?

Echar á perder así una prenda de tanto valor no es propio de una persona medianamente cuerda.

—Así me dicen todos. Pero es porque no entienden de finanzas. No obstante, con el voto general en contra, yo he salvado mi situación.

—Por hoy.

—Oh! Para mañana habrá otra nueva combinación. Yo soy el hombre de los recursos.....Y don Pánfilo giraba sobre sus talones, sacaba el pecho al frente y se iba muy orgulloso de sus habilidades financieras, cuyo resultado práctico guardaba en el bolsillo.

Mire usted, se decía; conozco yo tantos que ladrar por dinero, sin poderlo conseguir! Y, sin embargo, apenas salgo yo con un reloj de oro y mi caudal de conocimientos económicos, obtengo veinticinco sucres justos y cabales. Aún habrá tontos que desconozcan mis méritos! Porque ¡cuidado que la gente es ignorante!

Algunas semanas después tropezó don Pánfilo con sus amigos.

Iba en mangas de camisa.

Hola! le dijeron. Cómo van las combinaciones?

—Admirablemente, respondió! Hoy no tenía para almorzar; pero aquello me importaba un pito. Yo sabía ya que no me había de faltar alguna combinación. Así es que llegada la hora, me fuí al bodega de un ropavejero amigo mío y le negocié la levita y el chaleco en cuatro reales. Por eso es por lo que ando ahora en mangas de camisa.

—Y andarás por toda la vida.

—Está bien; pero he salvado la situación. Otros no lo habrían hecho.

—Indudablemente.

Algunos meses después de esta entrevista, ya don Pánfilo no se encontraba con los amigos, ni con persona alguna viviente; porque á fuerza de hacer combinaciones se había quedado en cueros y tenido que retirarse á una solitaria pampa, para que no le vieran ojos humanos en el primitivo traje del Paraíso. Las últimas provisiones que conservaba, en situación tan crítica, habían sido adquiridas

con el producto de la venta del pantalón, pieza que es, sin duda alguna, la más necesaria é importante de la indumentaria masculina.

La prueba es que nadie se la quita sino en singulares y determinadas ocasiones.

Pero no vayan á creer ustedes que don Pánfilo estaba decepcionado en medio de sus apuros, ni menos orgulloso de sus dotes financieras. Al contrario, nunca se creyó mejor hacendista que cuando se vió en cueros.

Las provisiones se le acabaron un día y dice la crónica que al día siguiente sintió hambre.

El solitario de la pampa se puso á meditar largo rato, imaginándose lo que otros financistas igualmente célebres podrían hacer en su lugar, y, desde luego, saltó á su mente una combinación: comerse á sí mismo por las extremidades inferiores.

Al efecto, esgrimió el machete que consigo llevaba y se cortó un pié, el cual se comió al instante con magnífico apetito

Dicen que le supo á *caldo de pata*.

Al día siguiente se comió el otro.

Ya no se podía parar, es claro; pero, como él decía con la vista clavada en el par de muñones: la situación está salvada!

El resultado fué que Don Pánfilo *se siguió* almorzando unas veses y merendando otras, hasta quedar reducido á su más mínima expresión.

Aseguran algunos que llegó á comerse metafóricamente la propia cabeza, quedando literalmente convertido en cero.

Pero si hablaran sus pelados huesos, no dejarían de decir:

¡La situación está salvada!

Muy parecidas á las finanzas de Don Pánfilo son las que ponen en práctica algunos célebres hacendistas de mi país para salvar, según dicen, la situación económica del Estado.



Figuras de doble uso.

I

Cuando ella me miró con sus hermosos *ojos* de aguja, adiviné lo que pasaba en su *corazón* de montaña y estreché entre las *mías* sus *manos* de pintura.

Clara de mi alma! iba á decirle; pero en medio de mi turbación le dije: *clara* de huevo.

Y la bella me presentó la *yema* de sus dedos para que yo la besara con la *boca* del estómago.

Reclinó después en mi hombro su *cabeza* de alfiler; abrí los *brazos* del sillón para estrecharla, y durante largo tiempo le estuve acariciando su lánguido *cuello* de botella.

De pronto me armé de *valor* comercial y, asomando á Clara á la *ventana* de la nariz, mira, le dije, mira el *mar* de las pasiones: es preciso que partamos, aunque sea por el *eje*.

Vamos, replicó resuelta, poniéndose al instante en *pie* de fuerza.

Un momento aún, díjele yo emocionado, y, rápido como el pensamiento, disparé el *cañón* de la casa para *matar* el hambre que me devoraba.

Ella sonrió dulcemente, mostrándome sus finísimos *dientes* de tenedor inglés.

II

Embarqué á mi Clara con el mayor cuidado en la *nave* izquierda de la iglesia de San Francisco; la hice sentar en el *Banco* Comercial y Agrícola, desplegué al viento la *vela* del Santísimo Sacramento é izé al tope el *pabellón* de una oreja.

Nos pusimos en marcha..... Yo tenía formado un *plan* de botella; pero desgraciadamente no puedo hacer por ahora ninguna *revelación* fotográfica, so pena de pasar por *ojo* á mis discretos lectores.

Después de larga y difícil navegación llegamos á las *costas* de un proceso; descendimos por una insegura *escala* musical y fuimos á sentarnos al pié de un añoso *árbol* genealógico, que nos prestaba á *crédito* protectora sombra con sus espesas hojas periódicas.

—Mira, me dijo Clara, ruborizándose hasta el blanco de sus ojos. Y con el *dedo* del Destino, me señaló una hermosa colina, cuya *falda* frondosa y altísima dejaba ver el resto completamente *desnudo* de toda vegetación.

Mi honestidad sufrió un *golpe* de efecto. Pero acordándome que era hora de comer recojí las *manzanas* edificadas que había traído de la ciudad y las despachamos por la *vía* digestiva.

Ella quería armar un *chivo* conmigo para aumentar el hambre, pero preferí hacerme el *chancho rengo*, y tuvo al fin que conformarse la pobre Clarita

En este momento oí cantar la *Palinodia* por encima de mi cabeza. Era el *Ave María* que se había posado en un *ramo* de la administración pública, plegando las *alas* del deseo. El *gavilán* de una espada la estaba requebrando á su lado y aún me pareció que la picaba con el *pico* que les debo á mis acreedores.

—Déjalos, me dijo Clara otra vez *encubierta* co-

mo un farol de gas: cuando dos animales están enamorados hay que dejarlos *obrar* en paz.

—Arrodíllate, amor mío, indiqué yo: me parece que va á pasar su *Divina Majestad* por-este sitio...

Pero me había equivocado: era un diputado que pasaba para Quito, llevando el *viático* en el bolsillo.

Un trueno retumbó en el espacio.

Clara dió un grito.

Es inútil, le dije, los truenos son *sordos* de nacimiento y no te escucharán.

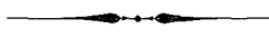
Luego, como arreciara el huracán, nos abrazamos á la *palma* de la mano y vimos pasar huyendo á todo galope los *caballos* de fuerza de todas las máquinas á vapor y las *mulas* de papas que venden en la plaza del mercado.

Y allá á lo lejos, en torno de un bajel desmantelado, se agitaban las *olas* políticas con esa furia inaudita de los elementos autagónicos.

Era la *nave* del Estado que iba á zozobrar.

Todos los *partidos* se habían convertido ya en un desastre *entero*.

No puedo aguantar más, ni Clara tampoco y ambos caímos muertos de.....risa.





¡Calma, Pancho! ~

—Ay, papá, cuando yo me pongo á pensar en las cosas que pasan, le aseguro á usted, papá, que se me achica el alma y se me arruga el corazón.

—Calma, Pancho, calma!

—No puedo calmarme, papá. Yo soy un ser muy impresionable y no veo jamás con ánimo sereno y ojos enjutos los sufrimientos de la humanidad. Yo me desespero, papá; yo me vuelvo loco, papá; esto es muy grave, papá!

—Calma, Pancho, calma! Aquí está mi pecho; el pecho de tu padre, dentro del cual puedes depositar confiado tus amarguras.

—Gracias, papá; Bien sabía yo que usted era el único hombre capaz de comprenderme. Sufro mucho, papá! Desde que me levanto hasta que me acuesto; desde que el sol nace hasta que el sol se pone; desde que raya la aurora hasta que tñe la noche; desde que canta el gallo hasta que chilla la lechuza; desde que se vende el pan caliente hasta que se venden los caramelos de rosa y goma; desde que sale "El Grito del Pueblo" hasta que sale el diablo; desde que.....

—Basta, hijo, basta! ¿Qué es lo que sientes?

—Yo no siento nada, papá!

—Entonces?

—Lo que hago es ver los abusos que se cometen, é indignarme. Y esto me sucede á la una, á las dos, á las tres, á las cuatro, á las cinco, á las seis, á las siete, á las ocho, á las nueve, á las.....

—Ya, ya, ya,! A todas horas, ¿no es eso?

—Eso es, papá!

—Y qué abusos son aquellos?

—Son muchos. Uno no tiene aquí libertad para nada.

—Chist! No hables muy alto, porque nos pueden oír.

—Y á mí qué me importa! Yo lo que quiero es que todos me oigan. Tengo el alma llena de hiel y quiero desahogarme! Bomba! Pues no faltaba más: no lo dejan á uno respirar tranquilo, y luego que se calle uno la boca ¡No me da la gana de callarme! Sí, señor; hay que protestar; hay que gritar, oooh! ooooooh!

—Cálmate, por Dios, Pancho, no me comprometas. No comprometas á tu padre.

—Es decir, que usted está con ellos?

—Más bajo, hijo! Yo no estoy con nadie, sinó con mi conciencia; pero no puedo aprobar tu exaltación.

—Será porque á usted no le exasperan como á mí. Le aseguro á usted que ya me tienen harto. Aquí no se puede hacer nada, porque en todo se meten y lo echan á perder.

—¡Válgame Dios!

—Va usted á comer, pues no lo dejan; va usted á escribir, pues no lo dejan; va usted á desvestirse, pues no lo dejan; va usted á tomar un bitter, pues no lo dejan; va usted á paseo, pues no lo dejan; va usted á.....

—Comprendido.

—Tampoco lo dejan!

—Prudencia, Pancho!

—Qué prudencia ni qué algarrobo, papá! Yo lo que quiero es matarlos á todos y echarlos después al diablo!

—Cálma, Pancho, calma hijo de mi corazón! Sella esos labios comprometedores, no sea que algún profano te oiga y tome tus palabras al pie de la letra. Hoy en día, hijo de mi alma, de la nada se forma un chivo!

—Pues ojalá se formara un rebaño con tal de que yo pudiera acabar con todos ellos.

—Te pierdes, hijo!

—Esta mañana he matado más de veinte, papá; pero ha sido lo mismo que nada, porque los bribones se multiplican.

—Has matado tú?

—Con tu misma zapatilla papá!

—Y de quién hablas muchacho?

—De esta infernal plaga de grillos que nos tienen abrumados, papá!

—Ah, grandull! Que corazónadas me has hecho dar!

—Por qué, papá?

—Porque sí! Yo creí que te referías á la situación política.





El sombrero de su papá.

Bendita sea mi suerte! exclamaba Jaquinillo, ebrio de gozo recorriendo á grandes pasos el reducido circuito de su modesta habitación.

Mire Ud., continuaba hablando consigo mismo, que no es poca ganga eso de encontrar, como yo, una chica primorosa y rica, que ni mandada á hacer para un joven de buen gusto, aunque pobre.

Y cómo me he hecho de esta perla?

Del modo más sencillo La veo en el templo, por la vez primera arrodillada en su reclinatorio de damasco azul, y con sus hermosos ojos negros fijos en su devocionario de nácar. La veo, digo, y me quedo absorto en la contemplación de esa belidad. Oscuros rizos descienden, como fúnebres crepones, sobre su frente de alabastro, y adivino las delicadas facciones de ese rostro de ángel, en el que parece que la mano de un artista griego hubiera esculpido los magníficos rasgos de la diosa del amor. Tenues blondas orlan su nevado pecho, que ondula blandamente, como un mar en calma, y su talle se pierde en dos vueltas de cinta color púrpura, como sus labios.

Un suspiro se escapa de mi pecho, sin poderlo remediar, y vuela sin duda hacia ella, en alas del

travieso niño que enlaza corazones, porque la gentil muchacha vuelve á mi sus ojos negros y me mira con ternura infinita.

Esa mirada me hace el efecto de una caricia inefable, y, en cambio, la abraso con el fuego de mis ojos. Y, como éstos dizque son el espejo del alma, yo ví en ese espejo un alma pura como un rayo de luna. Y ella vió, en el mío, un mundo de amor y ternura.

Después me atreví á sonreír, aunque temiendo desagradarla, y ella también sonrió de una manera angelical, que me llenó de orgullo y de dulcísima satisfacción.

A partir de aquel instante, todo fué sonrisas y miradas entre nosotros. Me amarás? le preguntaba con un guiño harto expresivo. Sí! me respondía ella, bajando sus párpados de rosa.

Y así, sucesivamente.

Desde entonces yo no pienso en trabajar, ni en comer, ni en beber, ni en dormir, ni en nada.

Los amigos me dicen que ando *chiflado*; pero yo muy bien sé lo que me pesco.

Tengo el alma empapada en alegría, y mucha razón. Cuándo pensé yo picar tan alto como estoy picando? Porque la chica es de muy elevada posición, hija única de padres ricos y me tiene verdadero cariño.

Ayer pasé bajo sus balcones y me hizo una seña con el abanico, que interpreté al instante en estos términos: "No seas ingrato, Juaniquillo, ven acá y déjate querer."

Yo entonces elevé mi bastón á la altura del cuello, y me asesté un golpe en las vértebras cervicales, para darle á entender que me inmolaría por ella si fuera necesario.

Pero lo que me colma de regocijo es la promesa que me ha hecho un amigo de presentarme en su casa esta noche, aprovechando de la reunión que en ella se celebra con motivo de ser el fausto aniversario del nacimiento de una hermana del

viejo, que viene á ser, por consiguiente, tía de la muchacha, y mi futura tía política.

Pues no hay más: esta noche me planto la levita que estrené el año 90, me pongo el cuello alto y los botines de hule que uso para las grandes solemnidades de mi vida, y hago una entrada triunfal en los salones de mi adorada.

Cáspita! Carrasquilla! Zambombita! Esta sí que es gorda! Ahora caigo en que no tengo sombrero de pelo! Cómo hago para improvisar uno, aunque sea fiado?

Nó, los sombrereros son muy desconfiados. Qué van á fiar! Pero cómo voy á perder la ocasión y á comprometer mi porvenir por falta de un miserable sombrero de pelo!

Eureka! Le escribo á mi amigo Nicolás que me preste el suyo y asunto concluido.

Las cosas deben hacerse en el acto.

“Mi querido Nicolás:

Si conservas todavía en buen estado aquel sombrero de pelo que usas en los domingos y demás fiestas de guardar, hazme el favor de prestármelo por una noche, porque pienso asistir á cierta reunión en donde se halla la chica á quien pretendo y es justo que me presente en traje de carácter, á fin de que ella y su padre, no tengan tacha que ponerme. Excusado es decirte que te doy esta molestia por la sencilla razón de que carezco, en lo absoluto, de la prenda solicitada, así como de lo que se necesita para ir á buscarla en la sombrerería. Esperando que me saques de este apuro: me suscribo tu aftmo.

JOAQUÍN RODAJAS.”

Magnífico! ahora voy á atreverme á dirigir á la reina de mi alma unás cuatro letras, para anunciarle mi aparición en su casa esta noche.

Vamor á ver:

El sombrero de su papá



—Me amarás? —Sí.....

“Amor mío:

Hoy es el día más feliz de mi vida. Anhelaba estar á tu lado para repetirte, con palabras, el ardiente lenguaje de mis ojos, y un bondadoso amigo ha ofrecido llevarme á tu casa. Espérame, ángel mío.

Tu JOAQUIN.”

Yo me las valgo para escribir cartas amorosas. En esas cuatro letras le digo todo un poema.....

Qué me resta?

Ah! rotular los sobres, mandar á comprar un ramo de flores que debe acompañar esta delicada misiva, y despachar las cartas.

Manos á la obra.

II

—Ay, Nicolásito de mi alma, vengo rebosando de la más pura alegría! Cómo estás, amigo querido?

—Dime, Joaquín, desde cuando te has vuelto loco?

—Qué sé yo, hombre; estoy loco de contento. Figúrate que anoche me llevaron, por fin, á su casa.....

—A qué casa?

—A la casa de ella, hombre. Sí; estuve allí, y no puedes imaginarte la sensación que produje desde que pisé la alfombra del brillante salón.

—Cuál?

—Qué tonto eres, Nicolás. No te digo que al fin me llevó el sujeto ese á la adorada mansión de mi bella? Hice furor, hombre, con tu sombrero y mi prosa y mis maneras y qué sé yo. Con decirte que todas las niñas salieron á la escalera á recibirme muertas de gusto, como si jamás hubieran visto á un hombre elegante en toda su vida. Se disputaban por recibirme el sombrero, y luego lo contemplaban con admiración y se lo pasaban de ma-

no en mano con cierta sonrisa tan agradable, que me parecía mentira verme objeto de tantas atenciones. Las señoras de edad tuvieron que intervenir varias veces para contener las expansiones de las muchachas, que ya me tenían aturdido. Y cuando se alejaban las oía nombrarme en voz baja, y decir: “éste es el”..... ¡que sé yo qué! Sin duda decían que yo era el afortunado novio de la niña de la casa. Lo cierto es que fuí el héroe de la fiesta.

No ví más que sonrisas en todos los labios. Qué gente tan alegre, hombre! Hombre hasta el viejo, que tenía fama de ser tan uraño; que usa patillas, reía como un niño, en animada conversación conmigo. Y la señora otro tanto.

En cuanto á la chica, sé decirte, que demostró un gran placer en verme á su lado; pero casi no pudimos hablar á solas, por la mucha concurrencia. Sin embargo, ambos gozamos mucho. Y cuando me iba á retirar, ella fué, en persona, á buscar me el sombrero, y me preguntó con mucha gracia.

—Este es su sombrero, Sr. Rodajas?

—Sí, señorita, le respondí. Ay qué noche tan deliciosa, querido Nicolás!

—Pero, qué me cuentas, hombre!

Qué sé yo de tus enredos! Acaso me has puesto en antecedentes de tus amores! Estoy, pues, por creer que has perdido la chaveta.

—No, chico es que.....

—Sea lo que sea, vamos á otra cosa. ¿Desde cuándo te has enamorado de mí?

—De tí, desgraciado?

—Sí.

—Te has vuelto loco?

—Eso es lo que yo te pregunto.

—No te entiendo.

—Ni yo tampoco pero ayer he recibido una carta tuya en que me llamas *amor mío*, en decir, amor tuyo, y me ofreces hacerme una declaración amorosa y me dices que te aguarde.

—Qué estás diciendo, hombre?

—Allí tienes la carta á que me refiero, en el canasto de los papeles; y un ramo de flores que vino adjunto, lo hallarás dentro de la tinaja.

Joaquín se levanta nervioso y pálido como un cadáver; recorre el lugar indicado y encuentra el billete que había dirigido á la hechicera niña de los ojos negros.

—Qué hace aquí esta carta?

—Ayer no me la mandaste, junto con el ramillete que actualmente reposa en la tinaja?

—Pero, infeliz, esta carta no es para tí.

—Eso era lo que yo decía; esta carta no ha de ser para mí, á menos que Joaquín haya perdido el seso y coja el tema por hacerme la corte, tomándose por alguna princesa encantada, apesar de mis bigotes castaños.

—Horror, Nicolás! Estoy perdido!

—Has hecho alguna muerte? Te persigue la Policía? Mira, métete dentro de la botija.

—Ya comprendo: ¿á qué tú no fuiste el que me mandó ayer el sombrero?

—Qué sombrero?

—El que te mandé á pedir en una carta. Tu sombrero de pelo!

—Primera noticia que tengo. Y aunque te lo hubiera querido mandar, no habría podido, porque el pobre está empeñado desde *illo tempore*.

A este animado tiroteo de preguntas y respuestas enfáticas, siguió una explicación circunstanciada, por la cual se averiguó que Joaquín debía haberse equivocado lastimosamente al rotular las cartas y trocó las direcciones, enviando á la casa de su presunta novia la epístola referente al sombrero que iba dirigida á Nicolás y vice-versa.

—Está hecho, exclamó Nicolás, después de estas explicaciones yo debo levantarme la tapa.....

—No, chico, le interrumpió su amigo, no te destapes todavía.....espera un poco.....se me ocurre una cosa.

—Cuál?

-Este sombrero debe ser de su papá. No hay duda que te han jugado una broma, y por eso es por lo que estaban todos alegres con tu presencia.

-Brava ocurrencia! Voto al diablo! Yo me suicido ahora mismo.....

No, hombre, no seas malo. Espera un poco. Tengo una idea.

-A ver?

-Se me antoja que has quedado, hasta cierto punto, en ridículo.

-Demonios! ¿y no se te ocurre alguna otra majadería, para correr á buscar la muerte que desee?

-Es decir, me parece que debo darte un consejo.

-Habla, habla que tengo lá muerte en los ojos.

-Pues, hijo, yo en tu lugar haría una cosa.

-Qué harías?

-Mandaría el sombrero á su dueño, dando las gracias y pidiendo perdón por la molestia.

-*Tu quoque, Bruto?* Mónstruo infame, así osas burlarte del que es ya un cadáver!

III

Al día siguiente el cadáver estaba tomando chocolate en un restaurant con su amigo Nicolás y le decía á media voz:

Cuando me acuerdo de que estuve en su casa con el sombrero de su papá, se me sube el chocolate á la nariz.

-Eso es natural, respondía el otro profundamente penetrado de la gravedad del incidente.



~Pedro Urdemalas~

Cuando yo era muy niño me contaba mi abuela todas las pillerías de Pedro Urdemalas.

Yo, por supuesto, todo lo escuchaba embelesado: porque el tipo me era particularmente simpático.

Y francamente, si me hubieran dado á escoger entre Juan Bobo, que es otro tipo especial, y Pedro Urdemalas, me voy á Pedro, aunque me raspen.

Esto prueba hasta la evidencia que las malas inclinaciones son las que predominan desde la infancia.

Esta confesión me abochorna, hasta cierto punto; pero si se encontrara á alguno de mis compatriotas que quisiera ser Juan Bobo, en lugar de Pedro Urdemalas, pido que me salen como un bacalao.

Vaya si conoceré yo á mi gente! Por eso es que la familia de Juan Bobo se está acabando; y ya no hay un hombre que compre un chancho en el mercado y lo mande solo á casa con un recado para la señora.

Lo cierto es que tiene el aire de un pilluelo: pero cual más cual menos toda la lana es pelo, y

peor fuera que vistiera de frac y corbata blanca, como hay otros.

Pues bien: me decía mi abuela que Pedro Urdemalas urdió una de las más ingeniosas en el curso de su azarosa existencia.

Con los últimos realejos que tenía en su bolsillo, se dirigió á una fonda; los depositó en poder del fondista y le dijo que luego iría á cenar con gente fina; pero que al pedirle la cuenta, como la dejaba pagada, quería dar una broma sin perjuicio del establecimiento.

—Y esa broma? preguntó el fondista.

—Esa broma, dijo Pedro, consiste en que yo le he de preguntar á usted, terminada la cena—“Fondista, cuánto le debo?”

—Y yo qué digo?

—Usted me dice lo que sea; pero cuando yo me cambie el sombrero de atrás para adelante y vuelva á preguntarle—“Fondista, cuánto le debo?” Usted me dice:—“Nada, señor!”

—Y nada más?

—Nada más.

Pues aceptado sin vacilar, estando ya pagado, se entiende. Me muero por las bromas!. Cómo me voy á reir esta noche, señor Urdemalas.

—Usted comprende que ésta es una broma, eh!

—Oh! ya lo creo! Una pura broma. Quién se va á figurar que yo—un hombre que no le fío á nadie—se va á dar por cancelado con la posición de un sombrero.

—Entonces asunto arreglado?

—Arreglado.

—No se lo diga usted á nadie, porque la broma no tendría gracia.

—No hay cuidado.

.....
Aquella noche entró Pedro Urdemalas en la fonda con un señor muy caracterizado y cenaron ambos como dos Heliogábalos.

Terminada la comilona el caballero quería pa-

gar el gasto; pero Pedro Urdemalas no lo quiso consentir.

—Guárdese U. bien de sacrificar su dinero, cuando aquí tengo yo un sombrero maravilloso que con sólo cambiarlo de colocación en la cabeza abona todas las cuentas.

—A ver? exclamó el otro sorprendido.

—Fondista! gritó entonces Urdemalas ¿cuánto le debo?

—Cuatro sures veinte centavos, replicó el fondista.

—Y ahora? tornó á preguntar Pedro, cambiándose el sombrero.

—Ahora, nada, señor.

Y al decir ésto el fondista se metió debajo del mostrador para reirse á sus anchas.

Mientras tanto el asombrado caballero, le decía á Urdemalas.

—Yo necesito un sombrero como ese. No es porque me falte dinero; pero siempre es una molestia eso de estar llevando dinero en el bolsillo. Mientras que con un sombrero de esa clase, ya es otra cosa.

—Tengo varios, repuso Urdemalas.

—Sí? Eh! Y puede U. venderme uno?

—No tengo inconveniente.

—Y en cuánto lo estimaría U.?

—Entre amigos no habríamos de disputar. Deme usted el suyo, reciba el mío con todas sus maravillas y arreglémosnos.

—Cambiáronse los sombreros, hablaron en secretos, relució una cartera llena de billetes de banco, se estrecharon la mano—y se despidieron.

—Bueno, le dijo Pedro Urdemalas; pero no se lo vaya U. á decir á nadie, porque me perjudica!

—Este secreto, prometió el otro, no saldrá de los dos.

—Entonces, buen provecho!

—De igual modo!

A la noche siguiente el nuevo dueño de la famosa alhaja sombreril quiso probar su virtud en la misma fonda, y acudió á ella con un amigo distinguido, para regalarle con una opípara cena y maravillarle con el mágico poder del sombrero.

Apurada la última copa, el anfitrión preguntó en voz alta:

—Fondista, cuanto le debo?

—Allí está la cuenta, le respondió éste.

—Y ahora? tornó á preguntar el anterior, invirtiendo la posición del sombrero.

—Ahora, lo mismo, señor!

—Cáspita! Cómo se entien le?

Talvez no lo tendré bien colocado. Me parece que Pedro se lo ponía con las alas gachas. Vamos á ver. Creo que así era: Fondista. cuánto le debo?

—Ahí está la cuenta, señor!

—Un demonio. Míreme usted el sombrero! Cuánto le debo?

—Lo que dice la cuenta.

—Me revienta este hombre con esa maldita cuenta.

Vea Ud. que cargo el sombrero á revez!

—Ya lo veo.

—Y ahora cuánto se le debe?

—Lo mismo.

—Me lo pondré sobre la oreja izquierda ¡eh! Ahora sí! Cuánto le.....?

—Lo mismo.

—Mil diablos, allí tiene Ud. su plata. Corro á buscar á Urdemalas..... Adiós, adiós!

—Está Ud. loco? le dice el compañero.

—Nó, señor. Es que se me ha olvidado la manera de colocarme este maravilloso sombrero, que sirve para cancelar todas las cuentas, por medio de un sistema giratorio.

Y desapareció como una flecha.

.....

El cielo nos perdone y San Jacinto nos favorezca; pero parece que el Gobierno ha comprado un sombrero parecido.

A cada cuatro meses se anuncia una regeneración política, una nueva era de paz y concordia, la ventura nacional cogida con las manos, etc. En una palabra, gira el sombrero oficial y se le pregunta al pueblo.

—¿Pueblo, cuánto te debo?

—Lo mismo, responde éste, con la flemma del fondista.

—Entonces cambia el Ministerio, suben unos, bajan otros, se remece la fruta, gira el sombrero, y se hace igual pregunta:

—Pueblo, cuánto te debo?

—Lo mismo, repite el Pueblo.

Y he aquí señores, que por más vueltas que se le da al sombrero oficial no se puede saldar la cuenta.

Estas son cosas de Pedro Urdemalas.



Viaje de un soldado.

Episodio de la guerra Hispano – Americana

—Adiós, corazón mío! Adiós, luz de mis ojos! Parto obedeciendo á la voz del deber, pero te dejo la mitad de mi alma.

—Y la otra mitad ¿á quién se la dejas?

—Me la llevo para inmolarla en el altar de la Patria.

—Ay, Nicolás de mi vida, yo no quiero que te vayas.

Yo tampoco me quisiera ir, hija mía, pero el patriotismo me exige este sacrificio.

—Y cómo hay tantos que se llaman patriotas y que se quedan muy tranquilos y satisfechos, metidos en sus casas, gozando de buenas rentas que la Patria les paga sin exigirles que vayan á exponer su vida en el campo de batalla?

—Es que hay varios modos, querida Rosalía, de servir al país en tan amarga situación: unos toman las armas y otros quedan administrando los intereses públicos.

—Pues bien, yo quiero que tú seas de los que la administran: se me ocurre que éstos son los

más avisados, porque se las componen de tal suerte que salen airosos sin exponer el pellejo.

—Qué sabes tú de estas cosas, mi pobre Rosalía! Para ser hombre público se necesita tener una gran cabeza.

—Gran cabeza! Qué estás diciendo, Nicolás, cuando estoy cansada de leer en los periódicos que los que manejan la cosa pública no sirven para nada.

—Sea lo que quiera, vida mía; mi deber es morir por la Patria.

—Bonita cosa! Y yo qué hago?

—Resignarte, como yo lo estoy.

—Mira, Nicolás, que me vas á hacer llorar!

—No me aflijas, amorcito, que se me parte el alma.

—Tú no me quieres, Nicolás!

—Te idolatro, angel mío!

—Entonces, cómo me abandonas?

—Porque la Patria me llama y no puedo dejar de acudir en su defensa, so pena de que me llamen cobarde.

—Y si te matan?

—Moriré gustoso.

—Dime, no es preferible, negrito de mi alma, pasar por cobarde unos cuantos días á estar muerto por toda la eternidad?

—Nó.

—Entonces mejor será que yo también me muera.

—Cómo ¡estás llorando?

—No he de llorar, si tú me abandonas!

—Rosalía!

—Nicolás!

—Me olvidarás?

—Ni en la tumba!

—Júramelo!

—Por esta cruz.....!

—Ven á mis brazos.

—Yo me voy á morir de pena.

—Valor, hija mía!

—Cuando regreses, si es que vuelves, me encontraras en el Cementerio.

—Por última vez, valor, Rosalía! Otro abrazo, un beso y.... hasta la vuelta.

El soldado parte, la joven cae desmayada y termina la primera parte de esta verídica historia.

II

—Qué diablos! Nutrido ha sido el fuego! Tengo la boca seca como una yesca, amable cantinera, y le pido por Dios, que dé de beber al sediento.

—Con éste van cuatros vasos de aguardiente que se bebe Ud., don Nicolás.

—Es que servido por esas manos de hada, cada vaso me parece un dedal y quisiera ser un tonel para tenerla á Ud. siempre en ejercicio.

—Qué galante!

—Nada de galantería, Yo soy muy franco. Lo que me gusta lo celebro, y Cristo con todos.

—Pero, vamos, tenga Ud. las manos quietas.

—No me puedo contener, Catalina. Lo que me gusta es como si fuera cosa mía.

—Y por eso me toma Ud. de la cintura?

—Sí, pichoncita, por eso la tomo de la cintura, aunque no quiera, y mal que le pese le estampo á Ud. un beso en su mejilla de rosa.

—Nó, nó, nó!

—No hay remedio. Yá se lo estampé. En mi vida he dado un beso más sabroso. Quiere Ud. darme otro?

—Atrevido! Mónstro infame! Que diría su novia si lo supiera?

—Si yo no tengo novia!

—Embustero! Como si yo no supiera sus compromisos con cierta Rosalía!

—Rosalía? Una pobre muchachá, mi excelente amiga; pero nada más, se lo juro á Ud.

—Sería Ud. capaz de jurarlo?

—Por la cruz....!

—Sírvese usted.

—Muchas gracias; pero no tomo sinó me da Ud. otro beso.

—Ay, que porfiado es Ud!

—Este me ha sabido á miel hiblea. Pero el beso sin el abrazo es como el café sin dulce ¿eh?

—Si pudiera defenderme.....

—Nada, aquí no hay defensa posible! Ay, Catalina de mi alma, si supieras lo que estoy ahora sintiendo!

—Y que siente Ud?

—Pues siento, chiquilla, un no sé qué que me hace cosquillas en los cuatro ángulos del alma.

—Dios mío, la corneta, llamada, oiga Ud.... Ta... rí!...

—Calla, es cierto! Si no fuera yo tan patriota.... preferiría á Catalina.

III

De manera, esposa mía, que mis celos retrospectivos son infundados?

—Por cierto, querido Carlos.

—No querías á Nicolás?

—Nicolás? Quién es ese Nicolás?

Ah, ya, un chico, algo simple, que partió á la guerra en el tercer Regimiento. Alguna vez le ví, otra recuerdo que hablamos sobre el cultivo del calabacín; pero no creo yo que tú me supongas tan vulgar para prendarme de semejante infeliz.

—Es verdad. Luego yo soy tu primer amor?

—Mi primero, mi único y mi último amor.

—Pues vengan sobre los míos esos labios que jamás han conocido la inefable sensación del beso.

—Ay, Carlos, qué rubor!

—No eres mi esposa?

—Sí, pero estas cosas me causan mucha impresión!

—Qué tonta eres?



—Puede que lo sea; mas no puedo acostumbrarme bruscamente á estas libertades, aunque sean lícitas.

—(El, aparte) Es un ángel mi Rosalía!

—(Ella, aparte). Si supiera cuantos le he dado á Nicolás!

—(El, aparte). Qué sencillas son las mujeres!

—(Ella, aparte). Qué cándidos son los hombres! Y mientras tanto, qué hará Nicolás en campaña?

IV

—(Nicolás, aparte). Ahora qué estoy enredado con esta picaruela de Catalina, quizás la pobre Rosalía ha sucumbido al dolor de mi ausencia. Cuán inocentes son las mujeres!





Época Taurina.

Vivimos en la época de los toros, toreros y del arte taurino.

Para ser ciudadano completo se requiere hoy, á más de las condiciones exigidas por nuestra Carta Fundamental, poseer algunas nociones de tauromaquia, so pena de perder la personería legal y caer en el desprestigio social.

Un hombre que no sepa distinguir una verónica de una navarra, casi puede decirse que no es hombre.

Frascuero y Lagartijo son las figuras culminantes de la historia.

Qué hacer! Las astas predominan y parece que toda la ciencia humana consiste en saber evitarlas.

Sigamos, pues, la corriente y vayamos á la plaza de toros si queremos pasar por personas bien educadas.

La escena se reduce á buscarle camorra, sin motivo, á un pobre bruto; verle ejercer, sin éxito, el derecho de defensa; contemplar un atentado á las garantías individuales; hacerse cómplice de un asesinato premeditado y aplaudir luego al matador, como si hubiera hecho una gracia.

Si los toros estudiaran jurisprudencia, y trataran la cuestión de derecho, sería cosa de morirse

de vergüenza, porque toda la injusticia está de parte nuestra.

Pero no se atreva usted á decirlo en la barrera, porque hay *amateurs* de pura sangre que no aguantan nada, cuando de toros y toreros se trata.

Una vez ví dar una estocada á un coruúpedo y quedar enclavado el hierro en el morrillo, mientras el pobre animal, con ojos espantados y las narices dilatadas, se tambaleaba en la plaza.

—Qué barbaridad! exclamé entonces sin poderme contener.

No bien hube pronunciado estas palabras se irguió un espectador á mi vista, y mirándome con torvo ceño, hablóme así con los labios temblorosos por la indignación:

—Qué dice usted de barbaridad, hombre insípido y exótico! No ha visto en su vida una estocada como esa! Linda, graciosa estocada en todo el cerviguillo!

—Dispense usted, caballero, repuse yo asustado, no sabía que se trataba del cerviguillo.....

—Sí, señor, gritó con voz de trueno. Cómo se le ha podido á usted escapar ese detalle? No sabe usted que aquello es superior á un *meti saca*.

—Meti saca! Santa palabra! Yo no lo sabía.

Me miró entonces con el más profundo desprecio, se encogió de hombros y marchóse murmurando entre dientes:

—Este es un idiota!

Idiota yo, que sé leer y escribir! Entre qué gentes estamos? como decía Cicerón.

—Medité largo tiempo sobre la conveniencia de ilustrarme en tan profunda materia, cuando el ruido de una disputa acalorada me hizo volver en mí.

Tres ó cuatro caballeros con la mirada encendida, los rostros alterados y el ademán agresivo, se querían comer vivos.

—Quiebro! decía el uno.

—No ha sido quiebro, exclamaba el otro.



Le colgó un par bueno.

- Dos pases naturales!
- No hay tal; son tres.
- Le colgó un par bueno.
- Medio par.
- Al diablo ese medio par!
- Un demonio! Lo que hubo fué que no le dió el toro.

El guirigay fué creciendo por grados, hasta el punto de convertirse en una Babilonia. En medio de la algazara sólo se apercibía estas voces enfáticas: muleta! cuarteo! volapié! verónica! caponazo! meti-saca! etc. etc.

De la cuestión creo resultó un lance de honor, sin efusión de sangre, felizmente, porque bastante había ya con la del toro.

Oídos que tales oyen, me dije para mi coletó: aquí hay que ser taurófilo ó morir sin dignidad, una de dos.

—Hoy no es caballero el que no distingue un berrendo de un barroso: pues, á la escuela:

Y fuí.... Y tanto bailé con las hijas del cura (¡que diablos estoy diciendo!) Digo que tanto estudié la materia taurina que pudiera graduarme hoy de doctor.

Y así hay muchos.

Un marido muy celoso, pero muy buena persona por otra parte, suele decir á la señora:

—Hijita, cuando me hablan de toros, me da gana de embestir. No sé por qué.

Y la señora, que es una santa, se muere de risa y le pasa la mano por la frente.

Yo me he acostumbrado tanto al lenguaje taurino que ya no me puedo expresar en otro idioma, mayormente.

Así es que cuando me dicen que va á ver revolución, digo yo que se viene el toro.

Si me cuentan que han indispuerto á algún prójimo en política, digo que le han colgado un par.

Y si va á chirona, par y medio,

Cuando aprehenden por equivocación á uno y luego lo ponen en libertad, digo yo que es un meti-saca.

Y cuando lo embarcan con pasaporte y todo, es una cogida en regla.

Por eso yo no me meto con nadie.





El Palaciego.

Por supuesto yo no me refiero á los palaciegos de ahora, por temor de que me jueguen alguna mala pasada. Hablo de los del siglo XIV ó XV, si ustedes gustan; de aquellos que usaban tricornio, casaca y tizona.

Así que, con vuestro permiso, voy á estudiar esta raza de parásitos.

El Poder los atrae, con fuerza irresistible, y ellos se adhieren con la tenacidad del molusco.

Tienen dos fases.

Una plácida para el señor á quien sirven y otra torva para el público.

Así ocurre, hasta en nuestras democráticas repúblicas (y ya me voy saliendo de la época) que va un ciudadano particular á buscar á otro ciudadano oficial, y siente una mano crispada que le detiene en la antesala, y una voz apagada que le dice:

—Chist! No hable usted fuerte. Pise usted de puntillas. Qué quiere usted aquí?

Quiero hablar personalmente con S. E.....

—Más bajo, más bajo.....Éstá ahora entre dormido y despierto. No se le puede molestar. Retírese usted!

Y Parásito hace un ademán misterioso con

el dedo, como el pulpo cuando esgrime sus tentáculos.

—Tengo prisa.....

—Eh!! grita el palaciego, replegando la fisonomía como un gato irritado.

En este momento se oye una voz que llama de adentro, y el hombre da un salto que le coloca en el acto en presencia de su señor; dobla el espinazo y muestra en la cara una expresión de alegría inefable.

—Oye, Caraculiambro, le dice éste, cómo te fueras ahora mismo á la copa del cerro, á ver si me recoges algunos caracoles terrestres, lagartijas y escarabajos para mis colecciones.

—En el acto. Ya sabe Usía que para mí no hay placer más grande que servir á Usía, en todo lo que Usía guste ocupar á su humilde servidor.

—No te fastidiarás en esta comisión extra-oficial?

—Yo fastidiarme, cuando no hay cosa más agradable que subir á un cerro á todo sol para buscar lagartijas!

—Vé, pues, y si necesitas emolumentos, pasa por la Tesorería.

—Gracias, Usía.

II

—De manera que tú crees que ellos conspiran?

—No me cabe duda, Usía. Tengo cogidos todos los hilos de la intriga, como que soy amigo íntimo de todos ellos; pero sólo en la apariencia, se entiende. Yo lo hago todo por servir á Usía y á la noble causa que defendemos.

—Gracias!

—Ellos, por supuesto, no desconfían de mí. Hasta creo que me aprecian sinceramente, porque creen de veras que yo les correspondo; pero jamás podría ser amigo de los que no lo son de mi gobierno. Ahora lo que conviene es aplastarlos sin mise-

ricordia, señor. Aquí estamos nosotros, los buenos servidores, para apoyar estas medidas enérgicas.

Usía no podrá dudar de que yo estoy dispuesto á verter por Usía y por la causa hasta la última gota de sangre.

Yo soy de aquellos hombres que se sacrifican por sus afectos, principios y convicciones.

—Ya lo sé.

—Mi honradez, mi lealtad, oh, señor! Dejadme besar vuestra mano augusta y poderosa; si no me lo permitís, besaré la tierra que pisáis.

—No hay necesidad.

—Entonces, con vuestro permiso, voy á la cocina para hacer que le traigan el chocolate.

—Aun no es hora.

—Ya es. Ayer lo tomásteis á las 9 menos 3, y ahora tenemos las 9 menos 2.

III

Cambio súbito de la esena política. Caen los de arriba y suben los de abajo pero el Parásito queda encima.

IV

Por fin, éxclama, triunfó la buena causa, abatiendo á la infame tiranía!

Hoy estamos ya regenerados. Pasaron los abusos, las dilapidaciones, los crímenes, en una palabra, de la dominación anterior. Bien sabéis, amigos, que yo he sido siempre de los vuestros.

—Pero habéis comido y bebido del presupuesto.

—Yo? Os engañáis! He servido á la Nación por puro patriotismo y soy de aquellos que pueden alzar su frente en donde quiera, porque jamás ha sido humillada ante nadie. Serví á la Parria, digo, como algunas pocas personas honradas, que quedaron hasta el último momento; pero jamás fuí de

aquellos palaciegos que se arrastran.....por un mendrugo miserable.

V

Ahora recuerdo que esta historia pasaba en el siglo XIV ó XV, y por eso vestí á mi personaje á la antigua; pero se me ha ido la mano y lo he traído á los tiempos que corren.

Mas no importa. El personaje es el mismo en toda época y lugar, dígalo el lector.



~Noche Buena.~

Mama Chepa: era una de esas señoras de corte antiguo, tradicionalista, con instintos monárquicos y costumbres de Marí Castaña; devota de San Jacinto, curandera, hacendosa y vivaracha como ella sola.

La víspera de Navidad, se levantó con el primer canto del gallo y llamando á su hija, la niña de sus ojos, que había cumplido ya los diez y seis, habló así:

Oye, muchacha, espabílate un poco, que andas más triste que un entierro, y más desmejorada que un mango chupado. Todo porque se te ha metido, entre ceja y ceja, esa chilindrina que sabemos.

Vamos, alza Nicolasa, y déjate de pucheros, que no hay amor que no tenga fin ni cuerpo que lo resista. Hoy es día de alegría y si Dios quiere nos vamos á comer el chanchito cebado, en amor y compañía de una botella.

Pero, Jesús, válgame Dios, qué *despercutida*, hija, te pones, que parece que las brujas te vienen chupando el jugo.

Cualquiera diría, al ver esa cara *de Dolorosa*, que te deben y no te pagan.

Ánimate, criatura, veme á mí, *como en dos*



triquitraques, me planto los zapatos, el delantal y el gorro, y salgo por allí caracolcando con la escoba en la mano, hasta dejar la casa más limpia que una cama de novia.

*
* *

Lo dicho. Estas muchachas del día no sirven para nada. Apenas vienen al mundo, abren los ojos y á los cuatro días ya están muriéndose de amor por el primer zanganillo que encuentran. Y luego que han de hacer lo que éllas quieren: ó se casan al instante ó se ponen hechas unas lagartijas.

Mocosillas conozco yo, que no acaban de mudar los dientes y ya están con el ojito pelado á ver qué se les presenta.

No lo digo por tí, hija, pero en mis tiempos no eran las chicas así. Cada muchacha iba siempre pegada á su madre, como el ostión á la concha y no se la permitía levantar los ojos, sino para tomar agua. Entonces no cantaban la Mascotta y todas esas picardías que han inventado los liberales, sino á lo más el *Corazón Santo* y la *Bendita sea tu pureza*.

Pero ya veo que tú no alzas cabeza y que vas á estar hoy tan pico clavado como todos los días. Ese maldito subteniente, á quien Dios confunda, te tiene loca, Nicolasa, y á mí me tiene frita la sangre.

Pero, en fin, vamos andando que esta noche es NOCHE BUENA y hay que celebrar el nacimiento del Niño Jesús.

Oye, chica, cuando yo era pequeña, mi pobre madre que en gloria esté, era la que me hacía el NACIMIENTO. Aquí, por ejemplo, poníamos al Niño acostado en su pajita; por delante al buey y atrás el burro, tan bien acomodaditos, que parecían vivos. Al lado derecho venía San José,

con su sombrero de Jipijapa y un palito de fósforo en lugar de bastón. Al otro lado la Virgen tan graciosa con su pollerita de zaraza negra y su pañoloncito morado, que parecía un serranita de Pelileo. Después iban Adán y Eva, al pié del árbol del Bien y el Mal, cada uno con la manzana en la mano, y arriba, en la copa, la serpiente enroscada en una rama con los ojos de chaquiras y la boca bien abierta, como si estuviera hablando con Adán, y diciéndole:

“Come, hombre, come, que no te hace daño”.

En un rinconcito estaba el diablo, hecho de cera, con un rabo muy largo y unos cuernecitos preciosos, formados con dos espuelas de gallo, que parecían naturales.

Al lado una gallina grande, echada en su nido, que daba gloria verla. Por delante un busto de su Santidad Pío Nono, y en la otra esquina una vaca de cartón con su ternera. Ah! En el techo colgaba el Espíritu Santo, con las alas desplegadas y el pico abierto echando un chorro de brillante y rizada hojuela sobre el misterio. En fin, hija, eso era encantador, y yo que estaba chiquitita; tomaba la guitarra y me ponía á cantar al Niño.

Vamos pastorcitos,
Vamos á Belén,
Que ha nacido un niño
Para nuestro bien.

Pero, qué te pasa, chica, ahora te echas á llorar?

—Ay, mamá!

—Qué es lo que hay?

—Una cosa muy grande.

—Pero, vamos, qué?

—Una cosa muy grande, mamá?

—Aunque sea como una torre, muchacha, sepamos lo que pasa.

—Ay, mamá!

—Ya supongo: algún enredo con el zamarro ese que te hace la corte, no es eso?

—Sí.

—Y qué fué aquélló?

—Yole arrojé ayer un jazmín chino en momentos que pasaba por la calle, y como él estaba enojado conmigo, porque yo no me asomé á las once, como de costumbre, cogió el jazmín y lo revolcó en el lodo en señal de desprecio, y después se fué á la esquina y allí me sacó la lengua, mamá.

Lo que yo voy á sacarte es una tira de pellejo, para que no seas tan tonta, muchacha. Estoy viendo que necesitas cuatro chancletazos para componerte.

Ay, mamá yo me voy á morir!

* * *

Vengan, vecinas, vengan Uds. á darme una manito porque estoy atareadísima con esta celebración de Noche Buena

Aquí está el chanchito amarrado. Traígame Ud. comadre Juana, la cazuela para aparar la sangre, y Ud., ña, Tiburcia póngame el agua caliente, mientras yo le meto el cuchillo.

Ya está el cochino en la otra vida. Hagan todos la señal de la cruz para que salga el diablo del cuerpo del animal.

—Aquí está el agua.

—Así. Así, pronto, para que no se le pazme el pelo. Ahora, á raspar. No hay gusto para mí como ver un chanchito raspado.

—Yo soy lo mismo, mama Chepa; me muero por el cerdo.

Y lo que sirve un chanchito para todo: la carne se come, la manteca se vende, el cuero es magnífico para el calzado, el unto sin sal para el cólico miserere y la pezuña para la gelatina. Yo digo que con un buen chanchito, ningún gobierno se viene abajo.

-Yo lo mismo.

-Estas son las lonjas mantequeras. Aquí está el mondongo, el hígado, la hiel, el bife y todo el tripaje.

Cuántas cosas tienen estos Vichos adentro!

Y lo mismo que el puerco es el cristiano señora.

-Ah, pero no se come.

-Vaya qué poco sabe Ud. Doña Chepa. El cristiano también se come.

-Y quién lo come?

-Los caníbales.

-Y donde están esos salvajes?

-En la Cochinchina señora.

-Vea Ud. esta mantecada que es una gloria. Esta noche vamos á estar de mantel largo: figúrense Uds: un amal de oreja, chanfaina, choriza frita, chifles, chicharrón, carne mechada, mondongo, caldo de papas, gelatina de pezuña, y un sin fin de golosinas, como raspadura de Santa Rosa, rayados de Daule, chirimoyas de Puná, mantequilla del Morro, tosiñetas de Posorja y chicha de las Moreno, para beber á pasto.

-Viva Navidad comadre!

-Viva! Esa oreja bien raspada ña Tiburcia.

-Todo lo que se haga es poco en honra del Niño Jesús.

-Ah, ya lo creo. Cuando pienso que el pobreito nació en una pesebrera, comadre, por que no tubo en Belén una alma caritativa que le diera albergue á la Virgen.

-Qué gente tan mala gracia.

Y como el pobre San José estaba fallo de dinero no tuvo mas remedio que resignarse á todo y echarse la capa al toro.

Ah! Si él hubiera estado cargadito á las moneas, otra cosa hubiera sido.

Pero él trabajaba, comadre en la carpintería y debía ganar algo.

Falta saber si le pagaban, señora; porque como

él era tan bueno y la gente tan trampoza, como hoy en el día, pueden haberle hecho la yesca.

—También es cierto, comadre. Y mucho más si trabajaba con judíos.

—Cuando nació el niño, apareció una estrella en el cielo, más grande que la luna, la cual estrella iba á servir para guiar á los tres reyes de Francia, que estaban en camino para adorar al Niño.

—Y cómo sabían ellos que el Mesías había nacido?

—Porque el Espíritu Santo, que asistió al nacimiento, echó un vuelo en seguida para ir á avisarles.

—Entonces marcharon sus majestades llevándole oro, incienso y mirra; el uno era blanco, y el otro negro, y el tercero acholadito.

—Oiga, señora: y cuando el blanco le llevó el oro al niño, por qué no se trasladó la familia á una casa mas cómoda?

—Ahí, verá Ud., pues, comadre. El mondongo bien labado, eh!

*
* *

—Mamita, mamita, yo me muero!

—Otra vez?

—Pero ahora me voy á morir de gusto, mamita.

—Muérete, pues, hija.

—Figúrese Ud. mamá que yo estaba con una fatiga en el estómago que se me iba la vida, por no haber almorzado hoy, cuando oigo silbar abajo
EL DUO DE LOS PAVOS.

—Y qué?

—Me asomo á la ventana y lo veo á él, pobre, paradito en media calle, sin hacer caso del aguacero que caía y con una cara más arrepentida que daba lástima.

—Quién?

—Lucas, pues, mamá.

—Pero que demonios se te ha metido en la cabeza con ese gusarapo!

—Gusarapo él, mamá, un joven tan distinguido.

—Acabemos, acabemos, que se me quema la fritada.

—Pues bien, yo le miré con ternura y él me dijo entonces:

—Chica, ya sé que estás hoy de puerco ahornado. Dichosos los que se regalan como tú!

—Entonces, yo le contesté.

El chanchito es para todos los buenos amigos.

—Y él dijo entonces: me convidas?

—Pues ya lo creo.

—Y tu mamá no me pondrá mala cara?

—Ah, ese pillo sabe que yo no lo trago bien?

—Pero yo le dije, mamá, que Ud. era muy buena y muy amable; y que se viniera con toda confianza á comer el cerdo.

—De manera que yo lo adobo para que otro se lo coma?

—No diga eso, mamita, porque si él no come, yo tampoco lo pruebo.

—Basta; dile que venga.

—Estas muchachas son la perdición de las madres!

—Ay, qué gusto! Ahora me voy á poner guapa mamá.

—Míreme Ud. ya con esta cofia de blondas y este pelo tan esponjoso que dá gusto.

—Hasta el gato se ha alegrado mamita, véalo cómo se acerca tan contento que parece una persona.

—Se me ocurre una idea Nicolasa.

—Cuál, mamá?

Convidemos al lector que acaba de recorrer estas líneas.

Si él, quisiera honrarnos.....

Pues, señor, si Ud. gusta hacer penitencia, esta noche á las siete frente á la Merced.



Consejos de Vieja.

—Quién como Ud, señorita, con esa cara de gloria que Dios le ha dado.

—Deveras, señora?

—Tendrá Ud. muchos enamorados?

—Tantos, que ya he perdido la cuenta. Todo el que me ve, se enamora de mí. Yo no sé qué tengo; pero me parece que soy un imán irresistible.

—Así era yo en mis tiempos.

—Pero lo que cambia una.

—Tenía Ud. adoradores?

—Infinitos. Porque yo he sido de las que han hecho raya en el país. Solían decirme que no había otra mas linda que yo.

—Es posible?

—Si, señorita.

—Y ahora?

—Ahora nadie me dice nada.

—Y por qué.....?

—Porque así cambian los tiempos. Esta tez, que ve Ud. ahora amarilla y arrugada, era tersa, suave, de color de rosa...

—Ave María. Quién lo creyera!

—Y estos ojos que hoy necesitan lentes, como Ud. lo ve. eran los ojos más hermosos, que había en todo el Ecuador.

—Quizá.

Le aseguro á Ud. señorita que cuando yo me exhibía llamaba la atención. Gracia, donaire, gentileza, todo se encontraba en mí. Pero el tiempo me ha puesto en tal estado, que ni yo misma me conozco.

—Y no podría Ud. restaurarse empleando algunos específicos?

—Ya lo he intentado; pero inútilmente. El carmín se descolora en mis labios; la crema de perla, se disuelve en mis mejillas; el tricófero de Barry, no da vigor á mi cabello y aquí me tiene Ud. hecha una lástima.

—Cierto, señora, que está Ud. muy desteriorada.

—Pero ya que Ud. lo nota, señorita, no debe decírmelo; porque una cosa es que uno lo confiese y otra es que se lo digan.

—Pero es que, francamente.....

—La perdono, hija mía; la perdono, porque tarde ó temprano se verá Ud. en el espejo que yo me veo. Ha de saber Ud. que en mis buenos tiempos, tuve infinitos admiradores, de lo mejor que hay: militares, abogados, médicos, hombres de ciencia, todos venían á requebrarme.

—Lo mismo que á mí?

—Talvez más.

—Y Ud. qué hizo?

—Mandarlos á paseo, creyendo que mis seducciones iban á durar eternamente, porque así me lo decían ciertos aduladores; pero al fin se me cayeron los dientes, se me marchitó la cara, perdí mis atractivos y me quedé aislada.

—Es posible?

—Me sucedió, ni más ni menos, lo que á la garza coqueta.

—Y qué le pasó á la garza?

—A la garza le pasó lo siguiente: al verse reflejada en las aguas cristalinas del estanque, se enamoró de sí misma y creyó que no había otra más linda que élla, tan blanca, gallarda y hermosa era; de manera que niugún peccillo le llamaba la

atención, porque todos los que pasaban los iba encontrando insípidos, sin probarlos siquiera, porque se le había ocurrido regalarse con peces superiores.

Y al cabo, resultó, bella niña, que pasaron todos los peces y la garza coqueta se quedó sin comer: y murió de hambre.

—Y esto es lo que le ha pasado á Ud, buena señora?

—Si, hija. Si yo hubiera conservado la amistad, el aprecio, la consideración, el cariño ó lo que tu quieras llamarlo, á los que merodeaban al principio, otra muy distinta fuera mi suerte.

Mas, qué hacer ahora, ya que Ud. erró desde el comienzo?

—Yo no puedo ya hacer nada; pero ahora te toca á tú. Yo estoy vieja y tú estás jovencita. Yo no puedo servir para nada y tú puedes servir para mucho. Mira niña, no hagas lo que yo he hecho y quizá harás la felicidad pública.

Oigan este consejo las administraciones recién inauguradas.





La fiebre amarilla

Desde que se empezó á poner cuarentenas á los vapores procedentes de Panamá, con motivo de la fiebre amarilla, andan más que alarmados los hijos del Interior que vienen á Guayaquil.

Ya saben ellos que la huéspede no se hace de rogar, para visitar este puerto; y sobre todo, no ignoran la especial predilección que tiene la AMARILLA, por los serranos en general, y por cada uno en particular, sin distinción de colores políticos.

Con nosotros los de la Costa se hace la desdeñosa esta mala hembra y nos dá más calabazas, que pelos hay en nuestras barbas; pero todo es que vea llegar á un interiorano de aquellos redondos que se usan sonrosados y lozanos, ya anda la fiebre á picos pardos, sin preguntarle siquiera si vino por la vía de Chimbo, ó por la de Babahoyo. Y el final de Norma, es que se lo come crudo.

La ventaja es que, por ahora no está presente la Fiebre Amarilla, desde luego que me permito desacreditarla; pero con todo, como anda por la vecindad haciendo travesuras, los viajeros del Interior comienzan á sentir el pánico, apenas bajan la cordillera.

Yo tengo un amigo recién llegado de Chapacoto, gordo, mantecoso y colorado como él solo, pe-



ro muy honrrado y más tímido que la misma paloma.

A este excelente ciudadano, se le había metido entre ceja y ceja, que le va á dar la fiebre amarilla, á pesar de que yo le aseguro, que ésta no ha salido todavía de Panamá.

—Qué sabemos exclama él profundamente alarmado.

—Lo que te puedo decir es que me siento mal. Estoy predispuesto.

—Preocupaciones, hombre.

—No, Jak, estas no son preocupaciones. Mira tú, cuando acabo de comer, siento llenura en el vientre y me veo obligado á aflojarme el cinturón.

—Y cuando no comes, deberás sentir un vacío desconsolador; porque así comienza la fiebre amarilla.

—No te burles amigo Jak.

Yo estoy malo, te digo. Los médicos me mandan que haga ejercicios. Pues bien, me voy á Ciudad-vieja, subo al cerro de Santa Ana y bajo corriendo. ¡Ay de mí! No te puedes imaginar el cansancio que experimento.

—Eso es natural. A cualquiera le pasa lo mismo.

—No lo creas.—He observado que cuando me pican los *zancudos*.....

—Qué *zancudos*?

—Los mosquitos. Cuando me pican.....

—Te rascas?

—Se me levantan uñas ampollas sospechosas.

—A los que vienen de un clima frío, como tú, les ocurre ese pequeño accidente.

La conversación se hace pesada y yo me despidó con el primer pretexto.

El buen Chingaisa, entonces que así se llama mi amigo, se va á su casa, con el alma en un hilo y comparece ante su esposa para hacerle esta invariable pregunta.

—Cómo tengo el semblante?

—Sin novedad.

—No me notas algo amarillo?

—Déjate de tonterías.

—Nicolasa, tú me quieres?

—Vaya, una pregunta.

—Por que voy á hacerte una revelación?

—Te escucho.

—Tengo un terror pánico. Me han dicho que el número 7 es fatal para la fiebre amarilla. Si el enfermo no se muere á los siete días, se muere irremediablemente á los 14. Le dan 7 accesos, vómito negro 7 veces al día, y lo entierran el día 7, 14, 21, 28.

—Y bien?

—Al llegar aquí he visto una gallina con 7 pollitos; hoy cumplo 42 años que son 6 veces 7, y esta mañana estornudé 7 veces seguidas. Además, hijá mía, mañana es 14, dos veces 7. No te parece que todo es sistemático de la fiebre amarilla.

—Lo que me parece es que estás bastante chiflado.

—Ay de mí! El color amarillo también me persigue. Anoche fuí á los Tres Mosqueteros, para tomarme una tasa de café, y ví que todos los chinos estaban amarillos; pedí una naranja y la encontré amarilla; saqué un cigarrillo y lo encontré amarillo.

—Todo es amarillo y amarillo.

—Y la botella de coñac que tienes debajo de la cama, también es amarilla?

—Esa es negra. Dicen que el coñac es el mejor preservativo contra la fiebre amarilla; pero no para mí. Por más copitas que me tomo no siento el menor alivio. Ayer me tomé doce seguidas, para ver si me repongo, y se me iba el cuerpo de un lado para otro, yo estoy grave. Aseguran que la fiebre ataca primeramente al húmedo radical.

La señora aburrida se marcha á la cosina, y la cosinera alarmada acude á ver que le ocurre al caballero.

—Matea, exclama éste, profundamente abatido.

—Tú me estimas?

—Sí señor.

—Quieres darme una prueba?

—Cuál?

—Qué sientes tú en el húmedo radical?

—Ahora mismo le digo á la señora lo que Ud. me está diciendo, exclama la doméstica.

—Yo no soy de esas que.....

—Pero, mujer!

—Ud. creerá que yo no le comprendo.....

—¡Santo Dios! Qué desgracia le mía. Yo me voy á morir.

—Y á la verdad. Chingaisa, se va á morir; pero de MIEDO.

Y esta clase de fiebre amarilla, aplica á la política, dicen que es fatal y contagiosa.



El secreto bien guardado.

A mí no me ha sorprendido absolutamente el hallazgo de los restos del General Sucre, porque nada hay de extraordinario en encontrar una cosa en donde se sabe que está. Lo que me tiene absorto, hasta el punto de quitarme el sueño todas las noches, es que haya media docena de personas capaces de guardar un secreto durante dos tercios de siglo.

Este fenómeno es tan raro, como que no tiene igual en los anales de la discreción humana.

Secretos entre tres, no es, dice el adagio; y sin embargo aquí ha estado entre seis, se ha heredado de padres á hijos, se ha conservado la tradición intacta, y nadie ha dicho esta boca es mía, hasta que la señora Rosario Rivadeneira, no se pudo contener más tiempo y lo soltó.

Pobre señora. Lo más que en estos tiempos se le puede exigir á una dama discreta es que guarde un secreto durante cinco minutos, mientras se ve con la vecina del frente. Pero setenta años. Qué desvergüenza para Dálila; la mujer de Sansón, que no sólo pudo guardar el secreto de la fuerzas del marido, sino que de paso le cortó el pelo, para entregarlo inerte en mano de los filisteos.

Desde entonces la prudencia aconseja, que todo hombre prevenido, debe ocultar las tijeras antes de acostarse, por lo que se pueda ocurrir á la señora mientras él duerme.

La historia está llena de estas indiscreciones, porque no ha habido hasta ahora un secreto bien guardado.

Se cuenta de un médico que, habiendo visto vomitar á su enfermo algo sospechoso, encargó á la mujer de éste que guardara silencio, para no asustar al paciente, porque la materia arrojada era negra como una ALA DE CUERVO.

La atribulada señora no pudo contener la lengua, y fue á comunicar á toda la familia que su infeliz esposo, había votado como una ALA DE CUERVO.

La familia se apresuró á difundir la extraña nueva suprimiendo el ALA.

Y al día siguiente el pobre enfermo se murió de miedo, al saber por los periódicos, que había vomitado un CUERVO.

Los ejemplos de este género podían ser numerosísimos.

Rapiro, el famoso niño de extraordinario talento á quien se había concedido el extraordinario privilegio de asistir á las reuniones reservadas del Senado, fué una vez inspirado por su madre para que revelase el tema de los devates.

Me guardará Ud. el secreto preguntó el chico á la autora de sus días.

Hasta la muerte, contestó la noble matrona.

Pues bien, señora. Habló el muchacho inventando una mentira: se trata de expedir una ley para que los hombres se casen con doce mujeres. Oír esto la madre y salir como una flecha á formar un metin con todas las damás de la ciudad para que las mujeres tuvieran también el derecho de casarse con doce hombres, todo fué obra de un instante.

Que tal si Papiro, seña en la discreción de la

señora mamá. Pero no hay duda: el mundo marcha como decía Galileo, y se perfecciona como no ha dicho nadie todavía.

La prueba está en Quito, garantizada por el hecho de guardarse un secreto durante setenta años.

En vano los gobiernos del Ecuador han buscado siempre las reliquias del Mariscal Sucre; en vano Venezuela ha mandado también á buscarlos. Nadie sabe de ellos y el misterio parecía indecifrabable.

De templo en templo, de convento en convento, han ido las comisiones habriendo huecos y sacando huesos de muchos difuntos, menos los de Sucre.

Y sin embargo, había un círculo de personas de ambos sexos, que con el dedo puesto en los labios se decían mutuamente, silencio.

Que reserva tan hermosa y tan inútil. Sobre todo inútil.

Y todo por qué?

Por que la Marquesa de Solanda, vda. del Mariscal, había encargado el secreto; pero sin duda no se imaginó jamás la noble dama, que se las había con gente muda de generación en generación.

Esto se parece á lo del centinela, que se colocaba hacia docientos años en un balcón del palacio de San Petersburgo, relevándose cada dos horas, con precisión militar.

Preguntó un día el Czar que objeto tenía aquel centinela, y se le contestó que estaba allí hacia dos siglos en virtud de una orden imperial que no había sido revocada.

Se vuseó la orden en los archivos oficiales y averiguó que con motivo de haberse pintado el referido balcón, y estar fresca la pintura se colocara allí un centinela para evitar que alguie se manchara al paso.

La marquezita de Solanda tendría en su tiempo algún motivo justo para ocultar la tumba de su ilustre esposo; pero no indefinidamente.

El secreto, pues, merece llevar la inscripción que puso Hércules en sus famosas columnas: **NOM PLUS ULTRA**, con que, en efecto, no se puede ir más allá.

Esto ha sido fenomenal.





Perdónalo Señor.

—Anoche no he podido dormir, hija mía.

—Y por qué Ramón?

—Pensando en el botijo de agua. No vez tú que tiene un caliche por donde se escurre el líquido insensiblemente.

—Pero hombre, es posible que te preocupes de tales pequeñeces?

—Deja aquello á mi cuidado y ocúpate de otras cosas de mayor importancia.

—Efectivamente, tienes razón, querida Dorila. Pero dime una cosa, comió ayer el gato á su hora de costumbre?

—Qué sé yo.

—Como no sabes. De manera que ignoras si el animal tomó su alimento?

—Pues no faltaba más. Quieres ahora que yo ande tras del gato para darle de comer.

—No digo eso. Lo que digo es que ciertas menudencias, no deben descuidarse en una casa bien organizada.

—Más te valiera salir á la calle y mirar por tus intereses, que son los nuestros.

—Pero lo que haces aquí, es pasar el día dedicado á los detalles domésticos como si fueras mujer.

—No, hija, yo no soy mujer.

—Al menos parece que.....

—Calla, ya vas á hablar tonterías. Lo que digo es que los negocios están completamente abandonados porque no sales de casa.

—Y á qué ese afán de que salga?

—Hoy iba á salir: por eso me ves con el sombrero puesto; pero al bajar la escalera, he visto que la cocinera se sonreía con el aguador y me he quedado.

—Y qué te importa eso?

—Oh! Yo tengo que averiguarlo todo. No ves tú que soy el hombre de la casa. Todo aguador es sospechoso, por naturaleza, y si hoy se ríe con la cocinera, mañana se ríe contigo..... De aquí la necesidad de que yo intervenga oficialmente.

—Ay! Ramón. Yo te creía otro hombre, cuando arrostrabas tantos sinsabores, por conseguir mi mano. Pero me estoy convenciendo de que no sirves para nada.

—Lo dices de veras?

—Lo digo con pena. Otros veo yo que en lugar de perder el tiempo en el gato, el botijo, el aguador y la cocinera, van á buscar afuera el medio de aumentar sus recursos.

—Y qué quieres que haga?

—Pero hombre, serás capaz de no conocer tu conveniencia?

—Suponte, aquí inter nos, que se discute actualmente en América asuntos de gran trascendencia.

—Es cierto.

—Que hay países que tienen importantes asuntos que arreglar con otros; y que la situación es propicia para entenderse amigablemente.

—Ya lo creo.

—Entonces, qué haces tú metido en tu casa, ocupado en boberías, ó sean caseras mezquindades, cuando tu deber es estar afuera viendo lo que pasa, para coger la ocasión por el copete.

—Qué talento tienes mujer!

—Sabes que si yo fuera otro, haría lo que tú piensas. Porque francamente, en lugar de estarme, ocupando de estas pequeñeces, como si dijéramos, el candidato tal ó el candidato cual, y el documentito y el telegramita y el chivo y la vainica, mejor estaría yo haciendo algo en beneficio general, para que conste en la historia.

—Pues entonces..... manos á la obra.

—Espera. Déjame ver antes cómo andan las cosas en la cocina, porque pueden los ratones irse á comer el queso, que es lo principal.

—Vaya! Este no tiene remedio.





Flema británica.

No hay cosa más digna de celebración en mi concepto, que la impasibilidad británica.

Aquello de no apurarse por nada y de verlo todo con superlativa flema inglesa, tiene ventajas inapreciables.

—¿Cuántos dolores de cabeza se ahorraría uno en esta vida, con sólo haber nacido inglés?

Se refiere de un célebre Lord de la vieja Inglaterra, que se hallaba almorzando en su palacio de Oxford Street, cuando fueron los criados á anunciarle que su hijo acababa de llegar de un largo viaje, después de quince años de ausencia.

El grave Lord se enjugó los labios con el canto de la servilleta, púsose en pié delante de su asiento y mandó entrar al hijo, que esperaba en la antesala.

Pasó el joven al comedor, hizo una profunda reverencia al autor de sus días, tocáronse padre é hijo la punta de los dedos y ambos se sentaron á la mesa sin hablar una palabra.

He allí un formulario discreto para un recibimiento en familia. Si aquellos sujetos hubieran pertenecido á la raza latina, el padre tira los platos y se abarraja por correr á abrazar al hijo, y el hijo se desnariza por estrechar al padre, y se forma el alboroto del siglo y botan la casa por la ventana.

Julio Verne, que es autoridad en la materia, cuenta que habiendo sorprendido un espantoso cañalizo á dos oficiales ingleses en una estación africana, causando la desesperación de dos mil soldados de la Gran Bretaña, el mayor Oliplant se limitó á decir:

—Oh! Esto es lo que puede llamarse una circunstancia particular.

—Particular en efecto, respondió simplemente el Brigadier Murphy.

Y en seguida los dos jefes continuaron la partida de ajedrez que habían interrumpido.

—No es esto hermoso? digo yo.

—Pues vaya que sí.

Tres viajeros ingleses que recorrían el Africa Central, fueron atacados por una pantera; pero aún cuando la fiera sucumbió bajo el plomo de los súbditos de la graciosa majestad, uno de ellos, quedó mortalmente herido.

—No vive más de cinco minutos, exclamó flemáticamente uno de sus compañeros.

—Tiene vida para quince, dijo el otro. Apuesto diez guineos.

Ambos sacaron sus relojes, contaron los minutos y al llegar á los quince expiró el herido.

—ALL RIGHT! exclamó el ganancioso. Vengan las diez guineas!

Y luego que hubo cobrado, los dos se pusieron en camino con la sangre más fresca que una horchata.

A nosotros los ecuatorianos nos hace mucha falta esta flema británica para curarnos de sustos, sorpresas y disgustos sobre todo en asuntos políticos.

Si aquella flema pudiera venir en latas de la Gran Bretaña, como vienen las galletas de "Hunfrey & Palmers"— "Patente Londón" yo aseguro que tendría numerosos consumidores, porque es cosa que se necesita. Recuerdo haber conocido á un capitán de buque inglés por supuesto, que ahorra-

ba tanto las palabras, como un avaro su dinero.

Era inútil tratar de entablarle conversación, porque la gravedad británica, no le permitía salir de un monosílabo.

Me parece que lo veo, rojo, con la nariz hecha un tomate, vestido de blanco abotonado hasta el cuello, pantalón estrecho como una funda de paraguas y enorme botas de cuero petrificado.

Cuando le preguntaban alguna cosa, alzaba los hombros con supremo desdén y lanzaba un: Ooooh! tan desabrido, como si hubiera querido decir: son Uds. unos borricos.

Una hermosa pasajera, que sabía hablar por cuatro, como todas las de su sexo, se propuso una vez hacer hablar al lobo de mar, y le lanzó á boca de jarro ésta pregunta suelta:

—Capitán. quiere Ud. casarse conmigo?

El Capitán guiñó un ojo á babor otro á estribor. dió media vuelta en el puente y repuso:

—PREGUNTARME UNA OTRA COUSA MAS FACIL. He aquí lo que yo entiendo por una respuesta sabia. Y como tal aconsejo á mis amables lectores que la empleen siempre que le pregunten alguna cosa comprometedora: así, por ejemplo, cuando se trate de censurar al Gobierno, de improbar los actos de la administración, de emitir opinión desfavorable sobre los magnates que nada perdonan mientras están en el candelero.

Lo mejor es responder como el capitán inglés á la joven pasajera.

—*Preguntarme una otra cousa más fácil.*

Y de esta manera se ahorra Ud. más de un dolor de cabeza.





Blanco y Negro.

En cierta aldea, cuyo nombre no recuerdo, se presentó un día procedente del extranjero, un elegantísimo joven llamado Narciso, á quien le guardaba el nombre por estar muy prendado de sí mismo, como su tocayo el de la fábula griega que se enamoró de su propia hermosura.

La población de la aldea se componía de gente pobre y sencilla, de manera que la aparición del gentil mancebo fué celebrada como un acontecimiento.

El era el objeto de todas las conversaciones, el núcleo de todas las miradas y el dije de todas las muchachas, que no se cansaban de admirar la elegancia y variedad de su traje.

—Aquello sí que era lujo.

—Bien se conocía que don Narciso no era una persona vulgar, ni escasa de recursos.

El alcalde fué el primero en ir á visitarle; en seguida el cura, el cirujano, el alguacil, el recaudador de contribuciones, el sacristán, el sepulturero; en fin todos los notables de la parroquia.

La primera vez que salió á la plaza iba correctamente vestido de blanco.

—Las mozas no le quitaban la vista.

Entró á la iglesia oyó una misa; pero no hubo

ninguna niña que se fijara en el altar, sino en el apuesto joven, que parecía un ampo de nieve, reclinado en unas de las columnas del altar mayor.

—Qué guapo está! decían, si es un armiño.

—Debe ser muy rico.

—Es claro. Eso está á la vista.

Algunos mozos gruñían un poco, viendo el giro que tomaban las miradas de sus novias; pero por no pasar por montuvios groseros, tenían que tragarse la pildora.

Por la tarde de aquel mismo día, don Narciso salió á corresponder algunas visitas, vestido de negro; todo negro, pantalón, chaleco, saco, sombrero y corbata.

La indumentaria le mereció otros triunfos entre las aldeanas. Y como era amable como ellas, éllas se morían por él.

—Qué distinto estaba de por la mañana! decían todas, pero siempre hermoso. No había más que declararlo rey de la moda y la elegancia.

Al día siguiente, lunes por más señas, mientras los labriegos se iban al campo con la ropa remendada del trabajo don Narciso se paseaba en las calles con pantalón y chaleco blanco; saco, sombrero y corbata negros.

Qué novedad! Otro aspecto, indudablemente. Cómo llamaba la atención ese arrogante don Narciso.

—Mamá, exclamaban las muchachas, tirando la piedra de moler; venga á ver á don Narciso con otro vestido.....

Y las viejas curiosas como las hijas, asomaban la nariz entre las hojas de las ventanas y exclamaban, evocando recuerdos de la juventud: ese muchacho es una tentación.

—Sí mamá.

Dos horas después, se producía otro laberinto: todas las ventanas se entreabrían para dar lugar á su cuchicheo general seguido de exclamaciones de sorpresa.

Era que el célebre don Narciso asomaba al frente de la peluquería, con pantalón y chaleco negro, saco, sombrero y corbata blancos.

Mientras tanto los naturales de la aldea, correspondientes al sexo masculino estaban dado al diablo.

No había una camisa con botones, ni una cena caliente, todo porque las señoritas y señoras y las mismas vejaranas, no querían quitarse de los balcones para admirar las vestimentas de don Narciso.

Y él, inter tanto no cesaba de dar vueltas y revueltas, ora vestido de negro con chaleco blanco; ora de blanco con chaleco negro.

A veces era blanco el sombrero y negro el vestuario; otras blanco el pantalón y negro el resto; ora blanco el saco y negro el sombrero; blanca la corbata y negro el pantalón; blanco el chaleco y negro el saco, blanco el sombrero, & & .

Visto el desorden que ese hombre había introducido entre el bello sexo y en virtud de aquello que se llama novelería, los hombres fueron á consultar con el cura, que era naturalmente el más pillo de la parroquia.

El párroco se puso el dedo índice en la punta de la nariz, para que lo inspirara el Espíritu Santo, y después dijo:

Saben ustedes lo que hay en el caso? Lo que hay es que el famoso don Narciso, no tiene más que dos vestidos dentro de su baul: uno negro y otro blanco. Lo demás es efecto de combinación.....

Cinco minutos después se supo en todo el pueblo, que el elegante no tenía más que dos ternos presentables. Y desde entonces cesó el entusiasmo de las bellas.

*
* *

Viene al pelo este cuento con motivo de los nombramientos oficiales que ahora se están haciendo

el que era Almirante, por ejemplo, pasará ser Chamberlán; el Chamberlán, viene á resultar Almirante; el Capellán se convierte en Comandante, el Comandante en Capellán y así sucesivamente. Eso se llama renovar el personal administrativo al estilo de don Narciso; chaleco negro y pantalón blanco; pantalón blanco y chaleco negro.....Etcétera.





~Pobres bolsillos.~

Guayaquil es la ciudad de las contribuciones. A más de las que el vecindario paga al Fisco y á la Municipalidad, que no son pocas, hay otras que pudiéramos llamar de compromiso, las cuales se dejan gravemente sentir en todos los bolsillos.

Se encuentra uno en ocasiones con la cabeza caliente pensando de donde sacará real y medio para completar un sucre, cuando, paf!, le cae encima una esquelita.

Qué será? veamos.

"La Sociedad Patriótica Equilibrista que tengo la honra de presidir, ha tenido á bien nombrar á Ud. *socio honorario*, atendiendo á los relevantes dotes que le caracterizan."

—Pero hombre, si yo no soy equilibrista. Allá ustedes los que hacen el equilibrio, paguen el pato.

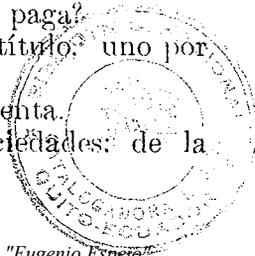
—Será usted el único que nos haga este desaire. Todos han aceptado comprendiendo la gran importancia que tiene el equilibrio en la época presente.

—Válgame, Dios. Y cuánto se paga?

—Cinco sures por derecho de título: uno por el sello y dos mensuales.

—Cáspita! si no me alcanza la renta.

—Ya soy miembro de tres sociedades: de la



“Reciprocidad Mútua entre Angeles y Serafines” la “Benemérita del Almuerzo”, la Benefactora del Estómago”, la “Patriótica de los Limpios” y así sucesivamente.

—A dónde voy á parar?

—Una más.....

—Bueno, qué hacer. Seré equilibrista pero desde mañana tendré que suprimir el cigarrillo, para ahorrar la cuota.

*
* *

—Se puede?

—Quién va?

—San José.

—Cómo, San José?

—El esposo de María Santísima, que viene aquí, señor, en su nicho, á visitarle. Mire usted qué estampa!

—Pero si yo no tengo amistad con él.

—Es posible. No es usted devoto del Santo Patriarca, que de todos se acuerda y á todos favorece en la hora de la muerte?

—Es que.....

—Aquí está la alcancía, en este rinconcito. Puede usted darle lo que guste para su misa. Ya lo ve, eso era lo que me temía.....

Mañana vengo á llevármelo. Póngale una vela y no se olvide de la rendijita.

*
* *

—Tengo una comisión ante usted, mi querido amigo.

—Cuál?

—No va usted á decir que nó?

—Vamos á ver.

—Ayer quedó parado el primer puntal del Instituto de San Bonifacio Areopajita.....

—Y yo, qué culpa tengo?

—Qué culpa, hombre. Si es que está usted nombrado padrino.

—Por Dios santo, y qué delito he cometido?

—Nada, déjese de bromas. Ud. es el elegido y mañana concurre á la ceremonia. Qué diría la señora X si usted se negara siendo élla la madrina.

—Ay!.....

—Qué dice usted?

—Nada. Digo, ay! simplemente para resollar por la herida.....

*
* *

—Con cuánto contribuye usted?

—Para qué?

—Para socorrer á las víctimas del Puerco Espín.

—No conozco á ese puerco.

—Ese es el nombre de un lugar donde se ha subido el agua, arruinando á todos los moradores.

—Pero si yo también estoy arruinado y con el agua al cuello.

—No sea usted tacaño, usted nunca ha sido así.

—Le pondremos..... cuánto?

—No hay otro remedio?

—Si ya está en lista.

—Bueno, pues, crucifíqueme con lo menos que se pueda.

*
* *

—Conoce usted á Raspabalsa?

—Qué raspabalsa.

—Ese muchacho tan honrado, tan bueno, tan servicial.....

—Ah, ya! Qué le pasa?

—Que le ha salido un chirimbolo en la cabeza, y los médicos le mandan que se vaya á dar baños en la fuente de Lourdes.

—Y cuándo se va?

—No puede irse por falta de recursos? Así es que entre varias personas allegando fondos..... y he venido para que Ud. se suscriba.

—Acabo de socorrer en este momento á los de Puerco Espín.

—Esos no necesitan; mientras que el pobre Raspabalsa está sin medio.

—Vaya, me despojaré de lo único que tengo: una peseta.

*
* *

Todo lo que antecede me refería en días pasados un amigo; añadiendo:

—Te aseguro que cuando leo un periódico, tiemblo.

—Por qué?

—Porque si veo en la crónica que se ha fundado, por ejemplo, una sociedad cultivadora del Rábano.....

O se ha declarado la virhuela en Cerro Colorado..... O se ha apolillado el rostro á la virgen de las Angustias..... O se ha incendiado la Catedral de Pueblo—Viejo..... O se va á celebrar alguna fiesta, es cosa de arrancar á correr, porque la contribución se viene picando los talones, con el sable desenvainado.

—Calla hombre, se me ha ocurrido una idea, que voy á sugerirle al señor Ministro de Hacienda!

—Cual?

—Que organice una sociedad, comité, cofradía, congregación ó lo que fuere, denominada: "Proveedora del Fisco", y nombrar *socios honorarios*, en toda la República, y ver si de esta manera mejora la situación fiscal.

—Magnífico! Ahí tienes para un Rayo-Catódico.

INDICE

Págs.		Págs.	
La fiesta popular de San Pedro y San Pablo en Guayaquil.....	3	Alata económica.....	168
La Educación Austera.....	8	Curación maravillosa.....	172
A casarse, muchachos.....	13	Viaje del Duende á la fiesta de S. Jacinto de Yaguachi.....	178
Buscando las espuelas.....	17	La corrección de pruebas.....	186
Celebridad barata.....	21	Y se la pegó.....	190
Proyectos líricos.....	25	Historia del Agua Potable.....	193
Qué se han hecho los milagros?.....	29	La Bruja de mi Pueblo.....	198
Visitas de pésame.....	34	Concierto de los Ciegos.....	202
Un entierro en Guayaquil.....	39	El hermano Cándido.....	207
El Cigarro.....	44	✓Ciencia política.....	212
El Reloj del Pueblo.....	47	La mesa improvisada.....	215
El Pavo de Fray Melchor.....	53	Vida social.....	221
Flor de un día.....	57	El Centro de la sensibilidad.....	225
Los Marsupiales.....	60	El diputado péndulo.....	229
Los Milagros de S. Antonio	64	Mi Padrino.....	233
La Buhomanía.....	68	Las mujeres políticas.....	236
El hombre tímido.....	72	La Hamaca.....	239
Libertad electoral en China.....	77	La Buena señora.....	246
En el Cielo y en la Tierra.....	80	Los favorecedores gratuitos.....	250
La vida conventual.....	84	Querer es poder.....	254
Como suben algunos.....	88	Las Bullas.....	261
La bella ofendida.....	92	Kaleidoscopio.....	264
Pomada de Oso Blanco.....	97	El Tupé del tío.....	268
Maestros á la Escuela.....	100	Bitter con sifón.....	274
El Triunfo del Negro.....	104	Nuestras Finanzas.....	277
El Organó de la causa.....	108	Figuras de doble uso.....	280
La Dieta del Obispo.....	111	¡Calma, Panchol!.....	283
El Talón de Aquiles.....	114	El sombrero de su papá.....	286
Tas, á la derecha! Tas, á la izquierda.....	118	Pedro Urdemalas.....	293
Plumas heroicas.....	122	Viaje de un soldado—Episodio de la guerra Hispano—Americana.....	298
La Risa del Cura.....	125	Epoca Taurina.....	303
El Candidato Oficial.....	129	El Palaciego.....	307
Marquen el paso!.....	133	Noche Buena.....	311
Las Jaivas y los Camarones	137	Consejos de vieja.....	318
Los Ricos pobres.....	141	La fiebre amarilla.....	321
La Peste Bubónica.....	145	El secreto bien guardado.....	325
Recuerdos del pasado.....	149	Perdónalo Señor.....	329
In Artículo mortis.....	152	Flema británica.....	332
Carta canta.....	156	Blanco y Negro.....	335
Tipografía.....	160	Pobres bolsillos.....	339